CONCEPCIÓN REVUELTA

LAS MUJERES DE LAS CAROLINAS

PLAZA JANÉS

CONCEPCIÓN REVUELTA

LAS MUJERES DE LAS CAROLINAS

PLAZA JANÉS

A mi padre

Hay historias que nunca fueron contadas y personas que quedaron en el olvido por diferentes motivos.

Con esta novela, quiero dar visibilidad a miles de mujeres que sufrieron, lucharon, amaron y vivieron una época terrible de nuestro país.

Mujeres valientes, me da igual el bando en que estuvieran. Madres coraje, hermanas leales, amantes fieles o pérfidas, hijas criadas con amor y poco dinero o con el suficiente para no significarse.

En definitiva, este es un homenaje a todas aquellas mujeres que dieron la cara, aunque eso supusiera perder la libertad e incluso la vida.

Mas allá de la diferencia de clase, cultural o ideológica, esta es una historia llena de amor, trabajo, valentía, sacrificio, dignidad, lealtad y, sobre todo, coraje.

Las mujeres son el eje, el epicentro de esta historia. Mujeres olvidadas, de las que solo sabemos sus nombres y su pequeña historia gracias a que algunas personas las mencionaron en algún artículo de prensa. Jóvenes trabajadoras llenas de vida y de sueños que se vieron truncados por la guerra. Mujeres de manos ásperas, caras limpias y enormes corazones que intentaron defender sus derechos y su identidad femenina.

En definitiva, esta novela es en su recuerdo. Pero no solo eso: esta historia quiere mostrar hechos que nunca deben repetirse y a la vez darlos a conocer para que generaciones posteriores a las de la autora comprendan, conozcan y luchen por sus ideas, por sus derechos, por su libertad y ante todo por su dignidad.

No olvidemos para que jamás vuelvan a repetirse acontecimientos bélicos que dañen la integridad de las personas.

Que nunca la sinrazón nos vuelva a nublar la vista, que nunca haya un motivo que nos obligue a defendernos con violencia, que nunca nadie pretenda robarnos la libertad, pero, si alguna vez alguien procura doblegarnos, sin duda, debemos levantarnos e intentar dialogar, acotando todas las vías pacíficas de las que dispongamos para con ello no volver a sufrir abusos, asesinatos, violaciones, detenciones sin sentido, interrogatorios sádicos con daños físicos y

psicológicos que ni el tiempo ni la ciencia lograrán reparar.

Todos los personajes que aparecen en esta obra son ficticios. Los hechos que se relatan forman parte de la historia de muchas personas, y seguramente en ellos alguien creerá reconocer a alguna de las mujeres y hombres de su familia, pero será pura casualidad.

Por todas aquellas que vivieron el horror de la guerra.

Ambientada en los terribles años treinta del siglo XX en España.

Allí donde la razón se pierda
y donde el corazón sufra,
siempre habrá una mujer
dispuesta a luchar.

CONCEPCIÓN REVUELTA

PRIMERA PARTE

No hay historia muda.
Por mucho que la quemen, por mucho que la rompan,
por mucho que la mientan, la memoria humana
se niega a callarse la boca.

EDUARDO GALEANO

1

Isla, años treinta, siglo XX

El aroma a salitre era más intenso que otros días. Susana caminaba junto a la ermita de San Roque y San Sebastián mientras admiraba el ir y venir de las olas. La marea estaba subiendo y apenas quedaba playa. Posó la cesta y se sentó sobre la hierba un momento.

En los últimos tiempos habían pasado tantas cosas que le parecía increíble; perder a su madre y tener que criar a una recién nacida, bregar con el trabajo de la casa, cuidar de su padre, que se pasaba el día perdido como alma en pena, y… todo parecía ser para nada.

El sueldo de su progenitor no era suficiente y, por más que intentaba ayudar, no llegaba para todos; no sería mala idea llevar a la pequeña a casa de su tía como tantas veces le había dicho la mujer, y que ella se fuera a servir en la ciudad. Era buena cocinera y no le resultaría difícil encontrar una casa donde trabajar. Pero, por otro lado, sentía que abandonaba a su padre y a sus hermanos. Los chicos, aun siendo muy jóvenes, ayudaban en casa con trabajos esporádicos que iban encontrando. No obstante, tenía dudas de si podrían seguir solos. Seguro que, sin ella para hacer las labores domésticas, la casa se convertiría en una cuadra. Pero necesitaban dinero y en el pueblo, por más que lavaba y planchaba la ropa de algunas casas, trasladaba las lecheras para llevarlas al punto de recogida, repartía leche y hacía recados, no conseguía el dinero que necesitaban.

Susana era una joven de apenas diecisiete años. De constitución delgada y bajita, tenía unos preciosos ojos verdes que adornaban su cara dulce y siempre sonriente. Su cabello, castaño y muy largo, lo llevaba habitualmente recogido en un moño. En cuanto a sus manos, estas eran largas y finas al igual que su nariz, que sin ser exagerada resultaba prominente. Era educada, callada, reservada y amable. No le gustaba chismorrear y estaba siempre atenta a lo que pasaba en casa.

Devota de santa Filomena, se encomendaba a ella a menudo y visitaba la iglesia cada domingo como buena cristiana.

Lo que mejor sabía hacer era cocinar: postres de todo tipo, guisos exquisitos con muy pocos ingredientes, una bechamel suave y cremosa

que con un simple huevo cocido daba un sabor increíble a unas croquetas, patatas viudas que sabían a gloria y bacalao de todas las maneras imaginables. Todo lo aprendió de su madre. «Una buena cocinera no es la que es capaz de hacer un guiso con las mejores viandas, sino la que con unas patatas puede hacer que los comensales se chupen los dedos, niña», siempre se lo decía mientras le enseñaba los secretos de su cocina.

El tener cuatro hermanos menores hizo que desde muy pequeña se convirtiera en el apoyo de su joven madre. De ella aprendió todo lo necesario casi a la fuerza. La quebrada salud de la mujer la obligó a ayudar desde muy niña en casa, por eso apenas tuvo tiempo de jugar como lo habían hecho sus hermanos ni ocasión de asistir al colegio nada más que un par de años, los justos para aprender a leer mal y suma; el resto fue su padre quien se lo enseñó, sentados a ratos en la mesa de la cocina al calor de la lumbre y oliendo a puchero. Pero la desgracia hizo que su madre, al nacer la pequeña Estefanía, perdiera la vida pocos días después debido a una infección. Aquello ensombreció el corazón de Susana y durante días estuvo callada, muda, no pronunció ni una sola palabra, solo lloraba a escondidas cuando ni su padre ni sus hermanos podían verla.

Le dolía terriblemente tomar la decisión de dejar a la niña, recordaba lo que su madre siempre le contaba: Angelita, así se llamaba, se había criado en un orfanato y jamás supo de sus padres, no los conoció. Según le dijeron las monjas, la dejaron en la puerta del convento dentro de un cesto de mimbre y cubierta con una tela de saco desgastada, de ahí su apellido, «Expósito», el que recibían todos esos niños que no tenían padres.

El susurro del mar, ese que la había visto nacer, sacó a Susana de sus pensamientos e hizo que se pusiera en pie. Admiró con cariño las olas de ese infinito Cantábrico que golpeaban a sus pies, arrastrando la blanca arena de la playa, y no pudo por menos que sonreír, cerró los ojos y aspiró ese aroma a mar bravío que tanto le gustaba.

Tomó con ánimo el cesto lleno de pimientos rojos que acababa de recoger y se dirigió a entregarlos. Se quedaría con unos pocos para asarlos lentamente sobre la chapa de la cocina, los dejaría sudar y con delicadeza los pelaría y los haría tiras. Caminaba despacio, con desgana, y de pronto sintió la necesidad de volver a ver el mar, sin pensarlo se giró y fijó la mirada en el horizonte. A su cabeza, de repente, y sin saber muy bien por qué, volvieron recuerdos del pasado, de aquellas mañanas de verano cuando, junto con Encarna, su amiga del alma, e Isabelita, su prima, madrugaba tanto como sus padres; ellos para ordeñar las vacas, y ellas para correr los días de marea baja

hacia la playa de los Barcos, bañada por la ría de Quejo. Allí, sobre la arena de las bellas playas de Isla, se quitaban las alpargatas y caminaban sobre las piedras mojadas, dejando sentir el agua sobre sus tobillos y notando cómo sus enaguas se mojaban con alguna que otra ola que las pillaba desprevenidas. Por el camino siempre descubrían rocas imposibles, conchas, estrellas de mar y caracolas que, mientras llegaban a Noja, convertían el camino en un paseo lleno de experiencias. Pero no había tiempo que perder, la vuelta se hacía más deprisa, desafiando una marea que de nuevo crecía y cerraba el camino a la localidad vecina.

Sintió deseos de soltar la cesta y bajar a la playa, correr por la arena mojada, meterse en los pozos que se habían formado y llegar hasta el otro lado, igual que lo hacía cuando era niña con sus amigas, pero desistió, volvió a sonreír y se dijo a sí misma:

«¡Estás un poco loca, Susana! Ya no tienes edad para hacer el tonto».

Giró sobre sí misma, con una sonrisa fijó la vista en lo alto del monte Cincho y tomó de nuevo el camino a casa dejando tras ella el sonido incesante del mar. Había mucho por hacer aquel día.

Entró en la cocina y la encontró llena de cacharros. Los tazones del desayuno de sus hermanos estaban sobre la mesa y los platos de la cena aún esperaban que los fregara: tal y como imaginaba, todo seguía igual que lo dejó antes de salir. Con ahínco recogió el fogón hasta liberarlo de platos y cazuelas y se dispuso a preparar la comida.

Susana pelaba patatas mientras el aceite se calentaba, pero la voz agitada y alta de su amiga Encarna hizo que la joven se sobresaltara. La muchacha no había perdido la costumbre de hablar alto y siempre llegaba dando voces por más que Susana le pidiera que no lo hiciese, ya que en muchas ocasiones su pequeña hermana estaba dormida y la joven la despertaba con tanto alboroto.

—Pero ¿se puede saber a qué vienen esos gritos?

—Uf, deja que tome un poco de agua y respire, que ahora te cuento.

Susana le ofreció un vaso de agua fresca que acababa de traer su padre de la fuente.

—Bueno, ¡te acabo de encontrar una casuca buenísima para trabajar en la ciudad! Es de unos mu ricos, creo que tienen una fábrica, eso me han dicho, pero una grande, no vayas a creer, una de esas de postín, buena buena.

—Mira que siempre estás con tus historias, ¿eh? ¡Déjame, que tengo mucho que hacer!

—Uuuh, ¡cómo huelen esos pimientos! ¿Qué son, de la huerta de

Jacinto? Vaya carne gorda que tienen, y qué color, me encanta el olor a pimientos asados.

»Pero, a ver, Susana, que no te estoy contando ninguna tontería, te hablo mu en serio, me lo ha dicho que te lo diga mi tío, el cura, ¿eh? Verás, el obispo —así llamaba Encarna a su tío, copiando la forma en que su padre lo hacía a modo de burla y para molestar a su madre, que se sentía orgullosa por tener un hermano cura— vino esta tarde a ver a mi madre y salió el tema; tiene unos conocidos en Santander que buscan cocinera, pero quieren una buena, no les vale cualquiera. Entonces yo, que sabes que soy muy listuca —dijo mientras se tiraba de un ojo para abajo con el dedo índice—, pensé… ¡la Susana! No hay otra mejor. Y se lo dije al obispo. ¡Y él encantado, oye! Ya sabes que te tiene mucho cariño. Así que me ha dicho que mañana vendrá a hablar contigo y con tu padre pa ver si te conviene.

En ese momento Dámaso entró en la cocina.

—¿Qué pasa aquí, mozucas? ¡Mucho revuelo veo! Por cierto, me ha parecido escuchar que alguien quiere hablar conmigo.

—Sí, padre —contestó Susana—, el padre Andrés quiere contarle que hay una casa en Santander donde buscan una cocinera y Encarna dice que mañana vendrá a hablar con nosotros.

—Vaya —dijo el hombre bajando la vista.

Dámaso dejó con desánimo sobre la mesa unos tomates que traía en la mano y se sentó en una de las sillas que rodeaban el mueble de madera que él mismo había hecho.

—¿Ocurre algo, padre? Le noto triste.

—¡Qué va a pasar, hija! Soy un desastre, no soy capaz de sacar a mis hijos adelante. Si en lugar de morir tu madre hubiera sido yo, seguro que ahora tú no tendrías que partir. Ella era el pilar de esta casa, siempre sabía qué hacer y cómo, yo solo estaba aquí como uno más. ¡Eso pasa! ¿Te parece poco? No sé cómo lo voy a hacer.

—Padre, lo hemos hablado muchas veces, no tenemos otra solución, Estefanía tiene que ir con la tía Cuca a Soano, está deseando cuidarla, no tiene niños y seguro que la pequeña estará de maravilla, nada le faltará, ya verá. La niñuca estará muy cerca de usted, en media hora se planta allí, podrá verla siempre que quiera. La tía es una buena mujer y el tío Vicente también, y, además, aparte de cuñado es buen amigo suyo, siempre lo dice.

—Sí, lo sé. Pero es que pensar que yo poseía una familia maravillosa con una de las mejores mujeres que se pueden tener y que en poco tiempo esto se haya perdido… —Guardó silencio con la cabeza gacha durante unos segundos y en voz baja dijo—: Me arranca el corazón esta situación. Tu madre no me perdonará nunca.

—Madre le estará apoyando siempre, lo sabe, ella no le reprocharía nada, la niñuca estará con su hermana pequeña a la que ella adoraba y estoy segura de que la criará con cariño.

Encarna se había quedado en un lado de la cocina mientras escuchaba la conversación de ambos sin decir ni una sola palabra, era una persona de confianza que conocía perfectamente la situación de la familia. Por eso ellos hablaban con total naturalidad delante de ella y no tuvo reparos en intervenir en la conversación.

—Bueno, Dámaso, tranquilo, los tiempos son malos para todos, y si no queda otra hay que tirar por la calle del medio para seguir viviendo. Si le parece, le digo a mi tío que se pase mañana y así él le pondrá al corriente de todo.

—Sí, hija, sí, no hay otra solución. Dile que puede venir cuando quiera, mañana estaré por aquí. Tengo que sallar las patatas.

Tal y como Encarna dijo, el cura habló con Susana y con su padre. Era cierto todo lo que la mujer había comentado sobre aquella casa de la ciudad. Parecían buena gente, eran ricos y tenían muchas y buenas amistades. Además, en el lugar no habitaban demasiadas personas: el matrimonio, un par de sobrinas que vivían desde la muerte de sus padres con ellos y el padre de la señora de la casa, que era muy mayor y estaba enfermo.

Parecía que la propuesta del sacerdote cumplía todas las expectativas de Susana y de Dámaso. Los dos quedaron a la espera de una respuesta por parte del sacerdote, que se encargaría de hablar con la señora Gajano, la dueña de la casa donde Susana podía ir a trabajar como cocinera, para que esta diera o no su aprobación.

Todo fue muy rápido. La señora tenía prisa por contratar los servicios de la chica, necesitaba con urgencia que Susana se incorporara al puesto, por lo que, en apenas una semana, Dámaso y Susana dejaron en Soano a la pequeña Estefanía al cuidado de su tía Cuca.

Susana tomó la línea con destino a Santander y, mientras se acomodaba en uno de los estrechos asientos del vehículo, se despidió de los que hasta ese momento habían sido los hombres de su vida: su padre Dámaso y Miguel, Ambrosio y Pedro, sus queridos hermanos. Los cuatro la acompañaron y la despidieron con lágrimas en los ojos. Cada uno de ellos tenía su vida, aun siendo tan jóvenes sabían lo que querían. En el caso de Miguel, que era el mayor, en pocos días partiría a una casona en Bezana para trabajar como mozo. Ambrosio era el más rebelde, le entusiasmaba la política y siempre andaba en líos que Susana apenas entendía, pero que la preocupaban. En cuanto a Pedro, que era el más pequeño y de momento estaba tranquilo, no tenía

mayores pretensiones que las de vivir.

Susana apoyó la cabeza contra la ventanilla del autobús y miró cómo se alejaba de su casa. Mientras, pensaba en todo lo que había vivido en sus escasos diecisiete años y en lo que la esperaba en la ciudad. Por suerte, en Santander tenía una prima que desde hacía años trabajaba en otra gran casa y por lo que sabía no estaba muy lejos del lugar donde iba a vivir.

Una lluvia fina la saludó al llegar a la ciudad. Abrió su paraguas negro y cargó con su maleta en la otra mano. Así recorrió las calles de Santander sin saber muy bien el camino que debía seguir. Conocía el nombre de la casa y la calle donde estaba, pero no dominaba la ciudad lo suficiente como para dirigirse sin tener que preguntar. Subió una cuesta de la que ignoraba el nombre y al llegar a la parte llana se paró.

—Perdone, esto es el Alta, ¿verdad? Estoy buscando la casa de Las Carolinas, ¿sabe usted si está muy lejos de aquí?

—Claro que sí, guapina, esto es el Alta, y ahí mismo tienes la casa que buscas, estos muros son el cerrado; si giras a la derecha, un poco más adelante está la puerta.

Continuó apenas treinta metros más y se plantó delante de una gran puerta de madera de dos hojas, donde además en una de ellas había una puerta más pequeña. Se acercó con la intención de llamar, posó su vieja valija a sus pies para evitar que se mojara y, justo cuando sus nudillos estaban a punto de golpear la noble y robusta madera del portón, este se abrió. Tras ella una joven sonriente vestida de negro con un blanco delantal y una pequeña cofia del mismo color le hizo un gesto con la mano para que pasara.

Susana le dio un repaso rápido a lo que tenía delante de sus ojos. La casa no era muy grande: ventanales blancos, hortensias en el jardín y un pequeño pozo a la derecha de ella fueron lo primero que vio. No tuvo tiempo de más, ya que la muchacha dijo su nombre.

—¿Susana San Roque Expósito?

—Sí, servidora.

—Ven, corre o nos mojaremos; bueno, tú no, pero a mí si se me moja la cofia tendré que volver a almidonarla. Soy Martina, acompáñame, ya estás en tu nueva casa. Verás qué bien; la señora es muy atenta, al señor lo vemos poco y el abuelo a nosotras no nos da trabajo, también están las chicas, ellas… son revoltosas, pero buena gente.

Susana entró tras la doncella por una puerta lateral, atravesó un pequeño vestíbulo y pasó a la cocina. Allí, sentada en un rincón, cosiendo una prenda oscura que parecía ser una camisa, había una

mujer no muy mayor que con semblante serio la miró por encima de las lentes y sin saludar le dijo:

—Posa la maleta, chiquilla, y deja el abrigo en la silla, que ahora mismo vamos a ver a la señora, lleva días esperando este momento. Sígueme.

Susana fue tras la mujer. Pasaron lo que seguramente era el vestíbulo principal y, al llegar junto a dos puertas acristaladas, Raquel, que así se llamaba el ama de llaves, las abrió a la vez. Tras ellas se escondía una pequeña estancia presidida por una enorme chimenea, las paredes estaban llenas de libros, había cuatro cómodos butacones de terciopelo granate que hacían juego con las sillas que rodeaban una mesa de juegos, dos mesitas bajas redondas junto a ellos y un par de escabeles. Los cortinones eran de un estampado suave que representaba pequeños ramilletes de flores, por supuesto, en el mismo tono que el resto de la tapicería. En general, la habitación era acogedora.

Doña Elvira, al ver entrar a las dos mujeres, levantó la cabeza alejando así la vista de la labor en la que estaba inmersa; bordaba la pechera de una camisa blanca de lino. Se levantó con ella entre las manos y con sumo cuidado admiró el trabajo mientras lo depositaba sobre la mesita que tenía a su derecha. Sentada en otro de aquellos enormes butacones, a la izquierda de la señora, una muchacha leía embelesada y apenas alzó la mirada.

La señora Gajano era alta y muy delgada, llevaba una falda negra muy entallada y una camisa color crema cerrada en el cuello con un lazo lateral. Se quitó las lentes y con cuidado las sujetó en una de sus manos; con la otra, se colocó la cinturilla de la falda y sacudió la misma para quitar algún hilo blanco que se había quedado prendido sobre la tela de la prenda oscura.

—¡Por fin estás aquí, niña! No sabes las ganas que tenía de que llegaras, me han dicho que eres muy buena cocinera. Igual tenemos tiempo y ya puedes prepararnos la cena esta misma noche. Por cierto, Raquel, no olvides advertir a Susana de que la semana próxima tenemos una cena importante, el señor quiere convidar a unos buenos amigos y tenemos interés en que salga todo muy bien.

—Sí, señora, no se preocupe.

—Bueno, Susana, ya ves que en esta casa trabajo hay de sobra, es un no parar constante, pero por fin ya estás aquí. Si ambas ponemos de nuestra parte, no tendremos ningún problema, ¿no te parece? —No la dejó contestar—. Espero que cumplas las expectativas que tengo contigo. No es fácil encontrar una buena cocinera y según me ha dicho todo el mundo tú lo eres. Además de sencilla, educada y tener pinta de

ser buena chica. Eso no me lo ha dicho nadie, lo digo yo; es lo que me pareces y me gusta decir las cosas como las siento.

Después de aquellas palabras, doña Elvira le hizo un gesto con la mano a Raquel para que se retiraran.

—Bueno, pues puedes estar tranquila, tiene tantas ganas de tener una cocinera que no va a poner ningún impedimento.

Empezaba una nueva etapa para ella, una nueva vida. No podía decirse que estuviera feliz, pero sí expectante. Sonrió como acostumbraba. Recogió la maleta y el abrigo que había dejado sobre el respaldo de la silla y caminó detrás de Raquel en dirección a lo que sería su habitación.

Reinosa, años treinta, siglo XX

El sol calentaba poco aquel día en Reinosa. El frío se colaba hasta los huesos y las manos de Gloria comenzaban a congelarse en aquella fría habitación donde cuatro mujeres cosían sin parar. El aire se filtraba no solo entre las rendijas de puertas y ventanas, sino también por uno de los cristales rotos, que, aunque cubierto con unos papeles de periódico, no era suficiente para impedir que penetrara.

—Este año creo que la nieve nos visitará antes —dijo Sofía mientras enhebraba la aguja.

»¡Gloria, apúrate, que doña Ascensión necesita esa blusa sin falta hoy y te veo muy retrasada!

—¡Pues hágala usted si tiene tanta prisa! Estoy harta. ¡Tengo los dedos tiesos de frío! Y, además, ¡ya sabe que no me gusta coser! No sé qué es lo que estoy haciendo aquí, aparte de pasar un frío terrible.

—Haz el favor de no contestar, un día de estos te voy a partir la cara.

Sofia, además de ser la dueña del taller de costura, era la madre de Gloria, y ambas tenían una pésima relación.

Gloria se levantó tirando sobre la mesa la prenda, se echó sobre los hombros el mantón de lana y salió a la calle.

—¡Vuelve aquí, niñata! No te soporto. Será mi hija, pero no puedo con ella —les dijo a las demás muchachas.

Gloria se metió bajo los soportales del teatro Principal y sacó del bolsillo de su falda un cigarrillo, prendió una cerilla y lo encendió. Fumaba desde hacía algún tiempo, cuando estuvo en verano en Madrid ayudando en una casa de costura con una tía de su madre. Allí no solo adquirió el hábito del tabaco: también conoció a otras gentes, otros modos de pensar, y muchas cosas más que empezaba a echar de

menos. A su madre no le gustaba verla con el cigarro entre los dedos, pero a ella le daba igual, nada de lo que hacía le agradaba a aquella mujer que, más que parecer su madre, parecía su madrastra. Desde que su padre las abandonó, la relación se había agravado; Gloria era la preferida de su padre e intentó llevarla con él, pero su madre se negó, aunque solo fuera por fastidiar al hombre.

Estaba apoyada contra la pared del Principal cuando vio cómo se aproximaba su hermano a la fuente de la Aurora. Iba de la mano de una chica a la que ella conocía perfectamente. Habían estudiado juntas, el poco tiempo que ella lo hizo, claro está, porque su madre en cuanto levantó tres palmos del suelo decidió que lo que tenía que hacer era coser y ayudar en casa, y, sin más, de la noche a la mañana decidió que no volvería al colegio. Pero su padre, al enterarse y tras una gran discusión entre la pareja, impuso su voluntad para que Gloria siguiera estudiando.

—¡Gloria! ¡Tira ese pitillo ahora mismo! Pareces un hombrón. ¿No te ha dicho madre que no quiere que fumes?

—¡Déjame en paz, anda! Sigue tu paseo y olvídame.

Eduardo apartó a la chica que iba a su lado y subió el pequeño escalón dirigiéndose a su hermana; al llegar a su altura, le soltó un tortazo que hizo que el pitillo que Gloria tenía entre los dedos cayera al suelo.

La muchacha no dijo ni una palabra, se agachó, lo recogió, miró a los ojos a su hermano, aspiró una larga calada y soltó el humo sobre su cara. Él no se revolvió, solo tosió molesto y se pasó la mano por el rostro. Contrariado por el desaire que su hermana le había hecho delante de su novia, se dio la vuelta mientras la señalaba con un dedo amenazador y se encaminó al taller donde su madre trabajaba. Pero no hizo falta que llegara: al dar la vuelta a la esquina del teatro, su madre ya venía corriendo alertada por la novia de Eduardo.

Mercedes, que así se llamaba la chica, había hecho muy buenas migas con su futura suegra. Sofía, sabedora de la posición que tenía la familia de la muchacha, no quería soltarla, ya que sabía perfectamente que su hijo no era precisamente muy trabajador, aunque ella, como él era su ojito derecho, siempre le disculpaba alegando que era un muchacho enfermizo al que había que tratar con mimo. Una familia con posibles era lo que su hijo necesitaba, pues ella sabía, aunque jamás lo reconocería, que no sería nada en la vida, y por eso atendía a su nuera como si de una reina se tratase.

Al llegar junto a su hija, Sofía la agarró del brazo apretando con rabia, zarandeándola como si de una hoja se tratase; la chica por respeto no se movió, solamente tiró de su brazo con fuerza hasta

liberarse de la mano de su madre.

—Eres una desagradecida, además de una sinvergüenza. ¡Qué pensará la gente viéndote fumar aquí! No tienes vergüenza. ¡Vete para casa, no quiero tenerte delante de mí!

—Mire, madre. ¡Estoy harta de usted, de mi hermano y de esa! —dijo señalando a Mercedes—. Se cree una señorona y no es más que un piojo resucitado. ¿Sabe qué le digo?, que ahora mismo me voy; ni usted me tiene que aguantar a mí ni desde luego yo tengo que aguantar a nadie. ¡Soy una mujer libre, y voy a hacer con mi vida lo que me dé la real gana! ¡Así que ahí se queda con su niñuco y con esa remilgada!

Gloria se colocó de nuevo el mantón agitando todo su cuerpo como queriéndose desprender de la rabia que tenía dentro y se alejó mientras su madre caminaba tras ella increpándola.

—¿Dónde vas a ir tú?, ¡si no vales pa nada! ¡Ya volverás, ya! Y que sepas que la puerta la vas a tener cerrada, no voy a trabajar para vagas; ¡vete, vete!, que ya volverás con las orejas gachas y espero que no sea con una barriga, porque entonces te corto hasta esa lengua que tienes de víbora.

Así caminó por la calle Mayor durante unos metros, hasta que al llegar al ayuntamiento se cansó al ver que Gloria no hacía ningún caso a las palabras que le dedicaba.

La joven no estuvo mucho tiempo en casa, cogió cuatro cosas que tenía, las metió en una maleta vieja y la cerró poniendo una cuerda que ató alrededor de ella, ya que los cierres estaban rotos. Apenas tenía dinero, buscó en la lata donde guardaba sus escasos ahorros y contó las monedas, tenía poco más de lo justo para tomar el tren. «No importa —pensó—, tengo dos manos». Sabía que era capaz de ganarse la vida. Cerró la puerta dando un sonoro golpe y se dirigió a la estación que estaba a diez minutos escasos, sin mirar atrás en ningún momento, caminó con la cabeza alta, orgullosa de sí misma. Si se daba prisa, aún cogería el tren para Santander.

Gloria era una chica alta y con la piel morena; su pelo largo, rizado y oscuro, siempre suelto o sujeto con un pasador de nácar marrón en la nuca, hacía que sus andares y su porte fueran altaneros. Era muy lista y siempre estaba dispuesta a aprender. Su carácter era duro, igual que su apariencia, y en ocasiones resultaba descarada y malhablada, pero sabía lo que deseaba y por qué luchaba. Tenía claro que no quería ser costurera, sino enfermera y por eso comenzó en la Cruz Roja en Madrid sus estudios durante el tiempo que estuvo en la capital, pero cuando su padre abandonó a su madre, esta le pidió que volviera y ayudara en casa. Gloria lo hizo por pena; a pesar de querer

a su padre, sintió lástima de su madre y, aunque nunca había tenido buena relación con ella, decidió volver tras su petición y más de mil veces se había arrepentido de aquella decisión.

Pero ahora que había decidido irse intentaría terminar sus estudios de enfermería, esta vez en la escuela de enfermeras de la Casa de Salud Valdecilla, la mejor del país. Allí era donde realmente quería hacerlo. De momento podía vivir de hacer arreglos y alguna que otra prenda igual que lo hacía en Madrid. Esperaba que su tía Amada, la hermana de su padre, le diera cobijo hasta que pudiera entrar en la escuela.

—Uno para Santander, ¿a qué hora pasa?

—Pues está por llegar, en media hora más o menos, si viene en tiempo, claro está. Estos días trae un poco de retraso.

Gloria miró el reloj que colgaba en la estación y se sentó en uno de los bancos de madera que había en el andén. Posó junto a ella la destartalada maleta donde llevaba todo lo que poseía, ató su abrigo y cruzó los brazos para proteger su pecho del frío helador que le calaba hasta los huesos.

El trayecto fue pesado y largo, el vagón iba lleno de muchachos que la miraban y hacían comentarios sobre ella para reírse después de las ocurrencias que unos y otros decían. Pero ella no quiso hacer caso a los chicos. Sin ninguna vergüenza se levantó del lugar que ocupaba y se acercó a uno de ellos que estaba sentado junto a la ventanilla. Todos la siguieron con la mirada.

—Hola, ¿te importaría cambiarme el sitio? Creo que, si ocupas este asiento, vas a poder chismorrear mucho mejor de mí con los lumbreras de tus amigos.

El muchacho se quedó sorprendido: el descaro de Gloria no era normal en una chica; quizá por eso se levantó para cederle el lugar. Se hizo el silencio en el vagón y apenas se cruzaron unas palabras entre ellos, solo para despedirse de aquellos que se apeaban al llegar a sus correspondientes destinos.

Estaba visto que a Gloria no se le pondría nada por delante. Había tomado una decisión que era totalmente irrevocable, no volvería a su casa jamás. Era el momento de hacer valer su condición de mujer. Ella las había visto en Madrid, mujeres solas que luchaban por unos ideales, por sus sueños, como Victoria Kent, a la que había tenido el placer de conocer una tarde en casa de una clienta cuando fue a entregar un vestido confeccionado en el taller donde estuvo trabajando para poder hacer frente a sus estudios. Tenía clavada en sus oídos la voz de esa mujer, un tono seguro, claro y con una fuerza que no era capaz de comparar con nada. «Seguro que en la ciudad

también hay mujeres así, y desde luego que Gloria Esteban Álvarez, natural de Reinosa, provincia de Santander, de diecinueve años, será una de esas mujeres, le pese a quien le pese», se dijo para sí misma.

El tren se detuvo con el chirrido de las ruedas al frenar sobre los raíles. Gloria dejó que salieran todos los ocupantes de su vagón, agarró con ambas manos su valija y bajó los tres escalones que la separaban del suelo de la estación. El ir y venir de gentes por el andén por un momento la aturdió; gente que corría, personas que se abrazaban a los seres queridos que los esperaban, niños remilgados con sus pantalones cortos y sus medias hasta la rodilla y niñas adornadas con grandes lazos de color en su cabeza, que de la mano de su madre despedían o recibían a quienes seguramente eran sus progenitores o sus abuelos. Todo era tan diferente a la soledad que había dejado en su querida estación de Reinosa que le parecía estar dentro de un sueño.

No se acordaba muy bien de la dirección que debía tomar, lo que recordaba es que la calle donde debía ir estaba muy cerca de la plaza de Pi y Margall, así como el nombre de la calle donde tenía su tía el atelier, La Blanca. Se dejó guiar por su instinto y caminó de frente, quería ver el mar y eso sí que tenía claro que estaba a escasos metros. Pronto, al girar la cabeza hacia la izquierda, vio al fondo el edificio del ayuntamiento, siguió recto y enseguida se situó. Ahí estaba, tal y como lo recordaba.

Eran las ocho de la tarde, el reloj de la catedral sonó y Gloria lo comprobó contando cada una de las campanadas. El frío se dejaba sentir, aunque más que frío era la humedad de aquella ciudad que ya había olvidado la que traspasaba su abrigo.

«¿Frío? En Reinosa, aquí no es para tanto», se dijo a sí misma. Apenas había gente por aquella calle que ella recordaba bulliciosa y alegre, pero seguro que su tía Amada aún seguía en su atelier.

El letrero sobre la puerta, de fondo negro y letras blancas, decía LA PRIMOROSA.

Gloria se acercó a la manilla y dejó que su mano la llevara hacia abajo, pero estaba cerrada. Los cristales de la puerta estaban cubiertos con una bonita cortina de ganchillo blanca e intentó, acercándose, mirar a través de ella. A lo lejos distinguió la figura de una mujer y volvió a mover la manecilla, una, dos y hasta tres veces, pero la puerta no se abría. Un instante después de que Gloria intentara entrar, y antes de que la chica pudiera dar un solo golpe contra los cristales, aquellos visillos blancos impolutos se abrieron y tras ellos apareció la cara de una mujer, su tía Amada, que abrió rápidamente. Estaba tal y como la recordaba, hacía tiempo que no la veía, pero seguía

manteniendo su piel tersa y rosada. No era una mujer mayor, al contrario, le sacaba apenas unos quince años a Gloria; era bajita y menuda y no había cambiado su forma de llevar el pelo, siempre recogido en un moño bajo. Sobre su vestido estampado de pequeñas flores en tonos marrones vestía un delantal blanco como la nieve, con grandes bolsillos, y a un lado de la pechera su nombre bordado en letras de color verde.

—¡Pero, bueno, niñuca! ¿Qué haces tú aquí? Pasa o te quedarás helada.

—Hola, tía. No sabe cuánto me alegro de verla. ¿Tendrá usted a bien dar asilo a una pobre muchacha?

—¡Claro que sí, sobrina! —dijo mientras la abrazó fuertemente—. Pero ¿es en serio? ¿Qué es eso que traes ahí? ¿No me digas que vienes a quedarte? —comentó al ver la maleta que portaba Gloria.

—Pues sí, tía, ya no podía más y le he tomado la palabra. La vida con mi madre no es fácil. Desde que mi padre se marchó ha sido aún peor, esa mujer me odia.

—Bueno, no seas dura con ella, ya sabes que siempre ha tenido un carácter un poco agrio. Además, como dices, la partida de mi hermano no ayudó a que mejorara, al contrario.

—¿Sabe algo de mi padre? En casa no hemos recibido noticias suyas desde hace meses.

—Sí, claro que sí. Está en Sevilla, allí regenta un bar, está muy contento. Me escribe al menos una vez al mes, seguro que se alegrará al saber que estás aquí.

—¡Menos mal! Cuánto lo echo en falta. Si hubiera podido, me habría ido con él, pero esa bruja no dejó que me marchara.

—Bueno, y…, cuéntame, ¿cuánto tiempo vas a estar aquí?

—¿La verdad, tía?

—Pues claro, niña.

—Si a usted no le importa, quiero quedarme. No tengo intención de volver. Puedo ayudar en el taller, cosiendo, repartiendo los pedidos, limpiando, planchando, lo que a usted le parezca mejor. Pero no quiero regresar, lo que realmente deseo es terminar mis estudios de enfermera, ya sabe que es lo que siempre he querido hacer, tuve que dejarlo por ella, tonta de mí que la creí cuando me escribió para que fuera con ella. Pensé que había cambiado su modo de ser conmigo, pero qué va. Me atrevo a decir que estaba peor que antes; ella sabe que yo a mi padre lo quiero mucho y toda la rabia que tenía contra él, a los pocos días de llegar, la volcó en mí. Quiero ser enfermera y no sé cómo, pero voy a ir a la escuela de enfermeras le pese a quien le pese.

—Bueno, mujer, no te pongas así, que te sale el carácter de los

Esteban y entonces arde Troya. De acuerdo, me parece bien que sigas tus sueños y estoy segura de que lo conseguirás. ¡Qué coño, vaya que sí! Y, además, para eso estoy yo aquí. Para ayudarte. Que conste que lo hago para que el día de mañana, cuando sea vieja, me cuides, ¿eh? —Ambas rieron a carcajadas.

—Faltaría más, tía, y de mil amores lo haré, de eso no tengas ninguna duda.

Amada, de repente, se quedó pensativa, incluso su gesto cambió. Ella vivía con una amiga, en realidad tenía una relación que iba más allá de la amistad y con la que estaba realmente feliz.

Hacía años que sentía que su cuerpo no respondía a los favores de los hombres. Que sus miradas se centraban siempre en el cuerpo de las mujeres, que en sus pensamientos más íntimos siempre había una mujer junto a ella que le regalaba sus besos, sus caricias y sus palabras.

Hacía casi un año que había encontrado a su otra mitad, Dori, una chica más joven que ella que llenaba su vida de alegría. Pero, claro, aunque vivían juntas, no podían decir lo que sentían la una por la otra; a pesar de que la República había traído muchos cambios, no estaba bien visto, la mayoría de la gente las miraría con recelo creyendo que eran enfermas mentales. Por lo tanto, mantenían las apariencias, se presentaban como primas evitando los rumores que pudieran perjudicarlas. Las clientas, seguramente, no se sentirían cómodas mientras una modista a la que le gustaban las mujeres les tomara medidas o las viera desnudas. La sociedad avanzaba, la República iba abriendo puertas, pero aún faltaba mucho por cambiar; quizá en una ciudad más grande sería más sencillo, pero en una pequeña como la suya, donde todo el mundo se conocía, era muy complicado hacer entender que el amor es amor lo mismo entre dos hombres, dos mujeres o un hombre y una mujer.

La única persona que conocía su secreto, además de su pareja, era su hermano, el padre de Gloria, pero ahora la situación había cambiado. Si la chica se quedaba en su casa, enseguida se iba a dar cuenta de lo que pasaba. Sería mejor dejar las cosas claras desde el principio, que supiera lo que había entre ellas. Estaba harta de esconderse, de no poder ir de la mano con su amor por la calle. «¡Como para tener que fingir también dentro de mi propia casa!», pensó.

—Verás, Gloria, tengo algo que decirte. —Amada guardó silencio un momento mientras fingía colocar trozos de tela sueltos sobre la mesa—. Vivo desde hace casi un año con una persona.

—¿No me diga que tengo un tío y no me he enterado? No se

preocupe por mí, no les voy a molestar, solamente saldré de mi habitación en contadas ocasiones, el resto estaré trabajando o estudiando. No es mi intención dar la lata o ser un estorbo.

—Bueno. —Amada no sabía cómo decirle a su sobrina que era lesbiana y que estaba además encantada de serlo y de poder vivir con la persona que amaba—. No es un hombre, Gloria, es una mujer. Tengo una relación con una chica.

Gloria torció por un momento la cabeza mirando a su tía como de reojo, pero en seguida dejó que a su cara asomara una enorme sonrisa.

—De acuerdo, tía, no pasa nada. Lo importante es amar. Tener a alguien a quien contarle tus penas y tus alegrías. Que te haga sentir y disfrutar, que se te erice la piel cuando su mano se posa sobre tu cuerpo. Qué importa si es una mujer la que te satisfaga. Lo importante es el amor que seáis capaces de daros.

Amada abrazó a su sobrina y la besó en la frente.

—Gracias, mi niña. No sabes el peso que me quitas de encima. Bastante duro es no poder compartir con nadie mi felicidad. Gracias por aceptarme. Desde luego, no cabe duda de que eres hija de tu padre. Cuando se lo dije, él me contestó casi lo mismo que me has dicho tú, bueno, un poco más burro fue, que ya sabes que tu padre no tiene pelos en la lengua.

—Pero ¿mi padre lo sabe?

—Claro que sí. Le presenté a Dori cuando vino a despedirse, y el cabrón se dio cuenta enseguida. No tuve que decirle nada, me lo dijo él a mí.

»Espera, apago las máquinas, cojo el abrigo y nos vamos a casa. Por hoy ya está bien».

Cruzaron la calle y subieron por Rúa Mayor, allí vivía Amada desde hacía años. El sonido de un piano llamó la atención de Gloria, se mezclaba con el ruido de las máquinas de coser y el sonido melodioso de las bordadoras tarareando.

—El piano lo toca el señor Andrés, es ciego, pero afina pianos. Es un hombre muy agradable, ya lo conocerás; las que cantan son las bordadoras, que las pobres trabajan hasta bien entrada la noche, igual que las cigarreras, a las que dentro de un rato verás pasar bulliciosas, siempre bajan riendo y hablando a voces, pero le dan una vida a la calle que no la cambio por nada; además, tengo entre ellas muy buenas clientas.

Amada abrió la puerta del portal y ambas subieron unas escaleras que las llevaron hasta el primer piso.

Dori estaba en la cocina preparando la cena, salió limpiándose las manos en el delantal con la intención de besar a su compañera tal y

como hacía cada día, pero se quedó parada en el pasillo al ver que Amada venía acompañada.

—Hola, cariño, tranquila, es mi sobrina Gloria, te he hablado de ella. Se va a quedar con nosotras a vivir… de momento, porque quiere ser enfermera y si lo consigue tendrá que estar en la escuela mientras estudia. No te preocupes por nada, ya la he puesto al corriente, ¡venga ese beso! Llevo esperándolo todo el día.

Gloria se sorprendió gratamente, era la primera vez que veía a dos mujeres besarse, pero intentó disimular lo mejor que pudo, aunque ambas se dieron cuenta de que la chica se había puesto colorada y sonrieron sin decir ni una sola palabra.

—Vamos a cenar —dijo Amada—, que huele de maravilla; no sé qué nos ha preparado Dori, pero estoy segura de que será algo rico de verdad. Ya verás qué bien cocina. Pero los platos luego los friegas tú, hoy te toca por acabar de llegar.

—Eso está hecho, tía. ¡Faltaría más! Pero, si no le importa, me gustaría ir a informarme mañana temprano sobre los estudios que quiero hacer. Luego me pasaré por el atelier.

—Me parece bien, porque mañana mismo tenemos que ir a tomar medidas. Por la mañana, sobre las once, coges una cajita verde que hay sobre mi mesa, donde tengo el metro y la libreta. También debes coger muestras de telas, las tengo preparadas ya. Pero… ya lo hablamos tranquilamente. Ahora cenemos.

A primera hora Gloria tomó el tranvía que la llevó hasta Cuatro Caminos, tal y como le indicó su tía, y con paso ligero llegó hasta el hospital.

Una chica muy atenta le indicó dónde podía informarse sobre la formación. Obtuvo una respuesta que si bien era esperada la desilusionó. El curso estaba empezado y no podía incorporarse, ya que todas las plazas estaban cubiertas. Solo la posibilidad de una baja le daría acceso, algo que era poco probable.

La consulta le había llevado poco tiempo. Su tía le había dicho que sobre las once tenían una cita a la que acudir, pero era pronto, por eso en lugar de tomar nuevamente el tranvía decidió caminar y de ese modo ver algo más de la ciudad.

Gloria entró en el atelier y se dirigió al fondo después de saludar a las mujeres que trabajaban en él. Le contó a su tía lo que le habían dicho y le pidió que le dejara trabajar con ella en el atelier, tenía que hacer algo, no podía estar mano sobre mano todo el día, ya que de momento no podría cursar los estudios de enfermera. No obstante, y

sabedora como era de que Amada conocía a mucha gente, le pidió a su tía que si sabía de alguien por favor hablara en su favor. La mujer le dijo que estaría pendiente de ello y le prometió que hablaría con algún conocido para ver si era posible que se incorporara con el curso iniciado. De momento estaría con ella, llevando recados y acompañándola a las casas de algunas de las señoras más respetables de la ciudad.

Preparó las telas, y todo el material que su tía le indicó y se dispuso a ir con ella.

Santander, años treinta, siglo XX

Laura Ramírez Cueto tuvo claro desde muy pequeña que lo que quería era cuidar a los enfermos, acompañarlos en los momentos difíciles y favorecer en lo que pudiera su bienestar.

Era una chica de mediana estatura, con los ojos marrones claros, grandes y avellanados, el pelo castaño y con una figura que era la envidia de todas sus compañeras. Su pequeña cintura marcaba a la perfección unas caderas bien formadas, sus piernas largas y finas acompañaban el cuerpo de la muchacha que además poseía una cara dulce; parecía una actriz.

La joven tenía dos hermanos más pequeños que ella. Su padre trabajaba como contable en el Ayuntamiento y su madre, además de las labores de la casa, también lo hacía en la centralita del hospital. Gracias a ello, Laura pudo ver cada día a su madre y saber qué era lo que estaba ocurriendo en casa durante el tiempo que estuvo en el internado, ya que la formación requería vivir allí durante el tiempo que duraban los estudios de Enfermería.

No eran una familia rica, ni tan siquiera pudiente, pero tenían una buena situación económica, se podían considerar de clase media, ya que podían permitirse algún que otro capricho.

Laura había nacido en Santander y tenía veintidós años recién cumplidos. Se veía con un muchacho que trabajaba en los Talleres Mecánicos de don Agustín Sierra Fernández. A sus padres no les gustaba, decían que era un revolucionario, que siempre estaba metido en líos y que eso le iba a traer problemas, pero ella estaba enamorada de Felipe y no le importaba, era un tipo inteligente, sabía moverse y, sí, era muy revolucionario, pero ella también lo era, aunque en casa aparentara ser una joven sosegada y cabal, entendiendo por cabal el comportamiento que sus padres querían que ella tuviera.

Vivían en el centro desde hacía poco tiempo. Antes de eso,

compartieron una casa con su abuela en Cueto, a las afueras de la ciudad, hasta que un tío de su madre falleció y, como era su única sobrina y no tenía hijos, le dejó un precioso piso en la calle San Francisco, o de los Suspiros, como los santanderinos gustaban llamar a aquella alegre y bulliciosa calle.

Era un piso grande con cuatro dormitorios, un gran salón, una amplia cocina y un baño. Estaban felices allí, sobre todo sus hermanos, ya que aquella calle era el epicentro de la juventud, por ella podías encontrarte con cualquiera. Pero Laura echaba mucho en falta vivir con su abuela; la libertad de aquella pequeña casita desde donde se podía ver el mar había formado parte de su vida y, por ese motivo, muchos fines de semana cuando no tenía clase se quedaba allí acompañándola. Además, Felipe vivía muy cerca de la anciana y eso les permitía pasear por el borde de los acantilados, ir hasta el faro y sentarse allí admirando el mar mientras se profesaban todo tipo de caricias. Era su lugar especial, alejado de la mirada de curiosos y donde el sonido incesante del romper de las olas sobre las abruptas rocas era la mejor compañía que la pareja pudiera pedir.

Después de tres años estudiando, por fin había llegado el día de comenzar a ejercer la profesión que amaba y para la que con tanta ilusión se había preparado.

Tres años en el internado de la Escuela de Enfermería de la Casa de Salud Valdecilla que habían sido una delicia.

Ella era afortunada, sus padres y sus hermanos vivían en Santander, pero tenía un montón de compañeras que llegaban de cualquier parte de España para formarse en la que era sin duda la mejor escuela de enfermeras del país. El estar interna la hizo vivir un ambiente profesional que había aportado a Laura una madurez que hasta ella misma notaba.

El primer año estudió Anatomía, Fisiología y Patología, Bacteriología e Higiene, además de primero de Cuidado de los enfermos. En segundo curso, Química, Dietética, Farmacología, Terapéutica quirúrgica y, por supuesto, Cuidado de los enfermos II; y ya en tercero, especialidades médico-quirúrgicas y Acción social. Todo eso además de las prácticas que debía desarrollar en los diferentes pabellones y las guardias que junto con compañeras ya experimentadas también llevaba a cabo. Pero había merecido la pena todo ese esfuerzo.

Aunque, lógicamente, no todo era estudiar, también hubo tiempo para el ocio y la distracción. Desde el primer año compartió habitación con M.ª Luz, una muchacha de Valderredible con la cual había hecho mucha amistad, era como si se conocieran de toda la

vida. Se habían contado sus penas, habían disfrutado de sus alegrías y por fortuna habían reído más que llorado. Las charlas nocturnas, cada una desde su cama, eran interminables, solo hasta que una de las dos se quedaba dormida y la otra se daba cuenta de que era el momento de callarse, al ver que no había respuesta por parte de la compañera. Pero no solo M.ª Luz se había convertido en una gran amiga, eran muchas las chicas y todas con las mismas inquietudes: aprender y poder ofrecer su ayuda y su buen hacer a todo aquel que pudiera necesitarlo.

Las Hermanas de la Caridad eran parte importante de la escuela, al igual que del hospital, y también habían colaborado en gran manera con su formación. Ellas aportaban su paciencia, trasmitían como nadie la empatía que había que desarrollar con el enfermo y enseñaban otras cosas que no se aprendían dentro de las aulas.

Laura caminaba deprisa, cuesta abajo, con unos zapatos que no eran de tacón muy alto, pero que le estaban destrozando los pies. Se los había regalado su madre por su cumpleaños y no los había estrenado hasta ese día. Mientras se dirigía al hospital recordó la primera vez que se puso su blanco uniforme: la bata, el delantal, las medias, los zapatos y el gorrito que cubría su cabello; con aquella vestimenta estuvo los tres años de su formación y por fin ahora lo luciría con orgullo toda la vida siendo enfermera titulada.

En la puerta del pabellón-consultorio un grupo importante de chicas esperaban nerviosas. Bajo el ancho alero, se cobijaban de la lluvia fina que aquella mañana había comenzado a caer. Las enfermeras llevaban posados en sus antebrazos los limpios uniformes.

Cuando estuvieron todas, entraron en el vestíbulo. La luz se colaba por los amplios ventanales y, a pesar de que el día estaba gris, los fantásticos azulejos de Talavera que formaban el zócalo y el impresionante color rojo de las baldosas del suelo le parecieron a la muchacha más bellos, diferentes, como si fuera la primera vez que pisaba aquel espléndido vestíbulo, digno de una hermosa casa señorial.

Laura, conteniendo los nervios propios de una principiante, se vistió y pasó cuidadosamente la mano sobre el blanco delantal para con ello quitar las pequeñas marcas que durante el trayecto se habían hecho en la prenda. Antes de salir, se miró en el espejo del vestuario para colocarse el cuello de la bata y el gorro.

Todas esperaban la llegada de la hermana Soledad. Ella era la encargada de organizar y distribuir el trabajo de las enfermeras. Las chicas estaban expectantes y, cuando la vieron aparecer con una libreta gris entre las manos, los nervios fueron en aumento.

La monja, hermana de la caridad, vestida de azul oscuro hasta los pies y con la característica toca blanca, llegaba sonriente.

Conocía a la perfección a todas y cada una de las muchachas que desde ese momento formarían parte imprescindible del hospital; como siempre les decía, ellas eran el alma de la Casa de Salud Valdecilla.

Las chicas la recibieron con algarabía, tanto que la hermana Soledad tuvo que pedir silencio. Las felicitó a todas y les dio la bienvenida deseándoles, por supuesto, mucha suerte en su nueva etapa. Luego abrió la libreta y comenzó a nombrar a las nuevas profesionales de enfermería.

—Laura Ramírez Cueto, M.ª Luz Rodríguez Fernández e Isabel Hernando Pérez, pabellón de digestivo. Adelante, la hermana Encarnación os espera. Ya podéis presentaros.

Las tres chicas se miraron y unieron sus manos. Durante todo el tiempo que estuvieron en la escuela de enfermeras habían sido amigas, y ahora habían tenido la suerte de ir a trabajar al mismo pabellón. Quizá su trayectoria había ayudado, las tres eran excelentes muchachas que habían sacado los estudios con muy buenas notas, destacaban del resto, eran responsables, amables, abiertas y sobre todo amantes de lo que estaban haciendo; lo suyo era pura vocación.

Las tres chicas llegaron al pabellón. Al fondo del pasillo la hermana Encarnación, una mujer muy alta y delgada, las esperaba con los brazos cruzados y dando pequeños golpecitos con su pie derecho sobre el suelo. Sin darles tiempo a llegar, la mujer caminó a su encuentro.

—Buenos días, ¡ya es hora, hay mucho que hacer!, llevo rato esperando que aparezcáis. No es buena forma de comenzar, pero, bueno, no lo tendré en cuenta, es el primer día. Tú y tú —dijo señalando a M.ª Luz y a Isabel—, venid conmigo. Vamos a preparar la medicación de los pacientes. Esto lo tendréis que hacer vosotras a partir de mañana.

—¿Y yo?

—No te preocupes, para ti también tengo labor. Espera aquí, una compañera vendrá ahora, harás curas con ella.

Laura se quedó apoyada en un pequeño mostrador blanco sin moverse. Veía cómo iban y venían las enfermeras, pero ninguna le decía nada. Allí estuvo durante una hora.

—¿Qué haces ahí parada, estás de descanso o qué, has hecho lo que te dije?

—Verá, hermana, es que nadie me ha dicho nada, y no sabía qué hacer o con quién ir.

—Ven conmigo.

La mujer caminó, Laura lo hacía dos pasos por detrás de ella sin

saber muy bien qué hacer con las manos. Sor Encarnación abrió una puerta y entraron en una gran sala.

Había ocho camas. Las paredes estaban revestidas de unos azulejos de color beis que hacían acogedora la estancia. Los ventanales daban a una gran terraza donde dos mujeres estaban sentadas a pesar de la temperatura, algo que a la monja no le pasó desapercibido y enseguida se dirigió a ellas, diciéndoles que por favor volvieran a la cama antes de que se resfriaran y agravaran su estado.

Al fondo de la sala, una enfermera se afanaba en su labor.

—¡Dolores!

La muchacha levantó la vista y volvió a limpiar la herida en la que trabajaba.

—Esta es… ¿Cómo era tu nombre, perdona?

—Laura.

—Laura, a partir de ahora trabajaréis juntas. ¡Como siempre te estás quejando de que tienes mucho trabajo, pues para que veas, he conseguido que me manden a una de las nuevas! Cuídala, estoy segura de que será una compañera estupenda.

La muchacha no dijo nada, pero, cuando la monja salió de la sala, saludó muy amable a Laura y le explicó lo que estaba haciendo. Pronto se entendieron y comenzaron a colaborar.

Dolores era una mujer fuerte, entrada en carnes; llevaba sobre la nariz unas lentes que parecía que de un momento a otro se iban a caer sobre la herida de la paciente, pero ella con un gesto de su cabeza las volvía a colocar de nuevo donde quería que estuvieran.

La jornada fue agotadora, no habían parado ni un momento. No era de extrañar que su compañera hubiera pedido ayuda, no sabía cómo era capaz de realizar tantas curas ella sola.

—Madre mía, tienes que acabar agotada. ¿Todos los días es así?

—Sí, todos los días, incluso alguno es peor. Pero ya estoy acostumbrada. Aunque no te creas, ¿eh?, a veces tengo tiempo de tomarme hasta un vaso de agua —sonrió.

»Y tú, ¿cómo es que has estudiado para ser enfermera?, ¿qué te llama de esto? Como has visto…, no es nada agradable; bueno, otras cosas son peores, la verdad, a mí me gusta cuando han sanado y ya no les hacemos sufrir con las curas, los pinchazos y todas esas cosas que tenemos que hacer. Pero tú, ¿por qué no te has hecho maestra?, es mucho más limpio, créeme.

—¿Y tú? ¿Por qué no eres tú maestra?

Las dos se echaron a reír, habían entendido perfectamente que eso era una vocación, una manera de vivir, algo con lo que habían soñado siempre y que ahora se estaba cumpliendo.

—Estamos hechas de otra pasta, ¿verdad? A ti se te ve en la cara, solo tenía que mirarte cuando estábamos atendiendo a esa pobre mujer. El cariño de tus palabras, la delicadeza con la que tratabas sus heridas abiertas. Se nota que lo tuyo, como lo mío, nos viene de raza. Bueno, es hora de limpiar todos los instrumentos y dejarlos preparados para mañana. Allí, al final del pasillo a la derecha, hay una salita donde están las vendas y todas las cosas que necesitamos; llévate el carro y repón todo lo que falta, así mañana ya tenemos trabajo hecho, ¿no te parece?

—Me parece estupendo.

Cuando estaba en el almacén escuchó como la hermana Encarnación hablaba por teléfono.

Alguien buscaba una buena enfermera que pudiera estar pendiente de atender a un señor mayor.

La mujer salió y se dirigió al cuarto donde estaban todas las chicas.

—Vamos a ver, ¿alguna está interesada en atender, por supuesto fuera de sus horas de trabajo en el hospital, a un señor mayor? No sé cuánto pagan ni si serán muchas horas. Lo único que sé es que el doctor Picatoste me ha pedido que por favor busque entre una de vosotras, tiene un compromiso con una familia muy bien posicionada de la ciudad y, ya sabéis, como siempre, somos nosotras las que tenemos que solucionar el problema.

Ninguna respondió. La mayoría de ellas salían agotadas de su turno en el hospital, otras tenían padres a los que atender, o hermanos, y, por supuesto, también tenían derecho a divertirse.

Laura observó a sus compañeras y después de ver la reacción de todas ellas, que había sido de absoluta indiferencia, decidió dar el paso.

—Hermana, a mí no me importaría. Me gustaría ir yo si puede ser.

—Estupendo, pues mañana el doctor te dirá de qué y de quién se trata. A mí solo me ha pedido que busque una buena enfermera. Una cosa te digo, no tengas remilgos a la hora de cobrar; si quieren atenciones, que las paguen, no vayan a pensar que en este hospital se forman las mejores enfermeras del país para que atiendan las tonterías de cuatro ricos.

Tal y como la monja le había dicho, a la mañana siguiente a primera hora, Laura se presentó en la consulta del doctor Picatoste.

La dirección del paciente la tenía clara, era una casa que conocía, había pasado muchas veces por delante de ella. Las Carolinas se llamaba y estaba en el paseo de Sánchez, en el Alta. Acudiría diariamente a tomar las constantes del enfermo y vigilar que se le administrase la medicación; además, si fuera necesario lo acompañaría

siempre que sus familiares se lo pidiesen, salvo cuando tuviera que cumplir con su trabajo en el hospital.

Santander, años treinta, siglo XX

Ana miraba tras los cristales de la ventana de su habitación, pero no le permitían ver con claridad, estaban empañados. Agarró con los dedos pulgar e índice de la izquierda la manga derecha de su chaqueta y cubrió toda su mano con la prenda; según lo hacía recordó que desde pequeña su tía la regañaba por aquello, no pudo por menos que sonreír, se miró la mano y elevó los hombros en señal de desaire y, al tiempo, limpió el vaho con el puño de la prenda, haciendo un círculo que le permitiera ver el exterior con más nitidez.

Asomó la cabeza por el hueco y miró hacia fuera. Todo estaba igual, el día era gris, pero en esta ocasión algunos débiles rayos de sol se asomaban perezosos entre las nubes, las hojas en los árboles cada vez eran más escasas y eso le permitió divisar casi el mar y el otro lado de la bahía. No tuvo la sensación de que hiciera demasiado frío y abrió la ventana, sacó la cabeza y acabó apoyando sus antebrazos sobre el alféizar. Se escuchaba el suave y débil cantar de los pájaros que aún quedaban e intentó buscar con la mirada a alguno de ellos, pero su vista se distrajo al oír cómo una camioneta, seguramente de reparto, entraba en la finca. Se cambió a una ventana lateral y miró hacia abajo. Era el carnicero, pero se sorprendió al ver a una joven a la que no conocía. Por la ropa que llevaba, tenía que ser la nueva cocinera; la chica conversaba con Gustavo, el recadero. El chico miró hacia arriba y saludó con la mano a Ana, que le devolvió con una sonrisa el gesto.

La puerta de su habitación se abrió.

—¡¿Qué fisgas?! —preguntó Marifé al abrir la puerta.

—¡Qué tonta eres! ¿No sabes llamar a la puerta, niña?, menudo susto me has dado. No fisgo, solo estoy mirando por la ventana. ¿Qué quieres?

—Dice la tía que bajes. Quiere hablar con nosotras, espero que no sea para decirnos que nos mandan a un internado. Con lo rebelde que eres me temo que cualquier día de estos nos ingresan en uno de esos colegios para señoritas.

—Mira que eres simple, hija. Desde luego a mí, con los años que tengo, no me va a internar nadie en ningún sitio. Deja si no soy yo la que les ingrese a ellos.

Ana Zaldívar Uriarte era la mayor de dos hermanas. Ambas habían

nacido en Asturias, tierra de donde era oriundo su padre y al que su madre conoció durante un verano que había pasado en casa de unos familiares en Gijón. La gripe de 1918 acabó con la vida de sus progenitores. Primero falleció su padre, que no llegó a conocer a su hermana, y, cuando ya todo estaba a punto de terminar, fue su madre la que enfermó. Ella tenía apenas dos años y su hermana Marifé unos meses. Desde entonces vivían con su abuelo materno y sus tíos, que no tuvieron hijos y con gran cariño decidieron hacerse cargo de ellas. Las habían cuidado y dado todo tipo de atenciones desde el primer momento, las querían y las habían criado como si realmente fueran sus hijas.

Ana estaba a punto de terminar sus estudios y su mayor ilusión era ser periodista. Le gustaría seguir los pasos de mujeres como Victoria Kent o cualquiera de las que comenzaban a despuntar. Soñaba con publicar las entrevistas que hiciera a grandes personajes de la vida política del país.

Ya tenía todo preparado para instalarse en Madrid el próximo año, en la calle Fortuny, lugar donde estaba ubicada la residencia de señoritas que había sido recomendada por amigos y familiares de sus tíos. Aunque ella hubiera preferido buscar un piso con otras chicas y vivir juntas —ya sabía lo que era la residencia y no estaba de acuerdo con tanto horario y tantas normas—, eso no entraba en la cabeza de su tía, que, al enterarse de las intenciones de su sobrina, casi sufrió un colapso. Por lo tanto, Ana había aceptado ser inscrita de nuevo en la residencia, pues, de lo contrario, la habían amenazado con no dejarla ir. De todos modos, ya vería cómo se las arreglaba; igual una vez que estuviera allí convencía a su tío y le sacaba los cuartos para el alquiler, o tal vez ella misma podía buscar un trabajo que le proporcionara el dinero necesario para subsistir.

Ana era una rebelde sin causa según su tía. Pero no era cierto, la genética seguramente era la que la movía a pensar como lo hacía; su padre fue un simple minero que tuvo la osadía de cruzarse en la vida de una mujer de la alta sociedad, su madre, algo que la familia de esta no le perdonó jamás.

La verdad es que no le faltaba de nada, vivía cómodamente en una gran casa, con buenos vestidos, comida de sobra, servicio, formación, educación y todo aquello que una joven pudiera necesitar. Pero ella no estaba conforme. Sus ideales eran otros, se sentía totalmente comprometida con la República y quería cambiar el país, que todo el mundo pudiera disponer de lo mismo, que aquel que lo deseara tuviera acceso a la universidad, a buenos médicos, que no le faltara a nadie un plato de comida, que los salarios fueran justos y que no se

explotara a ningún trabajador y, sobre todo, que las mujeres fueran parte importante de la sociedad, que se les diera el valor y el reconocimiento que merecían. Por eso, desde hacía meses, y a espaldas de sus tíos, frecuentaba círculos políticos y acudía con asiduidad a la Federación Obrera Montañesa, donde colaboraba en todo lo que podía.

Ana era la favorita de su tío, siempre sabía cómo convencerle, cómo llevarle a su terreno y, sobre todo, cómo hacer para que fuera él quien intercediera ante las negativas de su tía.

Ana era una joven muy atractiva, tenía unos enormes ojos color avellana y una melena rubia cortada siempre a la moda. Era esbelta y sus largas y finas piernas le daban un aspecto de mujer elegante. Su carácter fuerte contrastaba con su acaramelada voz, con la cual era capaz de engatusar a cualquiera. No soportaba que le llevaran la contraria si creía que tenía razón, era una líder nata, algo que sabía y aprovechaba siempre que tenía ocasión. No contaba con muchas amigas, al menos en el círculo que su familia frecuentaba. Pero sí en su grupo, en ese que ella misma había sido capaz de crear. En él se movía como pez en el agua y eran muchas las personas que la querían y la respetaban. Era una feminista convencida y desde pequeña así lo había demostrado.

Pero en su vida también había contradicciones que chocaban con sus ideales a ojos de los demás, contradicciones que prefería mantener en silencio. Le encantaba la moda, seguir las tendencias que venían de París y de América, cortarse el pelo a la última, ojear las revistas y admirar los modelos y vestidos que lucían las actrices de Hollywood.

De nuevo la puerta se abrió, pero esta vez era su tía; la mujer venía molesta como era habitual de un tiempo a esta parte. Sin saber cómo ni por qué su carácter había sufrido un cambio radical que tenía a todos un poco desconcertados.

—Ana, ¿quieres hacer el favor de bajar? Me parece una falta de respeto terrible que no atiendas a mis llamadas. Hace rato que tu hermana ha subido a buscarte y al final tengo que venir yo. ¡Estás colmando mi paciencia, niña!

—Bueno, tía, no se me altere, que se sofoca y el colorete le sube mucho el tono. Deme un beso. Vamos, ya estoy lista. Es que estaba preparando unas notas para clase.

—Acabas conmigo, de verdad. Yo, que estoy toda ilusionada con lo que voy a contaros, y tú ya haces que me enfade.

Ambas salieron de la habitación y caminaron sin mediar palabra.

Cuando llegaron a la biblioteca, las esperaba Marifé, que como siempre tenía entre las manos un libro que había comprado aquella

misma mañana. Ana se lo quitó y leyó el título.

—Qué interesante, hermanita —dijo en tono irónico—, *Muerte en las nubes*, de la señora Agatha Christie. Más valía que hubieras comprado el que te dije, Federico García Lorca es un gran dramaturgo; por cierto, no quisiste venir a ver la representación en el Palacio de la Magdalena este pasado verano, los actores de *La Barraca* estuvieron sublimes, te perdiste la mejor actuación que se ha representado en la ciudad en todo el año. Pero tú sigue con esas tonterías de asesinatos.

—Deja en paz a tu hermana, que lea lo que quiera. No entiendo por qué le tienes que estar siempre diciendo a la niña lo que tiene que hacer.

—Porque tiene que aprender y dejarse de tonterías. Hay que estar preparados para todo en esta vida y leyendo eso no creo que aprenda nada.

—Pues igual cambio y, en lugar de ser enfermera, me hago detective —contestó Marifé con mucha energía viendo que su tía la podía apoyar.

—Calla, niña, por Dios; ese no es trabajo para una mujer —respondió doña Elvira.

—¡Eh! Tía, por ahí no vaya —dijo Ana—; una mujer, como un hombre, puede hacer todo aquello que se proponga, y, si quiere ser detective, a mí me parece muy bien, o ¿acaso cree usted que no hay mujeres espías?

—¡No puedo más, no puedo más! Deja ya todas esas cosas del feminismo. Pronto te casarás y verás como todo cambia. Te darás cuenta de cuál es el papel de la mujer en este mundo. Pondrás los pies en el suelo de una santa vez. Un buen marido es lo que tú necesitas para que te quite esas tonterías de la cabeza.

—Eh, quieta —dijo acercándose a ella y rozando casi su nariz con la de su tía—. Pare, que se le están desbocando los caballos, respire hondo y relájese. ¿Quién se va a casar? ¿Hoy le ha sentado mal el desayuno, tía? Para su información le diré que no creo que me case. Es más, haré con mi vida lo que quiera y, sobre todo, para que le quede claro, no piense que me va a emparentar con ningún ricachón de esos que el tío y usted conocen, porque no lo aceptaré jamás. Repito, ¡que le quede claro! A la hija de mi madre no la va a meter en vereda nadie, ni hoy ni mañana ni nunca. Deje ese sermón y esas tonterías para otra, conmigo ha dado en hueso.

Doña Elvira sintió que se desvanecía, con la mano hacia atrás buscando un apoyo se dejó caer sobre su butaca mientras intentaba tomar aire del abanico que tenía sobre la mesita auxiliar.

—Vas a acabar conmigo. Por favor, Marifé, querida, acércame las

sales que están sobre el escritorio —pidió la mujer mientras dejaba que su cabeza se recostase sobre uno de los orejeros del sillón que ocupaba—. Menos mal que serás enfermera, porque está visto que voy a necesitar a alguien que me cuide. Tu hermana cualquier día de estos me mata.

—Bueno, tía, dejemos los dramas. Vamos a ver si nos cuenta algo interesante y espero que no sea que me está buscando novio, claro.

—No, no es eso, bueno…, deja que me reponga, tu insolencia me sobrepasa.

—Bueno, hable o me voy. Que tengo mucho que hacer —dijo Ana.

—Qué carácter, ¡eres igual que tu padre!

—¡A mucha honra! Estoy cansada de que cada vez que algo de nosotras no le gusta alegue que somos como nuestro padre; pues claro que lo somos, ¿a quién si no íbamos a parecernos?

—Bueno, no comencemos de nuevo. Tú tienes tu opinión y yo la mía. Se terminó, no quiero volver a discutir de nuevo sobre ese asunto.

—Pues no lo miente más —comentó Ana.

—¿Puedo seguir hablando de una vez?

—Hable, llevo un rato esperando que lo haga y lo único que escucho son tonterías.

—Haya paz, por favor, sois terribles las dos. Vamos, tía, díganos lo que quiera —apaciguó Marifé, que ya estaba cansada de escuchar cómo ambas mujeres reñían.

—Sí, tienes razón niña. —Doña Elvira tomó un poco de agua, se sosegó y siguió hablando—: Quiero deciros dos cosas; en unos días, tendremos visita. Son unos muy buenos amigos de vuestro tío. Hay un negocio importante que le interesa y tenemos que colaborar todas, espero contar con vosotras.

»Ana, por favor, no quiero que tus ideas revolucionarias hagan que la cena sea un desastre.

—Pues, si no voy a poder hablar, mejor me quedo en la habitación, no me gusta que la gente piense que soy tontita y no abro la boca porque no sé qué decir —contestó la chica.

—Haré como que no he escuchado lo que acabas de decir, Ana. Le darías a tu tío un gran disgusto.

»Por lo tanto, para esa cena tendremos que estar bien guapas, por eso mañana vendrá Amada a tomar medidas, quiero que las tres nos hagamos vestidos para la ocasión.

—¿Y por qué no vamos al atelier nosotras? No somos cojas ni estamos imposibilitadas. Y, además, tía, a usted le vendría muy bien salir de casa y ver qué es lo que hay por el mundo, por la calle, la

gente normal, la realidad.

—En otra ocasión iremos, Ana, por favor, deja de poner pegas a todo lo que digo. Me amargas la existencia.

Marifé se levantó, posó el libro sobre el sillón con rabia y gritó:

—¡Basta ya! Sois iguales. ¿No podemos hablar como personas civilizadas, aunque solo sea una vez?

Ana se volvió hacia su hermana y con un gesto de aprobación le dijo:

—Así me gusta, hermanita, ese carácter es el que yo quería ver. Bueno, si ya está todo dicho, me voy, que tengo mucho que hacer.

Ana salió de la sala de lectura sonriente; por un lado, había conseguido poner a su tía de los nervios y, por otro, sacar de sus casillas a su hermana.

Se dirigió a la cocina canturreando una melodía que había escuchado en Radio Internacional, era de Billie Holiday y se le había quedado metida en la cabeza.

Ya iba siendo hora de conocer a la chica que había visto desde la ventana hablando con el repartidor de la carnicería.

2

Raquel remendaba unos calcetines viejos de los que usaba para las noches frías de invierno. Estaba sentada junto a la ventana, recibiendo la luz que los rayos del sol proporcionaban. Levantó la cabeza al sentir que alguien se aproximaba. Al ver que era Ana, saludó y le preguntó si quería algo.

—No, gracias, Raquel. He visto que cuando ha venido Gustavo no has salido tú, era una chica a la que no conocía, acaso… ¿tenemos cocinera al fin?

—Así es, su tía acaba de contratar una.

»Llegó ayer y el desayuno de hoy ya ha sido ella quien lo ha preparado, y muy bien, por cierto. Pero, como la señorita debía de estar muy ocupada y no bajó a desayunar, no ha podido enterarse de las novedades.

Raquel y Ana tenían mucha confianza, por eso el trato era más cercano. El ama de llaves guardaba las distancias cuando había gente delante, aunque la complicidad entre ellas era manifiesta; además, compartían cosas en común fuera de la casa, por supuesto a espaldas de doña Elvira.

—Martina y ella han salido un momento. Les he dicho que fueran a dar una vuelta por el Alta para que la chica se vaya situando, la comida ya la tiene preparada. Es una muy buena cocinera; a pesar de lo joven que es, apunta maneras, da gusto verla trabajar.

Ana escuchó atentamente lo que Raquel le contaba de la cocinera y durante un tiempo hablaron de ella. El sonido de unos tacones hizo que cambiaran de tema y que Ana bajara la voz para pedirle un favor al ama de llaves.

—Raquel, esta tarde voy a salir y necesito que me cubras. Voy a una charla que dará Matilde de la Torre, me interesa mucho escucharla; ella está en Madrid, es diputada, como sabes, y quiero ver cómo están las cosas allí.

La mujer no comentó nada, siguió cosiendo. No le gustaba en lo que estaba metida Ana, pero lo cierto era que en parte había tenido la culpa ella. La primera vez que visitó la Federación Montañesa Obrera lo había hecho de su mano.

Raquel se acercó hasta la sede de la Federación en la calle Magallanes, y la chica entró con ella. Al día siguiente fue ella sola, lo mismo hizo días después cuando visitó la Casa del Pueblo para implicarse aún más.

—Puedes decirle a mi tía, si tardo, que me he acercado hasta casa de tus tías a llevarles algo, o no, mejor le dices que crees que fui a la biblioteca a una conferencia. Sí, mejor puedes decir eso.

El ama de llaves levantó la vista y le contestó un poco enfadada.

—Un día de estos vamos a tener un disgusto. No te involucres mucho, las cosas están muy calientes; es más, creo que no deberías ir tan asiduamente, me da mucho miedo lo que pueda pasar.

—Algunos buscan un mundo más justo y otros intentamos hacer que lo sea. Quédate tranquila.

Marifé entró en la cocina justo cuanto Ana había terminado de hablar, venía en busca de una galleta, sabía que Susana las había hecho para desayunar y buscó por la cocina con la vista sin decir ni una palabra. Ana las había visto sobre el fogón y, conociendo a su hermana, se volvió, ya que las estaba tapando con su cuerpo, tomó la bandeja y se las ofreció.

—Toma, golosa, ¿a que vienes a por esto? —Marifé asintió con la cabeza—. Te conozco como si te hubiera parido.

—Mira que eres ordinaria. La tía tiene razón a veces cuando dice eso de… «¿Hija de quién serás?».

Las tres mujeres rieron a carcajadas con la ocurrencia de la joven, que salió de la cocina con las manos llenas de galletas.

3

Gloria se daba prisa en preparar lo que su tía le había pedido. Telas y tejidos diferentes: de colores, estampados, lisos, bordados, sedas, paños, encajes, todo lo que había en el atelier lo cargaron en una camioneta que un muchacho alto y delgado, al que gran falta le hacía un buen cocido, había llegado para recoger. La chica sufría cada vez que lo veía cargar con los tubos llenos de telas, le daba la sensación de que sus jóvenes huesos iban a partirse por alguna parte, sus brazos apenas abarcaban todo y se le resbalaban a medida que caminaba. Al depositarlos sobre el auto, tenía que tirarse de los pantalones hacia arriba, parecían heredados y ni tan siquiera el cincho que llevaba era capaz de sujetarlos en su escuálida cintura.

—Igual es mejor que los cojas uno a uno y los pongas sobre tus brazos, ¿no te parece? Y… podías hacer un par de agujeros más en el cinturón, claro, a no ser que quieras perder los pantalones.

El muchacho se sonrojó, echó la vista al suelo y volvió a tirar de nuevo hacia arriba de la prenda.

—Hay prisa, niña, y así tardaré más —dijo mientras elevaba sus hombros y los dejaba caer, dando a entender que ya lo había intentado y que era mayor la premura de tiempo que la posibilidad de que cayeran al suelo los paños.

»En cuanto a mis pantalones, los llevo como quiero, o ¿acaso los tengo que llevar como a ti te guste?

—¡Faltaría más, chico!, puedes llevarlos como quieras, como si los llevas por las rodillas. En cuanto a las telas, creo que es mejor que tardes a que se te caigan y se echen a perder, porque entonces sí que la señora Amada se va a enfadar.

Pero el muchacho siguió cargándolos de la misma manera y le dijo:

—Tranquila, que no los voy a tirar. Tengo ya muchos de estos a mis espaldas.

Cuando el material estuvo cargado, ambos se sentaron en la camioneta, no sin antes avisar a doña Amada, que estaba terminando de atender a una de sus muchas clientas.

La espera se hizo larga y el silencio entre los jóvenes solo se rompió cuando Gloria, más atrevida que el muchacho, comenzó a

hablar.

—Me llamo Gloria. Tú tienes nombre, ¿verdad?

—Pues claro. —El chico hizo una pausa y ella le indicó con las manos que siguiera—. Me llamo Enrique, soy el hijo de Lupe, la planchadora, a veces hago recados para la señora Amada, no es que pague mucho que digamos, más bien se queda un poco corta, es un poco rata —le confesó acercándose a ella y bajando la voz—, pero ayudo en casa. Estoy por decirte que recogiendo monedas en el muelle como raquero iba a sacar más, pero, chica, no me va lo de estar todo el día calado de agua.

—¿Qué es un raquero? —preguntó Gloria.

—Chica, ¿tú de dónde sales? Un raquero es…, pues eso, un raquero. Cómo te lo explico. Son lo chavalucos que andan por el muelle de Calderón a la espera de que se pierda algo, ya sabes… —Le hizo un gesto con los dedos en señal de apoderarse de lo ajeno—. Pero, bueno, son buenos chicos, esperan que los visitantes o algún que otro paseante tire a la bahía una moneda y ellos se lanzan a por ella, así sacan unos cuartos y a la gente le divierte ver quién la pilla antes. De todos modos, tendrás ocasión de verlos.

»Pero, a lo que vamos, lo que te estaba contando, que yo lo que quiero es estudiar para mecánico, me encantan los coches, y cada vez hay más, estoy seguro de que tendré trabajo asegurado.

»¿Y tú?, aparte de llamarte Gloria, ¿qué más me cuentas?, porque creo que te he dado demasiadas explicaciones.

—¡Mira este! Pues no habérmelas dado. Solo te he preguntado cómo te llamabas, el resto ha sido de tu cosecha. Pero, bueno, ya que me has dicho de quién eres hijo, yo te diré que soy la sobrina de doña Amada.

—¡Hostias! Pero qué bocazas soy, siempre tengo que meter la pata. Oye, que no es ninguna rata tu tía, ¿eh?, lo he dicho por…

—Tranquilo, que no soy ninguna chivata, no te preocupes, que no le diré nada.

—Lo siento, no quise decir que tu tía no pague bien, es que…

—No te disculpes, imagino que mi tía no es espléndida precisamente, al menos eso es lo que me parece a mí también. Aunque yo no tengo queja, me deja estar en su casa y eso para mí ya es suficiente.

»De todos modos, otra vez antes de hablar asegúrate de que la persona con la que estás charlando no tenga nada que ver con la que criticas. Queda feo, la verdad, pero puedes estar tranquilo, te lo repito de nuevo, no tengo intención de decirle ni una sola palabra, esto queda entre tú y yo.

Sin tiempo para terminar la conversación vieron cómo Amada salía de la tienda y se dirigía rauda a la camioneta. El muchacho se puso colorado al ver aparecer a la mujer y miró a Gloria suplicando su silencio con un gesto. Ella con una sonrisa movió la cabeza volviendo a corroborar su complicidad.

—¡Venga, arrancando, que el tiempo apremia! —dijo Amada que venía toda sofocada.

Durante el trayecto ninguno de los tres abrió la boca. El chico conducía con alguna dificultad, estaba empezando y no controlaba muy bien las marchas del coche; cada vez que cambiaba, las mujeres recibían un meneo que hacía que su cuello pareciera que se iba a separar del cuerpo.

—¡Niño, a ver si aprendes a conducir!, me vas a matar, bastante mal tengo yo la espalda como para que encima vaya recibiendo estos envites.

—Sí, señora, perdone, es que el auto falla un poco, o, bueno, a decir verdad, no le he cogido yo bien el intríngulis.

Al llegar a la casa, Martina salió a abrir la puerta exterior.

Gloria notó que la chica se sonrojaba y miró de reojo a Enrique, el cual también tenía las mejillas completamente coloradas. No pudo por menos que sonreír, estaba claro que aquellos dos tenían algo, y, si no lo tenían, estaban a punto de tenerlo porque se gustaban.

Laura tocó la puerta del doctor Picatoste. Habían quedado en ir la primera vez juntos a casa del señor Froilán. Asomó la cabeza y le indicó que esperara en la calle su salida.

Como era normal llevaba puesto su uniforme, pero sobre él vestía un abrigo de paño fino de color azul con botones negros. Ató todos y cada uno de ellos y se subió el cuello, se colocó el pelo de nuevo y se sentó en el pequeño muro. No tardó mucho en volver a levantarse. En apenas dos minutos apareció el doctor, que mientras se colocaba el sombrero le hacía gestos a la enfermera para que le siguiera en busca de su auto.

El doctor se mostró amable durante el recorrido y aprovechó para poner al día a la chica sobre la familia.

—Bueno, no vas a tener ningún problema. Don Froilán no está grave ni nada por el estilo, sufre una afección crónica, pero por el momento no tiene dolor, nada que por ahora no podamos controlar, aunque desgraciadamente llegará un día en que esto cambie. La próstata es lo que tiene; cuando se revele de verdad, nos daremos cuenta enseguida. Cualquier problema, me llamas, doña Elvira tiene

mi teléfono y se pondrá rápidamente en contacto conmigo. La persona que vas a cuidar es mayor, tiene setenta y cuatro años, es el padre de la señora de la casa, que como te he dicho se llama doña Elvira. Ella está casada con don Ricardo Gajano, un importante empresario de la ciudad que tiene fábricas tanto en Santander como en los Corrales de Buelna. Viven con sus sobrinas, creo que se llaman Ana y Marifé, y la pequeña, por cierto, quiere estudiar para enfermera, aunque creo que su tía no se lo va a permitir. Ya sabes que esta gente piensa que hay clases y clases y, bueno…, sin más comentarios, ¿no te parece? —Laura asintió con la cabeza—. Pero, como te digo, estate tranquila porque no tendrás ningún problema.

»En cuanto a lo que te van a pagar, la verdad, no lo sé; imagino que te lo dirá la señora, y, si no te dice nada, pregunta tú. El trabajo de todos se dignifica cuando se cobra. No lo olvides nunca.

La puerta principal de la finca estaba abierta, por lo que el médico entró y paró el coche en la parte lateral junto a unas anchas hojas de hortensias que ya no lucían en el jardín.

Laura tomó el pequeño maletín que ella misma había preparado y también cogió el del doctor, aunque este se lo quitó de las manos.

—Trae acá, la gente pobre no necesita criados, ¿no sabes tú eso, niña?

Laura lo miró y, bajando los ojos, sonrió. La puerta se abrió y tras ella apareció Raquel. El ama de llaves tomó los abrigos de ambos y los puso en el gabanero de roble que había en la entrada, después los acompañó a la sala.

—Tomen asiento, por favor, doña Elvira bajará en un momento, se le ha complicado un poco la mañana, pero enseguida estará con ustedes. ¿Desean tomar algo? ¿Un café, un té…?

—No, muchas gracias, Raquel, no se preocupe, estamos bien.

Susana estaba contenta, aunque echaba mucho en falta a su padre, a sus hermanos y a su pueblo. El no escuchar cada mañana el sonido del mar le recordaba que ahora se encontraba sola en una casa donde no conocía a nadie. Pero no tenía ninguna queja, todo lo contrario; tanto Raquel como Martina se portaban con ella de maravilla. Eran amables y la ayudaban en todo.

La cocina estaba llena de cacharros. La joven quería preparar algo especial para comer, ya que la señora le había dicho que era el cumpleaños de una de sus sobrinas, de Marifé en concreto, y quería cocinar un postre delicioso para sorprenderla. A pesar de ser invierno, Susana se arriesgó y preparó helado, lo serviría con chocolate caliente

y fruta de temporada. Antes se lo había consultado a la señora por si no lo consideraba oportuno, pero esta no puso ninguna objeción. Se levantó muy temprano, pues la preparación le llevaba mucho tiempo y además del postre debía hacer la comida, no solo para los señores, sino también para el servicio.

—Buenos días. Soy Clemente, el chófer del señor, no hemos tenido ocasión de saludarnos. Estos días he tenido que viajar a Vargas, mi pueblo. Falleció mi padre y los señores me dieron permiso para asistir a los actos fúnebres.

—Vaya, lo siento mucho, lo acompaño en el sentimiento; mi nombre es Susana, yo soy de Isla, perdí a mi madre hace unos años y sé el desasosiego que le queda a uno tras la muerte de un padre. Dicen que el padre es el cielo y la madre el suelo, sin uno de ellos nos quedamos un poco en desamparo. Lo siento.

—Muchas gracias. Encantado. Y tutéame, que somos compañeros. Me han dicho que hemos tenido mucha suerte, creo que eres una cocinera estupenda.

»Bueno, me voy que oigo al señor en el vestíbulo, en otro momento seguimos hablando. Nos vemos a la hora de comer. Que tengas buen día.

Clemente era un chico apuesto; alto, de espaldas anchas, pelo moreno y una sonrisa burlona que desconcertaba un poco a Susana. Llevaba un traje oscuro y una gorra con un ribete dorado que le hacía más atractivo aún. Susana no pudo evitar asomarse por una de las ventanas. Apartó con cuidado la cortina blanca que cubría el cristal y dejó que uno de sus ojos observara como Clemente caminaba hacia el auto. Pero el hombre se volvió de repente y clavó la vista en la ventana, por lo que ella rápidamente dejó caer la cortina y se apartó de la misma. Al instante alguien entró en la cocina.

—Vaya, me dejaba los guantes —dijo Clemente sonriendo.

El joven se había dado cuenta perfectamente de que la cocinera lo estaba mirando y a pesar de no necesitarlos regresó a la cocina a propósito.

Susana se había sofocado, era consciente de que la había pillado. Se acercó de nuevo a los fogones y continuó trabajando. Tenía mucha faena por delante.

En la habitación-vestidor, doña Elvira y sus sobrinas elegían telas para los vestidos que les iban a confeccionar. Amada ya les había tomado medidas. Lo hacía siempre, aunque las tuviera apuntadas, pero por temor a que alguna de ellas pudiera haber engordado o adelgazado prefería hacerlo. Esto le molestaba terriblemente a la señora, que no había adquirido ni un solo centímetro en los últimos

diez años. Sin embargo, no era el caso de Ana, que después del verano había perdido unos kilos y notaba como su ropa le quedaba más holgada.

—Niñas, decidíos de una buena vez. El doctor me está esperando. ¡En esta casa todo lo tengo que hacer yo! ¡Virgen del Carmen, qué dolor de cabeza tengo! Amada, por favor, venga un momento, me gustaría comentarle algunos detalles sobre el vestido que quiero; dejemos a las jóvenes solas, a ver si así terminan pronto.

Las dos mujeres pasaron a la habitación contigua y las tres jóvenes se quedaron en el vestidor.

—No sé qué voy a elegir, me gusta mucho este rosa, pero también el verde, estos tonos pastel creo que me sientan bastante bien, pero igual no son muy apropiados para el invierno, quizá sea mejor este granate, ¡ayúdame a elegir, hermana! —dijo Marifé reclamando la atención de Ana.

—Qué pesada eres, ¡qué más da un color que otro!, yo he elegido este azul, la tela hace unos brillos que me gustan. Tú no sé lo que quieres; y además, prefiero no decirte nada porque luego si no te gusta me vas a echar a mí la culpa.

—Desde luego, en lugar de mi hermana mayor pareces una desconocida. Voy a llamar a Martina, seguro que ella me ayuda.

La joven se acercó al timbre y llamó a la doncella que subió rápidamente. Realmente Martina estaba esperando la llamada, la señorita Marifé siempre le pedía consejo.

Gloria se acercó a los paños, tomó uno de color salmón y se lo acercó a la cara de la chica.

—Yo creo que este le va estupendo, si le ponemos los puños en terciopelo con una manga en este otro tejido, quedará precioso. Yo lo haría ajustado a la cintura con un cinturón aterciopelado también, y plisada la parte de la falda.

Marifé miró a Martina esperando su opinión. La doncella movió la cabeza de arriba abajo haciendo con ello un gesto afirmativo y dijo:

—Me parece que es una idea estupenda. El color, señorita, le queda muy bien. Y desde luego el modelo tal y como dice la modista es muy elegante.

Ana estaba de pie detrás de las tres muchachas observando lo que Gloria decía. Se la quedó mirando y le preguntó altanera cuál era su nombre y de dónde había salido, ya que era la primera vez que acompañaba a Amada.

La joven modista le contestó con descaro, del mismo modo que ella le había formulado las preguntas.

—Me gustas, tú eres de las mías.

—No sé a qué se refiere, creo que usted y yo no tenemos mucho que ver, pero bueno.

—No te confundas conmigo. Yo no soy como mi tía, a mí todo esto no me va. La República busca la igualdad, todos somos personas con los mismos derechos y nadie por ser rico es más que otro por no serlo.

—Ana, por favor. No empieces con eso, como te oiga la tía la vamos a tener otra vez.

—Tú haz el favor de no decirme lo que tengo que hacer, bastante tengo con aguantar las órdenes de los tíos como para que tú ahora también me vengas a sermonear. Además, tú piensas como yo, no lo niegues. Pero es mejor que sea yo la que suelte la lengua siempre, así tú quedas como la niña buena, la santuca.

—Yo, señoritas, si me disculpan, como ya tenemos claro las telas que ustedes quieren, voy a ir recogiendo —dijo Gloria.

—Y yo tengo que bajar a la cocina —comentó Martina.

»Susana está muy ocupada y tengo que ayudarla. ¿Me acompañas? Si quieres, puedes esperar a tu tía allí —le dijo a Gloria—. Las señoritas seguro que tienen qué hacer.

Martina, que conocía los altercados de las hermanas y no quería verse inmersa en ellos como le había pasado en otras ocasiones, prefirió irse y a la vez llevarse con ella a la joven modista para que no fuera testigo de la disputa que seguramente iban a tener.

Era la primera vez que aquella muchacha pisaba la casa y no quería que se llevara una opinión equivocada sobre las jóvenes.

Pero antes de que salieran de la habitación Ana llamó su atención.

—Martina, espera un poco, ¿qué tal es la nueva cocinera?, la comida está muy buena. Esta mañana he bajado a verla, pero no estaba, me dijo Raquel que había salido. Hazme un favor, dile de mi parte que la felicito, está todo muy rico, y que iré a saludarla pronto.

—Se lo diré ahora mismo, señorita.

—Cuántas veces tengo que decirte que no me llames señorita, me llamo Ana; cuando mi tía está delante, lo entiendo porque cualquiera la aguanta, pero cuando estemos solas como en este momento no quiero que me digas señorita.

—De acuerdo, señor…, perdón, Ana. Es verdad que me lo has dicho muchas veces, pero es que tengo miedo de confundirme cuando estén sus tíos delante y que me echen a la calle.

—Eso no pasará nunca. ¡Solo faltaría! De eso me encargo yo.

En ese mismo momento entró doña Elvira con Amada. Martina salió casi corriendo y se dio un golpe en el hombro con el marco de la puerta.

—Ten cuidado, muchacha, te vas a matar. Y tú, ¿de te ibas a

encargar, Ana?

—De mi vestido. De qué si no, tía.

Ana se volvió y le guiñó un ojo a Gloria, que también iba saliendo; esta no pudo evitar sonreír al ver cómo había cambiado la actitud de la chica cuando su tía le preguntó.

Doña Elvira entró en la sala donde el doctor y Laura esperaban desde hacía más de media hora. Se disculpó reiteradas veces, era consciente de que el tiempo del médico valía mucho y además le molestaba llegar tarde.

Mientras tomaban un café comentaron sobre la enfermedad que afectaba a su padre, los pormenores y los pasos que seguir de ahora en adelante. El doctor la puso al corriente de cómo se encontraba el enfermo y cuál había sido el resultado de las últimas pruebas que le había realizado. Las cosas en lugar de mejorar habían empeorado, algo que ya le había adelantado días atrás, motivo por el cual le había recomendado que buscara una buena enfermera.

Laura escuchaba la conversación que ambos tenían con atención.

Ana y Marifé entraron en la sala, saludaron y se sentaron. Su tía desvió la conversación a propósito, no quería que sus sobrinas fueran partícipes de la gravedad en la que estaba su abuelo. Pero era tarde para ocultar a las muchachas ningún dato, de sobra sabían que no iba a mejorar nunca.

—De acuerdo, pues, si les parece bien, subamos a la habitación, así Laura podrá conocer a mi padre. Niñas, no es necesario que vengáis —dijo Elvira evitando así que los acompañaran para poder continuar hablando con tranquilidad.

Después de las debidas presentaciones y de que el doctor reconociera al enfermo, Laura se quedó a solas con don Froilán. A diferencia de lo que el doctor le había dicho, el hombre era mal encarado y parecía enfadado con el mundo.

Cuando el médico abandonó la estancia, lo primero que le dijo era que no tenía intención de tomar ninguna pastilla, que contaba con ella para que no fuera con el chisme a su hija, ya que sabía que le quedaba poco tiempo de vida y que lo único que quería era no tener dolor para evitar el sufrimiento, esas serían las únicas medicinas que estaba dispuesto a tomar.

La enfermera se quedó de piedra. Todo apuntaba a que no iba a ser un enfermo fácil, trataría de ganárselo con cariño y buena conversación, quizá así consiguiera que don Froilán tomase la medicación.

—De acuerdo, haremos lo que usted quiera, pero creo que las medicinas están para algo y si el doctor se las ha recetado seguro que

son para que usted mejore.

—Niña, creo que ha quedado claro que soy consciente de que me voy a morir, y me moriré como me dé la gana. Cuando me dé la gana no, porque no tengo valor y además eso está en manos de Dios, que por cierto me podía haber asignado otra enfermedad y no esta que está destrozando mis huesos y me revienta de dolor, pero sé lo que quiero, por fortuna la cabeza me va estupendamente. Si quieres que nos llevemos bien, no intentes nada que yo no quiera hacer.

—De acuerdo, no haré nada que usted no quiera, pero igual esta conversación debería tenerla con su hija; ella está muy preocupada y, si tiene usted tan clara la situación, lo mejor es hablarlo. Además, las pastillas no le van a mejorar, en eso estamos de acuerdo, no voy a engañarlo, pero pueden paliar su malestar.

—Me gustas, Laura, ese era tu nombre, ¿verdad? Eres sensata y comprendes a la primera. Con mi hija no puedo hablar de esto, es una histérica, se pondría a llorar y quién sabe qué más. De todos modos, le daré una vuelta, es posible que tengas razón, aunque primero hablaré con mi yerno; Ricardo es sensato, me entenderá. Sí, que se lo diga él a mi hija. Así me quito el mochuelo, ¿no te parece?

Ambos sonrieron.

Antes de que Laura pudiera contestar, la puerta de la habitación se abrió después de unos pequeños golpes de aviso sobre la misma. Era Ana, venía a visitar a su abuelo y a conocer a la nueva enfermera. Tras ella apareció Marifé.

El hombre apartó la vista de la cara de la enfermera y dirigió la mirada hacia sus nietas. No podía evitar que los ojos se le iluminaran cada vez que las chicas venían a verlo. Eran el mejor regalo que su fallecida hija pequeña le había dado. En ambas reconocía a la difunta —en Ana por su carácter y sus formas, en Marifé por su sonrisa y amabilidad—, las dos le recordaban a la que siempre fue su pequeña, la niña de sus ojos.

Las jóvenes entraron sonrientes, con ganas de pasar un rato con el anciano tal y como hacían cada día antes de comer.

El hombre hizo las presentaciones y les pidió a las chicas que se sentaran en la mesa y fueran sacando la baraja mientras él se levantaba de la cama.

Laura se acercó rauda al lecho e intentó ayudar a don Froilán, pero el hombre le hizo un gesto con la mano para que le dejara hacer a él. Se calzó las zapatillas de paño y tomó el batín marrón de cuadros escoceses que estaba posado a los pies de la cama. Lentamente se puso en pie mostrando un pequeño rictus de dolor en su cara a medida que su cuerpo se iba irguiendo. Laura de nuevo intentó ayudarle, pero él

repitió el gesto.

—Bueno, venga esa brisca —dijo el hombre en tono alegre—. Usted, señorita, siéntese también con nosotros, no pensará quedarse ahí mirando. Nos viene muy bien uno más en la mesa, así podremos poner en práctica las señas, somos cuatro. Ana y usted son un equipo, la pequeña Marifé y yo, otro. ¿Preparadas? —Las chicas asintieron—. Pues más vale, porque vais a recibir una buena paliza.

4

El atelier La Primorosa no era precisamente un remanso de paz. Gloria se había dado cuenta de que no les había sentado nada bien a las demás costureras que fuera ella quien acompañara a su tía, y durante toda la tarde había estado soportando indirectas y malas caras por parte de sus compañeras.

Solamente Lupe, la madre del muchacho que los había llevado hasta la casa de Las Carolinas, había mostrado algún interés por ella, y era posible que hubiera sido porque su hijo le había advertido de su metedura de pata.

Ya eran las ocho de la tarde y comenzaban a recoger: las agujas a las cajas; los alfileres en las almohadillas; los dedales en el cajón; los hilos recogidos en las bobinas y puestos en los cajetines por colores; las tijeras colgadas de los ganchos laterales de cada mesa de trabajo; las tizas en las cajitas indicadas; los botones, las cremalleras, los corchetes, las cintas, las gomas, todo en su lugar correspondiente; los metros enroscados; los patrones bien puestos; todos los retales que estaban esparcidos por el suelo metidos en un cajón de desperdicios que casi siempre tenían utilidad, y las Singer limpias y dispuestas para el día siguiente.

Una de ellas, como hacían cada día, buscó la escoba y barrió el suelo sin dejar un solo hilo sobre las losas blancas y negras del taller.

Una tras otra, las costureras se despidieron de Amada hasta el próximo día, a ella ninguna le dijo nada y se sintió molesta.

—Tía, me podía haber presentado a las chicas, me miran mal. ¡A saber lo que están pensando de mí!

—¿Y qué más da eso? A estas alturas de la vida no podemos estar sujetas a lo que piensen de nosotras. ¡Estamos apañadas entonces! No pensé yo que tú fueses de las del qué dirán. Pero lo cierto es que no me he dado cuenta, perdona, he estado tan ocupada que lo pasé por alto, y menudas brujas son.

»Todas no, la verdad. Mañana sin falta lo haré. Por cierto, voy a buscar a Dori, está en una reunión. Tú si quieres vete para casa y, si te parece bien, vas haciendo la cena. Nos vamos a organizar y una semana hará cada una la comida y la cena. Hoy hemos comido

lentejas, cenaremos una tortilla francesa, ayer me dieron unos huevos. Y después un vasuco de leche con estas galletas que me ha traído una clienta, las hace ella y están muy buenas.

—De acuerdo. No tengo ningún problema, pero la cocina no es lo mío.

—Pues tendrás que aprender. Eso hemos hecho todas.

—Tía… —No dejó que la mujer contestara y continuó hablando—. Es que a mí esto de coser… no me hace mucha gracia, a mí lo que me gustaría es ser enfermera. Ya lo sabe.

Amada se sentó en la silla que tenía más cerca y la miró.

—¿Sabes una cosa? Me parece muy bien que no quieras coser, y me parece mejor que quieras ser enfermera, pero hay que trabajar para comer. Si quieres ir a la escuela de enfermeras, tengo conocidos que nos pueden ayudar. Pero ¿de verdad te gusta andar en las heridas, ver sangre y sufrimiento?

—Pues sí, pero yo no pienso en eso, a mí lo que me gusta es ayudar a la gente, poder calmar un dolor, sentir que soy útil. Siempre he querido ser enfermera, por eso me fui a Madrid, allí también trabajé en un taller de costura para costearme los estudios y quiero seguir, es mi sueño.

»Hace poco pude ver en una revista cómo habían hecho la Casa de Salud Valdecilla y hablaban de la formación de las chicas y su preparación. Para ello viven allí durante tres años. Eso ya te lo dije el otro día. Por lo tanto, no estaría en casa con vosotras, así no molestaría. Entiendo que queráis estar solas y yo, con el paso de los días, os molestaré sin querer; no nos vamos a engañar, tía, tanto tú como yo nos conocemos y sabemos que ambas tenemos un carácter de mil demonios y más pronto que tarde alguna enganchada seguro que hay.

—No creas que estoy intentando convencerte de que no lo hagas, es que creo que es mejor que empieces con todas y no meses después.

Gloria negó con la cabeza.

—¿En qué reunión dices que está Dori?

—No lo he dicho. Recoge todo esto y tira para casa, enseguida subimos nosotras.

Gloria no dijo nada, estaba claro que su tía no quería contestar. Ella no iba a hacer más preguntas, no era ninguna metete y además no quería molestar.

Laura llegó a casa agotada. Abrió la puerta de su habitación y soltó los zapatos lanzándolos contra la pared. No quería tirarlos tan fuerte,

pero el golpe llamó la atención de su madre, que enseguida preguntó qué había pasado.

Se dejó caer sobre su cama mientras soltaba las medias de su liguero y deslizó con cuidado las mismas para evitar que pudieran engancharse. Se soltó el pelo y movió la cabeza para que el cabello se aireara. Sin moverse de allí acercó las zapatillas que estaban en una pequeña balda que tenía su mesita de noche y se las calzó. Mientras se ponía en pie se quitó el delantal y el uniforme y cogió de una pequeña percha que había detrás de la puerta la bata estampada de guatiné que colgaba de ella.

Antes de entrar en la habitación y como siempre hacía, había pasado por la cocina a saludar a su madre y había visto que la cena ya estaba sobre la mesa; la tortilla de patatas posada en el centro y unos torreznos que seguramente habían llegado de la matanza que su tía hacía era lo que tenía preparado la mujer.

La voz de su madre llamando a cenar no tardó en llegar. La joven contestó que enseguida iba y recogió la ropa. La colocó en la percha y la puso en el mismo lugar de donde había retirado la bata.

Abrió la puerta y se dirigió a la cocina.

El resto de los miembros de la familia debían de tener más hambre que ella, ya estaban todos sentados alrededor de la mesa. Su madre por el contrario aún trajinaba en los fogones.

Besó a su padre en la frente, ya que no había tenido ocasión de saludarlo, y revolvió el cabello de sus hermanos como hacía siempre, era una costumbre que había copiado de su abuela. Carlos era el pequeño, y molesto se revolvió y volvió a colocarse el tupé.

—Qué manía tienes, hermana, con tocarme la cabeza, no veas qué a gusto hemos estado sin ti estos tres años.

Su padre le recriminó el comentario, pero a Laura no le importó. Sabía que le fastidiaba que se lo hiciera y siempre que tenía ocasión revolvía su cabello para chincharlo.

La cena transcurrió como siempre. Cada uno contó lo que ese día había hecho, cómo iban los trabajos, los problemas que tenían con sus compañeros, hablaban del fútbol —el Racing y el Madrid siempre estaban en la boca de los tres hombres—, comentaban los dimes y diretes del barrio y de cualquier cosa que estuviera en ese momento en el candelero.

Carlos estaba terminando sus estudios en la escuela de maestría.

Daniel era mayor que él y ya trabajaba en la imprenta de Solinis y Cimiano en la calle Compañía; allí comenzó como aprendiz, cuando decidió no estudiar más y su padre, que era amigo de Cimiano, le pidió que le diera trabajo. Ahora se había convertido en el encargado

y gozaba de la confianza de los dueños, que dejaban de su mano casi todos los trabajos que se llevaban a cabo en ella.

Pero aquella noche la conversación se centró más que nada en Laura, todos tenían ganas de saber cómo era la casa de Las Carolinas y la gente que vivía en ella. Las preguntas de todos caían sobre ella sin darle tiempo a responder apenas.

—Bueno, vamos a hablar de otra cosa, la casa es muy bonita, pero tampoco he tenido ocasión de ver mucho. El señor es… un poco…, cómo diría yo, muy suyo, sí, eso mismo, muy suyo, pero está todo bien. Esta tarde me he dedicado a jugar a la brisca con él y sus nietas. Fijaos para qué he estado estudiando tres años.

Todos rieron del comentario de la chica. Pero su madre le preguntó por el trabajo en el hospital, ella sabía que era lo que de verdad le gustaba y si había aceptado ir a cuidar a don Froilán había sido por conseguir un poco más de dinero para poder casarse con Felipe. Era un trabajo esporádico.

En un momento de la cena Marcelino, el padre de Laura, dirigió la mirada hacia Daniel y le preguntó directamente:

—Oye, Daniel, ¿me quieres decir qué hacías entrando esta tarde en la Federación Obrera Montañesa? Me parece que había quedado claro que no quiero que os metáis en líos políticos, no está el horno para bollos.

—Padre, tengo los suficientes años como para saber dónde tengo que ir y dónde no, y, lo siento, pero me implicaré en lo que considere necesario. De todos modos, en esta ocasión fui a cerrar un negocio con la Federación, vamos a imprimir unos carteles. Pero para que no tenga que espiarme más, o para que no le vayan con chismes, le diré que me he afiliado, aunque no hoy, de esto ya hace meses.

El silencio se apoderó de la cocina, solo se escuchó el ruido que la banqueta hizo cuando su madre se levantó en busca del flan que había hecho de postre.

—Perfecto —comentó Marcelino—. Cuando esto reviente, porque reventará y por desgracia será más pronto que tarde, si tienes problemas, solo espero que la mierda no nos salpique.

—No te preocupes. Mis decisiones son mías, mi vida es mía. Y sí, soy republicano y socialista, y defenderé mis ideales ante todo.

—Yo también estoy afiliado, padre —dijo Carlos—, y pienso como mi hermano. Parece que los hijos le hemos salido un poco… revolucionarios, qué le vamos a hacer, pero, bueno, es lo que hay. ¿Sabe una cosa, padre?, que aquel que tiene un porqué para vivir se puede enfrentar a todos los cómo; mi hermano y yo tenemos un porqué: la República y su gente.

Marcelino miró a su mujer. Esta bajó la vista. Muchas veces le había reprochado comentarios que hacía con relación a la República y los beneficios que había traído sobre todo a las mujeres.

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡No sé cómo no te parto la cara de una hostia! —dijo mirando a Carlos—. Esto es culpa tuya y lo sabes. —Señaló con el dedo índice a su mujer—. Tú les has metido en la cabeza estas ideas revolucionarias que no nos van a traer nada más que problemas. Tú tienes la culpa con esas cosas que lees. ¿No será mejor estar al margen de la política? Nada más que nos dará disgustos, porque la República caerá, os lo digo yo, que sé de lo que hablo. Ya veréis. Sois unos inconscientes.

El hombre se levantó de la mesa, posando con rabia la servilleta sobre la misma, y todos guardaron silencio. Laura agarró la mano de su madre en señal de apoyo y miró a sus hermanos mientras les regalaba una pequeña sonrisa.

5

Susana acabó de recoger la cocina y se dispuso a cenar con Raquel y Martina. Para ser el primer día había estado bien. Era mucho el trabajo que había en aquella casa. Aunque no eran tantos en la familia, las visitas eran numerosas e interferían constantemente: cafés, tés, chocolates, dulces…

Las tres mujeres comentaron sobre los invitados que habían tenido sus señores aquella jornada.

Hablaron de los vestidos que a las jóvenes les iban a confeccionar y pusieron al día a la cocinera de los chismes que había, en particular de la enfermedad de don Froilán, de las andanzas de Ana y Marifé, de las idas y venidas de la señora —sobre todo los jueves por la tarde— y de las ausencias prolongadas del señor debido a los viajes que realizaba, según él, a la capital de España. Algo que ellas sabían que no era cierto, ya que Clemente alguna que otra vez decía dónde habían estado y con quién.

Pero, claro, eso era totalmente confidencial, no podía salir de allí bajo ninguna circunstancia; así se lo hicieron jurar a Susana que, como es lógico, juró.

Pero la conversación se centró en la hora a la que había llegado Ana a cenar.

Sus tíos se habían enfadado mucho con la chica, tuvieron que esperar más de cuarenta minutos a que apareciera. Su tía estaba a punto de llamar al comisario para que fuera la policía a buscarla. Menos mal que don Ricardo era más cabal y supo tranquilizar a su mujer haciéndole tomar la medicina que el doctor le había recomendado para cuando perdía los nervios. Dicha medicina era una especie de jarabe, para más señas, jalea real disuelta con algún que otro producto para disimular el sabor, un placebo que calmaba los nervios de la mujer *ipso facto*.

Las tres conversaban cuando apareció doña Elvira vestida con una bata de raso en color azul marino y unas zapatillas del mismo tono adornadas con plumas blancas que llamaron la atención de Susana.

Todas se levantaron en cuanto la vieron aparecer.

—Buenas noches, señora; perdone, no hemos escuchado la

campanilla. ¿Necesita algo usted? —preguntó Raquel.

—Tranquilas, no he llamado, me apeteció bajar para que me preparéis una manzanilla, tengo el estómago revuelto, creo que algo me ha sentado mal.

Susana se quedó callada, tal vez algo de la cena le había caído pesado, puede ser que algún ingrediente no le sentara bien y ella lo desconocía; por lo tanto, con más pudor que otra cosa se lo preguntó.

—No, no, tranquila, ha sido el chocolate que he tomado esta tarde en casa de los Pérez de Toledo. No sé cómo lo hacen, no es la primera vez que me pasa, pero más tonta soy yo que sigo tomándolo. No volveré a probarlo nunca más.

Martina rápidamente puso el agua a hervir, no dejó que Susana lo hiciera. Le indicó que fuera recogiendo la mesa y fregando los platos.

—¿Les importa si me siento aquí con ustedes? El señor ya está dormido y no quiero molestar con la luz encendida y… no me apetece sentarme sola ahora en el salón. Así podemos charlar sobre los temas domésticos, mañana es jueves y saldré por la tarde. Por la mañana, por favor, Martina, a las ocho y media me llama, he quedado con una amiga para dar un paseo, iremos hasta El Sardinero aprovechando que aún hace buen tiempo.

La señora Elvira estaba habladora aquella noche, y la verdad no parecía que el estómago le doliera en exceso, estaba tranquila y relajada.

Pasó de charlar de los asuntos de la casa a comentar con ellas los problemas que le causaba la crianza de sus sobrinas, los inconvenientes que no había tenido con ellas de pequeñas los estaba empezando a sentir ahora que ya eran adultas. Se lamentó y se culpó; tal vez la educación que les había dado había estado llena de caprichos, les había consentido tanto que ahora le resultaba casi imposible hacerlas entender que su situación social debía cumplir las normas marcadas.

Las tres mujeres se miraban extrañadas, apenas comentaban nada, jamás aquella mujer había mantenido una conversación de ese tipo con ninguna de ellas.

No era la típica señora distante y estirada, todo lo contrario, siempre había sido atenta y espléndida con ellas, pero sin pasar ciertos límites, ese tipo de conversación era algo nuevo.

Susana, por supuesto, estaba aún más extrañada. Pensó que esas tertulias eran habituales, pero cuando doña Elvira decidió retirarse ellas le explicaron aquella situación, dejando claro que no era propio de la señora comentarles temas tan personales.

Martina y Susana estuvieron pendientes de que la señora se

acostase para meterse en su cuarto, no querían que volviera a aparecer y ellas ya estuvieran acostadas.

Las dos empleadas compartían habitación. La estancia estaba pegada a la cocina, era un pequeño espacio donde dos camas, una mesita para compartir al igual que el armario y una silla era todo el mobiliario disponible.

Raquel descansaba en una entreplanta que había entre la misma y el piso superior de la casa. Las dos chicas charlaron un momento, pero estaban cansadas y se durmieron enseguida.

Después de un sueño breve Susana no tardó en despertarse y lo hizo sobresaltada, como si algo o alguien la hubiera golpeado llamando su atención. Se levantó de un salto y miró hacia los lados. Se notaba adormilada y le costó unos instantes saber dónde estaba. Se dejó caer sobre la cama de nuevo, respiró hondo, cubrió su cuerpo con la blanca sábana y colocó la manta que iba sobre la misma, cerró los ojos de nuevo para intentar conciliar el sueño, pero su corazón latía acelerado. Era una sensación extraña que hizo que le costara quedarse dormida.

Ana no dormía, había escuchado cómo alguien bajaba las escaleras y entreabrió la puerta para ver quién era. Al comprobar que era su tía, la cerró despacio sin hacer ruido. Bastante había tenido aquella noche como para tropezarse de nuevo con ella.

La chica estaba teniendo más problemas de los que le gustaría, pero no podía evitar hacer lo que realmente quería.

Desde hacía meses, frecuentaba la sede de la Federación Obrera Montañesa, algo que sus tíos no sabían; de enterarse, le podía costar el tener que abandonar la casa donde tan cómodamente vivía. Pero no solo les ocultaba aquello, Ana a espaldas de sus tíos había cambiado su futuro, ya no quería ir a Madrid ni estudiar periodismo, al menos por el momento. Días atrás había cancelado su matrícula en la facultad y lo mismo había hecho con el colegio mayor donde iba a alojarse, tenía otros planes. Había hablado con Matilde Zapata, solía verla en la Federación y tenía confianza con ella; además, era la esposa de Luciano Malumbres y podía ayudarla a entrar en el periódico *La Región*, si no como articulista, al menos como correctora o en otro puesto, lo importante era tener un salario que le permitiera vivir de la manera que ella quería.

Sabía que aquello provocaría un terremoto en la casa, pero no iba a cambiar de idea. Además, estaba segura de que su abuelo la ayudaría en caso de que sus tíos la echaran de casa, algo con lo que en más de

una ocasión habían amenazado.

Ana no era una mujer dada a los amoríos. A decir verdad, jamás se había sentido atraída por ningún hombre, pero desde hacía unos días su cabeza no podía más que pensar en ese joven moreno que solía aparecer de vez en cuando por la Federación. Esos ojos verdes la tenían cautivada.

Sin embargo, él, además de apuesto, tenía otras cualidades que a ella le llamaban mucho más la atención: sus ideales. Su manera de hablar, su forma de explicarse, la vehemencia con que lo hacía cada vez que exponía un tema y cómo lo argumentaba eran lo que la envolvían.

Aquella tarde al salir de la reunión, un buen grupo de ellos habían ido hasta la taberna de Salus, en la calle del Peso. Ana se unió, no había entrado jamás en aquel local y su decoración modernista llamó su atención, al igual que la gente que allí encontró: carpinteros, electricistas, personas normales y corrientes, trabajadores honrados que después de terminar su jornada acudían a charlar y pasar un rato. Todos habían tomado unos chiquitos de vino de Nava y, mientras lo hacían, unos y otros discutían de si era mejor el del bar La Sacristía —que según dijeron era el santuario báquico, nombre que recibía precisamente por Baco, el dios del vino— o si por el contrario el de Nava era mejor.

Ella no entró en valoraciones y miraba escuchando lo que todos decían. Uno de los muchachos del grupo se había dado cuenta y con habilidad se había acercado a ella para hablar de temas de la Federación. Embobada en la conversación, pero consciente de la hora que era, Ana decidió seguir manteniendo aquella charla que luego derivó en otros temas más banales.

Aquello hizo que la muchacha llegara tarde a cenar y tuviera que inventarse una historia que seguramente no había convencido a sus tíos y que por supuesto no hizo que se librara de una buena regañina.

6

Laura estaba feliz con su trabajo. Era duro y las curas en ocasiones resultaban casi imposibles, úlceras que no cerraban, heridas espantosas y amputaciones estaban a la orden del día. Pero no le importaba, intentaba mejorar cada día y con la ayuda de su compañera Dolores, esa mujer fuerte que caminaba y trabajaba con las lentes casi en la punta de su nariz y que desde el primer día había estado con ella, poco a poco lo iba consiguiendo.

Su templanza y el cariño que mostraba hacia los enfermos eran su carta de presentación. Caminaba por los pasillos del hospital de una sala a otra con su carrito lleno de vendas, esparadrapos, pinzas, hilo de sutura y todo lo necesario para desarrollar su trabajo con una enorme sonrisa en los labios.

La chica conocía a los enfermos. Siempre se dirigía a ellos por su nombre, les preguntaba cómo se encontraban, conversaba con ellos si los veía tristes o si no recibían visitas, empatizaba muy bien con sus problemas y no le importaba perder un poco de tiempo al pie de sus camas animándolos, aunque Dolores la miraba de vez en cuando y con un gesto de sus ojos le rogaba que continuara trabajando. Ella sonreía y siempre le decía que aquella también era una manera de curar, de sanar en gran medida el ánimo de aquellas personas que estaban sufriendo.

—No debes estar tanto tiempo de cháchara, como aparezca sor Leonor y te pille nos va a caer una buena, esa monja parece que tiene el demonio dentro. Está amargada, yo creo que nunca quiso ser monja y a saber cómo acabó en el convento. ¿Sabes una cosa?, la he visto hacerle ojitos a algún paciente más de una vez.

—Cómo eres, Dolores, ¡pobre mujer! ¿Cómo puedes decir eso?

—¡Como lo oyes!, lo que yo te diga. En una ocasión alguien comentó que tuvo un novio que la dejó y se marchó a la guerra de Cuba.

—¡¿De Cuba?! —preguntó extrañada Laura, aquello pasó a finales del siglo pasado y no le parecía que la monja fuera tan mayor.

—Bueno, chica, o a no sé qué guerra; el caso es que la dejó plantada, no en el altar, pero casi, y por eso está amargada. Dejará de

picarle como a todas, ¿no crees? Solo hay que mirar cómo tiene el labio; ya sabes, «Amor y calentura, en la boca se asegura».

Laura se tapó la boca a la vez que le daba un empujón a su compañera.

—Qué bruta eres, chica.

—Mira esta, no vengas ahora de estrecha, ¿eh? Como si a ti no te pasara, que ya te vi el otro día muy acaramelada con ese amigo que tienes cuando vino a buscarte.

—¡Es mi novio! En un par de años nos casamos, en cuanto consigamos tener una casa y un poco de dinero.

—Ya, ya, y mientras os miráis a los ojos, ¿verdad?

—Calla, loca, no me tires de la lengua, hay cosas que son para ser hechas, no contadas. Imagina lo que quieras y seguro que aciertas, pero no esperes que te lo cuente.

—Ya sabía yo que eso de guardar las distancias no iba contigo. Se te ve muy desenvuelta a ti como para ir de estrecha.

Las dos rieron socarronamente.

En La Primorosa, en la calle La Blanca, todo seguía igual. Las muchachas cosían sin parar y Gloria iba y venía llevando encargos y haciendo recados que su tía le encomendaba. Amada pensaba que cuanto menos tiempo pasara en el taller mucho mejor, ya que no acababa de encajar con el resto de las modistas. Y como además estaba pendiente de su ingreso en la escuela de enfermeras, no quería darle ningún trabajo por miedo a que tuviera que dejarlo.

Ella, después de indagar un poco sobre quién de sus conocidos podía tener algún tipo de contacto con el hospital, ya había hablado con varias personas y era cuestión de días que la dieran una respuesta al respecto.

Por fin el sueño de Gloria se iba a cumplir y se convertiría en enfermera.

—Tía, ¿ya están preparados los vestidos de Las Carolinas? Si no recuerdo mal, mañana es cuando los necesitan.

—Sí, solo faltan unos detalles sin importancia que las chicas están terminando. Lupe los planchará, y ya le he dicho que llame a su hijo Enrique, ya sabes, el chico del otro día, para que te lleve hasta allí; está lloviendo mucho y no quiero por nada del mundo que se mojen, ¡no faltaba más! Pero ahora me gustaría que fueras hasta la mercería y me trajeras unos lazos que le he encargado. Y te acercas también hasta el zapatero que está en la calle del Peso, allí me recoges unas botas de Dori que seguro que ya están terminadas.

—¿Y cómo sé cuáles son las botas?

—Dile que son las que le dejé la semana pasada; Remigio, que así se llama el zapatero, ya sabe cuáles son, no te preocupes.

—Todo sea que traiga las que no son y no tengo ganas de líos, ¿eh?

—¡Cualquiera diría que te llamo mucho la atención!, más tendría que hacerlo, que muchas veces eres un poco descarada. Toma dinero y tráeme las notas.

—Qué pasa, ¿que no se fía de mí?

—Tira y calla. ¡Haz lo que te digo!

Cuando Gloria salió, el teléfono del atelier sonó.

Amada cogió el aparato y después de escuchar lo que le decían colgó y salió corriendo en busca de Gloria, pero ya no vio a la chica. Acababa de recibir la llamada que hacía días esperaban.

Por fin la muchacha podía ingresar en la escuela de enfermeras, mañana mismo la esperaban, el curso ya estaba empezado y no debía perder más clases, tendría que trabajar duro para ponerse a la altura de sus compañeras.

La joven no tardó en llegar, su tía la esperaba con una gran sonrisa.

—En cuanto lleves los vestidos a la señora Elvira, te bajas para casa, tienes que preparar tus cosas, mañana a las ocho debes estar en la escuela de enfermeras en la Casa de Salud Valdecilla.

Gloria se llevó las manos a la boca, dudaba de si reír o llorar, la vista se le nubló y no pudo reprimir las ganas de abrazar a su tía. La besó tantas veces que la mujer tuvo que apartarla de su lado.

—Venga, déjate de historias, que Enrique ya está esperando, coge los vestidos y arranca para arriba.

Gloria estaba nerviosa, no sabía ni lo que hacer, cogió los vestidos con manos temblorosas, motivo por el cual se le resbalaron y cayeron al suelo sin poder hacer nada por evitarlo. Miró rápidamente hacia donde estaba su tía, por suerte no lo había visto, pero una de las modistas sí y rápidamente advirtió a Amada.

—Señora Amada, a su sobrina se le han caído las prendas, será mejor que las revisemos antes de que salgan por si han sufrido algún daño.

Los ojos de Gloria se clavaron en los de la modista. En un instante, la alegría que sentía se convirtió en rabia, le hubiera arrancado los pelos de buena gana, pero prefirió tragar saliva y pedir disculpas.

Amada se acercó a ella, revisó las prendas y le indicó que podía salir.

Estaban perfectas.

Cuando llegaron a la casa, como siempre, allí estaba Martina esperando.

Saludó con una enorme sonrisa a Enrique, el chico de sus sueños, como ella decía. Gloria no pudo evitar darse cuenta y mostrar su complicidad con ambos. La doncella cogió uno de los trajes y los tres entraron en la casa.

Mientras Gloria entregaba las prendas a la señora Elvira, en la cocina se formó una pequeña reunión.

Susana, animada por supuesto por Raquel, puso leche con bizcochos para todos ellos; hacía frío fuera, un mes nuevo había llegado y, con él, el invierno entraba con ganas de hacerse sentir. Tanto Enrique como Gloria estaban helados. Ambos se acercaron a la cocina económica para calentarse un poco. Pusieron sus manos por encima de la chapa y frotaron una con otra hasta notar como se caldeaban.

Raquel se disculpó un momento con el resto y subió en busca de Laura, que acompañaba como cada tarde a don Froilán.

Ana se encontraba en la habitación de su abuelo y también aceptó la invitación del ama de llaves.

Sin darse cuenta, pero con intención por parte de Raquel, todos los jóvenes estaban sentados alrededor de la gran mesa de la cocina, al calor de la lumbre y disfrutando de una buena compañía y una estupenda conversación mientras tomaban una taza de chocolate.

Después de un rato de cháchara Raquel quiso contarles algo.

—Chicos, me gustaría decir una cosa. Bueno, lo primero es que siento que no esté Marifé, pero ya sabéis que está interna en la escuela de enfermeras y no puede asistir, tiene que estudiar.

»Hoy es mi cumpleaños y antes de que me preguntéis os diré que los que me caen son cuarenta años. Creo que es una ocasión muy buena para celebrarlo con vosotros, sabía que tenían que traer los vestidos y he pensado… qué mejor momento que hoy. Y además quiero comunicaros que tengo intención de volver a mi pueblo. Creo que las cosas no están bien, y no deseo que me coja en la ciudad ningún tipo de revuelta, no quiero estar lejos de mis padres, ya son muy mayores y prefiero estar cerca por lo que pueda pasar.

Todos se quedaron sorprendidos con la noticia. Las preguntas caían sobre ella sin tener apenas tiempo de contestar.

—¿Ya se lo has dicho a mi tía? —preguntó Ana.

—Sí, por supuesto, la señora ha sido la primera en saberlo. Lo ha entendido. Creo que ya he trabajado bastante, desde los catorce años hasta ahora, ¡ya está bien! Tengo ganas de volver a mi valle, con mi gente.

—¿Y por qué dices que la cosa se puede poner mal? ¿A qué te refieres? —preguntó Martina.

Raquel bajó la cabeza, no sabía qué contestar, pero lo hizo.

—A la situación política, este país es una bomba, todo lo que escuchamos son problemas, huelgas, disputas… El otro día cuando estuve en la conferencia que hubo en la Federación la conclusión que sacamos todos fue la misma: cualquier día los militares se levantarán. Anda por ahí ese Franco que no me gusta nada. Está cogiendo mucha fuerza.

—Pero en unos meses habrá elecciones y seguro que la República se consolida. Estoy seguro de que ganaremos, es posible que la izquierda se una, ya lo verás, no podemos perder. Alcalá Zamora seguirá siendo el presidente —comentó Enrique.

—No sé qué decirte y, además, ¿quién puede asegurar que se va a mantener el orden? Prefiero estar con mis padres, me pueden necesitar si pasa algo.

Ana escuchaba la conversación sin intervenir. Igual que Laura, Susana y Gloria. Las cuatro se miraban, unas sin saber qué decir y otras sin querer decir nada.

—Ana, estás muy callada, y me extraña mucho que hablando de este tema no hayas dicho ni media palabra, ¿acaso piensas que me equivoco? Creo que el otro día las palabras de Matilde de la Torre estaban bastante claras.

—Sí, Raquel, ella tiene información que así trasmitió y todo lo que dices es tal cual. Pero tenemos que luchar, no podemos conformarnos y, sobre todo, no podemos huir, hay que estar preparados, comprometidos con la República.

»Si empezamos a desanimarnos, a dar por perdido lo que aún está en nuestras manos, poco o nada podremos hacer cuando el Ejército se levante.

—Vamos a ver, que yo me aclare —dijo Susana—, acaso ¿estamos hablando de una guerra? Me vais a perdonar, pero yo no entiendo nada de política. Solo sé que estamos en una República, que echaron al rey y poco más; lo demás tampoco me importa mucho, pero… si hablamos de una guerra eso ya es otra cosa.

—Sí, así es. Es muy probable. La República no se va a doblegar ante los fascistas enemigos de este país. Ha costado mucho llegar donde estamos y no podemos permitir que nos pisen —dijo Ana.

—Dios mío, ¡mis hermanos!

—Y los de Laura, y todos, porque todos estaremos en peligro, pero lucharemos, camaradas, por que esto no se produzca y para que la República tenga larga y buena vida.

»Matilde Zapata muestra también su preocupación, pero nos anima a todos a dar la cara y hacer frente con lo que sea necesario —indicó

Ana.

—No me digas que también te has afiliado al Partido Socialista, ¿estás loca?, como tus tíos se enteren te van a poner de patitas en la calle. No es el momento de hacer esas cosas, cuanto más significada estés, será peor en caso de que caiga la República, los militares no se andarán con tonterías —comentó asustada Raquel.

—No, estoy muy cuerda, demasiado, diría yo. Y en cuanto a mis tíos, no hace falta que me pongan ellos en la calle, es probable que lo hagan cuando se enteren de que no tengo intención de ir a Madrid a estudiar. Para eso no es el momento, no al menos para mí. Creo que aquí puedo hacer mucho más. Tendré que hablar con mi tía en breve.

La conversación quedó suspendida cuando entró por la puerta doña Elvira, aquel jueves había vuelto antes de lo esperado y cogió a Raquel por sorpresa, no era su intención que llegara y estuvieran aún celebrando. Lógicamente la señora sabía que todos estaban en la cocina, ya que el ama de llaves le había pedido permiso para celebrar su cumpleaños con los chicos.

—¡Bueno, cuánta gente en estas cocinas! Muchas felicidades, Raquel. Espero que haya pasado un buen rato, pero creo que va siendo hora de preparar la cena, ¿no le parece? No quiero ser una aguafiestas, pero pienso que cada una debe ir a su casa ya. Ana, no sabía que estabas aquí, pensé que esta iba a ser una celebración del servicio.

»Por favor, acompáñame, me ha parecido escuchar cuando entrabas que tenías que hablar conmigo. —Se despidió del resto mientras salía con su sobrina de la cocina—. Bueno, pues, hasta mañana; por deferencia con nuestra querida Raquel he autorizado esta reunión en mi casa, pero no lo he hecho con la intención de que esto se convirtiera en una reunión política, ni mucho menos para que mi sobrina estuviera aquí sentada. Lo dicho, seguro que todos y cada uno de ustedes tienen mucho que hacer, espero que se hayan divertido, pero es hora de terminar.

Caminaron en silencio por las habitaciones de la casa en dirección al salón. Al llegar a la estancia, doña Elvira le señaló a Ana uno de los sillones para que tomara asiento. La chica se acomodó sin rechistar.

—Y bien. ¿Qué es eso que tienes que contarme?

—Mire, tía, no me voy a andar con rodeos. No voy a ir a estudiar a Madrid, he cancelado mi inscripción hace unos días.

—Vaya, pues sí que has tardado en decirlo. Lo sé desde hace una semana más o menos. Para ser exactos, desde el momento que lo hiciste. Como sabes, tengo contactos y rápidamente me pusieron al tanto de lo que habías hecho. No quise decir nada porque esperaba

que dieras la cara y, sobre todo, explicaciones. Porque imagino que hay alguna explicación.

—Por supuesto. La primera es que considero que no es el momento. Aún soy joven y quiero ver qué pasa después de las elecciones. No me gustaría verme inmersa en revueltas lejos de mi casa. La segunda razón es que he encontrado un trabajo en el periódico *La Región*, uno de estos días empezaré a trabajar.

—Muy bonito. Sí, señora, vas a tirar por la borda tu porvenir por un mero capricho. ¡Estoy harta!, en buena hora decidí quedarme con vosotras, tenía que haberos internado en un colegio como me recomendaron varios amigos. ¡Pero no!, quise teneros a mi lado, pensé que iba a haceros a mi imagen y semejanza, pero está visto que la sangre revolucionaria de tus padres corre por tus venas. Eres una desagradecida.

Sin darle opción a Ana de contestar, abandonó el salón dando un portazo al salir que hizo que los cristales de la puerta se resintieran con el golpe.

7

Estas fueron las primeras Navidades en las que Susana no estaba con su familia. Su trabajo en la casa no le permitió desplazarse ni tan siquiera un día a Isla para poder abrazar a su padre y a sus hermanos.

Los echaba terriblemente en falta y, aunque se escribía con ellos y en ocasiones había mantenido conversaciones telefónicas, no era lo mismo. Sabía que todos estaban bien, incluso ella, Estefanía, de la que tenía noticias porque su tía le enviaba de vez en cuando alguna carta en la que incluía una foto de la pequeña.

La fría y húmeda mañana del 2 de enero, Susana abrió la puerta de la cocina que daba a la calle y se acercó hasta el pequeño gallinero. Miró dentro de él, por si las gallinas hubieran puesto algún huevo, pero no encontró ninguno, estaban todas juntas en una esquina, perfectamente aseladas y seguro que muertas de frío. Cerró la puerta y se dirigió de nuevo a la casa. Mientras caminaba, escuchó unos golpes en el portón de entrada. Se acercó a ella y abrió. La sorpresa que se llevó hizo que se echara en los brazos del hombre que estaba allí.

—¡Pero, hermano, ¿qué haces tú aquí?!

—Tenía ganas de ver a mi hermana y… aquí estoy, ya que tú no has podido ir, pues he venido yo.

—Pasa, no te quedes ahí; por suerte los señores no están, han pasado el Año Nuevo en Madrid, vendrán mañana. Entra. Seguro que a Raquel, que es el ama de llaves, no le importa, es una mujer muy agradable, ya verás.

Susana le pidió que se quedara fuera, quería preguntar si podía pasar su hermano. Raquel no puso ningún problema, pero dejando claro que era porque los señores no estaban y porque sabía que las señoritas, en caso de bajar a la cocina, algo que hacían asiduamente cuando sus tíos se ausentaban, no iban a poner queja alguna al respecto.

El joven entró y saludó a la doncella y al ama de llaves, tomó asiento y disfrutó del desayuno que su hermana le preparó. Estaba muerto de frío, había salido muy temprano de Isla, le había traído hasta Santander un amigo que tenía una camioneta de reparto y debía estar muy pronto en la ciudad para cargar fruta.

Pero el motivo de la visita de Ambrosio no era solamente ver a Susana, el joven había decidido trasladarse a la ciudad, quería entrar en la escuela de maestría. Con el dinero que había podido ahorrar durante los últimos tiempos, que no era mucho, había conseguido una habitación en una pensión de mala muerte en la calle Cervantes y también tenía un trabajo en el matadero municipal, en la calle Alta. Susana se sorprendió al saber cuáles eran las intenciones de su hermano. Por una parte, sintió lástima por su padre que cada vez se quedaba más solo, pero entendió que el muchacho quisiera aspirar a más. Aunque los verdaderos motivos de Ambrosio eran otros y Susana lo sabía.

Su hermano hacía tiempo que deseaba afiliarse en la Federación Obrera Montañesa y desde su pueblo no le era fácil. Por eso había venido a la ciudad abandonando allí sus labores y dejando solo a su padre y a sus dos hermanos. Susana no podría detener sus intenciones. Ella no compartía sus ideas y por más que le suplicara estaba segura de que no lo iba a conseguir.

Recién levantada, en bata y zapatillas, Ana apareció en la cocina. No esperaba que hubiera visita y bajó a desayunar con el servicio como hacía siempre que su tía no estaba.

No le gustaba que la sirvieran, decía que «Aquel que tenga manos que las use en su servicio», algo que cuando estaban sus tíos, lógicamente, no podía llevar a cabo.

Después de las presentaciones, se sentó en la mesa con ellos y compartió conversación. Se interesó por la vida de Ambrosio y rápidamente entre ellos surgió una complicidad que no pasó desapercibida para Raquel.

—Bueno, chicos, creo que es hora de que nos pongamos en marcha, habrá que trabajar algo. Otro día podemos seguir con esta charla tan interesante, ¿verdad, Ana? —comentó el ama de llaves.

—No sé, yo no tengo prisa. Esta tarde iré a la Federación, pero ahora no tengo qué hacer y estoy muy a gusto charlando con Ambrosio, creo que por lo que hemos hablado le gustaría venir esta tarde conmigo, ¿me equivoco?

—Pues no, la verdad. Una de las cosas que voy a hacer, y precisamente pensaba hacerlo hoy, es visitar la Federación, aunque quiero afiliarme en la CNT, y sé que en estos tiempos los anarquistas y los socialistas no están precisamente hermanados. Pero lo cierto es que, en esta región nuestra, es la Federación Obrera quien tiene el mayor número de afiliados. Por lo tanto, de momento estaré bien allí, ayudando en lo que sea preciso.

—Acabáramos. ¡Madre de Dios! Por favor, Ambrosio, déjalo, qué

más da, limítate a trabajar, ¿qué vas a conseguir con eso? Lo único que vas a tener son problemas, lo sé, te conozco demasiado bien. Solo eres un crío y tus ideas nos van a destrozar a todos. ¿Anarquista? En el nombre de Dios, ¡pero qué barbaridad estás diciendo! Creo que es mejor que vuelvas a casa.

—Está bien, hermana, tú no te preocupes por nada. Sé lo que hago, además, parece mentira que conociéndome como me conoces estés insistiendo. Sabes cómo soy, lo que pienso y por lo que voy a luchar siempre, y nada ni nadie me hará cambiar de parecer.

—Susana, creo que cada uno debe hacer lo que considere mejor; si tu hermano quiere formar parte de la organización, debe hacerlo. Todos seremos pocos. Por mi parte, si necesitas algo, allí estaré esta tarde. Y… espero que cambies de idea y te quedes con nosotros. Si quieres que te diga la verdad, los anarquistas no me gustan demasiado. Aunque respetaré tu decisión.

—Bueno, venga, se acabó. Cada mochuelo a su olivo. ¡Venga! —dijo Raquel notablemente molesta.

Susana le hizo un gesto a su hermano que este interpretó con rapidez, recogió la visera de paño azul que había posado sobre la mesa y se la colocó en la cabeza, se subió el cuello de la chaqueta que no se había quitado y abrochó los botones.

—Espera —le dijo su hermana.

Se acercó hasta la habitación y sacó una bufanda de lana que ella misma había tejido con la intención de regalársela el día de Reyes y se la dio.

—Qué bonita, hermana, y lo bien que me va a venir, hace frío.

—Cuando necesites algo, ya sabes dónde estoy. Y, por favor, no te metas en líos. Prométemelo.

—Que sí, mujer, quédate tranquila.

»Doña Raquel, muchas gracias por dejarme entrar y por el chocolate, no sabe lo bien que me ha sentado; del bizcocho no digo nada, las manos de mi hermana no tienen precio, ¿verdad? Echaba en falta ese sabor.

—Anda, ve con Dios. Y si necesitas algo aquí estamos —contestó el ama de llaves.

—Hombre…, con Dios precisamente no tengo intención de ir a ninguna parte, pero le agradezco sus palabras. Nos vemos. Que tengan buen día. Adiós, hermana. —Besó su frente como siempre hacía y a la vez apretó su mano.

8

Tras los días de descanso, las clases en la escuela de enfermeras se habían reanudado. Gloria había estado en casa de Amada durante la Navidad y se había sentido querida y acompañada, tanto su tía como Dori la habían tratado de maravilla. Fue con ellas de paseo, tomaron chocolate con churros en la churrería de José M.ª Rivero en la calle Lealtad y la llevaron a los bares más populares de la ciudad, La Zanguina, La Austriaca, La Sacristía, el Bar Bilbao, incluso disfrutaron de una película en el cine Alameda.

En Nochebuena, su tía preparó un pollo riquísimo y Dori compró turrón duro que tuvieron que partir a martillazos. Las tres pasaron una noche agradable y divertida, recordando anécdotas mientras comían polvorones y mazapán.

Una mesa llena de gente fue lo que tuvieron en Nochevieja, sus vecinos y alguno de los amigos de su tía acudieron a su casa. Cada uno aportó algo: el afilador de pianos puso el vino; las hermanas Fernández, dueñas de la mercería con la que trabajaba Amada, trajeron un bacalao con tomate exquisito, salado pero rico; Piedad y Manuel, los vecinos del primero, subieron croquetas y un guiso de carne. El postre lo puso su tía, hizo unas torrijas exquisitas típicas durante las fiestas navideñas en Santander.

Cuando estaban a punto de dar las doce, Dori abrió las ventanas; hacía frío y todos se abrigaron mientras se acercaban a ellas. Las uvas las tomaron escuchando cómo, una tras otra, el reloj de la catedral anunciaba la llegada de 1936. Después se abrazaron y se desearon lo mejor para el año que acababa de comenzar.

A Gloria le había llamado mucho la atención ver como la relación que su tía tenía con Dori era aceptada entre todos sus conocidos. Quizá muchos de ellos no sabían realmente lo que había entre ellas, sino que pensaban que eran unas primas solteronas que vivían juntas sin más. La verdad era que ambas eran muy prudentes, jamás hacían un gesto o decían nada que pudiera dar a entender que mantenían una relación amorosa.

Las fiestas casi habían terminado, pero aún quedaba el día de Reyes.

Gloria se las ingenió para comprar un detalle a sus tías, se lo debía, aunque solo fuera por el cariño que le habían dado.

Para Amada buscó un terciopelo negro y cosió un pequeño bolso de mano, al que le puso un pasador que ella tenía, regalo de su abuela, y colocó un cierre en la solapa.

A Dori le compró un libro, sabía que le encantaba leer. Se acercó una tarde a la Librería Universal y siguiendo la recomendación del librero compró *La tía Tula*, de Unamuno; había visto por casa algún que otro libro del autor y pensó que le podía gustar. Gloria se dejó en los regalos los pocos cuartos que tenía, pero no le importó. Ella no necesitaba gran cosa, en la escuela tenía cama y comida, además de una formación completamente gratis que había conseguido gracias a su tía.

Por otra parte, Laura seguía trabajando sin parar. Le tocó estar de guardia las dos noches festivas y, aunque por suerte fueron tranquilas, echó mucho en falta a los suyos. Era la primera vez que se separaba de ellos en noches como esas.

Quien no quiso dejarla sola fue Felipe, y después de cenar bajó hasta el hospital para verla, aunque solo fuera un instante. En Nochebuena la cogió por sorpresa. El chico se coló hasta la planta en la que ella estaba, se sentó en uno de los bancos de madera que había y esperó verla pasar.

La noche del 31 de diciembre era Laura quien aguardaba con ganas que el muchacho apareciera. No le había asegurado que iría, pero ella sabía que estaba bromeando y que seguramente a las doce estaría con ella. Escuchó desde los grandes ventanales que daban al sur el sonido incesante de la sirena de los barcos que anunciaban que el año nuevo acababa de empezar, miró al cielo y lo vio estrellado. «Raro para una noche de invierno», pensó.

—Quizá el cielo nos esté anunciando un buen año —dijo en voz alta.

—Desgraciadamente no lo creo, esto está muy revuelto; recemos para que el próximo año podamos disfrutar de una noche tranquila como la de hoy, veremos qué pasa en las elecciones, que están ahí ya, a la vuelta de la esquina se puede decir —dijo su compañera M.ª Luz, que al igual que ella también estaba trabajando.

La chica se dio la vuelta y se alejó dejando sola a Laura, que continuaba mirando por la ventana.

Con la mirada al frente, sin volverse, sintió como se situaba alguien tras ella. Pensó que quizá M.ª Luz había vuelto, pero al instante notó

unos brazos fuertes que rodeaban su cuerpo y el aliento cálido de una boca que suavemente besó su cuello; supo sin volverse que era Felipe, reconoció su olor y esos labios con los que le había posado aquel beso con tanto cariño.

Se volvió y se colgó de su cuello dejando que él la abrazara y la acariciara. Sin mediar palabra los ojos de los jóvenes se encontraron y sus labios, como si de un imán se tratase, se juntaron en un largo y cálido beso.

—No hay mejor manera de entrar en el 36. Prométeme que durante toda nuestra vida será así como comencemos cada año —le dijo Felipe susurrando a su oído.

Ella asintió cerrando los ojos y cogiendo las manos del chico que llevó hasta colocarlas sobre su pecho.

—Eres el único hombre al que he besado, y no quiero más, tengo suficiente con tus besos, con la mirada de esos ojos, con tus caricias. Eres el hombre de mi vida. Cada año correré a tus brazos cuando la última de las campanadas nos indique que comienza uno nuevo. Te lo prometo.

M.ª Luz entró en la habitación rompiendo de golpe la magia de aquel momento.

—¡Escóndete, Felipe, que viene la monja! Vamos, Laura, si nos vamos de aquí, no entrará ella. Espera un rato y luego sal como puedas. La sor está con la mosca detrás de la oreja, acaba de pillar a otra compañera con su novio, solo falta que te descubra también a ti. De menudo humor se ha puesto.

Laura cogió una bandeja que había traído con la medicación de los pacientes y salió de la sala. Al cruzar el umbral de la puerta se volvió y le tiró un beso, él hizo un gesto como atrapándolo y posó su mano en los labios mientras le guiñaba un ojo.

9

Entre revueltas, huelgas, manifestaciones y disturbios había comenzado el año 1936.

La proximidad de las elecciones de febrero hacía que el país fuera un hervidero. En la ciudad, aunque no era tan acuciado como en el resto de la nación, también se respiraba un ambiente enrarecido que hacía que el tema de conversación en cada reunión, en cada bar, en cada grupo de gente fuera la política. Las discusiones de unos y otros estaban al cabo de la calle; los monárquicos solicitaban la vuelta del rey, los anarquistas reclamaban la libertad del individuo por encima de cualquier autoridad, los republicanos defendían esa forma de gobierno por la que se estaban rigiendo y los partidos de derechas intentaban instaurar un régimen a su medida donde el Ejército, la burguesía, los terratenientes y la clase alta salieran bien parados.

Las chicas continuaban con sus trabajos. Parecía que en lugar de haber pasado dos meses desde que comenzara el año había transcurrido mucho más tiempo. El ambiente que se respiraba era tórrido y estaban preocupadas por un futuro incierto. Tenían fe en que los comicios calmaran los ánimos, pero en el fondo sabían que aquello era una bomba a punto de explotar.

En la cocina de Las Carolinas se había formado una especie de club donde cada fin de semana Gloria, Ana, Susana, Laura y en ocasiones Marifé se sentaban a conversar con una taza de café entre las manos.

A ellas se unían también Martina y Raquel, que aún continuaba trabajando, esperando a que la señora contratara otra ama de llaves que no parecía encontrar. Aquellas reuniones no eran del agrado de doña Elvira y así se lo había expresado a sus sobrinas, las cuales, en especial Ana, no habían hecho ningún caso.

—Si no te gusta que estemos aquí juntas, igual te agradaría más que lo hiciéramos en cualquier bar de la ciudad, ¿eso es lo que quieres? —alegó Ana.

—Siempre debes tener la última palabra. No puedo contigo, eres imposible, y lo peor es que estás arrastrando a tu hermana. Dime la verdad, ¿sigues acudiendo a esos sitios políticos donde a saber qué estáis tramando?

—Sí, tía, sigo, pero allí no se trama nada. Le puedo asegurar que, en esta casa, durante esas cenas que usted y mi tío organizan, se confabula muchísimo más.

—Fue un error dejar que trabajaras en el periódico. Deberías seguir estudiando, ser periodista era tu sueño y ahora te has quedado en una simple correctora en un periódico de provincia.

—Tía, sus palabras no me ofenden en absoluto. Hago lo que me gusta. Y lo hago porque quiero y porque me da la gana. Si sigue así, me iré de casa; con lo que gano y los amigos que tengo, no me será difícil encontrar una buhardilla donde meterme. Seguro que mi abuelo me ayudará. Y seré periodista, es mi sueño y así será.

—Un día de estos te pongo de patitas en la calle y ni tu abuelo podrá salvarte. ¿Sabes por qué? Porque no permitiré que lo vuelvas a ver jamás.

La joven salió de la estancia casi empujando a su tía que estaba delante de la puerta. Rozó con su hombro el de la mujer e hizo que el débil cuerpo de doña Elvira perdiera el equilibrio y estuviera a punto de caer al suelo.

Estaba claro que aquellas dos mujeres no iban a entenderse jamás.

El 16 de febrero y el 1 de marzo se iban a celebrar elecciones en el país. *La Región*, bajo la pluma de Matilde Zapata, intentaba animar a las mujeres a votar.

En Las Carolinas, lugar de encuentro de las chicas, Ana, sentada en una de las sillas blancas que rodeaban la gran mesa de la cocina, con el periódico en la mano, leía en voz alta el artículo que publicaba aquel 13 de febrero Matilde Zapata. Alrededor de la mesa, Marifé, Susana, Laura, Gloria y Martina la escuchaban con atención.

—A mis hermanas las pescaderas de Santander. Mujeres de corazón, médula del pueblo santanderino, relicario del sentimiento popular.

»Mis queridas y bravas amigas. Yo, una simple obrera de la pluma, voy a dedicaros unas líneas de estas columnas proletarias de *La Región*. Unas líneas que sean como unos aldabonazos a las puertas de ese inagotable corazón vuestro, como un manantial de aguas vivas. Hermanas pescaderas, vosotras lleváis una vida de lucha cruenta para ganar el pan de cada uno de los días. Nadie como vosotras sabe de la amargura del vivir. Primero, sentadas en la salobre dársena de Puertochico, esperando a ver llegar las traineras, las boniteras, las parejas del Gran Sol. Luego, en las veladas interminables en la venta, donde os quedáis muertecitas de frío. Y al día siguiente, la lucha del

vender. Unas, en la plaza del pescado de Atarazanas; otras, en la calle, gritando, hasta enronquecer, la mercancía fauna de los mares, que arrancan vuestros hombres marineros, también cantados por el universal Blasco Ibáñez. Vuestros hombres, de raza cántabra, cuya nobleza es el manto que os cobija y ampara, creando con vosotras, amigas mías, el venero seguidor de aquella literatura del creador de *Sotileza*. Seguís tan prístinas como las del muelle Anaos. Un poco, vuestras hijas, se han modificado. Visten como señoritas, con un perfectísimo derecho. Porque los zapatos de charol y los vestidos bonitos se han hecho también para las hijas de las pescaderas.

»Pero… todavía vais muchas de vosotras descalzas, con el carpancho a la cabeza, a hacer el traslado del pescado desde la venta hasta la plaza.

»Todavía, muchas de vosotras habéis adquirido en vuestra profesión enfermedades reumáticas. Habéis pasado mucho frío antes de ir a buscar el descanso de vuestro pobre hogar. Habéis pasado muchos días de hambre, cuando la mar se pone hosca y el sur y el nordeste juegan con vuestro pan.

»Vosotras, hermanas pescaderas, habéis podido observar que, además de esa tragedia de vuestra industria sacada del mar, hay otra tal cual es, que no podéis vender el pescado modesto, porque no hay dinero, sencillamente. Porque el obrero no puede ir a compraros nada, porque no hay dinero con que comprar nada.

»Vosotras, hermanas pescaderas, no vivís solamente de los grandes hoteles y las grandes casas del muelle; vivís también de la clase media, de las clases obreras, que van a dejar a vuestros puestos sus pequeños jornales y que os consumen la modesta pescadilla, el bocarte, el chicharro, el aligote… ¡Vivís de los pobres enfermos, que os deben comprar, porque lo necesitan, el blanco pescado del palangre!

»Vosotras, más que nadie, habréis notado lo que cuesta vender una simple palometa, ese pescado despreciado por los ricos y apreciado por los pobres y la clase media. ¿Qué quiere decir esto? Que no hay dinero, hermanas. ¡Que no hay dinero! Cientos de parados hay en Santander; cientos de despedidos hay en Santander que no pueden comprar, que no pueden comer…, ¡que no pueden vivir!

»Hermanas pescaderas, ¡defendedles al defenderos! ¡Votad al Frente Popular! Vosotras sois buenas y estáis al lado del pobre, del que sufre. Del que necesita justicia. Treinta mil hombres hay en las cárceles y no les puede faltar el aliento, el beso y el abrazo de vosotras, hermanas pescaderas, que habéis sabido siempre poner consuelo a todas las aflicciones, a todos los dolores…

Cuando la chica acabó de leer, rompieron en un aplauso. Ana

levantó la cabeza y arrancó la hoja del periódico, la dobló con cuidado y la metió en el bolsillo de su vestido.

—Menos aplausos y más compromiso. El día 16 todas a votar. Esta mujer es maravillosa, me encantaría tener su fuerza, su don de palabra, su capacidad para reaccionar y para mover a las masas. Pero desgraciadamente no los tengo —dijo Ana.

—Bueno, eso de que no los tienes, tiempo al tiempo, menuda eres tú. Te he visto en las reuniones y estás muy preparada, tienes poder en las palabras, y no lo niegues que no tengo ganas de regalarte los oídos, de sobra sabes que tú puedes, y, si no, ¿qué hacemos todas aquí cada tarde de domingo escuchando todo lo que nos cuentas? —contestó Laura.

Se puso en pie y, con el desparpajo que la caracterizaba, Gloria se sacudió el pelo y señalando a cada una de ellas con el dedo mientras daba una vuelta alrededor de la mesa dijo:

—¡Bueno, chicas, son casi las cinco! Creo que es hora de que nos pintemos un poco el morro, nos sacudamos la falda, nos coloquemos el sostén, nos subamos en los tacones y nos vayamos al baile, a ver si hoy tengo suerte y se me acerca algún mozo guapo.

»Por cierto, Susana, ¿sabes si tu hermano aparecerá hoy? Porque de esta me quedo para vestir santos. Laura tiene a su Felipe. Ana…, chitón, tranquila, que no digo nada, que luego todo se sabe —dijo mirándola—. Susana, a su chófer favorito, y yo no me como ni una rosca, sin decir por supuesto de Martina, que va toda acaramelada del brazo de su Enrique. Y hasta Marifé estoy segura de que algo ha pillado. Caminando, que vienen dando, ¡niñas… al salón!

—¡Mira que eres bruta! Cualquiera diría que somos meretrices, cambia la frase para la próxima, guapina —contestó molesta Laura.

—¿Merequé? —preguntó Susana.

—¡Putas, hija!, que esta Laura es muy fina. Vamos, anda, que lo he dicho en broma, chica, solo quería hacer una gracia.

—Pues no me ha hecho ninguna gracia, Gloria —alegó Laura.

Las tardes de domingo eran para disfrutar, para reírse con los amigos, para tomar una Cruz Blanca, ir al cine, pasear por el paseo de Pereda o bailar.

Ana había conseguido que su tía le diera libre a Martina, a Susana y, por supuesto, a Laura; le había costado mucho, ya que la mujer se negaba a tal ofensa. Pero ella le buscó una solución. A su abuelo lo convenció de que los domingos podía estar solo, no necesitaba que ninguna enfermera lo atendiera; ni que decir tiene que el hombre contestó que por él como si quería tener libres todos los días. A su tía le resultó un poco más complicado, pero con la ayuda de su tío y

también de Marifé, después de muchas discusiones, logró que libraran todas. Eso sí, a las nueve y media la cena tenía que estar servida. Ana cedió a esa petición y todos quedaron contentos.

Tal y como Gloria indicó, se acicalaron lo necesario, cogieron sus abrigos y salieron; Marifé prefirió ir al cine con sus amigas de la escuela.

Como siempre, tuvieron que esperar a Ana, que había subido a despedirse de su abuelo y lo había encontrado un poco triste y recostado en la cama, algo que no era muy común en él. Por eso le pidió a Laura que subiera un momento a verlo. No solo lo hizo ella, sino todo el batallón de futuras enfermeras.

El hombre se encontraba bien, pero cuando las vio entrar se sobresaltó.

—¡Carajo, niñas! Qué susto me habéis dado. ¿No ibais a salir?

—Claro que sí, don Froilán, pero antes hemos venido a hacerle una visita. Déjeme, que quiero mirarle la tensión y de paso ya que estoy le voy a poner el termómetro —dijo Laura.

—¡Quita, niña, que me vas a mirar ni mirar!, si hace un rato ya lo has hecho. Estoy como una rosa, ¡en esta casa no se puede ni dormir! ¿Qué coño me va a pasar? Hace un rato ha subido mi hija. ¡Largaos de una vez y dejad a este viejo que descanse tranquilo!

Doña Elvira, que había escuchado el taconear de todas escaleras arriba, subió también para ver qué era lo que pasaba.

—No sé qué hacéis aquí todas. Ana, me pides permiso para que tengan la tarde libre y resulta que ahora os encuentro aquí. ¿Le pasa algo a mi padre? He estado hace menos de media hora con él y se encontraba bien.

—No, no, tía, está bien, hemos subido a despedirnos. Ya nos íbamos.

—Pues caminando, que a las nueve y media quiero la cena. Por cierto, estáis muy guapas. Gloria, ese vestido te sienta de maravilla, seguro que te lo ha hecho tu tía.

—Pues no, doña Elvira; aunque esté mal decirlo, lo he comprado en la Casa del Sepi, y baratito me ha salido. ¿Y sabe por qué? Porque para ganarme unos cuartos hago arreglos para ellos y eso me da unas perras para ir viviendo.

Doña Elvira movió la cabeza de arriba abajo unas cuantas veces mientras Gloria se daba una vuelta despacio para que la mujer pudiera admirar cómo le sentaba el vestido.

Al abrir el portón de entrada, la furgoneta que conducía Enrique estaba allí. El muchacho, apoyado en la pared de piedra con un pie posado sobre la misma, un cigarrillo entre los dedos, la visera de paño

de los domingos ladeada, un abrigo de espiga oscuro sin abotonar y perfumado como un dandi, esperaba a las chicas. Junto a él, otros dos jóvenes apuestos charlaban; eran Ambrosio y Felipe.

—¿No preguntabas por mi hermano? —le dijo Susana dirigiendo la mirada hacia Gloria—. Pues ahí lo tienes.

Para suerte de las chicas, aquel domingo Enrique había conseguido que le dejaran la furgoneta y la había limpiado cuidadosamente para que las muchachas no se ensuciaran; afortunadamente, su modo de conducir ya había mejorado desde la primera vez que Gloria subió con él.

—Chicas, hoy vamos en primera os llevamos al baile y… os dejaremos en casa de vuelta. Claro, siempre que estéis de acuerdo. Allí nos espera algún que otro amigo. Porque vamos a la sala Alcázar, ¿verdad? Nosotros por lo menos sí, ¿vosotras?

Las chicas sonrieron, ni que decir tiene que se dirigían allí.

Mientras Martina y Laura iban del brazo de Enrique y Felipe, más atrás, Ana y Gloria comentaban los pormenores de lo que podía ser una buena tarde de ocio.

Ana le hablaba del muchacho que había conocido en la Federación y con el que pasaba muchos ratos charlando; no quería hacerse ilusiones, pero comenzaba a sentir por él algo más que cariño. Gloria la escuchaba con atención mientras miraba a Ambrosio, que, junto a Susana, caminaba por delante de ellas hablando sobre las últimas noticias que tenían de su padre y sus hermanos. Miguel en unos días comenzaba a trabajar en la finca de unos señores como mozo y allí le iban a proporcionar comida y alojamiento. Pedro, sin embargo, seguía sin hacer nada, paseando por el pueblo y de vez en cuando ayudando a su padre que afortunadamente estaba bien de salud. La pequeña Estefanía era feliz en casa de la tía Cuca, crecía rápido y estaba «sana como una manzana»; así, con estas palabras, se lo habían hecho saber en la última carta que había recibido la cocinera hacía solo dos días.

Ana se paró y mirando a Gloria, que durante todo el camino había ido con la vista puesta en la espalda de Ambrosio, le dijo:

—¿Me estás escuchando? Asientes con la cabeza y me dices que sí, como si yo fuera tonta. Te gusta, ¿eh?, pues hoy puede ser tu día, ahí lo tienes, ¡ataca! No tenemos que esperar a que un hombre se nos acerque, si nos gusta también nosotras sabemos cómo conquistar.

—¡Mira esta con lo que me sale! Me estás diciendo que no sabes si le gustarás al chico de la Federación, tienes más dudas que otra cosa y ahora me vienes con que yo le diga a Ambrosio… Además, una cosa te cuento: me gusta, pero para un rato. Contigo sí puedo hablar de estas cosas, sé que no te vas a asustar ni a ruborizar. No quiero novios,

quiero pasarlo bien, cuando me apetezca y con quien quiera. No está en mis planes enamorarme de nadie. Y creo que este… cumple con los requisitos. En cuanto pueda se va a marchar al extranjero, me lo ha dicho Susana; por lo tanto, no quiere novia ni compromiso, y planta no le falta. No me negarás que tiene muy buen porte, un poco bajito, pero, vamos, que no importa. Está francamente guapo el mozuco. Tiene un punto canalla que me vuelve loca. Vamos, justo lo que yo necesito. ¡Que me alegren el cuerpo!

Ana la miró sorprendida. Se había dado cuenta de que era una mujer liberal, pero no creyó que tanto. Con una sonrisa en los labios le contestó:

—Pues me parece muy bien, cada uno con su vida que haga lo que quiera; si ellos pueden estar con unas y con otras, nosotras también, ¡solo faltaba! Haz lo que te parezca, disfruta, pero ten cuidado con las barrigas y con los canallas, al final te puedes enamorar o, lo que es peor, embarazar, y entonces vas a estar perdida. Porque un canalla… ya sabemos lo que es, y esos no cambian.

—Tú tranquila, tocaremos madera, no me vaya a salir un bombo. Para lo demás sin problema, que como dice el refrán: «A amor mal correspondido, ausencia y olvido». ¡Que somos jóvenes, mujer! Hay que vivir, disfrutar y, sobre todo, probar, no nos vamos a quedar con el primero que llegue; ya sabes de qué te hablo: «A la mujer más honesta también le gusta… la fiesta».

La carcajada fue tan sonora que todos se volvieron y pidieron que compartieran con ellos la gracia, pero las chicas se rieron de nuevo negando con la cabeza y sin decir nada.

La sala Alcázar lucía sus mejores galas; unos cortinones de terciopelo rojo cubrían la puerta que daba paso al salón y constantemente se abrían y cerraban; un incesante entrar y salir de jóvenes solos o acompañados, que iniciaban el baile o lo daban por terminado, eran sus transeúntes. Los sofás de color avellana con algún que otro lamparón estaban ocupados por grupos de gentes bulliciosas que hablaban a gritos para poder escucharse. Las pequeñas mesas redondas estaban repletas de vasos con bebida. Las dos barras que había a ambos lados de la pista se veían llenas de chicos apoyados en ellas que observaban el ir y venir de las jóvenes, e intentaban con su mirada buscar la de aquella que más les gustase para conseguir su aprobación y acercarse sigilosamente a mantener conversación. Los roperos estaban cargados de abrigos y, en los lavabos, los espejos reflejaban las bellas caras de las muchachas que retocaban su maquillaje y pasaban sobre sus labios la barra de carmín.

En general, era un mundo idílico en el que olvidarse de las

penurias, el trabajo y los problemas que seguramente todos tenían, pero donde al menos por unas horas la vida les regalaba todo aquello que necesitaban: amor, alegría y divertimento. Había grupos de chicos, por un lado, y, por otro, chicas que sonreían discretamente a las miradas de algún mozo y parejas en la pista bailando pegaditos al son que la orquesta tocaba. «El manisero» de Machín, «El relicario» del maestro Padilla, «El día que me quieras» de Carlos Gardel…, sones de todo tipo que llenaban de alegría los corazones de cientos de jóvenes ávidos de aventuras.

Gloria se había acercado discretamente hasta Ambrosio y conversaba con él desde hacía bastante rato. Poco a poco y a medida que trascurría la tarde la complicidad entre ambos se hacía notar. No muy lejos de allí, Ana, sentada con el resto del grupo, miraba hacia los cortinones rojos mientras hacía girar su dedo índice alrededor de su vaso de soda. Sin querer admitirlo, esperaba que entrara alguien especial para ella.

Aquel muchacho la tenía loca, no hacía más que pensar en él. No había sido su físico lo que más le atrajo, sin duda sus ideas políticas tan cercanas a las de ella, su modo de ver y sentir la República, sus ganas de hacer y de cambiar cosas, todo ello era lo que más le había gustado.

De repente su gesto cambió, por fin había llegado. El chico sujetó la cortina esperando a alguien, o al menos eso parecía. Después de un rato una muchacha rubia de melena corta, delgada y pequeñita se puso a su altura, él la tomó de la mano y ambos se dirigieron a la barra.

—¿No es ese tu hermano? —le dijo Felipe a Laura—. Allí, mira, con la rubia del vestido azulón.

Ana escuchó perfectamente el comentario, pero no dijo nada. No tenía ni la menor idea de que Daniel fuera hermano de Laura y sintió vergüenza, había estado comentando lo mucho que le gustaba. Pero al parecer iba a quedar como una tonta, resultaba que ya tenía novia, y por cierto más joven que ella y, sobre todo, más guapa. La rabia le pudo y le entraron ganas de irse, pero no lo hizo. Se levantó y se marchó al baño dando un rodeo para evitar encontrarse con ellos y mucho menos que la vieran. Al entrar se tropezó con Gloria, que salía del servicio.

—¿Has visto al demonio? ¡Menuda cara tienes!

—Peor, he visto a Daniel con una chica de la mano, acaba de llegar. Vaya suerte la mía, para una vez que encuentro uno que me gusta, va y tiene novia. ¡La jodimos, tía Paca!

—Pero ¿te la ha presentado? Igual es una amiga, aunque la lleve de

la mano no quiere decir nada.

—Sí, una amiga…, seguro. Pero… no sabes lo peor.

—Di, chica.

—Es hermano de Laura.

—Pero eso no es malo, mujer. Pues sí que estás tú hoy buena. Deja de beber soda de una vez, que te afecta mucho a la cabeza. Tómate una copa en condiciones y coge al toro por los cuernos. ¡A paseo la novia!

»Me voy, que me esperan. Por cierto —dijo dándose la vuelta y guiñando un ojo a su amiga—, no me esperéis ni me busquéis, que en un rato me iré… acompañada, ya sabes.

Ana movió la cabeza hacia los lados sonriendo y pensando:

«No se le pone nada por delante, jolín con la modistilla».

Mientras esperaba su turno para entrar al servicio, Laura asomó la cabeza por la puerta. La estaba buscando.

—Chica, te estoy buscando desde hace un rato. Pensé que te habías ido sin decir adiós. Ven, que quiero presentarte a mi hermano. Verás qué majo es. Lo mismo te gusta más que ese que tanto te quita el sueño, es un buen mozo y listo como él solo.

El servicio quedó libre y Ana entró. Desde fuera y pegada a la puerta, Laura seguía hablando sobre el muchacho; por suerte no había nadie más en el lavabo y podían comentar con tranquilidad. Salió y se acercó al lavabo, se lavó las manos y sacó de su bolso un pañuelo con el que secarlas y la barra de labios que le había quitado a su tía, ya que ella no solía maquillarse. Se la pasó una y otra vez despacio y con cuidado de no salirse hasta obtener el resultado apropiado, primero el labio inferior y luego el superior. Miró a Laura y pidió su aprobación, la chica le indicó que se limpiara las comisuras suavemente, juntara los labios y pasara por ellos la lengua para darles un aspecto más jugoso.

Ana estaba nerviosa, era como si su cuerpo quisiera llegar, pero sus piernas no quisieran caminar. «Qué tonta eres, pero si tiene novia, no sé porque estos nervios, cualquiera diría que es lo más importante del mundo», se dijo a sí misma.

—Bueno, la encontré, estaba en el baño, y ya sabéis… las chicas en el aseo somos un poco pesadas. Mira, Ana, este es mi hermano; Daniel, Ana.

Sus miradas se cruzaron casi atravesándose. Los ojos de Daniel igual que los de Ana se mostraron alegres y vivos. Ninguno dijo conocerse. Él extendió su mano y ella hizo lo propio. Al unísono dijeron:

—Encantado.

—Encantada.

—Pero qué sosos, un besuco al menos, que parece que estamos en el siglo XVIII, solo te ha faltado besar su mano, y a ti hacer una reverencia —dijo Felipe.

Los dos sonrieron, pero no hicieron ni intención de besarse.

—¡Ah, mira, Ana! Ella es Isabelita, nuestra vecina. Su madre no la deja salir sola aún y Daniel se ha prestado a traerla y cuidarla. Es como una hermana para nosotros, nos conocemos desde pequeños. Ella el próximo año también irá a la escuela de enfermeras. ¡Otra compañera más que tendremos, Gloria!

—Anda que no tenéis suerte ni nada. Las inyecciones gratis, no tendréis que ir a la Casa de Socorro y encima con servicio a domicilio —dijo Gloria.

Acercándose a ella, Ambrosio le susurró al oído:

—Cuando quieras yo también te pongo a ti las inyecciones necesarias, no tienes más que decirlo, que tampoco te voy a cobrar.

Gloria le dio un codazo en el costado que hizo que el chico se inclinara. Se miraron y ambos sonrieron.

Pasaron una tarde agradable. Habían formado un grupo de amigas que parecía que se conocieran de toda la vida, tan diferentes unas de otras, pero a la vez con tantas cosas en común que el destino o tal vez la suerte las había reunido.

10

Aquellas tan esperadas elecciones se celebraron. Los resultados no fueron los esperados para algunos y el Frente Popular solamente sacó en Santander dos diputados: el socialista Bruno Alonso y el miembro de Izquierda Republicana Ramón Ruiz Rebollo. La derecha, crecida y confiada, obtuvo cinco: Pablo Ceballos, Santiago Fuentes Pila, Ricardo Sánchez de Movellán, Eduardo Pérez del Molino y Pedro Sainz Rodríguez. Se hizo más notable el apoyo a la derecha en las zonas rurales, mientras que en las urbanas y más industrializadas el Frente Popular obtuvo la fuerza necesaria.

El ambiente enrarecido que se respiraba en la ciudad era insoportable, la mayoría de los hombres iban armados por las provocaciones que los falangistas constantemente les hacían. No era difícil saber el signo político de las gentes santanderinas; una saber pequeña donde todo el mundo se conocía no era el mejor lugar para pasar desapercibido si en algún momento te habías significado, bien de un lado o de otro.

Pronto los grupos se fueron haciendo fuertes y cada vez más distantes; en bares, en plazas, en los trabajos, cada cual ocupaba el lugar que le correspondía. Falangistas por un lado en el Hotel Victoria, donde habían montado su cuartel general, y por otro lado los socialistas y anarquistas, que lo hicieron en el Café Royalty, el cual fue ametrallado una tarde de primavera. Esto propició la necesidad de que la izquierda montañesa se armase aún más y con la colaboración y ayuda de los camaradas vascos consiguieron armamento de la Fábrica de Éibar.

Tal situación obligó al Gobierno Civil a solicitar a todos aquellos que tuviesen armas en su poder que las entregaran, caducando de ese modo todos los permisos que hasta el momento existían, como por ejemplo el que tenían los cazadores, a quienes les dieron un plazo de cuarenta y ocho horas para la solicitud de nuevas licencias. De no ser así todo aquel que dispusiera de ellas sería considerado como tenedor de armas clandestinas.

Era una manera de mantener el control en la medida de lo posible. Además, y por medio del gobernador, Manuel Ciges Aparicio, se

ordenó la vigilancia extrema, sobre todo los domingos, para evitar en gran medida las concentraciones o los grupos dispuestos a romper la paz de la región.

Con esta situación, el Hospital Valdecilla recibía diariamente gente golpeada o herida de bala, por lo que las enfermeras no daban abasto con las curas y atenciones.

A la entrada, en el vestíbulo había una sala; un pequeño espacio destinado a la atención de la beneficencia, donde últimamente las colas eran interminables.

Las alumnas hacían relevos en todos los pabellones del hospital para apoyar a sus compañeras ya graduadas, y por supuesto también se requería su ayuda allí.

Gloria y Marifé fueron dos de ellas. La labor social que desarrollaban iba más allá de la atención médica, se ocupaban de saber cuál era la situación de los enfermos, si tenían o no trabajo, hijos, familia, el lugar donde vivían. Procuraban buscarles ocupación, alimento y vestido si era necesario. Además de subsanar los cuidados necesarios para mejorar su salud.

Laura iba y venía de pabellón en pabellón y de sala en sala, trabajando incansable durante horas. Desgraciadamente ya no tenía que asistir a don Froilán, una noche de febrero su corazón se paró y en la mañana, cuando llegó como siempre hacía para ver cómo se encontraba y administrarle la medicación, lo encontró muerto, recostado sobre el lado derecho de la cama con un rosario entre los dedos.

Aquello fue un golpe terrible para doña Elvira, que decidió partir por un tiempo a Madrid, a casa de sus primas, para descansar y recuperarse de la impresión que aquel suceso le había producido. Lo hizo sola; don Ricardo, su marido, tenía que atender la fábrica y además no tenía ninguna gana de acompañar a su doliente esposa. Tenía otras ocupaciones más interesantes, sobre todo para calmar sus necesidades sexuales, y la partida de su esposa le vino como anillo al dedo. Sus sobrinas de sobra sabían de la relación o relaciones que su tío mantenía con una o varias mujeres.

La casa se quedó tranquila por la partida de doña Elvira, pero también a la vez vacía.

Raquel, tal y como había anunciado y cansada de esperar a que llegara otra ama de llaves, aprovechando la partida de la señora se despidió. Se marchó a Silió, su pueblo. La atención a sus padres era prioritaria, pero no solamente fue ese el motivo. Inmersa como estaba en la vida política de la ciudad, sabía que algo iba a pasar y no quería que estuvieran solos, conocía el carácter luchador de su padre y sus

ideas políticas, un hombre de izquierdas cauto y cabal, pero a la vez desafiante y guerrillero si llegaba el caso.

Martina, Susana y Clemente seguían en la casa. Al igual que Ana y Marifé. Por lo tanto, Las Carolinas se había convertido en el «cuartel general», no solo de las chicas, sino también de algún que otro muchacho.

En varias ocasiones se habían celebrado reducidas reuniones en las que Daniel y Ana llevaban la voz cantante. Siempre con la aprobación de su tío, al que no se le contaba toda la verdad, y alegando una fiesta o cualquier otra disculpa le solicitaban permiso para ello. El hombre no ponía ningún impedimento, al contrario, le venía muy bien dar a sus sobrinas un poco de manga ancha, porque así, mientras estaban ocupadas en sus cosas, no llevaban cuenta de cuándo ni dónde estaba él.

Gloria y Ambrosio tenían una historia discreta pero muy loca. Ambos aseguraban que no estaban enamorados, que solo se daban cariño. Lo cierto era que la pensión de la calle Cervantes donde vivía el muchacho, un día sí y otro también, era testigo de noches desenfrenadas, donde el sexo corría a raudales.

Entre todos habían formado un grupo muy bien avenido. Algunos días salían juntos, otros en cambio en parejas, buscando esa soledad que los enamorados desean, la privacidad necesaria para colmar y calmar los deseos más ocultos.

Los lugares de ocio habían cambiado. A pesar del trabajo también había tiempo para ello, ¡cómo no! Aunque ya no asistían a la sala Alcázar, pues era peligroso para ellos y no merecía la pena entrar en conflictos innecesarios por echar un baile.

Su dueño, un falangista chulesco y mal encarado, echó de la sala una tarde a Daniel y Felipe por entrar cantando una canción republicana que decía:

En la plaza de mi pueblo dijo
el jornalero al amo:
nuestros hijos nacerán
con el puño levantado.

Esta tierra que no es mía,
esta tierra que es del amo,
la riego con mi sudor
y trabajo con mis manos…

Se armó una tremenda bronca, los puñetazos iban y venían por

todos lados, la sala estaba llena de falangistas dispuestos a quitar de en medio a cualquier izquierdista. Por eso el grupo decidió no volver, no tanto por el riesgo que podían correr ellos, sino por preservar la integridad de las muchachas que aquel día fueron insultadas y vejadas, además de zarandeadas, como fue el caso de Gloria y Ana, que se unieron a la batalla que se organizó y tuvieron que ser sacadas poco menos que en brazos al intentar defender a sus amigos de los golpes que estaban recibiendo.

Ahora la diversión era otra, aprovechaban las romerías que se celebraban en la calle y paseaban por La Ribera, iban al cine Coliseum o tomaban unos chiquitos en el bullicioso y alegre bar New Racing, en la calle Arcillero, cerca del teatro Apolo, que llamaba la atención por su construcción modernista y sus amplios ventanales enmarcados con piedra.

Otros días si el tiempo acompañaba cogían el tranvía. Por treinta céntimos hacían un recorrido que iba desde La Ribera hasta Miranda mientras observaban las chispas que las ruedas echaban al rozar contra las aceras.

Desde allí paseaban hasta los Pinares y continuaban por el salón romántico, nombre que recibía la calle de Cacho, camino obligado para llegar hasta la plaza del Pañuelo, lugar de belleza inigualable donde contemplar la grandiosidad del mar Cantábrico y disfrutar entre arrumacos, besos y caricias del sonido incesante de olas espumosas que se balanceaban como danzantes alegres sobre la fina y blanca arena de las playas de El Sardinero.

Lo cierto era que la preocupación estaba presente siempre en todos ellos. Eran conscientes del peligro, de los problemas que ocasionaría una posible guerra, algo que destrozaría sus vidas, pero estaban dispuestos a luchar, a defender aquello en lo que creían, y lo harían si fuera necesario hasta el último aliento.

Pero, por mucho que quisieran implicarse, ellos solo eran un pequeño grupo de jóvenes que nada podían hacer por parar aquella situación, si bien eran realistas y tenían claro que lucharían con todas sus fuerzas y con todo lo que estuviera en sus manos. Lógicamente nadie quería una guerra absurda, la palabra debería predominar sobre la violencia, los políticos tenían la obligación de hacer valer la fuerza de sus voces en el Congreso; discutir, debatir y acordar para evitar que el pueblo sufriera unas consecuencias nefastas. Sin embargo, el peso de la fuerza militar estaba ganando terreno a pasos agigantados y ellos no podían hacer más que esperar acontecimientos y que las discusiones, las conversaciones, las diferencias de opinión, los acuerdos verbales y todo aquello que se produjera pudiera de alguna

manera apaciguar lo que parecía inevitable.

Gloria solía ir algún fin de semana a comer con Amada y Dori, que con tanto lío en la calle habían reducido sus salidas. Le daba pena ver lo que estaban pasando. Alguien dejó correr la voz de su condición sexual y les estaba resultando difícil convivir.

Su tía había perdido muchas clientas y ahora estaba comenzando a coger arreglos y trabajos de menor categoría para su provecho económico. Todo ello a consecuencia de un incidente sufrido una mañana cuando desayunaban en los alrededores de la plaza de la Esperanza.

Unos hombres desconocidos para ellas las señalaron y acercándose a las dos mujeres las insultaron y escupieron. Las renoveras salieron en su defensa y consiguieron que los tipos se fueran dejándolas tranquilas. Pero desde ese momento hasta algunas de las personas con las que tenían más confianza habían ido alejándose discretamente de las dos.

11

Ana seguía trabajando, había estrechado lazos con el matrimonio formado por Matilde Zapata y Luciano Malumbres, dueños del periódico *La Región*, y ya no se dedicaba solo a las correcciones, también cubría alguna que otra noticia y redactaba artículos, sobre todo de sociedad; si bien esto no la entusiasmaba, al menos le permitía estar allí y tener un salario, aunque el dinero no era un problema para ella. Estaba contenta porque había llegado a ocupar el puesto actual no por su amistad con los dueños, sino por una destreza con la pluma que gustaba sobre todo a su jefa.

Aquella tarde Ana tenía que cubrir una de las conferencias que Matilde Zapata iba a dar en los locales de la calle Magallanes. Dada la confianza que con el tiempo habían ido cogiendo, ya que se conocían desde que Matilde era la presidenta del grupo infantil socialista de la ciudad, Ana le propuso salir antes del periódico y tomar un café tranquilas, pero la mujer le pidió que esperara un momento, quería ver unos documentos que tenía sobre la mesa y dejar cerrados algunos temas pendientes. Realmente la joven no tenía por qué asistir, ya que parte del artículo que debía publicar al día siguiente en *La Región* sobre la conferencia que la periodista iba a impartir aquel día ya estaba casi terminado, pero tenía interés en escucharla.

Además de ella también asistirían Daniel, Ambrosio y Felipe, junto con alguna de las chicas, aunque no todas, porque Laura y Gloria estaban muy ocupadas en el hospital.

Ana se adelantó a ella, que se detuvo a charlar con su marido, y la esperó en la puerta del periódico. La calle en ese momento estaba tranquila, sacó de su bolso un cigarrillo y buscó una pequeña caja de cerillas. La movió antes de abrirla y observó que no tenía muchas, al deslizar el cajón de cartón comprobó que solo quedaban tres. Hacía un poco de viento y se metió contra la pared para evitar que el fósforo se apagara.

Al girarse observó a dos hombres que la miraban en la acera de enfrente. Curiosamente le pareció haberlos visto antes. El interés hizo que se acercase a ellos con la excusa de no tener fuego, dejó que la cerilla se apagara casi antes de que prendiera y cruzó la calle. Según

se acercaba les sonrió y les enseñó el cigarrillo.

—Por casualidad…, ¿tendrán fuego? Se me han terminado las cerillas y creo que aunque dé golpecitos con dos piedras no iba a ser capaz de hacer lumbre.

Uno de ellos se retiró hacia un lado la parte derecha de la gabardina oscura que llevaba y sacó del bolsillo de su americana un chisquero. Tiró hacia arriba de la mecha y la acercó a la rueda, con la palma de la mano rozó dos o tres veces la misma hasta que esta prendió, se acercó a la boca el chisquero y sopló para avivar la mecha; luego, mirando fijamente a la chica, se lo ofreció. La muchacha encendió el cigarrillo y miró a los ojos del hombre observando de reojo a otro que se había retirado y no perdía de vista la puerta del periódico.

Con un simple y coqueto «gracias», les dio la espalda. Se encaminaba de nuevo hacia el portal del periódico cuando vio a Matilde Zapata, que ya salía.

Mientras andaban, las dos mujeres charlaban, pero Ana notó preocupada a su acompañante.

—Te pasa algo. Te noto preocupada, tú eres una mujer seria, pero a la vez positiva y alegre. No sé si alegre es la palabra más adecuada, pero a mí me lo parece.

—No voy a mentirte, Ana, estoy preocupada. Todo lo que está pasando se nos escapa de las manos, y no hablo solo de política, en este momento te hablo de mi marido.

—¿Le pasa algo a Luciano? Yo lo veo bien, trabajando como siempre. ¿Está enfermo? Si es así, ya sabes que mis amigas están en el hospital, son enfermeras y si necesitáis algo os pueden echar una mano.

—No, gracias, Ana, de salud está bien y espero que lo esté muchos años. Lo que pasa es que algún cabrón fascista le está mandando amenazas de muerte. Lleva algún tiempo recibiendo anónimos y por fin después de mucho insistir he conseguido que hable con don Manuel, el gobernador, que como ya sabes es buen amigo nuestro.

—¿Y…?

—¿Has visto los dos tipos que había frente a la puerta, no? Le han puesto vigilancia; al menos por la noche cuando sale tarde va acompañado, y durante el día hace ya un par de jornadas que también están.

—¡Cabrones!, como no pueden callarle de otra manera pretenden matarlo.

—Calla, no lo digas ni en broma. Esperemos que esto pase. Al menos ahora estoy más tranquila.

Hicieron una parada en la calle La Blanca, en el Café Español. No estuvieron mucho tiempo porque Ana recordó que debía acercarse hasta la Fundación de la Gota de Leche, en la calle Perines. Tenía pendiente desde hacía días hablar un momento con uno de los pediatras que llevaban el centro. Había un artículo que terminar. Llevaba tiempo preparándolo y estaba a la espera de los resultados de unas pruebas que estaban haciendo sobre la esterilización de los biberones mediante calor. Aprovechando esta nueva práctica, recordaría a los lectores cuál era la función social que llevaba a cabo la Fundación y cómo, durante los años que llevaba en funcionamiento, había mejorado la nutrición de los pequeños a los que sus madres, por diferentes motivos, no podían amamantar.

Mientras tomaban el café escuchaban cantar a un coro de ronda montañés que deleitaba a los viandantes con sus sones tradicionales. Ana reconoció enseguida a uno de ellos, era Paco. El hombre era pariente de Irene, su tata, y siempre venían a saludarla y a pasar un rato con ella, charlaban sentados en un banco mientras ellas jugaban en los Jardines de Pereda. Tanto a él como a Angelines, su mujer, les tenía mucho cariño, y recordaba cómo se alejaban enamorados y cogidos de la mano.

Verlo después de tanto tiempo con su camisa blanca, su chaleco, su pantalón negro y su fajín rojo, subido en las albarcas y apoyando su cuerpo en el palo pinto mientras cantaba alegre junto a sus compañeros, la llenó de nostalgia por un momento.

La tonada la conocía porque muchas veces Paco se la cantaba a su hermana y a ella, y decía:

Una palomita blanca posada en una rama
no se moría de sed teniendo cerquita el agua.
Por el pico la cogí, por el ala se me fue,
la culpa yo no la tuve, que la tuvo una mujer.
La culpa la tuve yo que no la supe querer.

Los aplausos llenaron de alegría la concurrida calle. El grupo caminó hasta otro punto para seguir cantando, pero Paco se acercó a la muchacha.

—¡Me encanta! Pero qué bien lo hacéis, hacía tiempo que no te veía, qué tal está Angelines, dale muchos recuerdos de mi parte —le dijo Ana.

—Hola, guapa, estamos muy bien, le diré que te he visto. Estamos esperando otro hijo para octubre, es el tercero ya, a ver si tenemos suerte y es una niña; la llamaremos Gema, como tu tata, ya sabes que

la queríamos mucho.

—Siento no poder estar más rato viendo vuestra actuación, pero tengo prisa.

Ana se acercó a él, le dio un beso en la mejilla y le dijo adiós, deseando que todo fuera bien y por fin tuvieran una niña.

Tal y como era de prever la sala de la Federación estaba llena a reventar, no cabía ni un alma. Hombres y mujeres por igual esperaban la intervención de Matilde Zapata.

A los pocos segundos de que la mujer comenzara a hablar se escuchó un revuelo en la calle. Por la ventana se podían ver cientos de personas, jóvenes en su mayoría, que increpaban a los asistentes y a la propia conferenciante. Ante la situación, Matilde pidió calma, que nadie saliera de la sala y mucho menos se enfrentara a los alborotadores.

—Cerrad las ventanas —dijo, y continuó charlando y elevando el tono de voz por encima de los gritos que fuera se propagaban. Ante la falta de respuesta y sobre todo al escuchar los silbatos de la policía, los manifestantes se dispersaron.

Fue un momento tenso el vivido, pero había que estar pendiente de la salida de la gente. Era muy probable que hubiera grupos acampados en alguna esquina esperando ver pasar a los asistentes al acto para increparles.

—Ana, espera, que vamos todos juntos. No salgas sola —dijo Felipe.

—Quiero acompañar a Matilde Zapata. No os preocupéis, estaremos bien.

—No, tranquila, vienen a buscarme —dijo la mujer—. Como sabía que podía pasar esto, dejé dicho que viniera un coche a por mí. En cuanto llegue saldré. Idos, mañana nos vemos, Ana.

Ya había anochecido cuando Felipe, Daniel y Ambrosio dejaron en casa a Ana, no quisieron que subiera sola hasta el paseo de Sánchez y la dejaron en la misma puerta de Las Carolinas.

La muchacha les convidó a entrar, pero solo Daniel aceptó, los otros dos declinaron la invitación, aunque estuvieron en la puerta conversando durante un rato. Susana salió a saludar, sobre todo cuando creyó reconocer la voz de su hermano. Así fue y se alegró al ver que está allí.

Ambrosio pensó en quedarse en la Federación, pero Ana lo animó a ir con ellos y al ver a su hermana se alegró de haberse acercado hasta allí.

Los tres entraron por la cocina. Comentaron los detalles de la charla de Matilde Zapata con ella, pero no hicieron ninguna referencia

a los disturbios que se habían producido. De saberlo, Susana se habría preocupado en exceso y no merecía la pena. Con todo y con eso, y sin conocer lo que realmente había sucedido, Susana seguía preocupada por Ambrosio.

—No tengas pena por tu hermano, ni se ha perdido ni se va a perder. Es un tipo listo, sabe lo que hace. No queda más que arrimar el hombro, Susana, estate tranquila. ¿Tú crees que si yo veo algún peligro voy a dejar que se meta? —le dijo.

—Ana, que nos conocemos, me gustaría pensar que no, pero por más que lo intento no te creo. Allá donde esté el follón, estaréis vosotros. Es algo que no podéis evitar, es suficiente el tiempo que hace que estamos juntos para que os conozca como si os hubiera parido. No quiero líos políticos. Por qué no podemos aceptar la situación y dejar que nos gobiernen sin más. Nosotros no somos nadie, no sabemos nada, no tenemos estudios. Solo sabemos trabajar y que nos manden.

—Estás equivocada, Susana, nosotros somos personas, con ideas, con ganas de vivir, de crecer, de no pasar hambre, y no somos siervos de nadie. ¿Sabes por qué? Porque todos somos iguales.

—Eso no es cierto, jamás seremos iguales. Hay gente con poder y con dinero y luego estamos los demás. Tú tienes suerte, vienes de una familia acomodada, sin problemas. ¿Por qué te metes en esto? Puedes vivir sin problemas.

—No voy a intentar convencerte de nada. Pero estoy segura de que algún día te darás cuenta de que hay que luchar.

»Bueno, creo que hay algo por aquí que nos va a endulzar la conversación que hemos mantenido.

Ana se acercó a la fresquera y sacó una fuente que colocó sobre la mesa. Era leche frita que la cocinera acababa de hacer. Al instante, el olor del dulce hizo que Clemente apareciera. Sin dar apenas las buenas tardes se abalanzó sobre la fuente y tomó una porción.

—¿Sabes una cosa, Susanuca?

—¿Qué? —dijo la muchacha.

—Voy a dejar claro algo delante de testigos. No sé cuándo ni cómo, pero me voy a casar contigo en cuanto tú quieras.

Tomando también un trozo de la fuente, Ana con tono socarrón dijo:

—Yo creo, Daniel, que tú y yo estamos de más. ¿Qué te parece si dejamos solos a estos dos tortolitos?

—Sí, creo que es lo mejor, me voy a casa, que mañana a las seis tengo que levantarme.

Los dos salieron de la cocina. Conversaron un segundo en el vestíbulo de la casa y ya en la puerta principal se despidieron. Antes

de que Ana pudiera cerrar, Daniel se volvió y la sujetó.

—Espera. No estaría mal que me dieras un beso, aunque sea uno de esos castos, de esos que se les da a los hermanos, ¿no te parece?

Ana sonrió, ya había perdido la esperanza de que algún día la besara. Se acercó a él con idea de besar su mejilla, pero, antes de que pudiera darse cuenta, Daniel giró la cara y la besó en los labios. Los dos se miraron, sus ojos brillaban como la luna que lucía en el cielo, por un instante sus miradas cruzadas dijeron mucho más que palabras. Se fundieron de nuevo en un largo y sabroso beso que duró unos segundos, tiempo suficiente para templar sus cuerpos y dejar que el roce de sus manos acariciando sus espaldas hiciera que sus ganas crecieran. Abrazados, cerraron de nuevo la puerta y se regalaron durante un rato todo tipo de caricias. La mano de Daniel comenzó a recorrer las largas y finas piernas de Ana por debajo de su falda, la chica se estremeció al sentir cómo ascendían lentas pero seguras por la parte interna de sus muslos. Respiró hondo y, sujetando con su mano la del muchacho, impidió que continuara.

—Aquí no, mi tío puede llegar en cualquier momento.

—Vamos a tu habitación. No me digas que no tienes ganas —dijo Daniel mientras besaba suavemente su cuello.

—Muchas, pero ahora no. No es el lugar.

—De acuerdo. Pero no hay derecho a que me dejes con las ganas. Vamos a tu habitación.

—Las ganas son las mismas con las que me quedo yo. Pero ahora no. Ya buscaremos un lugar.

Daniel sonrió y asintió con la cabeza. Volvió a tomarla entre sus brazos y la besó de nuevo.

—El próximo día no te escapas —le susurró al oído mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja.

—Vete, mañana nos vemos, te va a venir muy bien el paseo.

Ella le abrió la puerta mientras Daniel se agachó a recoger la visera que se le había caído al suelo, la sacudió sobre su rodilla, se la colocó y besó en los labios de nuevo a Ana para despedirse de ella.

La chica regresó de nuevo a la cocina, Susana estaba sola. Clemente había salido en busca de su tío.

—Aún estas por aquí, te hacía en la cama.

—Bueno, digamos que me he estado despidiendo de Daniel.

Susana se volvió y con la mejor de sus sonrisas dijo:

—¡Aleluya!, por fin se decidió el mozo. Uh…, pero qué ojos más brillantes tienes. ¡Cuenta, anda!

—Pues nada, chica, qué te voy a decir que no sepas. Sin más, pero… ha estado muy bien. Dame un vaso de agua a ver si se me pasa

el calentón, tengo la boca seca.

Las dos rieron a carcajadas. Charlaron un instante de otros asuntos, sin tener en cuenta la pequeña discusión que habían mantenido hacía un rato. Después se despidieron.

—Me voy a dormir. Mañana nos vemos, me llevo un par de trozos de leche frita y con esto tengo bastante para cenar. Ahí te quedas.

El ambiente vivido aquel día generaba tristeza. Ana, mientras subía las escaleras de Las Carolinas, iba pensando en lo que había pasado aquella tarde durante la conferencia y se dijo: «Juntas podremos con todo».

Al pasar junto a la habitación de su abuelo, no pudo contener las ganas de entrar y abrió la puerta. Se quedó en el quicio sujetando la manilla, recorrió con la mirada la estancia, pero nada tenía de su abuelo ya. Su tía había quitado absolutamente todo y la había convertido en un cuarto de invitados. «Como si tuvieran muchos», pensó.

La mujer al parecer no tenía intención de volver a Santander, seguía en Madrid con sus amistades. Su tío iba de chica en chica como si de un jovenzuelo se tratara. Su hermana vivía en la escuela de enfermeras. La compañía de Susana, Clemente y Martina era lo que tenía.

En menos de un año, aquella que había sido su familia, la única que recordaba, se había esfumado dejando paso a un grupo de personas a las que ella había escogido. En ese numeroso grupo de jóvenes la imagen de Daniel vino a su mente y su cuerpo se estremeció al recordar las caricias y los besos que hacía solo unos minutos se habían dado. Una sonrisa ilusionante y pícara dibujó su rostro y cuando sus pensamientos fueron más allá se unió a su cara el sonrojo de sus mejillas.

12

Laura andaba deprisa, quería dejar atendidos a todos los pacientes asignados antes de salir, pero la tarde se había complicado con varios ingresos. Sentada en el control vio cómo se acercaba sor Encarnación.

La monja caminaba deprisa, tanto que su toca se agitaba por el aire que provocaban sus pasos, la tela de su hábito azul se mecía con fuerza y su crucifijo colgado del cuello se movía de un lado a otro al mismo ritmo que sus piernas, que ejercían la fuerza suficiente para que sus pisadas sonaran enérgicas y rápidas sobre los azulejos del suelo del largo pasillo.

Laura apenas levantó la cabeza, sabía que era ella y que además no venía de buen humor.

Marifé posó sobre la mesa la pequeña bandeja de acero llena de jeringuillas, esparadrapo y unas pequeñas gasas. Sacó del bolsillo de su delantal el tensiómetro y lo depositó también sobre la misma. Estaban en el pabellón de digestivo y aquel día habían atendido unas cuantas intervenciones.

—Ojo, que viene la bruja y llega subida en la escoba, peligro —dijo en un susurro a Laura.

—Chis, calla, que está de levante.

Ambas esbozaron una pequeña sonrisa sin dejar de trabajar.

La monja pasó de largo sin decir nada, las chicas se miraron a la vez que soltaron la respiración de golpe. Hubo suerte, en esta ocasión no era para ellas la regañina. ¡A saber qué es lo que había pasado! La vieron meterse en una de las salas, pero no en una cualquiera, entraba a visitar a una amiga suya que llevaba días ingresada.

Su compañera Dolores, que andaba cerca de ellas y las había escuchado como veterana que era, se dirigió a las enfermeras.

—¡Con lo bien que estábamos antes!

»Vosotras no sabéis, pero cuando el hospital comenzó a funcionar el doctor López Albo puso al frente de la escuela de enfermeras a doña M.ª Teresa Junquera, aquí no había ni una monja. Pero hace un par de años la marquesa de Pelayo nos metió a las monjas por los ojos, a pesar de las quejas del director. Y así estamos ahora, a cargo de las Hermanas de la Caridad en lugar de aquella mujer que además de ser

enfermera era médico.

—Vaya, pues nos hicieron la faena, la verdad es que donde esté una de nosotras que se quiten diez monjas. Ahora que no nos oyen, claro está. —Todas rieron con la respuesta de Laura.

Gloria continuaba atendiendo en la sala de beneficencia. Un ir y venir constante de personas necesitadas de apoyo y ayuda esperaban ser atendidas.

Hacía días que después de terminar las clases bajaba a la oficina de beneficencia. Allí había una persona responsable de esa labor en el Hospital Marqués de Valdecilla. Era una muchacha resuelta y además trataba con cariño y respeto a las personas que allí se acercaban. La labor era dura, las situaciones de las gentes sin recursos eran cada vez más preocupantes. Muchos estaban desnutridos, otros no tenían dónde vivir, carecían de trabajo y tenían personas enfermas o niños a su cargo y poco o nada de dinero para hacer frente a los gastos. La labor de la beneficencia iba desde procurar atención médica hasta intentar buscarles un trabajo digno, comida o incluso un techo. Sin lugar a dudas, era el peor sitio donde podían colocar a una enfermera vocacional. Y sí, esa era Gloria, pero su carácter y sus ideales chocaban con las normas impuestas.

—Hay que terminar con esta situación, todo el mundo debe tener derecho a que se le atienda en las mismas condiciones, ¡qué es eso de que unos puedan ser atendidos y estén en unas salas mejores y otros sin embargo reciban cuidados menores o escasos para paliar su enfermedad! —decía Gloria malhumorada.

—Ya ¿y qué propones?, nosotras no podemos hacer nada. Tenemos que seguir las pautas que nos marcan —contestó la encargada.

—¡No sé, no sé! Pero el Gobierno debe hacer algo. Claro que esto solo lo arregla un Gobierno como tiene que ser. No uno que solo mire por los intereses de los ricos y les importe una soberana mierda lo que les pase a los ciudadanos de a pie. Así no vamos a ninguna parte. Y lo peor de todo es que vamos de mal en peor. ¡Al tiempo!

—Yo no entiendo de política, chica. Déjame en paz con tus sermones y que pase el siguiente que, si no, no vamos a terminar ni para mañana. Y, por cierto, puedes ir diciendo que es el último. Mañana será otro día si Dios quiere. Ya no doy más de mí. No puedo seguir escuchando calamidades y penas.

—Pues para eso te pagan, guapa. Cómo se nota que no eres enfermera. Que conste que no tengo nada en contra tuya, pero en este puesto tiene que haber enfermeras comprometidas que sepan escuchar, ¡y no solo eso!, que sepan leer entre líneas y empatizar con el sufrimiento ajeno. Hay que tratar a todo el mundo por igual. Y, si

de momento no podemos, tendremos que idear algo para atender a esta gente como si fueran el gobernador de la provincia, ¡no te jode!

Gloria salió a la sala de espera y antes de decir ni media palabra observó como aún quedaban por atender seis personas.

Preguntó quién era el siguiente y le pidió que pasara, se quedó con el resto y muy amable les dijo que sintiéndolo mucho deberían volver al día siguiente, ya que eran cerca de las nueve de la noche y no podían continuar.

Las gentes que aguardaban en la sala, cuando Gloria les comunicó que deberían volver otro día, se levantaron en silencio, dieron las gracias y las buenas noches a la enfermera y salieron de la sala sin levantar la voz ni hacer ningún tipo de comentario al respecto. A la chica se le llenaron los ojos de lágrimas, cada una de esas personas tenía una vida dura, una historia desgraciada y ni una perra chica para hacer frente a los gastos médicos. Apretó los puños tanto sobre la palma de sus manos que se hizo daño con sus cortas uñas.

Daniel y Ambrosio caminaban a paso lento, aún era pronto para que las muchachas salieran del hospital y decidieron tomar un chiquito antes de ir a su encuentro.

Bajaron atravesando el paso de servidumbre que llegaba hasta Cuatro Caminos y, apoyados en la barra de uno de los bares cercanos a la plaza de toros, conversaban de lo que había pasado aquella tarde en la Federación y también de la situación de ambos en su empresa.

Ambrosio tenía tanto trabajo en el matadero que no paraba ni un segundo, y aunque no era el puesto de su vida y sabía que era algo momentáneo estaba contento allí.

Observaron como un grupo de jóvenes sentados al fondo de la taberna los miraban y hacían comentarios dirigiéndose a ellos.

Uno de los hombres levantó la voz y dijo:

—¡Rojos a la vista!

Ambrosio hizo un gesto como intentando contestar dirigiéndose hacia ellos, pero quedó coartado por la mano de Daniel, que le sujetó antes de que él pudiera moverse.

—¡Quieto! —susurró Daniel—. Están hablando sin más. Déjalo estar.

—Sí, será mejor. Es que… me caliento. Qué te parece si mejor nos vamos, total no llueve, incluso diría que hace buena noche para la fecha en que estamos. Podemos esperarlas en la puerta.

Daniel metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó unas monedas que dejó sobre el mostrador. Se marcharon sin mediar

palabra.

Caminaban recelosos y no era para menos.

El grupo formado por seis jóvenes salió tras ellos, una vez en la calle se separaron. Tres de ellos se les adelantaron y los otros desaparecieron.

Unos metros más adelante, al pasar entre calles, volvieron a aparecer tras ellos y sin mediar palabra le dieron un golpe en las piernas a Daniel con una barra de hierro que hizo que perdiera fuerza y cayera al suelo. Sin tiempo para reaccionar, los tres que iban por delante sujetaron a Ambrosio mientras el resto pateaba al joven. Cuando se cansaron de golpear a Daniel, se volvieron hacia Ambrosio, que poco pudo hacer al estar sujeto por los brazos por el resto de los agresores.

Sin mediar palabra alguna le asestaron en el estómago tres puñetazos que le dejaron sin aire un instante, para rematarle con un golpe certero en la barbilla que le obligó a caer. Antes de que volvieran a golpearlo, y casi milagrosamente, apareció una cuadrilla de jóvenes que comenzaron a gritar y consiguieron que los agresores salieran corriendo, no sin antes lanzar sus amenazas y escupir a los dos muchachos que yacían en el suelo.

—¡Para que aprendáis, hijos de la gran puta, rojos de mierda! ¡Esto no es nada para lo que os espera! ¡Arriba España!

Antes de que llegaran los chicos que habían gritado asustando a los agresores, Ambrosio buscó a su amigo, le llamó unas cuantas veces, pero Daniel no contestaba, sangraba por la boca y quizá por otro sitio que no acertó a ver. Había perdido la consciencia y pensó que estaba muerto. Se levantó como pudo e intentó correr tras ellos, pero no consiguió dar ni un solo paso. Uno de los muchachos le sujetó evitando que cayera de nuevo. Los otros examinaron a Daniel y comprobaron que estaba vivo, aunque muy malherido.

Le colocaron con cuidado boca arriba y uno de ellos le sujetó la cabeza con ambas manos manteniéndola recta. Otro de los muchachos corrió hasta el hospital que estaba a unos metros y pidió auxilio.

Laura comenzó a recoger sus cosas, el turno siguiente estaba entrando y, como de costumbre, se dispuso a pasar la información de cada paciente a su compañera. Aunque todo quedaba anotado en cada uno de los expedientes, lo normal era comentar cómo había trascurrido en este caso la tarde y también informar de los pormenores: ingresos, altas o cualquier anomalía. Cerca de ella Marifé hervía las jeringuillas y las agujas para esterilizarlas.

—Algo ha pasado un poco más arriba de la plaza de toros. Había dos chicos en el suelo. Nos hemos enterado porque hemos visto que con ellos estaba un grupo de futuros médicos, creo que eran de tercero, eso me pareció, me suenan sus caras de verlos por aquí. Cuando hemos ido a acercarnos nos han dicho que continuásemos. Luego, cuando entrábamos, hemos visto como salía una de las ambulancias —comentó Teresita antes de que Laura pudiera darle las buenas noches.

—¿Unos chicos, dices?

A Laura el estómago le dio un vuelco, sintió como si algo estuviera pasando, tuvo un mal presentimiento. Le comentó los pormenores de aquella tarde a Teresita y le pidió disculpas por la prisa. Fue corriendo a cambiarse y salió casi sin ponerse los zapatos, se los iba colocando por el camino. Pero la mala suerte hizo que se diera de bruces con sor Encarnación.

—¡Pero qué modos son estos de ir por el hospital! Haz el favor de comportarte como lo que eres.

—Sí, hermana, tiene razón, pero es que tengo mucha prisa; si le parece, mañana me regaña usted. Ahora no la puedo atender.

Siguió corriendo en dirección a urgencias. Al pasar por el pabellón de beneficencia reconoció la voz de Gloria, no había recordado que estaba allí, y sin pensarlo dos veces llamó y entró. Afortunadamente solo estaban ella y la encargada de la oficina.

—¿Qué te pasa, chica, has visto al demonio?

Le pidió que saliera un momento y le preguntó si Ambrosio iba a venir a verla, ella le contestó que sí, que seguramente ya estaría junto a la capilla, lugar donde siempre quedaban.

—Ven conmigo. Me temo que les ha pasado algo.

Soltando un improperio, Gloria siguió a Laura. Justo cuando llegaban vieron cómo entraban una camilla.

Laura hizo un gesto con la mano a una de sus compañeras que la reconoció y se acercó a ella.

—Es Daniel, acabo de verlo y no está muy bien, la verdad; mejor no entres, espera aquí.

—¿Y el otro? ¿Quién es el otro?

—No lo sabemos, a él lo he reconocido, pero al otro no lo he visto.

—Tengo que entrar, déjame pasar, creo que puede ser un amigo.

La enfermera la acompañó, al igual que Gloria, que, atónita, seguía a las dos mujeres.

Cuando entraron en la sala de curas, Daniel no estaba allí, su estado era grave y se lo habían llevado. Pero Gloria reconoció la bufanda de Ambrosio que colgaba de la parte trasera de la camilla y

fue derecha hacia donde estaba.

El joven parecía dormido, tenía la boca hinchada y aún con muestras de sangre, los brazos posados sobre el estómago; intentaban apaciguar el dolor que sentía, sobre todo en uno de los costados. Una enfermera estaba con él quitándole la ropa, tomando sus constantes vitales y esperando a que el médico apareciera.

Gloria se acercó y le tomó de la mano, aproximando la boca hasta su frente y posando con cuidado un beso sobre la misma. Ambrosio abrió los ojos y vio a la muchacha.

—En este momento no estoy para rezos, pero si esperas unos días hasta el rosario rezamos.

—¡Pero qué tonto eres! —dijo Gloria—. ¿Qué ha pasado, quién os ha dado esta paliza?

El muchacho no tuvo tiempo de contestar. El médico llegó y comenzó a examinarle.

Entretanto, Laura, angustiada, esperaba a la puerta de un quirófano a que le dieran razón de Daniel. Gloria se acercó a ella, se sentó a su lado e intentó calmarla.

—Tendremos que avisar a tu madre, y también hay que llamar a Susana —dijo Gloria.

—Sí, pero vamos a esperar, a ver qué nos dicen. Estoy muy nerviosa, esto no puede seguir así, estoy segura de que ha tenido que ver con la ponencia de esta tarde de Matilde Zapata.

Los minutos parecían no pasar, y las dos chicas cada momento se ponían más nerviosas.

Gloria se acercó de nuevo hasta donde estaban atendiendo a Ambrosio, como no se había quitado el uniforme no le fue complicado pasar. Al llegar vio que ya no estaba allí, por un momento se asustó, pero rápidamente una compañera le indicó que estaba en el pabellón de traumatología.

Tenía varias costillas rotas, un labio partido y un golpe muy fuerte en el bazo que había que controlar. Gloria se lo dijo a Laura, que todavía esperaba, y se marchó en dirección al pabellón.

Aún tardaron cerca de dos horas en dar noticias sobre Daniel. El muchacho no había salido bien parado: además de los golpes por todo el cuerpo, las costillas, unas rotas y otras astilladas, sufrió un derrame interno que a punto estuvo de costarle la vida. Por suerte consiguieron detener la hemorragia.

13

El día comenzó gris y fresco, propio de la primavera del norte. La gabardina y el paraguas debían continuar aún presentes en el vestuario de los santanderinos durante algún tiempo más. Pero ya se veían las huertas cultivadas y preparadas para la cosecha del verano. Las tiendas habían cambiado sus escaparates y el color y las telas oscuras habían dado paso a los estampados alegres para el tiempo que se aproximaba. Las gentes paseaban por La Ribera, por el paseo de Pereda, por Reina Victoria o por la plaza del Pañuelo mostrando la mejor de sus sonrisas. En las tabernas y bares se hablaba de fútbol; el Real Racing Club había quedado cuarto aquella temporada, a solo cuatro puntos del Athletic Club, que había sido el ganador de la octava edición del campeonato de liga. Y, cómo no, de toros, ya que faltaba poco más de un mes para que la plaza de Cuatro Caminos se llenara de color y mostrara su fina e impoluta arena, a la espera del paseíllo de los grandes maestros.

El mercado de la Esperanza comenzaba a llenarse de frutas y verduras de temporada. Los amaneceres de días de sur mostraban una bahía de color azul grisácea con un manto fino blanco producido por la agitación del agua, que semejaba la espuma. Al fondo Peñacabarga vigilaba la vida de la ciudad y cobijaba con su prestancia los pueblos que a sus pies estaban.

La lancha de Los Diez Hermanos hacía su trayecto a Somo y Pedreña trayendo renoveras cargadas con mercancías dispuestas a ofrecer sus estupendos productos a las puertas de la plaza.

Los raqueros contaban olas, llenando las escaleras del muelle de Calderón mientras esperaban que algún caminante les tirara alguna moneda para mostrar su destreza y conseguir las perras que tanta falta hacían.

Las traineras llegaban cargadas de sardinas, lochas y palangre que las pescaderas colocaban en sus carpanchos para recorrer las calles de la ciudad con ellas en su cabeza con la destreza y maña que solamente ellas tenían.

Las rederas llenaban metros de muelle del color marrón de sus redes mientras cosían los aparejos.

Las campanas de las iglesias marcaban las horas y los tranvías iban y venían repletos de gente. En definitiva, una ciudad tranquila.

Martina remendaba unos pantalones de Enrique porque, aunque su madre sabía hacerlo mucho mejor que ella, el «siete» fue culpa de la muchacha y se sentía en la obligación de coserlos.

Una tarde de paseo por el Alta a la chica se le antojó una manzana de una de las fincas cercanas a Miranda y el alambre de espino que rodeaba el lugar fue el culpable de que el muchacho rompiera la prenda, además de arañarse el culo al ir a saltarla.

Susana le daba conversación mientras, a la vez, preparaba pasta para croquetas. Hacía dos días que la señora había vuelto de Madrid y como era de esperar puso la casa patas arriba. La falta de Raquel, que era quien calmaba los nervios de la señora además de gobernar con buen criterio la casa, se hacía notar mucho más ahora que doña Elvira había retornado a la ciudad.

Ana entró en la cocina acongojada, hacía un momento que el teléfono de la casa había sonado y al parecer las noticias no eran buenas. Las dos muchachas se quedaron mirándola asustadas.

—¿Qué pasa?, parece que has visto al mismísimo demonio.

Ana se sentó de un salto en el fogón de la cocina, lugar donde siempre solía hacerlo, y se tapó con sus manos la cara mientras bajaba la cabeza. Durante un instante acarició su frente de arriba abajo con los dedos de sus manos, levantó la cabeza de golpe y colocó su pelo hacia atrás. Antes de hablar, mojó sus labios, que se veían secos con la punta de la lengua, y mirando a las chicas contó lo que había pasado aquella tarde de junio.

—Han disparado a Luciano Malumbres.

—¿Qué? Pero ¿ha muerto?

—No, está malherido, he hablado con Laura y me dice que está muy grave, le están operando en este momento.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿En el periódico?

—No. Estaba en la calle Martillo, en La Zanguina, jugando la partida como cada tarde. Al parecer, un hombre entró por atrás, ya sabes, por la puerta de la calle Pedrueca, sacó un arma y pegó dos tiros, luego salió corriendo. Ahí quedó el pobre hombre tendido en el bar sobre un enorme charco de sangre.

—Pero… el asesino… ¿se ha escapado?

—Salió corriendo, pero al final lo atraparon, bueno, le pegaron un tiro y cayó moribundo, está muerto.

—¿Y se sabe quién era? ¿Cuál es su nombre?, no sé, de dónde salió.

Algo.

—No, Susana, pero imagino de dónde ha salido, del mismo sitio que los sinvergüenzas que golpearon a tu hermano y a Daniel. Esto está imposible. No sé qué va a pasar, pero por desgracia nada bueno.

—No me digas eso, por favor, estoy tan nerviosa que hasta le he pedido a mi hermano que se vuelva al pueblo. Seguro que allí estará más tranquilo. Pero no quiere ni oír hablar de ello. Dejad todo esto, te lo pido de nuevo y no me cansaré de decirlo. No tenemos necesidad de estar en estas cosas. Vivamos lo que tengamos que vivir y ya está.

Ana no quiso contestar a Susana, se limitó a seguir con la conversación inicial.

—Bueno, voy a ir al hospital, quiero acompañar a Matilde Zapata, quizá necesite algo. ¿Irás a ver a Ambrosio? Yo aprovecharé y los visitaré a ellos también.

—Sí que iré, pero más tarde, acabo esto y bajo. Nos vemos allí y si te parece volvemos juntas. Te confieso que me da un poco de miedo andar sola por ahí de noche.

—Tranquila, seguro que Felipe después de trabajar se pasará a verlos y nos acompañará a las dos.

Ana se vistió despacio, estaba apenada, pensativa y triste a la vez.

Laura y después Gloria le habían dicho lo mal que estaba el periodista. Era cuestión de horas que falleciera.

Al llegar al hospital la chica buscó el pabellón de beneficencia. Preguntó a una de las enfermeras dónde estaban los muchachos. Por suerte se encontraban en camas contiguas. Algo que lógicamente no fue casualidad, vino promovido por la mano de Laura, que intercedió ante sor Encarnación para que los pusieran juntos. La monja se mostró contraria, pero después de un rato accedió, eso sí, advirtiendo a la enfermera que ese tipo de favoritismos no iban a repetirse nunca más.

Se adentró en la enorme sala donde le indicaron que estaban los hombres.

Los ventanales dejaban entrar luz tras los cristales. Era un espacio grande lleno de camas, ocho pudo contar Ana, cuatro por fila, que pegadas a las paredes laterales apoyaban sus cabeceros de metal sobre los azulejos que cubrían parte de la pared.

Del techo colgaban varias lámparas con focos redondos, suficientes para alumbrar la estancia. El pasillo que separaba las camas encontradas por los pies era lo suficientemente grande para moverse con holgura. Junto a cada una de ellas había una silla, algunas ocupadas por familiares que acompañaban a los enfermos, otras vacías.

Las enfermeras y alguna que otra monja andaban por allí

preocupándose por ellos. Unos estaban adormilados, otros en cambio sufrían un dolor que se reflejaba en sus gestos. Ambrosio y Daniel estaban casi al final de la sala.

La misma tenía dos puertas, pero Ana entró por la más alejada al lugar donde ellos se recuperaban.

A punto estaba de llegar hasta sus camas cuando vio entrar a Gloria. Traía en las manos unas botellas de suero que posó sobre una mesa auxiliar, justo a la entrada; la chica no vio a Ana y esta se dispuso a preparar la medicación.

Al llegar a la altura de las camas observó que los dos estaban dormidos, Ambrosio con un periódico sujeto con sus manos que había caído sobre su pecho. Los miró sin acercarse apenas, no quería despertarlos y abordó a Gloria, que seguía entretenida con su labor.

—Hola, guapa.

—¡Hombre! ¿Cómo tú por aquí, no dices que los hospitales no te gustan?

—Ya ves, no queda otra. ¿Te has enterado?

—Sí, ¡cómo no! No se habla de otra cosa en el hospital, está la zona de quirófanos llena de gente. Hasta aquí ha llegado el presidente de la Diputación, miembros del Ayuntamiento, gentes del sindicato y de la Federación Obrera…, que por cierto han comentado que los comercios han cerrado en protesta y las fábricas han parado la producción. Hay personas concentradas en la puerta del periódico, en la Casa del Pueblo y en los locales de la CNT y UGT. En definitiva, la gente se ha echado a la calle como protesta por este atentado.

»Lo peor es que todo eso no va a servir para nada. Ese hombre está muy mal, salió de la operación y ahora está otra vez dentro. No creo que salga de esta. Los disparos han sido muy certeros. Me da mucha pena esa mujer. Pero tiene carácter, tenías que ver con qué entereza está allí, hablando con todo el mundo y atendiendo todo lo que se la requiere. Pero, dime una cosa, si muere, ¿qué pasará con *La Región*, tendrán que cerrar?

—No tengo la menor idea de qué ocurrirá, pero imagino que ella misma tomará las riendas. Y yo estaré allí para ayudar en lo que haga falta.

Una voz detrás de ellas diciendo su nombre hizo que se volvieran. Daniel había despertado.

—¿Cómo te encuentras, amigo? Aquí me tienes, os debía una visita, aunque realmente está envenenada, la verdad. Tengo malas noticias, de las peores.

—¿Qué pasó? Me estás asustando.

—Luciano Malumbres está muy grave, le han disparado.

Daniel intentó incorporarse, pero el dolor le superó y no lo consiguió. Ana le contó lo que había sucedido.

Mientras los jóvenes hablaban, Ambrosio se despertó. Al enterarse de la noticia se quedó callado, apenas pronunció palabra, solamente escuchaba lo que Ana relataba.

Gloria se acercó a una de las camas y al ir a colocar el suero se dio cuenta de que el enfermo no respiraba. Posó sobre la cama la botella y salió corriendo en busca de un doctor, era la primera vez que veía a alguien muerto y se asustó.

Sor Encarnación entró con ella en la sala, puso sus dedos índice y corazón sobre el cuello del enfermo y certificó que estaba finado. Metió sus brazos por dentro de la ropa de cama y con el embozo de la blanca sábana tapó su cabeza. La sala se quedó en silencio. El murmullo constante que había se apagó. Unos se santiguaron, otros se asustaron, pero ninguno dijo una sola palabra. En unos segundos unos camilleros se llevaron el cuerpo sin vida de aquella persona.

Ana salió de la sala y se acercó a Gloria, que estaba impresionada.

—Es la primera vez que se me muere alguien —le dijo a Ana.

—Pues creo que vas a tener que ir acostumbrándote. Te queda mucho que ver, esto está muy mal. Ojalá me equivoque, pero vamos a una guerra seguro.

El ajetreo llamó la atención de las muchachas.

—Otro herido de bala —dijo sor Inés.

Felipe llegó al hospital acalorado, lleno de rabia. Buscó a Laura para ver cómo estaba su novia, después de los disturbios que había presenciado en la calle tenía miedo de que algo le pudiera haber pasado.

—¿Qué pasa? Vaya cara traes. Bueno, la verdad es que la pregunta sobra, imagino que será por el periodista.

—Sí, claro que es por eso. No te haces idea de la que hay montada en las calles, peleas por todos los lados, disparos, la gente corre de un lado a otro sin saber por qué ni dónde van. En la calle Rubio hasta tiros hubo también. Creo que uno le ha recriminado algo a los obreros que se congregaban a favor de Malumbres y le han metido un tiro. Nos estamos matando, hermana. Esto no lo para nadie.

—Sí, acaba de llegar hace un momento. Está muerto. Dicen que era militante de las organizaciones fascistas, y otros dos que salieron corriendo y se libraron por poco también. Eso han comentado los periodistas. Se debió de armar gordísima.

»Por ahí anda Ana, ha llegado hace un rato, está con los chicos.

»Acércate a verlos, seguro que se alegran.

14

En la casa de Las Carolinas, doña Elvira apareció en la cocina de repente buscando a Raquel.

Susana se estaba vistiendo para ir al hospital y Martina seguía intentando remendar los pantalones de Enrique. Al escuchar cómo la señora llamaba al ama de llaves, se levantó corriendo y con cierto cuidado le indicó que Raquel ya no estaba en la casa desde hacía meses. La mujer se llevó las manos a la cabeza y de alguna manera intentó disimular.

—¡Ya lo sé!, ¿qué cree, que estoy loca o algo así? ¡Me he equivocado, la busco a usted!

Martina se sacudió el delantal que estaba lleno de trozos de hilo y se dispuso a escucharla.

La señora llegó con ganas de saber, sobre todo de las idas y venidas de su marido. Después de la merienda semanal en casa de los Pérez de Ayala, algunas de sus amigas habían hecho comentarios que la habían dejado preocupada. Notó sonrisas y cuchicheos cuando ella llegó que no le gustaron mucho. Por lo tanto, pensó que el servicio podía darle información sin necesidad de dar más cuartas al pregonero fuera de la casa.

Cierto era que desde que llegó había notado que las ausencias de don Ricardo a la hora de cenar eran continuas; llegaba tarde o no lo hacía y quería saber desde cuándo se producían esas tardanzas. Martina se quedó helada, no sabía qué responder, no solo llegaba tarde a cenar, sino que la mayoría de los días no lo hacía en casa y en muchas ocasiones tampoco dormía en ella.

—Pu… pu… pues —tartamudeó—, la verdad, señora, que no sé qué decirle, el señor ha hecho su vida… como siempre. No sé de sus ocupaciones, tal vez Clemente la pueda ayudar, yo la verdad es que no sé qué decir.

—¡No sé, no sé!, ¿qué pasa, que no sabes decir otra cosa más que eso, niña? En cuanto aparezca por aquí el chófer me avisa, no es necesario que él se acerque a la biblioteca, prefiero venir yo. ¿Entendido?

Martina asintió con la cabeza mientras se frotaba las manos, que le

sudaban por los nervios.

Susana salió de la habitación. Había escuchado la conversación y le recriminó a Martina que le cargara la responsabilidad a Clemente.

—Espero que antes de avisar a la señora le digas lo que le va a preguntar, igual tiene que hablar antes con el señor. Resulta que la doña se ha tirado meses fuera de casa y ahora viene a pedir explicaciones. Y lo peor es que, de esos líos, los que vamos a salir mal parados vamos a ser nosotros. ¡Que le pregunte a su marido dónde y lo que hace!

Doña Elvira recordó algo por el camino y volvió de nuevo a la cocina.

—Por cierto, ¿mi sobrina Ana dónde está metida? No la he visto en toda la tarde. Me dijo que no iba a salir. No quiero imaginar que con todo lo que está pasando en esta ciudad esté enredada en algún lío de esos políticos. ¡Ya está bien que tenga que preguntar al servicio dónde está una de las señoritas de la casa! Qué barbaridad con esta muchacha. Solo sabe relacionarse con obreros y gente de otro nivel.

Susana se revolvió, le pareció muy mal el comentario de doña Elvira, pero antes de que ella contestara lo hizo Martina, que estaba viendo cómo la expresión de la cara de la cocinera, siempre tranquila y amable, se trasformaba en seria y malhumorada. Aunque por otro lado entendía el comentario de la señora. Ana era de otra clase social y eso no tenía discusión alguna.

—No. No, señora, no sabemos dónde está la señorita Ana, salió hace rato y como es lógico al servicio no le da ninguna explicación.

La mujer dio un golpe en la mesa con los nudillos y enojada dijo:

—¡Cambie el tono conmigo si no quiere salir por la puerta! Ustedes nunca saben nada, no sé para qué les pago.

Cuando la mujer abandonó la cocina ninguna dijo ni media palabra, hasta que comprobaron que había entrado en la biblioteca.

—¡No te digo la vieja esta! Mucho tener altar en la habitación, mucho rezo y mucha historia y mira con lo que nos sale. Ella dice que no sabe para qué nos paga. Si la parece, le hacemos las cosas gratis, como si fuésemos esclavas. Estoy harta de esta mujer, a ver si se va otra vez y de esta no vuelve en la vida —dijo Susana.

—No sé si te estás dando cuenta, pero pareces estar cambiando de modo de pensar. ¿Ves cómo al final Ana tiene razón?

—No estoy cambiando mi modo de pensar. Pero no me gusta que me traten mal. Los problemas de los señores son suyos, bastante tengo yo con los míos. ¿Y encima tengo que escuchar que no sabe para qué nos paga? Pues porque trabajo, señora, ni más ni menos.

—Venga, compañera, no te alteres que no te pega nada. Sigamos

con lo nuestro.

En el atelier La Primorosa, al igual que en el resto de los establecimientos de la ciudad, se habían cerrado las puertas la tarde del atentado y posiblemente ese día tampoco se iba a trabajar, ya que se había corrido la voz de celebrar una huelga general en la ciudad. Pero había labor que hacer y Amada al día siguiente madrugó más de lo normal.

Según bajaba por Rúa Mayor, se tropezó con decenas de cigarreras que como cada día se acercaban a su puesto de trabajo en la fábrica de tabaco. Saludó a unas cuantas que conocía de la Federación e incluso con alguna cruzó palabras que hacían referencia al atentado sufrido la tarde anterior. Al llegar a la calle principal se tropezó con Mercedes, una de las trabajadoras de la fábrica con la que tenía amistad desde hacía años.

—¡Coño, Amada!, ¿cuánto hace que no nos vemos? Estaba por pasarme por el taller, tengo algo que comentarte —le dijo acercándose a ella y bajando la voz.

—Buenos días, guapina, qué alegría me da verte. Dime, ¿pasa algo?

—Te lo cuento rápido, que voy justa de tiempo y me toca la sirena de entrada. Tú ya sabes que mi hermana Teresa trabaja en la zapatería del Botín de Oro, ¿verdad?

—Sí, suelo verla —contestó.

—Bueno, pues el otro día entraron unas mujeres, unas de estas remilgadas, unas clientas tuyas de esas finolis, pues bien, estaban comentando que no tenían intención de volver a tu atelier, porque, además de ser de izquierdas, habían oído que te gustaban las mujeres, es más, que con la que vives, vamos, con Dori, es pareja tuya, y que lógicamente eso tenía que ser pecado mortal. Y que además no les apetecía que les tomaras medidas, a saber qué pensabas cuando las veías en paños menores.

»Tú sabes qué opino yo de eso, ¿verdad? Dori es amiga desde hace mucho tiempo, de hecho, nos hemos criado juntas y creo que fui a la primera persona que le confesó que le gustaban las mujeres. La apoyé lo mismo que a ti. ¡Solo faltaba! Pero, escucha, ándate con cuidado que estas son mala gente y te pueden complicar la vida. Cuidaos. Me voy, que si llego tarde me resta salario.

—Gracias, Mercedes, sé que esto me va a causar problemas, pero no voy a dejar que nadie me diga qué tengo que hacer ni cómo tengo que vivir.

Amada se fue preocupada. Era cierto que poco le importaba lo que

pudieran decir de ella, pero también era consciente de que no estaba dispuesta a cambiar ni sus pensamientos ni sus sentimientos porque una sociedad injusta, retrógrada y malintencionada no estuviera de acuerdo con su modo de vida. No iban a poder con ella. Aunque tuviera que enfrentarse al mundo entero.

Parecía que los chismes habían corrido deprisa, porque cuando llegó a la puerta de La Primorosa, además de encontrar un cristal roto, también vio una pintada sobre la fachada que decía: ZORRA ROJA LESBIANA.

Abrió la puerta y cogió un cepillo y un balde con agua y lejía. Frotó con todas sus fuerzas el muro mientras los ojos se le llenaron de lágrimas por la rabia e impotencia que tenía dentro. Frotó tan fuerte la pared que la pintura desapareció como si la hubiera rascado con una espátula. Recogió la palancana y tiró el agua restante sobre la acera.

Entró de nuevo y cerró la puerta con tanta rabia que otro de los pequeños cristales que cubrían la parte superior de la entrada cayó y se hizo añicos.

15

Como era de esperar y tal y como indicaban las noticias que llegaban, Luciano Malumbres falleció apenas unas horas después del atentado.

Los días pasaban entre una calma preocupante y una tensión que se palpaba en las calles; las nuevas que llegaban de la capital anunciaban pistoletazos, palizas y muerte entre unos y otros. Las discusiones entre las gentes terminaban en batallas por la diferencia de opiniones. Madrid era el foco de los conflictos, pero el resto de los pueblos y ciudades no se quedaban atrás.

Las chicas conversaban alrededor de la mesa de la cocina en la casa de Las Carolinas, su lugar de encuentro.

Aquella estancia llena de pucheros humeantes, platos limpios, sartenes y cacharros colgados sobre los fogones se había convertido en parte indispensable de la conversación.

Sobre la tabla blanca de la mesa de la cocina se leía el periódico, se tomaban chocolate y dulces, se daban golpes cuando la conversación lo requería, se escribían cartas y se dejaban caer lágrimas de nostalgia sobre el papel escrito que emborronaba las letras. Si aquel mueble fuerte hablara, sin duda descubriría los secretos de todas ellas; sus amoríos, sus problemas, sus disgustos y sus alegrías. Todo trascurría allí, en aquella cocina llena de luz con grandes ventanales que dejaban ver las hortensias que inundaban el jardín y que pronto comenzarían a florecer con la llegada del verano.

Aquel era un día triste, la muerte del periodista cargó de pena y de malos augurios el sentir de las chicas en la casa. Al contrario que en otras ocasiones, el silencio llenaba el lugar, solo se escuchaba el ruido que las brasas hacían mientras ardía la madera en la lumbre que calentaba la olla.

—Bueno, la vida sigue, es así de duro, pero hay que tirar del carro —dijo Susana—. ¿Quién quiere un café? Tengo unas galletas riquísimas que le acompañarán.

—¡Venga ese café! Susana tiene toda la razón del mundo, nada podemos hacer con lo que está pasando —contestó Laura.

Por la puerta de servicio, en ese preciso momento, entró Clemente, que venía acompañado de Enrique. Ambos se acercaron a Susana y a

Martina respectivamente y besaron cada uno de ellos a su chica en la frente.

Clemente cogió una de las sillas y le dio la vuelta, abrió sus piernas y se sentó en la posición contraria, posando sus brazos sobre el respaldo. Enrique hizo igual al otro lado de la mesa.

Todos esperaban la llamada de Laura o Gloria para que Enrique se acercara con la camioneta a buscar a Daniel y Ambrosio, que por fin habían recibido el alta médica y salían del hospital.

El teléfono sonó y Susana corrió a atender, antes de que sonara la segunda vez la muchacha ya había contestado.

Recibió el aviso de Laura, que era quien estaba al otro lado del auricular y se dirigió de nuevo a la cocina para avisar a Enrique, pero antes de entrar la señora Elvira, que había salido de la biblioteca, gritó su nombre.

—¡Susana! ¿Quién llama? En esta casa las llamadas son para el señor o para mí, el teléfono no es para uso del servicio. Se va a acabar esta tontería que tenemos con todos ustedes.

»Va llegando la hora de que sepan que son empleados en esta casa y que por supuesto nosotros, sus jefes. Nada tenemos en común. Los dueños y señores de esta casa somos el señor y yo. ¿Queda claro?

—Sí, señora. No volverá a pasar.

—¡Y otra cosa! No quiero reuniones en la cocina. Se acabaron las visitas para el servicio. Eso es un nido de rojos revolucionarios y no quiero que esta casa quede marcada.

Susana asintió con la cabeza. Entró en la cocina y les explicó lo que había pasado con la señora. Pero a pie de escalera, Ana escuchaba el discurso que su tía estaba lanzando a la cocinera. Cuando se dio la vuelta para regresar a la biblioteca su sobrina comenzó a darle palmas lentamente.

—Estupendo, tía, veo que le han cundido mucho las clases de interpretación que ha debido de dar en la capital. No sabía yo que le gustaba actuar. Porque esto que acabo de presenciar seguro que es un ensayo, ¿verdad? Ya me dirá si la representación es en el teatro Pereda o quizá en el Coliseum.

—Deja de decir tonterías. Lo que has escuchado también va por ti, ¿o qué crees, que no sé que andas metida en líos políticos?, eso del periódico es una tapadera. Ya me han contado que no solo te has conformado con ir a ese sindicato, sino que además eres una de las cabecillas. ¡No quiero rojos en esta casa, que te quede claro! Perteneces a una clase social que nada tiene que ver con la de toda esa gente, ellos son obreros, trabajadores, gente de bajo nivel que está muy lejos de nosotros. Como no cambies de actitud, te marcharás de

esta casa.

—Se me va a ir relajando, tía. Respire hondo, ¿quiere las sales?

»Me parece a mí que, en primer lugar, se le olvida a usted que esta casa es nuestra, usted y mi tío la pueden disfrutar mientras vivan, pero…, qué mala suerte, es de mi hermana y mía, así lo quiso el abuelo. Esta casa es de las dos. De aquí no me voy a mover salvo que a mí me apetezca.

»En segundo lugar, no voy a dejar de hacer lo que me dé la gana. Quiero que lo sepa, que lo tenga muy claro. Si le molesta que vengan mis amigos a casa, lo siento porque lo van a seguir haciendo.

»Y…, en tercer lugar, debería llamar a Susana y pedirle perdón. Ha sido usted, para ser tan fina y educada, muy grosera con una persona, porque ¿sabe una cosa?, Susana y Martina son personas como usted y como yo, y como Clemente, con quien, por cierto, el otro día también se despachó usted a gusto.

»Lo que usted tiene que hacer es preguntar a mi tío dónde anda, en lugar de a Clemente.

»Ah…, claro, igual es que mi tío le puede preguntar a usted qué hizo y con quién estuvo todos estos meses en Madrid, en Sevilla, en Albacete… ¿Sigo? ¿O acaso… cree usted, tía, que aquí no nos enteramos de nada?

Doña Elvira se quedó pegada al suelo, no tenía ni la más remota idea de que su sobrina supiera nada de lo que había hecho durante todo el tiempo que estuvo fuera. Pero no era así, Ana supo por amigas que su tía tenía muy buena relación con un militar muy bien posicionado en las altas esferas.

De ahí el cambio de actitud que había demostrado desde que llegó, tanto con ellas como con el servicio. Se notaba que estaba totalmente influenciada por él. Le daba pena su tío, pero, bueno, la verdad es que el hombre había sabido buscar a una o varias amigas con las que ahogar sus penas.

—¡Eres una insolente! Tenía que haberte partido la cara de pequeña, he sido demasiado benevolente con vosotras. Pero ya os llegará la hora y os daréis cuenta de que estáis en el lugar equivocado.

—Lo dicho, querida tía, que aquí nos vamos a seguir juntando mis amigos y yo. Y, si no quiere tener problemas, usted se va a tener que meter en su salita, se me pone a coser, de vez en cuando toma unas sales para los nervios y se está tranquilita. Porque le recuerdo, y de nuevo le digo, que esta casa es de mi hermana y mía. Así lo quiso mi abuelo, que por cierto era su padre.

—Eres una desagradecida. Después de que os recogí, os tenía que haber dejado en un orfanato. Eres igual que tu padre, orgullosa y

rebelde, contestona y malencarada.

—Qué le vamos a hacer, ya sabe, como dice el refrán: «De tal palo, tal astilla». Y otro más, por si no tiene bastante: «Quien a lo suyo parece honra merece».

Ana continuó su camino.

Todos se habían quedado pegados a la puerta y cuando sintieron los pasos de la muchacha corrieron a alejarse de la misma. La muchacha entró en la cocina y se quedó mirando a sus amigos.

—Ana, la cosa se está poniendo fea, creo que no debemos traer aquí a los muchachos. No sé qué le ha pasado a esta mujer en Madrid, se ha vuelto más quejica de lo que era y además nos trata diferente, siempre tuvo sus cosas, pero era educada y nos respetaba, guardando las distancias, pero a la vez resultando cercana, pero es que ahora…, con perdón, se ha trastornado, está para que la ingresen —dijo Martina.

—Así es, Martina, está insoportable.

Enrique, el novio de Martina, se levantó con la idea de ir a recoger a Ambrosio y a Daniel al hospital.

Le dijo a Susana que se quedara tranquila, llevaría a su hermano a su casa, seguro que su madre no pondría ningún inconveniente, y si no hablaría con Gloria, seguro que Amada y Dori también le acogerían por unos días hasta que él estuviera recuperado del todo.

—¡De eso nada! Estoy harta de esta mujer. Si piensa que voy a dejar tirado a mi hermano, no sabe con quién está hablando —dijo Susana mientras se quitaba el delantal y lo tiraba sobre la mesa con rabia.

Todos se quedaron sorprendidos, no era una mujer de carácter fuerte y aquel gesto los desconcertó.

—Ahora mismo le voy a decir que, o permite que se quede aquí conmigo, o si no en este mismo momento me voy. No quiero que tengas problemas por nosotros, Ana, de verdad —contestó la cocinera.

Sus compañeros intentaron tranquilizarla, no era ella la que hablaba, era la impotencia y la rabia que sentía en ese momento. Susana recogió el mandil, lo arrastró por la mesa y se lo acercó a la boca mordiendo parte de él para disimular el sonido que su voz causaba mientras gritaba de coraje.

Ana sacó del bolsillo de su pantalón una pitillera de cuero marrón y tomó uno de los cigarrillos que ella misma se liaba, prendió una astilla en la lumbre y cuando tuvo llama la acercó al pitillo para encenderlo. Aspiró hondo y soltó el humo levantando la cabeza,

observando cómo ascendía.

—Marchaos, yo me quedo con ella, voy a preparar una tila, estará bien —dijo Ana—, y no lo lleves a ningún lado, se va a quedar aquí en la habitación de mi abuelo hasta que se recupere. Le guste o no. He hablado con mi tío y él está de acuerdo conmigo.

—No, Ana, no quiero que tengas problemas, tu tía me está dando miedo últimamente.

—He dicho que se queda y no hay nada más que hablar. No te preocupes, que mi tía va a estar tranquila.

—Enrique, si no te importa, no te acompaño, me quedo con Susana. Creo que hago más aquí. Además, allí estarán también Laura y Gloria, y yo en menos de media hora tengo que ir a buscar a don Ricardo —dijo Clemente.

—No hay problema, amigo. En un rato volvemos.

Los cuatro esperaban a la puerta del pabellón principal del hospital. Se subieron a la furgoneta y fueron derechos a casa de Laura, estaban seguros de que allí les esperaba una gran bronca con sus padres; de hecho, ninguno de los dos se había acercado a ver a Daniel. Su padre porque, según dijo, no estaba de acuerdo con su implicación en temas políticos y en más de una ocasión le había advertido que algo así podía sucederle, y su madre porque no la dejó su marido y la mujer no quería tener problemas domésticos con él. Tanto Laura como su hermano Carlos les habían reprochado a los dos que no fueran a interesarse por su hijo, discutiendo fuertemente, hasta el punto de que su progenitor llegó a amenazarlos con echarlos de casa a los tres si seguían por el mismo camino.

—Bueno, hermanito, ¡al toro! Será mejor que no digas nada, escuchamos y callamos porque don Marcelino es capaz de mandarnos debajo del puente de Vargas a vivir a los tres; bueno…, antes de que lo tiren, porque el pobre tiene los días contados —dijo Laura al llegar a la puerta de su casa.

Enrique, Ambrosio y Gloria continuaron su camino en dirección a Las Carolinas.

Durante el recorrido, Enrique los fue poniendo al corriente de lo que hacía un rato había pasado en la casa y de la negativa de doña Elvira a que siguieran viéndose todos en la cocina.

Al escuchar lo que contaba el novio de Martina, Ambrosio le pidió que no lo dejara allí, sino en la pensión de la calle Cervantes; se llevaba muy bien con la dueña y seguro que no iba a poner ningún inconveniente si subían sus amigos a verle.

Incluso estaba seguro de que ella estaría pendiente, igual que lo había estado en el hospital, había ido a visitarlo todos los días.

Asunción, ese era el nombre de la mujer, tenía otras intenciones con el muchacho. Gloria lo había notado el primer día que la señora apareció por el hospital a visitarlo. Lo cierto era que Asun, como le gustaba que la llamaran, se encaprichó de él en el momento que lo vio.

Era una mujer de mediana edad, alta, atractiva y risueña. Solía andar por casa con una bata ligera abotonada lo justo que dejaba ver, más que imaginar, sus voluptuosos pechos y sus largas piernas.

Enrique sujetaba a Ambrosio mientras subían las escaleras del hostal. Detrás de ellos iba Gloria con una pequeña bolsa donde llevaba las cosas del enfermo y algunas vendas y medicinas que iba a necesitar. Ascendían despacio, marcando cada escalón con ambos pies, ya que a Ambrosio le costaba respirar. En el tercer piso hicieron un descanso para tomar aire. Al llegar, Asun tenía la puerta abierta, no porque los esperara, sino porque justo estaba saliendo otro de sus huéspedes.

—Pero… ¡qué ven mis ojos! ¿No decías que ibas a casa de tu hermana? Pero pasad, por favor —dijo Asun al verlos.

Gloria puso cara de pocos amigos, el rostro de la mujer se iluminó cuando vio llegar a Ambrosio y a la joven enfermera no le hizo demasiada gracia.

Los acompañó hasta la habitación del muchacho, que estaba limpia y recogida, la luz aún entraba por la ventana que daba a un gran patio. Ella se apresuró a abrir la cama para que pudiera sentarse sobre ella tranquilo, pero él prefirió acomodarse en la única silla que había en la estancia.

—No tengáis pena por dejarlo aquí, que solo no va a estar. Personalmente me voy a ocupar de él.

Gloria no pudo evitar contestar.

—Sí, sí. Por supuesto. De eso estamos seguros. Le recuerdo señora que el chico lo que necesita es re-po-so. Me entiende, ¿verdad? En este momento no está el horno para bollos. Además, yo misma me encargaré de venir cada día a curar sus heridas, ya que esa ha sido una de las condiciones para que le dejaran salir del hospital. Espero que a usted no le importe, porque si es así tendremos que llevarlo a otro sitio.

Ambrosio intentó incorporarse, pero le costaba y se revolvió en la silla.

—Por favor, Gloria, no es necesaria la explicación, ella lo sabe. Además, creo que tengo que agradecerle lo que hace, no tiene ninguna

obligación conmigo.

—Sí, sí, agradece, chico. Agradece.

La mujer se molestó con Gloria; había entendido perfectamente lo que quería decir, y se había dado cuenta de que debía de tener alguna relación con ella, cosa que Ambrosio no le había comentado a pesar de que Asun en alguna ocasión se lo hubiera preguntado.

Enrique se excusó y le dijo a Gloria que la esperaba abajo. Salió de la habitación junto a Asun, que, molesta por los comentarios de la joven, dejarlos a solas.

Ambrosio esperó que la puerta se cerrara y mostró su desacuerdo con Gloria.

—Mira que eres —dijo Ambrosio—. La mujer es atenta, ha estado pendiente de mí todos los días.

—Claro, porque te quiere llevar al huerto. Vamos…, a no ser que ya te haya llevado.

—¿No me digas que estás celosa? Pensé que tú no eras de esas. ¿No quedamos en que en esto nuestro no había compromiso de nada?

—Ya, pero una cosa es que no tengamos compromiso y otra muy diferente que me tomes el pelo. A ver si te crees que estoy aquí para abrir las piernas cuando a ti te venga bien. De eso nada, monín.

—Ven aquí, anda. ¿Me ayudas a quitarme la ropa y meterme en la cama? Como no está el horno para bollos, como acabas de decir, te prometo que será todo muy casto y puro.

—¡Qué cabrón eres!

En casa de Laura la situación era muy tensa. Adela, al ver llegar a su hijo, se abrazó a él y no pudo evitar ponerse a llorar. Le pidió perdón por no ir a verlo y le dejó muy claro lo mucho que lo quería y por qué no había acudido a pesar de las ganas que tenía de hacerlo.

Tanto Laura como Daniel conocían el carácter de su padre, no era la primera vez que se le había escapado la mano contra Adela y entendieron que era normal que la mujer tuviera miedo por mucho que ella intentaba disimular y disculpar a su marido.

Su madre iba y venía de la cocina a la habitación intentando ayudar a Laura en lo que necesitase para que su hijo estuviera cómodo.

Cuando el sonido de la llave abriendo la cerradura de la puerta se escuchó, todos enmudecieron. Adela salió de la habitación deprisa en dirección a la cocina, lugar donde habitualmente estaba y donde su marido iba derecho a saludarla.

—¿Qué tal, alguna novedad?

—Ya han llegado los chicos. Daniel está en la habitación.

—Estupendo.

La mujer le puso las zapatillas al lado de los pies. Recogió los zapatos y se dispuso a limpiarlos, pero antes de hacerlo se volvió a él y le pidió por favor que no fuera duro, estaba delicado y muy débil aún.

—Lo único que me falta es que tú me tengas que decir a mí lo que tengo o no que decir. Diré y haré lo que me dé la gana. ¡Tú a lo tuyo! —dijo haciendo un gesto con la cabeza y señalando los zapatos que la mujer tenía en las manos.

Marcelino entró en su habitación, se quitó la ropa y se colocó el pijama y un batín de cuadros marrones, luego salió en dirección a la estancia donde estaban Daniel y Laura. Sin ningún tipo de saludo inicial y sin preguntar cómo se encontraba, Marcelino fue directo en sus reproches.

—¡Te lo dije! ¡Te dije que ibas a tener problemas! Esta vez te han dado una paliza, la próxima igual te matan.

»Espero que esto te haya servido de lección, que buena falta te hacía, por cierto.

»Hay que ser muy tonto para andar con esa gentuza. Y esto también va contigo —dijo mirando a Laura—. No te creas que te vas a librar. Ese novio que tienes no es trigo limpio. —Guardó silencio un momento esperando la respuesta de alguno de los dos, pero esta no se produjo.

»Lo único que hemos conseguido con la República es que este país se vuelva loco, no haya educación ni decoro ni nada y se falte al respeto a la Iglesia y a los santos. Menos mal que, si Dios quiere, esto va a cambiar. Espero que recapacitéis y estéis donde os corresponde, con la gente legal y con sentido común.

»No con esa banda de vagos y maleantes con los que andáis, porque, si es así, en esta casa no os quiero a ninguno.

»¡No voy a jugarme ni mi reputación ni mi puesto de trabajo en el Ayuntamiento por tres rojos idiotas como vosotros, por mucho que seáis mis hijos! Si es necesario, renegaré de vosotros y obraré en consecuencia. ¿Queda claro? —Esperó su respuesta y en vista de que no contestaban repitió—: He dicho que si queda claro.

—Clarísimo —contestó lleno de rabia Daniel mientras Laura apretaba su mano intentando que no siguiera hablando. El chico la miró y mientras cerraba y abría los ojos a la vez que inclinaba un poco la cabeza le indicó que estuviera tranquila, no tenía intención de decir ni una sola palabra más.

Susana esperaba nerviosa la llegada de su hermano, con ella estaban Ana y Martina. Cuando la puerta de servicio se abrió y solamente entraron Enrique y Gloria, se quedaron sorprendidas.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Ha pasado algo? ¿No me digas que está peor?

—No, tranquila. Le conté lo que había sucedido esta tarde y no ha querido venir —contestó raudo Enrique—. No quiere que tengas problemas con la señora, se ha quedado en la pensión. No te preocupes, estará bien.

»La dueña de la pensión se ha ofrecido a atenderle y le hemos dejado el número de la casa por si pasa algo. Ella me ha dado el suyo por si le quieres llamar o preguntar por él.

—¡Vamos! Al final mi tía se ha salido con la suya —contestó Ana.

—No es eso, Ana, también hay que entender, él está más tranquilo allí, es mejor que lo dejemos estar. Susana puede ir cuando desee a visitarlo. Mañana por la mañana si quieres, cuando vayas al mercado, te llevo, está muy cerca —dijo Enrique.

—Te lo agradecería mucho, tengo ganas de verlo, necesito estar con él un rato y charlar tranquilos. Voy a intentar que se vaya de nuevo a Isla. Es lo mejor para él y egoístamente también para mí.

»Mi hermano esta obcecado, y tengo que hacerle entender que lo mejor es dejar todo esto. Que se limite a trabajar y a vivir tranquilo, conformándose con lo que somos y nos ha tocado en esta vida.

Ana se revolvió sobre el fogón, su asiento preferido, y de un salto puso los pies en el suelo.

—Me parece muy mal que quieras manipular a tu hermano. Él tiene todo el derecho del mundo a tomar el camino que quiera, y por cierto ya lo ha hecho. No le digas que vuelva al pueblo, se llevaría una decepción contigo.

»Lamento decirte esto, pero está muy implicado, igual que nosotros. Y al único sitio al que va a ir es a luchar contra el fascismo si fuera necesario.

—Ana, no quiero discutir contigo. Esto ya lo hemos hablado. Tú tienes tus ideas y yo las mías. Sé lo que necesita mi familia y no es precisamente estar con el alma en vilo día y noche por la mala cabeza de Ambrosio. Bastante nos ha tocado sufrir como para seguir haciéndolo.

SEGUNDA PARTE

Aunque el otoño de la historia
cubra vuestras tumbas
con el aparente polvo del olvido,
jamás renunciaremos
ni al más viejo de nuestros sueños.

MIGUEL HERNÁNDEZ

16

Julio de 1936

El ambiente de tensión político y social en España era enorme. Por un lado, estaba el bando republicano, que defendía el funcionamiento democrático por medio de la Constitución de 1931. Por otro, la facción de derechas, a la que apoyaba la Iglesia y gran parte del Ejército. Pero la vida continuaba, cada cual con su trabajo y sus problemas, viendo cómo el tiempo pasaba a su lado, esperando no se sabía muy bien el qué, pero deseando que todo volviera a la normalidad.

Laura y Gloria corrían apuradas de sala en sala atendiendo a los enfermos; además de las enfermedades comunes, en épocas convulsas los heridos por arma blanca o incluso de bala abundaban en el hospital.

La mayoría de ellos eran de beneficencia y el trabajo era agotador. Gloria estaba cansada de escuchar penurias y cada día llevaba peor el hecho de que no a todos se les tratara de la misma manera. Había medicamentos que el hospital no les suministraba y que eran necesarios para su mejoría. Ver la impotencia de padres, madres, hijos, esposas y maridos sin recursos le dolía más que el sufrimiento físico de algunas personas. Si por ella hubiera sido, en más de una ocasión habría corrido hasta la farmacia en busca de lo necesario, pero eso no podía hacerlo. Aunque a veces pensaba que si fuera alguno de sus seres queridos tal vez no se podría reprimir.

Marifé se lo tomaba de manera diferente: pertenecer a una familia adinerada donde nunca habían carecido de nada hacía que no empatizara de igual manera. Además, estaba destinada a uno de los pabellones de pago, con lo cual no se encontraba con los problemas de los que sus compañeras hablaban.

Al llegar el mes de julio y como cada año hacían, los señores de Gajano se tomaban unas vacaciones.

Al contrario que la gente de la capital y las grandes ciudades, que

se trasladaban al norte donde el clima era más suave, ellos lo hacían a Madrid, siempre pasando antes por casa de alguno de sus amigos.

Don Ricardo solía quedarse en la ciudad al menos hasta agosto, debido a la llegada de empresarios poderosos de otras ciudades de España, e incluso la vuelta de algún que otro indiano, que por época estival regresaban a sus pueblos y con los que siempre estaba bien mantener el contacto y hacer algún que otro negocio necesario para el porvenir de su empresa. Pero en esta ocasión por más que le rogó a su mujer para que retrasara su partida, ella no cedió.

Doña Elvira no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer y mucho menos a quedarse en casa con sus sobrinas, a las que desde hacía tiempo no soportaba. La relación entre ellas desde que su padre murió había dado un giro. Desde luego también influía el hecho de que las chicas se hubieran convertido en mujeres con voz a las que ya no era posible dirigir igual que lo hacía cuando eran niñas. Aunque lo cierto era que no solo habían cambiado sus sobrinas, ella después del tiempo que pasó en la capital también lo había hecho y mucho, tanto que no solo no soportaba a las chicas, tampoco estaba feliz junto a su marido; pero las apariencias había que mantenerlas y jamás se divorciarían, por lo que las vacaciones tenían que hacerlas juntos para evitar habladurías.

Clemente conducía despacio tal y como le había dicho su jefe.

Había cogido ropa para estar fuera más de dos meses, como en otras ocasiones, pero cuando iban de camino le comunicaron que una vez que llegaran a Carrión de los Condes podía volver a Santander porque no necesitaban su servicio. Esto se debía a que los señores de Osuna disponían de trasporte para ir después todos juntos a Madrid. El chófer por un lado se llevó una gran alegría, pero por otro se quedó pensativo, no entendía muy bien ese cambio, así de repente. El caso es que los dejaría y regresaría de nuevo a Las Carolinas junto a Susana, aunque, según tenía entendido y aprovechando que los señores iban a estar ausentes, la cocinera quería pasar unos días en Isla con su padre, si bien esto no era del todo seguro.

Antes de ir al periódico, Ana se acercó a casa de Daniel. Solamente estaría un rato, lo suficiente para ver qué tal se encontraba.

Sabía perfectamente cómo iba, ya que Laura la tenía al corriente de su mejoría. La verdad es que estaba casi restablecido y el próximo lunes, si todo seguía así, comenzaría a trabajar de nuevo en la imprenta.

Entró en el amplio portal y subió los cuatro escalones de mármol

blanco que daban acceso al interior. Se situó frente al ascensor y tocó el botón de llamada, pero este no se encendió. Miró hacia la garita del portero y vio que no estaba, pero se fijó en un papel escrito a mano que había pegado en una de las ventanas.

ELEVADOR FUERA DE SERVICIO,
DISCULPEN LAS MOLESTIAS

La joven subió las escaleras despacio, observando el tono blanquecino que tenían de tanto frotarlas con el esparto y la arena; la madera se veía desgastada en la zona central y, como jugando, pisó en la parte izquierda de las mismas.

Posó su mano sobre el balaustre y continuó subiendo ayudándose de él.

Eran cuatro pisos que bien podía haberlos hecho en el ascensor en caso de que hubiera funcionado. Cuando llegó, se paró en el descansillo y tomó aire antes de tocar el timbre. Nadie abrió, pero sabía que Daniel y Adela estaban en casa y volvió a llamar. Lo intentó de nuevo, pero esta vez en el llamador. Golpeó la aldaba con fuerza, tanto que hasta ella misma se asustó. La mirilla se abrió y tras ella pudo ver los ojos de Adela.

La mujer abrió con cuidado y la saludó amablemente, como siempre solía hacerlo. Estaba arreglada para salir; tenía un vestido estampado en tonos azules de manga corta que se ajustaba a su cintura con un lazo de la misma tela que caía sobre la falda, como complemento llevaba un sombrerito de paja adornado con unas flores y sobre su antebrazo un pequeño bolso negro.

—Buenas tardes, guapina, entra, está en la habitación, no creo que se haya dormido, hace un rato estaba leyendo uno de esos libros que siempre tiene entre las manos. Pasa. Yo voy a aprovechar para salir un momento, me voy a acercar a ver a mi madre, con esto del chiquillo hace días que no me paso.

—Muchas gracias. Vaya tranquila, doña Adela. Si no le importa, estaré un rato, hasta las seis no tengo que ir a trabajar.

—Estupendo, así te puedes quedar con él. Por cierto, no te preocupes por mi marido, hoy es viernes y al salir del trabajo va con los amigos a tomar unos chiquitos y no llega hasta tarde.

Ana sonrió. Lo cierto era que se quedaba más tranquila. Marcelino no aprobaba las visitas a su hijo y mucho menos de ella.

Ana conocía perfectamente la casa y mientras caminaba por el largo pasillo escuchó tras ella cómo Adela cerraba la puerta. La chica siguió su camino sin volverse hasta llegar a la habitación. Estaba

situada al fondo a la derecha. Tocó con los nudillos y escuchó la voz de Daniel aprobando su entrada.

—Buenas tardes, *darling* —dijo Ana sonriendo.

Daniel se incorporó y le sonrió. Los ojos del muchacho se iluminaron al verla entrar.

—Qué alegría verte, la verdad es que estaba aburrido, ya no sabía qué hacer.

—Vaya, ¿te alegras porque estás aburrido? Qué desilusión, pensé que era por otra cosa.

—Ven acá, tonta, y dame un beso. Pero uno de esos en condiciones que solo tú y yo sabemos darnos.

—No. Te doy un beso casto y puro de esos de hermano. ¿No ves que estás enfermo?, no quiero ser responsable de que empeores, así que tranquilito, ¿eh?

—Anda, déjate de historias, no sabes las ganas que tengo de estar contigo. No me digas que vamos a desaprovechar la oportunidad. ¡Estamos solos, tonta!

—Sí, sí, solos. Como no te portes bien…, me largo.

—Bueno, tú…, ven, anda. ¿No me digas que te vas a quedar ahí en la puerta toda la tarde? Venga, acércate. Dame ese beso, que me muero de ganas.

Ana se acercó a la cama y al hacerlo Daniel aprovechó para cogerla del brazo y tirarla sobre él.

—¡Déjame, hombre!, ¿eres tonto?

—Sí, soy muy tonto y estoy deseando comerme a besos a una chica tan lista como tú. Calla y déjate llevar.

La besó en la boca con dulzura durante un instante.

Retiró su cabello hacia un lado y la abrazó mientras besaba su cuello. Ella gimió casi sin querer hacerlo, Daniel la miró sonriendo y mordió con cuidado su labio inferior. Ana cerró los ojos mientras lamía su lóbulo.

Los dos se deshicieron en los brazos. Comenzaron a acariciar su cuerpo lentamente, pero él la pegó aún más a su pecho y la posó sobre la cama mientras se ponía encima. Bajó su mano a la altura de la rodilla de Ana y comenzó a deslizarla hacia arriba acariciando sus suaves muslos hasta llegar a su entrepierna.

La miró a los ojos esperando su aprobación, la cual encontró. Besó de nuevo apasionadamente sus carnosos y cálidos labios y ella rodeó con sus brazos la cintura del chico. Mientras, Ana comenzó a mover sus caderas para sentirle bien. Daniel desabrochó uno a uno los botones de su camisa y recorrió con la lengua su pecho, su estómago, su barriga y, al llegar a la altura de sus bragas, introdujo uno de sus

dedos por dentro de ellas y poco a poco las deslizó por sus piernas. Ella, ansiosa, lo ayudó quitándoselas y lanzándolas al suelo. Giró sobre él y se colocó encima, besó su pecho mientras él acariciaba sus pezones con la punta de los dedos. Ana se incorporó, retiró su pelo alborotado de la cara y tomó las manos de Daniel poniéndolas sobre sus senos un instante, luego él agarró sus nalgas con fuerza y la apretó hacia sí introduciendo su pene despacio. La joven gimió de nuevo y cerró los ojos mientras sentía cómo Daniel entraba en ella. El muchacho la miraba y se movía armoniosamente sobre ella.

El ritmo acompasado de ambos los llevó al clímax.

Desnudos y tumbados sobre la cama se miraban mientras recuperaban el aliento. Se abrazaron de nuevo sin decir una palabra y así estuvieron un rato.

Ana se incorporó después de besarle de nuevo y comenzó a vestirse. Estaban en silencio, mirándose, con lo ojos brillantes e ilusionados, cuando escucharon cómo la puerta de la calle se abría. La chica aceleró para terminar de abotonarse la camisa y se sentó sobre una silla que había cerca de la cama mientras se arreglaba el pelo.

Daniel se puso la camisa del pijama y colocó la sábana deprisa. La puerta de la habitación se abrió.

Era Laura, que los miró sorprendida.

—Perdón, pensé que estabas solo. He interrumpido algo, ¿verdad? Soy una inoportuna, ya lo siento.

—No, no te preocupes. Pasa, hermana, anda, no te quedes ahí parada —dijo Daniel.

Laura entró mirándolos a los dos y con una sonrisa en la boca comentó:

—Vete al baño y arréglate los labios, tienes el carmín un poco perjudicado. Y tú límpiate los morros que están como si hubieras comido chorizo de pamplona, hijo. Y con vuestro permiso, o sin él, voy a abrir la ventana que huele a sexo que tira para atrás. —Los tres rieron.

—¡Mira mi hermanita! ¿Y tú como sabes cómo es el olor a sexo?

—¡Mira este!, ni que yo me chupe el dedo, chico. ¿Qué te crees tú, guapín, que me dedico a jugar al parchís con Felipe?

—Bueno, yo me voy, que son casi las seis —dijo Ana.

—Espera, no hemos comentado nada del asesinato de Calvo Sotelo. ¿Sabes algo más que lo que dice la prensa?

—No, qué va, hemos publicado lo que nos ha llegado.

»Lo que sabemos es que claramente ha sido una represalia por lo del teniente Castillo. Bueno y que sus últimos discursos tenían tela, ¿eh? Yo no digo que esté bien, pero últimamente es ojo por ojo, o al

menos eso parece.

»Es lo que hay y, además, pinta todo muy mal. Llegan noticias de que por el norte de África los militares están revueltos —contestó Ana.

—De todos modos, eso no está bien. No podemos ir matando gente por ahí porque sí. Hay otras formas, está el parlamento que es soberano, ¿no? —dijo Laura.

Los tres se miraron y subieron los hombros haciendo una clara señal de resignación.

—Creo que estamos en un punto de no retorno —comentó Daniel.

—No digas eso, parece que estás deseando que se líe gorda, chico —contestó Laura mientras corría las cortinas.

Ana cogió el bolso y estiró su falda. Metió por dentro la parte de atrás de su camisa cuando con un gesto Laura le indicó que la llevaba por fuera, y se despidió.

—Me voy.

»Daniel, si te parece mañana, si estás mejor, podemos ir a dar un paseo. Creo que tomar el aire te vendría bien después de tantos días en cama. Y de paso a ver si coges un poco de color, que estás demasiado blanco, pareces enfermo. ¡Y además estamos en verano! Nos podemos tomar un helado.

Daniel asintió con la cabeza y le lanzó un beso.

17

El teléfono en el periódico no dejaba de sonar, llamadas constantes de diferentes sitios que daban noticias sobre las revueltas que se producían.

Ana estaba sentada en su mesa, repasando el artículo que iba a publicar, que hablaba de la muerte repentina de una mujer a la puerta del mercado. Con el lápiz entre los dientes corregía algunas de las palabras que había escrito mientras los compañeros iban y venían sin parar. Posado sobre el cenicero, un cigarrillo humeaba; al pasar a su lado, Javier, un reportero deportivo que hacía apenas un mes que se había incorporado a la redacción, lo cogió y le dio una larga calada.

—No te importa, ¿verdad? ¿Qué te parece si nos tomamos algo en La Austriaca cuando salgamos? Hace tiempo que estoy por decírtelo, pero… como siempre estás ocupada no me he atrevido.

—En caso de que me importe, ya te lo estás fumando —respondió a su primera pregunta con tono molesto—. En cuanto a lo de tomar algo…, vale, pero solo un rato, mañana tengo que madrugar.

—Estupendo, voy a terminar, ¿te queda mucho?

—No, un cuarto de hora más o menos.

—Te espero abajo entonces.

El teléfono seguía sonando, Ana buscó con la mirada a la chica que se encargaba de contestar y no la encontró.

Seguramente su jornada laboral había terminado y ya se había marchado. Se levantó y respondió.

—*La Región*, dígame, al habla Ana Zaldívar Uriarte.

El interlocutor preguntó por la directora del periódico y Ana fue en busca de Matilde Zapata. La mujer contestó y mientras escuchaba lo que le decían desde el otro lado su semblante iba cambiando.

Pálida, intentaba colgar el auricular negro y pesado sobre el aparato que estaba situado en la pared, pero no atinaba y este se quedó suspendido del cable. Ana lo agarró antes de que se golpeara con el suelo y lo colocó en su lugar.

—¿Qué pasa? ¡Habla!

—Los militares se han levantado —contestó Matilde Zapata.

»Mola se ha sublevado en Navarra, y Franco en Canarias. En el

norte de África, Sáenz de Buruaga ha tomado el control. Parece que avanzan hasta la península y que Sanjurjo ha conseguido llevar a cabo el golpe.

»Hay que parar la rotativa y cambiar los titulares. Esto tiene que salir. La noche va a ser larga.

»Según me comentan, el Gobierno ha comenzado a enviar mensajes a los ciudadanos pidiendo a la población que cumpla con el compromiso de fidelidad hacia la República.

»Ya no hay marcha atrás. Esto es la guerra, niña.

Ana se llevó la mano a la boca, se puso nerviosa y comenzó a moverse entre las mesas, no sabía muy bien qué hacer, si quedarse o salir corriendo en dirección a su casa o en busca de su hermana y sus amigos. Pero no se fue, volvió a su mesa, se sentó y se quedó mirando los papeles que tenía sobre ella. Buscó con la vista a Javier, pero el muchacho no estaba, cogió el bolso y bajó a la calle.

Javier estaba apoyado en la pared, con un cigarrillo entre los labios y con las manos en los bolsillos del pantalón, mirando cómo la gente pasaba a uno y otro lado.

Al verla aparecer se puso recto, sacando pecho, cogió el cigarrillo, lo tiró y lo pisó con chulería mientras ella llegaba hasta donde él se encontraba.

—Será mejor que te vayas. Creo que no voy a salir tan pronto. Los militares se han sublevado.

—¡No jodas! Me subo contigo, quizá pueda ayudar. Esto es la hostia, ¡por fin!

Ana se volvió hacia él. Su rostro estaba alegre, los ojos le brillaban y su cuerpo tomó un aire altanero que nunca había mostrado.

—No sabes las ganas que me dan de besarte. Ni te imaginas. ¡Qué alegría! Menuda noticia.

—Mejor que no se te ocurra ni acercarte a mí. Lo primero porque tengo novio y lo segundo porque, aunque no lo tuviera, no está hecha la miel para la boca del asno.

En los locales de la Casa del Pueblo, en los de la Federación Obrera Montañesa, en las fábricas, en el mercado…, cientos de personas aguardaban noticias y esperaban que de un momento a otro Santander fuera tomada por los sublevados.

Rápidamente se montaron grupos de hombres que se colocaron en lugares estratégicos de la ciudad para defenderse de un posible ataque. Pero la invasión fue paliada y no consiguieron entrar en Santander.

Fueron los militares quienes hicieron fracasar la sublevación en la ciudad. Las autoridades se mostraron reticentes a apoyar el golpe. La negativa del coronel García Argüelles a sumarse al levantamiento, y su decisión de seguir apoyando a la República, hizo que fracasara la ofensiva en la región. Diferentes circunstancias impidieron que la ciudad cayera en manos de los sublevados.

Ana y Matilde Zapata, desde las oficinas del periódico, recibían y escuchaban las noticias que iban produciéndose. Entre ellas el mensaje de Casares Quiroga, quien hizo circular una nota el mismo día 18 donde aseguraba que la sublevación había fracasado y negaba que el Gobierno hubiera declarado el estado de guerra.

Las calles se quedaron vacías, la gente corrió a sus casas y las fábricas se cerraron antes de tiempo, igual que los bares y negocios. Todo el mundo estaba pendiente de los aparatos de radio, girando la rueda de las emisoras en busca de alguna que diera información.

La casa de Las Carolinas se llenó de gente. Los chicos se acercaron en cuanto pudieron, incluso Daniel, que abandonó su cama para ir en busca de noticias y de sus amigos.

Susana y Martina, asustadas, encendieron la radio cuando los chicos les contaron lo que estaba pasando, porque ellas no se habían enterado de nada. Laura llegó casi al tiempo que Felipe, Gloria y Marifé; las muchachas dejaron el internado en la escuela de enfermeras por un momento, tras pedir permiso a sor Encarnación, que sin rechistar accedió con la promesa por parte de ellas de que al día siguiente a primera hora estarían en su puesto.

También lo hizo Ambrosio, que después de pasarse por la Federación acudió al encuentro de sus amigos.

Por suerte, dos días antes doña Elvira y don Ricardo habían salido de vacaciones; si no, con toda seguridad les hubieran prohibido la entrada a todos.

La cocina se quedaba pequeña y Marifé propuso pasar a la biblioteca a esperar la llegada de Ana. Susana preparó unas cervezas Cruz Blanca y las llevó a la sala con la ayuda de Martina.

Los jóvenes estaban en silencio, después de comentar lo que unos y otros habían escuchado se quedaron mudos. El sonido del teléfono los sobresaltó, de tal modo que todos se pusieron en pie y corrieron hasta él. Al llegar a donde estaba ubicado el aparato, miraron a Marifé a la espera de que contestara, pero la chica le hizo un gesto a Martina para

que fuera ella quien cogiera.

La muchacha, temerosa, descolgó despacio y se llevó hasta el oído el auricular.

—Casa de los señores de Gajano. ¿Dígame?

—Martina, ¿están mis sobrinas en casa? Que se ponga una de ellas; si es Ana, mucho mejor.

—No, señor, la señorita Ana no se encuentra, pero la señorita Marifé sí que está en la casa. Voy a buscarla.

Martina tapó con la mano la parte de abajo del auricular y muy bajito dirigiéndose a Marifé dijo:

—Es don Ricardo, quiere hablar contigo.

La chica tomó el aparato y se puso al habla con su tío.

Escuchó lo que tenía que decirle y se despidió después de preguntar qué tal estaban ellos y dónde se encontraban.

Don Ricardo le dijo a su sobrina que no se movieran de casa hasta ver qué pasaba en Santander.

Según las noticias que tenía, la ciudad había resistido y se encontraba en zona republicana, al contrario que ellos, que estaban en Carrión de los Condes, alojados en casa de unos amigos de la niñez de Elvira, una familia de militares de profesión y favorables al golpe de Estado, lo que le daba la posibilidad de tener noticias. Allí los sublevados habían tomado la ciudad.

Les pidió que por favor no se metieran en líos; la mayoría de las provincias de Castilla y casi toda Galicia, además de Zaragoza, habían sido invadidas. El hombre se mostraba nervioso y preocupado, no tanto su mujer, a la cual Marifé escuchaba reírse a lo lejos. Le pidió que se cuidaran y le dijo dónde tenían dinero por si lo necesitaban, quedando en volver a llamar al día siguiente.

Casi al momento de terminar de contar a sus amigos lo que su tío le había dicho, sonó el timbre de la puerta.

Susana corrió a abrir, pero Ambrosio la agarró del brazo impidiendo que fuera. En su lugar lo hizo él. Eran Clemente y Ana quienes llegaban.

Ana entró sin saludar apenas. Al pasar a la sala miró a sus amigos dedicándoles un escueto «Hola» y se dejó caer en uno de los sillones orejeros que había. Todos la miraban con atención, esperando que dijera algo, pero fue Clemente quien tomó la palabra.

—Bueno, pues ya está el lío armado. He estado un rato en la Federación, mientras hacía tiempo para ir a buscar a Ana, y aquello es un hervidero. Suerte que no han podido pasar, creo que Reinosa ha resistido y los militares en el resto de la provincia apenas se han movido, quizá por falta de órdenes superiores.

—¿Y se sabe qué vamos a hacer? —preguntó Felipe.

—De momento esperar noticias y analizar la situación. Pero todo apunta a que hay que estar prevenidos. En la Federación se ha creado un grupo que busca armas y otros para diferentes temas, entre ellos, el control de fábricas y negocios. Es posible que les tomen la dirección, bueno, la de algunas, imagino que tendrá que ver con la ideología de sus dueños, pero esto lo digo yo, es una suposición, aunque ya sabemos que esta es una ciudad pequeña, conocemos todos del pie que cojeamos.

»Si esto va a más, no cabe duda de que en breve habrá detenciones, al tiempo.

Daniel tomó la palabra.

—Eso seguro, hay que controlar y esto sin duda es una guerra, el hecho de que no hayan tomado el país no les impedirá luchar hasta conseguirlo; por lo tanto, id pensando qué vais a hacer. Luchar o hacerse a un lado y aceptar lo que venga. Pero, como bien ha dicho Clemente, estamos todos demasiado significados y será complicado pasar desapercibidos.

—Yo tengo claro de qué lado estoy y lo que voy a hacer —dijo Ambrosio.

»No me mires con esa cara, hermana, sabes lo que pienso desde que era un niño. La República es lo mío y la defenderé con mi vida si es necesario.

—¿Y nosotras? —preguntó Ana—. Yo la vedad no me veo en el frente y a vosotras tampoco, pero hay muchas cosas que podemos hacer. Que quede claro que no me aparto de la lucha armada, si tengo que empuñar un arma, lo haré, pero debemos ser listas y útiles.

—Cuenta conmigo para lo que sea —dijo Gloria—, no voy a permitir que nadie pisoteé los derechos que las mujeres hemos adquirido durante este tiempo.

Las demás asintieron también, todas menos Susana. Estaba demasiado preocupada, no tanto por ella como por su hermano, sabía que era capaz de cualquier cosa. Además, no estaba de acuerdo con lo que las chicas hablaban. Le asustaba todo lo que estaba pasando. Pero no era momento de exponer su desacuerdo, estaba en clara minoría y tampoco sabía expresarse como lo hacían ellas.

Ana se puso en pie y tomó una botella con agua que había sobre la mesa, llenó uno de los vasos y bebió despacio; luego mirando a sus amigos dijo:

—De acuerdo, de momento no podemos hacer nada más que guardarnos bien y hablar donde sepamos que podemos hacerlo con confianza. Esta misma tarde me ha sorprendido uno de mis

compañeros del periódico. Le tenía por otra persona y ha resultado ser un derechón. Debemos tener en cuenta que podemos ganar, pero también perder, y entonces los perseguidos seremos nosotros.

Era muy tarde ya, se despidieron y cada uno se dirigió a su casa caminando por una ciudad desierta, donde ni tan siquiera el murmullo del mar se escuchaba.

Era aquella una noche de julio cálida que en circunstancias normales habría invitado a disfrutar. El cielo, cubierto de estrellas, acompañaba a una luna llena que iluminaba la ciudad y a la vez se reflejaba en las suaves y tranquilas aguas de la bahía de Santander. Pero el silencio que solo se rompía con el sonido de los pasos de cada uno de ellos abrumaba el alma, encogía el corazón y ensombrecía la vista cubriendo los ojos de lágrimas por el miedo, la impotencia y la rabia.

18

Los días pasaban lentos, las noticias llegaban con cuentagotas y la ciudad y sus gentes intentaban vivir en la medida de lo posible.

Había que continuar, y el ritmo de la ciudad era casi igual al de un verano como otro cualquiera; los cines, teatros, bares y fiestas se celebraban de igual forma. Pero la realidad era otra y todos eran conscientes de ello. La huelga general promovida por UGT y CNT en señal de protesta por el golpe militar había sido un éxito, aunque desgraciadamente no sirvió de nada.

Las chicas se reunieron en el Bar Montañés en la plaza Vieja, todas menos Laura y Gloria, que estaban trabajando sin descanso en el hospital. Allí esperaban Amada y Dori que, sin saberlo las demás, habían quedado con Ana para tratar un asunto. Martina se acercó a ellas para saludarlas y estas le pidieron que se sentaran con ellas hasta que llegara Ana. La joven, con un gesto alusivo, le indicó a Susana que entrara en el local, y en unos segundos apareció Ana.

Pidieron unos cafés y, ante la curiosidad de todas, Ana las puso al día. Era ella quien llevaba las noticias, no solo por las que llegaban al periódico, sino también por la información que recababa cada día en la Federación. Era allí precisamente donde se enteraba de las cosas que estaban pasando y de lo que se estaba organizando.

Todas clavaron los ojos en la chica, a la cual escuchaban como si de un noticiario se tratase, pues la joven iba relatando lo que pasaba con todo lujo de detalles.

—Lo que os puedo asegurar es que no se está perdiendo el tiempo; como ya os dije, se han organizado columnas armadas que se dirigen hacia Burgos para frenar a las facciones sublevadas que, según cuentan, vienen hacia Santander.

»Pero las noticias que llegan siguen siendo duras. Ha fallecido el alcalde de Reinosa y varios guardias civiles; no puedo deciros quién los mató, no he conseguido enterarme, posiblemente lo haré en él periódico, pero será ya mañana, os lo contaré en cuanto lo sepa.

»Por otro lado, las milicias enviadas a Potes desde aquí han sido rechazadas por los falangistas.

»En Castro-Urdiales se sabe que un grupo de falangistas, ante el

fracaso de la sublevación, se habían echado a los montes de Guriezo y Sámano y que varios de ellos han fallecido como consecuencia de los disparos de las milicias republicanas. También sé que vienen soldados de Santoña a Santander. Otra cosa, la dirección de los periódicos va a quedar en manos de los comités obreros, y no se descarta que aquellos que no sean afines a la República puedan ser cerrados, al menos eso me ha parecido entender. Y sin tardar se va a designar un Comité de Guerra para centralizar las actuaciones en la provincia.

»Como veis, todo maravilloso —dijo con sorna—. Con estos mimbres vamos a ver qué cestos hacemos, chicas.

—Pero tú, ¿cómo lo ves?, ¿resistiremos? —preguntó Dori.

—Lo intentaremos, pero, si quieres que te diga la verdad, creo que falta organización; somos muchos, es cierto, pero cada uno va a lo suyo, no son capaces de ponerse de acuerdo en muchos puntos y en estos momentos los detalles son cruciales para que todo salga bien.

—¿Entonces? —preguntó Amada.

—Me gustaría decir que vamos a ganar, pero… no lo veo claro. Hay que luchar y confiar, esto desgraciadamente acaba de empezar, los militares no van a ceder y además están apoyados por los italianos y los alemanes.

»Pero, bueno, yo he quedado con vosotras porque quiero proponeros algo.

»En breve se necesitarán ropas para los milicianos, comida, medicinas, y todo lo necesario para los que están en primera línea. Creo que en esas cosas podemos ayudar, al menos en lo que sepamos, y, en lo que no, tendremos que aprender.

Amada tomó la palabra.

—Cuenta conmigo para lo que quieras; desde que se corrió la voz de que vivimos juntas como pareja —dijo mirando a Dori—, La Primorosa trabaja la mitad o menos. He tenido que despedir a tres de las muchachas que estaban conmigo porque no podía pagarlas. Menos mal que la casa donde vivo era de mi madre que, si no, nos veíamos en la calle; de seguir así voy a tener que plantearme la vida de otro modo.

—¿Entonces cuento con vosotras? —Amada y Dori contestaron afirmativamente—. Y vosotras —dijo mirando a Susana y Martina—, es importante que tengamos la despensa llena en la medida de lo posible. No sabemos qué pasará, aunque sí puedo decir que la cartilla de racionamiento está al caer. Hay que tener en cuenta que cada vez será más complicado que los alimentos lleguen a la ciudad. Por lo tanto, haceos con provisiones, no solo para nosotros, quizá hagan falta para alimentar a alguien.

»Susana, tú eres una estupenda cocinera y seguro que con unas patatas eres capaz de hacer un gran guiso, pero si hay algo que echarles será mucho más delicioso el plato.

»Hay que estar atentos para que al menos la gente que esté cerca de nosotros pueda tener algo caliente.

—Cuenta con ello. Mañana mismo comenzamos, antes de que sea demasiado tarde. Si te parece, en casa podemos ser más precisos y nos cuentas.

Todas juntas salieron del bar y se despidieron en la puerta. Susana y Martina se dirigieron a casa. Allí habían quedado con Clemente y Enrique, que, aprovechando la soleada tarde, arreglaron el jardín y plantaron en la pequeña huerta unas lechugas, pepinos y pimientos. Ana se acercó hasta la imprenta, quería ir a buscar a Daniel y así de paso llevarle un encargo de la Federación para hacer unos pasquines y carteles.

Había grupos de milicianos por la ciudad. Los de las FAI y la CNT llevaban unos petos azules y camisas remangadas blancas, un pañuelo rojo y negro alrededor del cuello y su gorrillo partido con los mismos colores. Estos se cruzaban con las milicias comunistas vestidas con buzos también azules, pañuelo rojo y gorrilla del mismo color. Ambos llevaban un ancho cinturón marrón del que colgaban las fundas de sus pistolas, además de unas cinchas anchas sujetas al cinturón apoyadas en los hombros que se cruzaban en la espalda, todo ello de cuero marrón. Y sobre la parte alta de su brazo un brazalete con los colores que representaban la bandera de la República.

Iban por las calles intentando mantener el orden, y también deteniendo a todo aquel que consideraban enemigo de la República y proclive a la sublevación. Durante esos días ya se habían producido detenciones al respecto, sobre todo por las revueltas provocadas durante discusiones y peleas.

Unos eran enviados al penal de El Dueso y otros muchos al buque Alfonso Pérez, anclado en la bahía.

Al pasar por el Hotel Ignacia, lugar elegido por la milicia para su cuartel general, Ana pudo ver salir a Daniel. Corrió y se puso a su altura. El muchacho la miró, le sonrió y pasó su brazo sobre el hombro de la chica, que agarró con su mano derecha la de él que sobresalía de su cuerpo. Caminaron hasta llegar a la imprenta abrazados, besándose por el camino y manteniendo una conversación totalmente lúdica entre risas y bromas, aunque Ana notó que le pasaba algo.

—Me parece que estás preocupado, igual me equivoco, pero te noto

raro. ¿Es por mí? Quizá hayamos empezado esta relación muy rápido. Has de saber que conmigo no tienes ningún compromiso; si quieres que lo dejemos, podemos hacerlo, este no es un buen momento para andar con amores. —Sonrió.

Él guardó silencio un breve instante y la miró a los ojos, quitó el brazo del hombro de la chica y la cogió de la mano mientras continuaban caminando.

—Qué tonterías dices, el amor es una de las cosas que nos va a mantener vivos. Estoy un poco preocupado por mi padre. Ya sabes que no está de acuerdo con lo que hago y la situación en casa se está volviendo insostenible. Tengo miedo de que cometa alguna locura y no pueda parar su detención. Por más que le digo que esté callado y se mantenga al margen no quiere hacer caso. He llegado a pedirle que se vaya al pueblo por un tiempo, al menos allí estaría mejor. Pero no quiere. Mi madre sabes que es como nosotros y ya se ha cansado de callarse, con lo cual, un día sí y otro también tenemos unas broncas horrorosas. Estoy tan desesperado que hasta he pensado que igual era mejor tenerle preso, así estará controlado; tengo la posibilidad de hacerlo sin que sufra ningún mal, al menos hasta ver qué pasa, así no andaría discutiendo por los bares y poniéndose en evidencia.

»Cualquier día lo van a denunciar y entonces no podré hacer nada por él. Aunque sea un cabrón es mi padre, me entiendes, ¿verdad?

—Claro que te entiendo. ¡Cómo no! Me pasa lo mismo con mi tía. Por suerte no está aquí; si no, no sé qué íbamos a hacer, no solo yo, todos en casa. ¿Y Laura? Igual si habla con él le hace caso, siempre me ha parecido que era la niña de sus ojos.

—Qué va, a mi hermana no la mira ni a la cara desde hace días, precisamente porque le dijo lo que te estoy contando. Y sí, es su niña bonita, pero creo que está perdiendo ese honor. La verdad es que…, bueno, tengo que decirte algo.

—¿El qué?

—Verás. Me cuesta decir esto, pero creo que lo debes saber.

»Marcelino, él…, no es mi verdadero padre. Hijo suyo solo es mi hermano Carlos.

»Mi madre y él se casaron cuando mi padre biológico murió. Era su primo. Mi madre se quedó viuda con solo veintidós años, Laura apenas tenía uno y yo dos recién cumplidos.

»No sé cómo pasó. Mi madre no cuenta mucho, creo que lo hizo porque ella sola no podía criarnos. Seguro que fue más por eso que por amor. Al final eso pesa y se nota. A decir verdad, nunca la he visto feliz. Veo como ella hace las cosas a veces sin ganas, solo por complacerle o en agradecimiento. Lo cierto es que él nos ha criado,

nos ha cuidado como hijos propios, por ahí no tenemos nada que decir, siempre nos ha tratado bien, pero hay momentos en los que creo que se queda con las ganas de echarnos en cara lo que ha hecho y piensa que, al igual que mi madre, tenemos que hacer lo que él diga. Y eso la verdad no lo va a conseguir. De casa no nos puede echar porque es una herencia de mi madre que, si no, yo creo que a Laura y a mí nos había puesto ya de patitas en la calle.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

—No tengo ni idea. Pero como no cambie vamos a tener un problema.

—Si puedo ayudar en algo, no dudes un momento en decírmelo, por favor.

—Me parece que tienes bastante con lo tuyo como para cargar también con esto.

—Una pregunta: ¿cómo murió tu padre?

—Por lo visto enfermó del riñón, dejaron de funcionar y murió, fue muy rápido, eso es lo que mi madre nos dijo. Tampoco sabemos más y eso porque un día le pedí el libro de familia cuando iba a comenzar a trabajar y lo vi, en realidad, no lo hemos conocido hasta hace unos años.

—Vaya, pues tenemos una historia parecida. Tú ya sabes que mis padres murieron siendo nosotras muy pequeñas y mi tía nos acogió. También es cierto que lo hizo por egoísmo o por lo que la gente pudiera decir, realmente fue mi abuelo quien se encargó de que eso fuera así. Di que no creo yo que le hayamos dado mucho que hacer; desde que tengo uso de razón, recuerdo a nuestra tata con nosotras, bañándonos, alimentándonos y paseándonos. Con ellos aparecíamos en contadas ocasiones. Luego de mayores ya sí que hemos aparecido más con ellos, pero creo que también era por su conveniencia.

—Pero ahora estamos aquí, y somos mayores, dueños de nuestros actos, con todo el derecho del mundo a confundirnos.

19

Sentados en las escaleras del pabellón principal del Hospital Marqués de Valdecilla, Felipe y Ambrosio esperaban la salida de las chicas.

Felipe estaba muy elegante aquel día, vestía un traje azul marino con una camisa blanca. Dejaba caer la americana por su espalda mientras la sujetaba con el dedo índice sobre el hombro izquierdo, su pantalón recto iba sujeto por encima de la cintura con una correa negra y se marcaba una raya perfectamente planchada en cada una de sus perneras, las cuales, terminaban con un doblez sobre sus zapatos.

Ambrosio llevaba un pantalón gris, también de corte recto como el de Felipe, una camisa de manga corta blanca y, posada sobre su hombro derecho, una chaqueta de lana fina azul marino.

Los chicos hablaban de los acontecimientos que estaban ocurriendo en el país mientras veían entrar y salir gente sin parar en el hospital.

Tras la gran puerta de madera observaron entre los cristales que la formaban como las chicas hablaban con otras compañeras. Estaban aún vestidas con el uniforme, pero Gloria al verlos salió y se acercó a ellos.

—¡Hola, guapetones!, enseguida nos vamos. Yo tengo que volver pronto —dijo mirando a Ambrosio—, me han cerrado la puerta, así que no voy a poder escaquearme más. La cabrona de la monja se ha enterado de que llegamos tarde y entramos por detrás y ha mandado que cierren la puerta permanentemente. A las nueve tengo que volver o me tocará dormir en la calle y, lo que es peor, me pueden echar de la escuela.

—Vale, pues ¿a qué estás esperando para cambiarte? ¡Date prisa! A este paso voy a estar más tiempo esperando que contigo. ¡Camina! —le dijo Ambrosio.

Gloria corrió escaleras arriba y entró de nuevo en el vestíbulo.

Cuando salieron, los muchachos se sorprendieron al verlas. Ambas estaban muy guapas. Laura llevaba el pelo suelto, que el viento movía con gracia, los labios pintados de rojo, un vestido verde que marcaba su figura y unos zapatos de tacón, adornados con un lazo, que alargaban sus piernas.

Gloria por su parte iba vestida con una falda azul cielo plisada y

una blusa blanca con unos pequeños bordados a lo largo de la botonadura, el pelo lo llevaba recogido con una coleta alta que hacía que sus facciones y sobre todo sus ojos resaltaran más.

—Qué pasa, ¿os habéis quedado mudos o qué?

—Estáis de toma pan y moja, ¿eh? ¡Coño, Ambrosio, me parece que esta tarde vamos a ser la envidia de todo Santander! Vaya dos que nos llevamos.

—Cuidado, a nosotras no nos lleva nadie, vamos solitas, ni que fuésemos figuritas a las que hay que lucir —dijo Gloria.

—Chica, cómo eres, no creo que Felipe haya querido ofendernos, solo ha sido un piropo, mujer —contestó Laura—. Además, ¡estamos guapas y punto!

—Sí lo estamos, pero no me gusta que utilice ese tipo de expresiones, creo que tanto tú como yo nos bastamos para caminar solas sin necesidad de que nos lleve nadie. Ya va siendo hora de que desaparezcan este tipo de comentarios machistas que no vienen al caso —aludió Gloria.

—No te preocupes, nunca volveré a decir nada. Pero espero que jamás me reproches el que no lo haga. Porque estoy seguro de que eso puede pasar en cualquier momento. Las mujeres sois muy complicadas. Si decimos, porque dijimos, y, si no lo hacemos, porque callamos. Si ya decía mi abuelo que es mejor dejarlas correr que ir tras de ellas —añadió Felipe.

—Bueno, chico, a mí te dejo que me digas lo guapa que estoy, cariñín —respondió Laura mientras le agarraba de la barbilla y simulaba darle un beso en la boca.

Después de aquella intensa pero breve conversación, ambas parejas se cogieron las manos y caminaron hacia Cuatro Caminos. Al llegar tomaron diferentes direcciones.

Laura y Felipe esperaron la llegada del tranvía en dirección a Puertochico, ya que habían decidido ir al teatro Pereda. Era la primera vez que asistirían a una representación.

Una vez allí, esperaron en la cola a que las puertas se abrieran.

Al entrar lo hicieron con vergüenza, como si todo el mundo los mirara. Caminaban observando todo con atención. Los cuadros de Gerardo de Alvear que adornaban el vestíbulo llamaron la atención de ambos, lo mismo que la ancha y roja alfombra que pisaban mientras dirigían sus pasos hacia el maravilloso patio de butacas. Este estaba diseñado en forma de herradura y tenía cinco órdenes de palcos. Lo lógico, dada su posición social, es que hubieran entrado por la parte trasera y tomaran asiento en la zona llamada el paraíso. Pero sus entradas eran de categoría superior, se las había dado a Laura un

paciente adinerado que estaba ingresado en el hospital y, como no podía asistir a la función de aquel día, decidió regalárselas a la enfermera para agradecer así su trabajo y atención.

Se sentaron impacientes, sin dejar de mirar todo lo que había delante de sus ojos hasta que las luces se apagaron y la música comenzó a sonar.

Gloria y Ambrosio decidieron ocupar su tiempo haciendo lo que más les apetecía.

Aprovechando que Asun estaba de paseo con sus amigas como cada domingo, los jóvenes se colaron en la habitación de Ambrosio. Tenían ganas de estar a solas, hacía días que no habían podido verse y el deseo de amarse era mayor que cualquier otra cosa.

Se abrazaron nada más cerrar la puerta y dejaron que sus cuerpos se fundieran entre caricias. No tenían mucho tiempo, la dueña volvería pronto y no era cuestión de que los encontrara, entre otras cosas porque le cobraría al chico la habitación. Él sabía que cubría en el hostal ese tipo de servicio alquilando por horas un par de estancias que tenía reservadas para encuentros de pareja.

Gloria no tenía sueldo, lo que ganaba era con algún trabajo que hacía esporádico, ya que ayudar a su tía en el atelier era imposible últimamente por la falta de trabajo; por lo tanto, se buscó la vida arreglando la ropa de sus compañeras para sacarse unas perras. Ambrosio lo poco que ganaba lo gastaba en el alquiler, la comida y algún que otro capricho.

Retozaron durante un rato disfrutando de sus cuerpos hasta caer rendidos. La prisa, el ansia y sobre todo su fogosa juventud eran desbordantes. No había ganas de terminar ni momento de descanso, movían sus cuerpos húmedos sobre la cama que soportaba los envites como mejor podía, haciendo sonar su armazón de madera al mismo ritmo que sus cuerpos y arrinconando inconscientemente con sus movimientos las blancas sábanas de algodón a los pies de la cama.

Se asearon rápido y salieron deprisa, habían apurado el tiempo. Justo iban a poner los pies en la escalera cuando escucharon la voz de Asun saludando a un vecino. Se miraron y, con un gesto que ambos hicieron a la vez cubriendo sus labios con el dedo índice, se dieron la vuelta con sumo cuidado.

Subieron al piso de arriba y esperaron allí hasta que la mujer cerró la puerta de casa. Luego bajaron raudos, pero procurando al pisar no hacer sonar las escaleras de madera. Se libraron por los pelos.

En la calle no había mucha gente, seguramente estarían por la zona

del paseo de Pereda o El Sardinero, aún era de día y el sol calentaba. Sin embargo, ellos no tenían mucho tiempo ya, Gloria debía regresar al hospital.

Ambrosio entró en la taberna de Salus y compró dos cervezas, caminaron hasta la calle Lealtad y en la churrería de Rivero pidieron media rueda. Mientras paseaban hablaban de sus cosas a la vez que degustaban la merienda.

—Creo que sin tardar van a habilitar hospitales de sangre, es fácil que en breve haya ataques aéreos; de todas formas, ya son muchos los heridos que llegan de todos lados, eso es lo que he escuchado hoy decir a la monja.

»Me da que esa cabrona está deseando que entren los nacionales. Hay que tener un cuidado con ella, no puedes hablar de nada, parece que tiene la oreja posada en cada rincón del hospital. Se entera de todo.

—Joder, Gloria, lo que sería raro es que estuviese a favor de la República, mujer. Pues claro que estará deseando. ¡Qué te crees! ¿Que no saben que se libran porque son necesarias en el hospital?

—Bueno, necesarias tampoco tanto. Las enfermeras somos las que hacemos las cosas, ellas ordenan y mandan. Punto. Yo si hay necesidad en el hospital de sangre voy a pedir que me trasladen. Prefiero estar con los heridos, aunque sé que va a ser duro y que las condiciones no serán las mejores, pero es lo que deseo.

—Eso es cosa tuya. No seré yo quien te diga lo que tienes que hacer. Yo… voy a pasar a la milicia. He estado hablando y un día de estos estaré dentro. Quiero luchar, no puedo estar sin hacer nada, te lo digo para que lo sepas, para que no te pille de sorpresa. Y, por favor, no le digas nada a Susana, quiero ser yo quien se lo cuente.

—Por mí no te preocupes, no voy a ir con el cuento, pero espero que se lo digas lo antes posible y no esperes a ir vestido de miliciano, se va a disgustar. Pero ¿crees que es buena idea? Te pueden matar.

—No sé si será buena idea, lo que sé es que tengo que hacerlo y claro que me pueden matar. Pero también sé que si todos nos quedamos de brazos cruzados la batalla está perdida. En cuanto te deje en el hospital voy a subir a decírselo. Tienes razón, iba a esperar a estar dentro, pero será mejor contarlo ya, no voy a dejarlo más. En cuanto a nosotros, acabo de decirte que no soy nadie para opinar sobre lo que debes hacer, espero que tú hagas lo mismo conmigo. Además, desde el principio quedó claro que no teníamos ningún compromiso. Tú me gustas, no digo lo contrario, pero no es momento de embobarnos con tonterías, sabes cómo era desde el principio. Espero que no me pidas compromiso alguno porque no estoy dispuesto

a dártelo, sería cruel por mi parte.

—Oye, guapo, ¿tú que te crees? ¿No pensarás que estoy enamorada de ti o algo parecido? También me gustas y punto.

»De ahí a que nos vayamos a vivir juntos va mucho. No tengo intención de casarme. Así que no te pongas chulo que esto nuestro es lo que es y ni más ni menos. Y, por cierto, si quieres que lo dejemos, lo dejamos sin problema. ¿O qué piensas?, ¿que no sé que te has liado con la dueña de la pensión? Eso de que no nos vea porque te cobra te ha quedado muy bien, pero yo sé que es para que no te vea conmigo y se te acabe el chollo que tienes con ella.

—Pero qué malpensada eres. Eso no es verdad, al principio me lo insinuó, pero no he tenido nada con ella. No me gusta. ¿Quieres otro churro?

—No, cómetelos tú. Y no mientas, total, tú y yo no tenemos nada. Y no hace falta que me acompañes. Puedo seguir sola. Adiós.

Gloria le puso en la mano el botellín de cerveza y con paso acelerado se alejó de él con la cabeza muy alta y moviendo las caderas como si llevase al demonio dentro. Mientras lo hacía y a pesar de la rabia pensó que las cosas terminan, pero los recuerdos durarían para siempre. Conocía a Ambrosio y sabía que se iba a implicar de lleno, y eso sería duro para ella. Por sus mejillas se deslizaron unas lágrimas que apartó con despecho de su rostro y con paso firme y mirada altanera caminó hacia el hospital.

Ambrosio se quedó mirando cómo Gloria caminaba. A pesar de lo que le había dicho, estaba enamorado de esa pequeña fiera difícil de domar. Esbozó una pequeña sonrisa y una mirada llena de lástima mientras veía cómo se alejaba y sintió pena por la despedida. Nada hacía presagiar que después de la tarde que habían pasado todo terminara. Quizá no había utilizado las palabras más indicadas y lamentó la torpeza. Miró sus manos ocupadas con los botellines vacíos de cerveza y los escasos churros que aún quedaban en el paquete y, aprovechando que pasaban unos chiquillos que chutaban una piedra simulando que era un balón, les ofreció el dulce que sin dudar un momento aceptaron. Tiró los cascos en una papelera y limpió sus manos golpeando la una contra la otra. Giró sobre sí mismo y se dirigió al paseo de Sánchez.

En Las Carolinas tenía que tratar un asunto con su hermana que no iba a ser fácil.

El portón de madera estaba abierto. Clemente y Enrique se encontraban sentados en el borde del pozo charlando. Los saludó y

conversó durante unos minutos con ellos, pero enseguida se disculpó y se dirigió a la cocina. Justo cuando iba a entrar, salía Martina con un porrón de vino en las manos.

—¡Hola, chavaluco! Qué bien que has venido, ahí está tu hermana haciendo una tortilla para cenar; si quieres, te puedes quedar. En un rato vendrá Ana, voy a llevar a estos mozos el porrón, parece que están sedientos, no han parado en todo el día con la huerta y el jardín.

—Hola, Martina. Gracias por la invitación, seguramente me quedaré, una tortilla de mi hermana no es cualquier cosa.

Entró en la cocina y, tal y como la chica le había dicho, Susana batía huevos con ímpetu, haciendo sonar el tenedor sobre un plato de porcelana blanco con un borde azul.

Se acercó a ella despacio. Susana no había advertido la presencia del muchacho y este aprovechó para sorprenderla.

La agarró por la cintura y besó su mejilla. Susana se volvió pensando que era Clemente y se sorprendió al ver a su hermano.

—Hombre, ¡ojos que te ven! Ya pensé que te habías olvidado de mí o, lo que es peor, que te habías ido con las milicias.

Ambrosio sonrió sin decir nada. Lo mismo hizo Susana, pero la alegría que tenía hacía solo un instante cambió al ver la expresión de los ojos de Ambrosio.

Conocía a su hermano perfectamente y ese gesto en su cara significaba algo.

—No. No me digas que…

—Eso es lo que venía a contarte, sí. Uno de estos días me incorporaré a las milicias de la CNT.

Susana dejó caer el tenedor con rabia y los huevos batidos salpicaron su cara. Agarró la punta de su delantal y se limpió el rostro, después hizo lo mismo con sus manos y, sin mirar a la cara a su hermano, se acercó a una de las sillas, se sentó y fijó la mirada sobre la tabla blanca de la mesa.

—Ya sabía yo que lo ibas a hacer. Era cuestión de tiempo. No puedes olvidar esas manías tuyas de estar en política, siempre lo has tenido presente, a veces he pensado que te alegraba esta guerra, que era lo que deseabas. Sé que da igual lo que yo diga o piense, vas a hacerlo y punto. ¿Sabes una cosa? Eres un egoísta porque solo piensas en ti. Nunca te ha importado lo que los demás sentimos o lo que vamos a pasar por tu culpa. ¿Te parece que ha sido poco lo que hemos sufrido? Tal vez tú lo has tenido más fácil, pero yo estoy trabajando como una burra desde que tengo catorce años, cuando madre murió, he tenido que hacerme cargo de vosotros, criaros porque padre estaba perdido. Siento no haber sido capaz de ayudarte para que estudiaras,

porque sé que es lo que querías, pero no podía hacerlo, lo que ganaba no me daba para más. Era solo una niña jugando a ser mayor. Y ahora me obligas a ver cómo te matan. Además, ¿tú no estabas en la Federación, a qué viene ahora ese cambio?

—Sabes que soy anarquista, lo he sido siempre.

Susana guardó silencio con la cabeza baja. Su hermano se acercó a ella y la abrazó dejando que posara sobre su hombro la cabeza y sintiendo como sus lágrimas mojaban su camisa.

—No pienses eso. Te quiero con locura, pero tengo que hacerlo, lo hago por ti también, por padre, por mis hermanos. Mira, Susana, como bien dice Durruti, siempre hemos vivido en la miseria, y nos acomodaremos a ella por algún tiempo. Pero no podemos olvidar que los obreros somos los únicos productores de riqueza. Somos nosotros, los trabajadores, los que hacemos marchar las máquinas en las industrias, los que extraemos el carbón y los minerales de las minas, los que construimos ciudades… ¿Por qué no vamos, pues, a construir aun en mejores condiciones para reemplazar lo destruido? Sabemos que no vamos a heredar nada más que ruinas, porque la burguesía tratará de arruinar el mundo en la última fase de su historia. No tengo miedo, hermana, porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Y ese mundo está creciendo en este instante. Y yo voy a luchar por él. ¡Entiéndeme! No soy ningún egoísta. Mírame —Susana lo hizo—, no dejaré que me maten, te lo juro. No sé qué pasará, pero lo que sé es que debo hacerlo, por nosotros.

—No sé quién es ese Durruti, seguramente otro loco como tú que piensa que podéis cambiar el mundo. No puedo decir que no quiero saber nada de ti, porque es más fuerte el cariño que la rabia que siento en este momento, pero solo espero que no te estés equivocando. Ni sé de política ni quiero saber. ¿Que soy una ignorante? Puede ser, pero quiero vivir en paz. Aunque está visto que no será posible.

—Perdóname, hermana, es lo que siento.

—Está bien, solo espero que cumplas tu palabra. No quiero perderte.

—Te lo juro. ¡Venga! Límpiate esa cara y acaba la tortilla, que, si me invitas, me gustaría probarla. Hace mucho que no como una como la que tú haces.

20

El sol iba escondiéndose, lo hacía tras rojas bandas de fuego que cambiaban de color a medida que desaparecían en el horizonte. Esa línea donde parecen confluir la tierra y el cielo y que se marcaba sobre las pausadas aguas del Cantábrico. Un espectáculo que buscaban aquellos paseantes que aún quedaban en la calle, sabedores de que esos escasos minutos que duraba el ocaso eran dignos de admirar, aunque solo fuera una vez en la vida.

Aquellos eran los últimos retazos de un verano atípico, donde algunas de las cosas que se hacían en época estival habían pasado a un segundo plano. El pensamiento estaba puesto en una situación inestable que nadie era capaz de saber cuánto duraría ni cómo terminaría. Las gentes seguían con su vida, con sus paseos, con sus charlas, con sus proyectos y con sus sueños, pero siempre con la daga puesta sobre sus cabezas de una guerra inoportuna y cruel que cada día se volvía más violenta.

Susana y Martina habían aprovechado el día para pasear, ver algún que otro escaparate y tomar un café bajo el sol que apenas calentaba ya.

Caminaban de vuelta a casa por la plaza de la Libertad cuando el sonido ensordecedor y continuo de una sirena llenó sus oídos y acongojó su cuerpo, que se estremeció por el pánico.

De repente vieron cómo todo el mundo corría sin saber muy bien adónde dirigirse; gritaban, aupaban a sus hijos cubriendo sus pequeñas cabezas con los brazos, sujetaban con fuerza a sus ancianos instándoles a correr y buscaban con la mirada un lugar donde cobijarse.

Aquella plaza abierta que entre edificios dejaba ver el mar se despejó en unos segundos. En contrapartida, los bajos cubiertos de la Casa de Dóriga adornados con grandes arcos de piedra se llenaron de gente. Mujeres, ancianos y niños buscaron su amparo. Los milicianos con sus armas en las manos apremiaban a todos aquellos que quedaban fuera a que se cubrieran mientras la sirena seguía sonando y el pitido se colaba en los oídos atravesando las cabezas de las personas. Pronto, a ese horroroso ruido se unió el de los aviones que

sobrevolaron las calles de un lado a otro de la ciudad, dejando caer sobre algunas zonas bombas que se escuchaban explotar al contactar con el suelo. Cada una de aquellas explosiones encogía a Susana y Martina, que sentían como sus cuerpos iban haciéndose cada vez más pequeños.

Dos chiquillos, parados en medio de la plaza, miraban hacia el cielo señalando los aviones como si de una exhibición se tratase. Susana se levantó al verlos y salió en su busca, pero un joven alto y fuerte la sujetó del brazo y la lanzó hacia atrás mientras él corrió hasta donde se encontraban los críos y cogiendo a cada uno de ellos con un brazo los puso a cubierto con el resto de la gente.

Fue un instante, unos escasos minutos, los suficientes para hacer temblar el corazón de la ciudad y para que sus habitantes se dieran cuenta, por si aún no lo habían notado, de que estaban en guerra.

Al cesar el bombardeo el silencio se apoderó de Santander. Con cuidado y con el horror reflejado en sus ojos, aquellos que se refugiaron bajo los arcos de la plaza de la Libertad iban saliendo poco a poco; miraban hacia arriba, aterrados de que algo cayera sobre sus cabezas, agarrados los unos a los otros buscaban apoyo y cobijo y, con la vista puesta en el cielo, intentaban ver si realmente y de momento el peligro había pasado.

Susana, cogida del brazo de Martina, la miraba asustada, era incapaz de articular palabra. Sus manos temblaban y notaba cómo su pecho marcaba los latidos de su corazón con más fuerza y velocidad de lo habitual. También sintió el miedo en el rostro de Martina e intentó ser fuerte y restar importancia a lo ocurrido, aunque solo fuera por tranquilizar a su amiga.

—Ya ha pasado, esto es lo que nos espera de ahora en adelante, mucho habían tardado. Tenemos que acostumbrarnos a las sirenas, las carreras y, sobre todo, al miedo que las bombas nos van a dar. Esto es horrible, Martina, pero tenemos que ser valientes. Nosotras podemos con esto y con lo que nos venga encima, somos mujeres, no lo olvides nunca.

—No sé qué decirte. Creo que no seré capaz. Quiero irme lejos. No quiero escuchar más esta sirena reventando mis oídos. ¡Quiero huir!

Martina comenzó a llorar desconsoladamente y Susana no sabía qué hacer ni qué decir para calmar su pena. En realidad, ella también tenía ganas de salir corriendo, tirarse a la bahía y nadar hasta llegar a un puerto en calma y seguro.

Abrazadas, caminaban rápido, deseando llegar a casa lo antes posible, como si allí la paz estuviera asegurada.

Un grupo de milicianos ayudaban a la gente a ponerse en pie en las

esquinas de las calles adyacentes. Algunos estaban heridos debido a las caídas. Por suerte ninguna bomba había explotado cerca de allí. El sonido de las ambulancias era constante, y el olor a humo que no se sabía bien de dónde provenía se hacía sentir en el ambiente. Las chicas iban sorteando a su paso a cientos de personas que como ellas intentaban volver a sus casas, u otras que con desasosiego buscaban a sus seres queridos. Algunos se encontraban y se abrazaban llorando; otros, por el contrario, mostraban sus rostros desencajados ante la falta de noticias.

Al pasar por uno de los portales escucharon llantos de lo que les pareció que podían ser niños.

—Déjalo —dijo Martina—. Seguramente serán unos gatos asustados.

—¿Gatos? ¡Qué dices, mujer! ¿Cuánto hace que no ves un gato por la calle?

Susana se paró y empujó la puerta. No había luz y tuvieron que seguir el sonido de sus llantos para encontrarlos. Estaban debajo de la escalera. Eran dos pequeños asustados que lloraban abrazados en un rincón. Encogidos como si fueran uno solo, con sus cabezas escondidas en el hombro del otro, Susana se dirigió a ellos y les preguntó si estaban solos. Pero los pequeños estaban aterrados y no eran capaces de mirarla a la cara.

Intentó separarlos para ver sus rostros. Parecían gemelos, tenían los mismos ojos verdes, la misma nariz, pequeña como un botón pegado a su cara, unas orejitas chiquitas y unas miradas tristes que marcaban aún más el gesto de pánico en sus semblantes.

—Ya ha pasado. Todo está bien. Tranquilos. ¿Dónde está vuestra madre?

—Muerta —contestó uno de ellos, Susana se quedó sorprendida con la respuesta y desconcertada miró a Martina, que se acercó también a los pequeños.

—Pero ¿estabais solos cuando han llegado los aviones? ¿Quién os cuida? ¿Con quién vivís?

—Ahora estamos solos. Vivimos con güelita Esther, pero se ha caído antes, cuando corríamos, y no se despertaba, pasaron unos policías azules y se la han llevado en un coche grande.

Los pequeños tomaron confianza rápidamente con las chicas y estas consiguieron sacar algo de información.

Los niños eran huérfanos, su padre era navegante y hacía mucho que no aparecía por casa.

Ellas, según las explicaciones de los pequeños, pudieron deducir que los había abandonado cuando su mujer murió. Vivían con su

abuela materna los tres solos en casa. La mujer era redera. Tenían cuatro y cinco años y ninguno iba aún al colegio. Los pequeños también les contaron que no era allí donde vivían, que era más lejos, en la calle del Carmen, aunque no supieron decir el número del portal.

Susana se levantó y agarró a Martina del brazo dirigiéndola hacia la calle.

—¿Qué hacemos? No podemos dejarlos aquí. No sé qué hacer.

—Nos los llevamos a casa —dijo Martina.

—Ya, pero si los milicianos se han llevado a su abuela, desconocemos si ha sido porque estuviese herida o quizá detenida, ¡a saber! Podemos meternos en un lío.

—¿En qué lío nos vamos a meter por cuidar a unos críos? Lo más seguro es que la hayan llevado a Valdecilla. Mira, no sé, chica. No tengo ni idea, pero está claro que no podemos dejarlos solos. Nos los llevamos, hablamos con Gloria y con Laura y que investiguen a ver si hay alguna mujer en el hospital con el nombre que los críos nos han dado. Y tú le preguntas a Ambrosio si está detenida. Y ya veremos cómo lo arreglamos. Pero los pobres están muertos de miedo.

—Ya, pero con el revuelo que hay cómo voy a encontrar yo a mi hermano, a saber dónde andará este ahora, y más hoy con el bombardeo. Además, no quiero ir al cuartel.

—Mira, nos vamos a casa. Clemente estará allí, le digo que me lleve a Valdecilla y busco a las chicas, tú te quedas con los niños mientras yo hablo con ellas, él que baje hasta el Ignacia y localice a tu hermano. Vamos a ver si conseguimos algo.

—No es buena idea, Martina. El hospital estará lleno de heridos, no podrán atenderte, es más, quizá ni las encuentres. Y a mi hermano lo mismo, andará de un lado a otro, ya sabes que este ataque lo que trae es que vayan en busca de los enemigos de la República y los detengan, es lo que hay.

»Los llevamos, les damos de cenar y que duerman con nosotras. Mañana vemos cómo localizamos a la señora.

»Otra cosa que podemos hacer es llevarlos a la policía, ellos sabrán qué hacer.

—¿Estás loca? ¿Qué van a hacer con ellos? ¿No ves que los han dejado aquí solos? No, nos los llevamos nosotros, Susana. Es lo mejor para ellos.

—Oye y… ¿cómo los cuidamos? Yo no sé cuidar a unos niños —preguntó Martina.

—¡Anda, calla!, qué tonterías dices. Por eso no te preocupes. Más pequeños eran mis hermanos cuando murió mi madre, no creo que haya olvidado cómo dar a unos niños de cenar. Vamos, chica, que me

parece que la sirena te ha dejado la cabeza un poco tocada.

Cada una de ellas agarró a un pequeño de la mano y mientras caminaban Susana les iba contando cosas divertidas para que los niños no extrañaran.

A las puertas del hospital se amontonaban las camillas llenas de heridos. El sonido incesante de las ambulancias, las camionetas de las milicias y los autos particulares abarrotaban las inmediaciones de la entrada de urgencias.

Dentro, un ir y venir de médicos y enfermeras intentaban atender con premura a todos aquellos que llegaban, no solo con heridas producidas por la metralla, sino también por caídas, golpes y ataques de pánico.

Sobre una silla con la cabeza apoyada en la pared una mujer respiraba lentamente. Un hombre mayor que acompañaba a una joven que tenía la cara ensangrentada se acercó a ella y la agarró de la mano.

—Señora, ¿está usted bien?

La mujer levantó la vista y con la cabeza le dijo que no. El hombre tomó su mano y al hacerlo notó sus pulsaciones que eran muy débiles y al volver a mirar su cara apreció que su tono era blanco como el yeso de las paredes. Intentó colocar su cabeza apoyada sobre la pared y fue en busca de ayuda. Apenas dio dos pasos y escuchó un golpe seco. La mujer había perdido la consciencia y el peso de su cuerpo hizo que cayera sobre el suelo frío del vestíbulo del pabellón de urgencias.

Gloria iba acelerada con una bandeja llena de gasas, jeringuillas, esparadrapos, tijeras y un montón de cosas más y vio de reojo cómo la mujer caía al suelo sin sentido.

Rápidamente se acercó a ella e intentó reanimarla, pero estaba muerta, desgraciadamente no podía hacer nada por ella. Colocó su cuerpo, que estaba hecho un harapo, sobre el suelo y la estiró como pudo. Lo hizo con cariño como si la conociera, como si algo la uniera a ella. No se acostumbraba a tanto dolor a pesar de que lo intentaba con todas sus fuerzas.

Debajo de la silla que la difunta ocupaba había un pequeño bolso de color negro. La enfermera lo abrió e intentó buscar algo que le diera una pista sobre su identidad. Dentro del mismo había unas llaves, un pañuelo blanco con la letra «E» bordada y una cartera que contenía unas pesetas y dos fotos; en una de ellas se distinguía a una joven sonriente apoyada en la puerta de un portal donde se veía el

número 6, la otra mostraba la imagen de la mujer con dos niños en brazos.

Avisó a los camilleros para que estos se ocuparan de recogerla y trasladarla a la sala donde depositaban los cadáveres que no estaban reconocidos.

Gloria tomó el bolso, metió todo dentro y lo colocó sobre el pecho de la mujer, después cubrió con una sábana blanca el cuerpo inerte.

La muchacha recogió la bandeja que había dejado en el suelo y mientras se levantaba se quedó mirando cómo desaparecía por el largo pasillo aquella persona que había dejado de respirar delante de ella, sin poder hacer nada por salvarla.

Por un momento sus pensamientos se centraron en las imágenes que había visto en las fotos, e imaginó un montón de situaciones; tal vez eran sus hijos, o quién sabe si sus nietos. Tal vez estuvieran muertos y ella había fallecido de pena. Tal vez… Sor Encarnación la sacó de sus pensamientos con un grito al oído.

—¡¿Se puede saber qué haces aquí parada?! ¡¿No ves cómo estamos?! Muévete. Están esperando ese instrumental en quirófano. ¿O acaso te lo han pedido para mañana?

—No, es para ahora —contestó Gloria.

—¡Pues corre! —ordenó la monja.

Gloria la miró con odio. No soportaba la insensibilidad de aquella mujer, los desprecios a algunos enfermos y los malos modos hacia los familiares afligidos que no sabían qué hacer.

21

Ana, durante el bombardeo, había estado cobijada en los bajos de la Federación en la calle Magallanes. No era un lugar seguro, pero aún no estaban preparados los refugios, aunque algunos sitios ya habían sido elegidos por la gente para cobijarse como el túnel de Tetuán, los sótanos de los comercios o casas del centro, el talud que había detrás del colegio Ramón Pelayo, junto a la bolera El Verdoso, la iglesia del Cristo o los propios arcos de la plaza de la Libertad.

Cuando pasó el peligro continuaron con la reunión, precisamente en ella se estaba tratando ese tema entre otros. En unos días se haría públicos qué otros refugios iban a acondicionarse para proteger a los ciudadanos.

El gobernador ya estaba preparando todo lo necesario para ponerlos en funcionamiento lo antes posible.

Ana estaba agotada. Sentada en las escaleras de entrada de la Federación esperaba la llegada de Daniel. Estaba inquieta, el bombardeo seguramente había causado daños no solo en la ciudad, sino también a sus gentes. Por suerte un compañero le había comunicado hacía un rato que el muchacho estaba bien.

A lo lejos los vio llegar, Daniel y Felipe se acercaban a paso ligero y cargados con carteles y pasquines que se habían imprimido para la Federación.

Cuando llegaron, Ana los saludó con un beso a cada uno y se interesó por su estado.

Los tres se adentraron en el local y sobre la mesa que había a la entrada abrieron uno de los paquetes. En él se podía leer:

APOYO INCONDICIONAL
AL GOBIERNO DEL FRENTE POPULAR

Debajo de aquella frase se podían ver unas manos abiertas dispuestas a colaborar.

—Ha quedado muy bien, Daniel —dijo Ana.

—Sí, la verdad es que mis compañeros han hecho un buen trabajo.

Los dos hombres acompañaron a Ana a casa, Felipe se despidió de

ambos y volvió por el mismo camino que habían recorrido.

Daniel se quedó con ella fumando un cigarrillo en uno de los bancos del jardín de Las Carolinas. La tarde estaba fresca, pero el aire que les daba en la cara, aunque cortante, les hacía sentirse vivos tras aquella jornada llena de terror.

Después de que Felipe se despidiera de ellos, mantuvieron un silencio sepulcral durante un instante.

—¿Has pasado miedo? —preguntó Daniel mientras cogía su mano.

—Un poco. Escuchar cómo las bombas caen a tu alrededor no es plato de gusto. Piensas en tantas cosas. Creo que sientes más miedo por los tuyos que por lo que te pueda pasar a ti. Pensaba en mi hermana Marifé, en las chicas, incluso en ti.

—¿Pensabas en mí de verdad?

—Claro que sí, tonto. No me digas que tú no lo has hecho…

—¿Yo? ¿En ti? Para nada. Ni un momento —dijo Daniel mientras soltaba el humo de la larga calada que había dado a su cigarrillo.

—¿Sabes qué es lo que más miedo me da? El final de esto. Es incierto y está lleno de dudas, al menos para mí. Creemos que sabemos dónde nos estamos moviendo, pero realmente son otros los que nos agitan. A veces pienso que somos marionetas. Aunque al segundo me digo que alguien nos tiene que dirigir, es cierto, y tenemos que seguir. No sé, hoy estoy un poco confundida.

—No creas que estás tan equivocada, yo también lo he pensado en algún momento, pero, como bien acabas de decir, tenemos que luchar y hemos decidido estar en este lado. Aunque, si no estás segura, déjalo, nadie te obliga a implicarte.

—No, cómo voy a desistir. Creo que me he asustado y además estoy cansada, seguro que mañana volveré a estar con el puño levantado pidiendo libertad.

Ambos se miraron un segundo y se besaron mientras la oscuridad de la noche iba apagando la luz del día.

Felipe no iba a acercarse al hospital, era absurdo pasar por allí. Laura estaría desbordada con el aluvión de heridos que con toda seguridad habían recibido en el hospital y no quería molestarla. Posiblemente no acudiría a casa aquella noche. Por lo tanto, no iba a poder continuar con la conversación que habían iniciado el día anterior.

Felipe tenía que viajar, pero no podía darle muchas explicaciones de adónde se dirigía ni para qué. Cuando habló con ella, intentó contarle entre líneas lo que iba a pasar, pero estaba seguro de que había sido tan torpe que la muchacha no había entendido nada.

Estaba asustado. Cuando se ofreció voluntario para llevar a cabo la misión no tuvo en cuenta los detalles, pero una vez que le explicaron de qué se trataba, sintió miedo, le invadieron las dudas sobre sí mismo. No tenía claro que fuera capaz de hacerlo bien, pero ya no había retorno posible.

En ese momento pensó que, si algo no salía bien, no volvería a ver jamás a Laura ni sentiría sus suaves manos acariciando las suyas ni notaría su aliento cálido en la nuca ni podría volver a mirarla a los ojos para decirle cuánto la quería.

Caminó cabizbajo por las calles casi vacías de una ciudad que intentaba reponerse del bombardeo y dirigió su mirada hacia la bahía. Ese mar Cantábrico que le había visto nacer se mecía lento, golpeando con pereza los muros del muelle. Por primera vez desde hacía días, sintió calma. Respiró hondo el aroma a salitre y notó un escalofrío que recorrió su cuerpo. En ese momento, deseó con todas sus fuerzas volver de nuevo a mirar la bahía más bonita del mundo de la mano de la mujer de su vida.

22

Los días pasaban entre el miedo a un nuevo bombardeo, la lucha por sobrevivir, el hambre que ya comenzaba a hacer mella y la incertidumbre; esas eran las sombras que acompañaban a los ciudadanos en aquellas largas y penosas jornadas.

De vez en cuando las sirenas sonaban, los aviones solo sobrevolaban, sin causar ningún daño. Pero era cuestión de tiempo que volvieran a atacar, se sabía que otras ciudades como Madrid, Bilbao u Oviedo estaban sufriendo ataques casi a diario.

La cartilla de racionamiento había comenzado a funcionar, las colas eran largas y el frío y la lluvia ya eran una constante. El otoño había llegado y con él las penurias. Algunos alimentos ya escaseaban. Pescado había, por fortuna, pero el tiempo tampoco era muy propicio y lo que sacaban los barcos estaba controlado por la milicia. Las personas que en la ciudad tenían huertas disponían de verduras y legumbres, pero no eran muchas e intentaban hacer trueque con otros vecinos que tenían gallinas o carne. Otros trataban de acercarse a los pueblos de donde eran oriundos, ya que allí no escaseaban tanto los alimentos y los familiares ayudaban en lo que podían, pero no era muy seguro hacerlo, pues las zonas estaban controladas y en algunas ocasiones se habían producido robos con violencia para quitar los pocos alimentos que se conseguían. Lo principal como el aceite, la harina, el azúcar, etc., era ya un bien preciado y para obtenerlo debían recurrir a la cartilla de racionamiento.

En la casa de Las Carolinas todo seguía igual. Gracias a las provisiones que hacía meses que habían adquirido siguiendo las instrucciones de Ana, Susana podía cocinar. Además, como era normal, acudían a los despachos con sus cartillas a recoger los pocos alimentos que les correspondían porque todo ayudaba y lamentablemente la despensa no iba a estar llena siempre.

Habían organizado un grupo en el que ella, Martina e Inés, la chica que trabajaba en la casa de al lado, de la cual sus dueños habían huido a zona nacional al ser avisados de que iban a ser detenidos, cocinaban y repartían en barrios de la ciudad más desfavorecidos. Pero la situación comenzaba a ser penosa, cada vez eran más las personas que

se acercaban a la casa a recibir algo de comida y las chicas no daban abasto.

Clemente hacía días que se había ido a Vargas. Su trabajo en la casa era inútil, ya que los señores no aparecían por Santander. Le daba mucha pena dejar a Susana, pero tenía que buscarse la vida, y al menos en el pueblo podía ayudar a su familia y, además, siempre podría volver en cualquier momento.

Ni que decir tiene que ninguno de ellos recibía un sueldo. Hacía semanas que don Ricardo no enviaba dinero. Se rumoreaba que doña Elvira estaba viviendo en el sur de Francia con unos familiares y que don Ricardo estaba en Valladolid. Pero lo cierto era que no habían vuelto a preocuparse por sus sobrinas ni a dar señal alguna de vida. La fábrica estaba en manos de los obreros, como otras muchas, y parecía no importarles. Estaba claro que primaba mucho más para ellos su vida que cualquier otra cosa.

Ana sabía que las cuentas del banco que sus tíos tenían habían sido canceladas y supuso que bien habían sacado el dinero, bien lo habían llevado a otro.

La chica ganaba un pequeño salario en el periódico que no llegaba para nada, tampoco podía disponer del dinero de la herencia de su madre. Su tío era el albacea y, aunque en varias ocasiones le había dicho que quería disponer de ese pequeño capita, nunca lo puso a su disposición, siempre contestaba que ya se lo entregaría cuando llegara el momento. Pero el momento no llegaba nunca. Ana había hablado con el director del Banco de Santander donde estaba ingresado su dinero, pero este no pudo ayudarla, ya que existían cláusulas que indicaban el requerimiento y autorización de su tío para poder ser trasferido a la cuenta de las chicas.

Marifé aún estaba estudiando y, aunque ya ejercía de enfermera dada la situación, no cobraba como tal.

Los ahorros y el montante de la herencia de don Froilán que las muchachas tenían, pues cuando el anciano falleció ellas eran mayores y sí pudo ser puesto a su nombre por expreso deseo de su abuelo, iba mermando, y cada vez eran más bocas las que alimentar y menos parné con el que hacer frente. Acostumbradas a lujos y placeres culinarios, habían tenido que adaptarse como el resto de los ciudadanos.

Marcos y Pedro, los pequeños que recogieron tras el bombardeo, se habían quedado en la casa con Susana y Martina; la otra opción habría sido ir a un orfanato después de enterarse de cuál había sido el destino de su abuela, pero las chicas, a pesar de los inconvenientes, estuvieron de acuerdo en quedarse con ellos. Estaba claro que les habían cogido

cariño a los niños, que entre otras cosas alegraban con sus juegos y gritos los jardines y la cocina de aquella maravillosa casa.

Durante días buscaron a la abuela de los críos, dieron con ella en el depósito de cadáveres después de una conversación casual con Gloria. Estuvieron dando vueltas y preguntando por la calle del Carmen. Allí encontraron a un hermano de la difunta, pero el hombre estaba alcoholizado y enfermo y vivía con una meretriz que no tenía ninguna gana de hacerse cargo de los pequeños.

En vista de la situación hablaron con las autoridades, pero la solución era el orfanato y ninguna de ellas estaba dispuesta a dejarlos allí; les habían tomado cariño y, aunque la situación era la menos apropiada, después de hablar con Ana y Marifé, decidieron que se quedaran en la casa con ellas. Los pequeños eran buenos, apenas daban quehacer y ellas se sentían útiles; entre las dos se ocupaban de los niños mientras trasteaban en la cocina o llevaban alimentos a casa de algunos vecinos mayores o enfermos.

Daniel se acercó hasta el hospital de sangre que se había instalado en el Palacio de la Magdalena. Laura estaba allí destinada a petición propia desde que se puso en marcha.

El muchacho iba con su traje de miliciano y la escopeta colgada de su espalda. Entró rápido por las caballerizas buscando a su hermana, no llevaba buenas noticias. Tuvo que recorrer varias veces las diferentes estancias que se habían acondicionado hasta que dio con ella. La chica estaba descansando un momento y tomando una taza de achicoria, y entre las manos tenía una manzana que había conseguido a la cual daba pequeños mordiscos.

—¿Qué pasa, hermanuco? ¿Qué haces tú por aquí?

—Tengo malas noticias, Laura. No he podido hacer nada. Lo siento.

—Pero ¿qué pasa? Habla, por favor, me estoy poniendo nerviosa. ¿Le ocurre algo a madre, a Felipe o ¡a Carlos!? No me digas que es Carlos.

—No, ellos están bien de momento. Tranquila. Es padre. Lo han detenido. Esta mañana ha montado un número tremendo en el ayuntamiento, se ha puesto a dar gritos y a criticar como un loco en contra de la República y, claro, como no podía ser de otro modo, lo han apresado. No he podido evitarlo. Se lo dije un montón de veces, pero él como siempre tenía más razón que nadie y…

—¡Madre mía! Pero este hombre está loco perdido. ¿Y qué le va a pasar?

—¡Pues qué va a pasar, Laura! De momento está en la checa del

ayuntamiento, voy a intentar que permanezca allí el mayor tiempo posible, pero no sé si podré. Las cosas cada vez están peor, hay cientos de detenciones, tantas que el Alfonso Pérez está lleno y el penal de El Dueso sigue el mismo camino, lo mismo que la checa de los Carmelitas. No sé qué decirte, pero en cuanto haya un hueco en el barco seguro que lo mandan para allá, y no podré evitarlo.

»Madre está nerviosa y tiene miedo de que la detengan también a ella, aunque ya le he dicho que de eso no tiene que preocuparse, que yo me encargo. Me han puesto en la oficina de detenciones, he pedido el traslado esta tarde en cuanto me he enterado, me llevo bien con el capitán y me lo ha concedido, desde allí puedo gestionar mejor y estar al tanto.

»Esto se nos va de las manos, no es ningún juego, hermanuca.

—¿Crees que no lo sé? Estoy harta de ver sangre, heridas y penas; mira cómo está esto, más que un hospital parece una cuadra llena de miseria. ¿Sabes algo de Ambrosio?

—Estuve ayer hablando con él. En cualquier momento parte con un destacamento para Reinosa, están reforzando los límites de la región. Estos días ha estado por las zonas con más riesgo de ser invadidas, pero iba y venía en la misma jornada. No ha tenido que dar ni un solo tiro afortunadamente.

—Prométeme que no vas a ir al frente.

—No me hagas hacerte promesas que no sé si cumpliré. ¡Si tengo que ir, iré! Aunque mi puesto esté en el cuartel general, además, sigo haciéndome cargo de la imprenta, todas las mañanas voy por allí, lo mismo que al final de la jornada. Cuando llegue el momento, porque llegará, formaré parte de la guerrilla que se encargue de la ciudad, si es necesario estaré con el batallón o donde tenga que estar. ¡No te pongas pesada, hermana! Estamos en guerra y es lo que toca para conseguir la libertad y la paz. Hay que luchar, combatir con todas nuestras fuerzas hasta el último suspiro. ¿No es eso lo que decís vosotras?

—Es una frase hecha y lo sabes. Aunque, si hay que hacerlo, así se hará. ¿Y Felipe? Hace días que no se nada —preguntó preocupada Laura por su novio.

—Tengo que irme, se me está haciendo tarde. Si tengo noticias de padre, me pondré en contacto contigo. Cuídate, hermana.

—¡Contéstame!, te he preguntado por Felipe. Hace casi dos semanas que no sé de él.

—Yo no tengo nada que decirte. Él te contará. Lo que sí te digo es que está bien. Estate tranquila. No me hagas volver a decirte lo que hay.

Laura se quedó triste, aunque un poco más tranquila gracias a la rápida pero tajante respuesta de Daniel, si bien no del todo conforme. Era raro que hubiera desaparecido sin decir ni una palabra.

La última vez que lo vio estaba ausente y apenas era capaz de mantener una conversación. Ella le preguntó varias veces qué le pasaba, qué le estaba distrayendo, pero Felipe no contestó, se limitó a abrazarla, besarla y a decir cosas que para ella no tenían ningún sentido. Ahora se estaba dando cuenta de que intentaba decirle algo. Esas palabras que con torpeza expresaba y que ella no era capaz de encontrarles razón la tenían. Se despidió con prisa como aquel que lo hace con la intención de no volver o de no saber si lo hará. Había pensado muchas veces en ir al cuartel general a preguntar por él o incluso a la Federación, pero no se había atrevido. No le quedaba más que seguir confiando en que, tal y como su hermano le había comunicado, estuviera bien, pero le aterraba la idea de perderlo.

Daniel salió corriendo del hospital, con más pena que otra cosa. Le dolía no poder decirle a su hermana lo que sabía de Felipe, pero las cosas tenían que ser así.

23

En La Primorosa cada vez había más gente trabajando; a falta de vestidos y abrigos que confeccionar para las clientas habituales, que poco a poco habían ido desapareciendo, la labor se centraba en ropas para las tropas.

Los milicianos necesitaban prendas de abrigo, el invierno estaba a las puertas y el frío cada vez era más notable, sobre todo en el frente, en primera línea, donde los hombres soportaban temperaturas bajo cero en las zonas más altas de la región.

La mayoría de ellas no eran modistas profesionales, pero con las instrucciones de Amada poco a poco iban aprendiendo. Las menos expertas descosían prendas que la gente donaba para convertirlas en otras nuevas. Las más habilidosas utilizaban las Singer a gran velocidad, sin perder el tiempo. Otras cosían botones, cremalleras, quitaban hilos y hacían remates. Cada trozo de tela, cada retal, era valioso para la causa.

Las prendas se amontonaban en el taller. Por un lado, las usadas, y por otro, las ya confeccionadas, que se entregaban en el cuartel general para su distribución. Pero el hilo comenzaba a escasear y era necesario buscarlo. Las niñas se dedicaban a ir de casa en casa intentando conseguir el material necesario; además del hilo, agujas, tijeras, botones, todo aquello imprescindible para poder continuar trabajando. Todo servía para la lucha y todos colaboraban como podían.

El camión de Enrique paró en la puerta del atelier. Martina se bajó con Marcos y Pedro. Los niños traían unas bolsas de tela que debían de pesar un quintal, porque apenas podían con ellas. Enrique abrió la puerta trasera y sacó una perola grande con ayuda de Martina. La puerta de La Primorosa se abrió. Era la hora de la comida. Susana en aquella ocasión había guisado unas patatas viudas que hicieron las delicias de todos. Los niños también ayudaban repartiendo trozos de pan negro a cada una de las mujeres que allí estaban. Algunas acudían con sus pequeños y estos también recibieron su ración. Para muchas era la única comida del día.

Apenas habían terminado de comer cuando el cielo se volvió gris y

la sirena comenzó a sonar atronando los oídos de todos. No era fácil acostumbrarse a los bombardeos. El miedo corría por las venas de los vecinos a la misma velocidad que su sangre helada por el pánico. Por fortuna ya estaban preparados. Se había habilitado una cantidad considerable de refugios a lo largo de la ciudad. Todos ellos controlados, con sus normas y guardas, pero también con un número determinado de espacios.

No había tiempo que perder, todos salieron deprisa dejando sobre la mesa el plato de comida o la labor que tuvieran entre manos y se dirigieron hacia el Frontón del Cristo, bajo la catedral. Aquel refugio era grande y podía albergar a unas seiscientas personas.

Amada buscaba desesperada las llaves del local, pero no las encontraba. Con los nervios, los gritos y la tensión del momento, no se había dado cuenta de que las tenía en el bolsillo de su bata. Apagó la luz y cerró la puerta.

Susana se encargó de los pequeños. Los cogió en brazos y corrió con ellos hacia el refugio. Consiguieron entrar casi de los primeros y pasaron hasta el fondo. Desde allí pudo ver como las costureras y Martina también estaban a salvo, aunque no pudieron ponerse cerca de ellas, ya que había mucha gente.

Amada corrió, se había retrasado mucho y según se acercaba a la entrada del refugio vio la cola de personas que había. Iban entrando de manera ágil; primero los niños, después los ancianos y tras ellos las mujeres.

Según lo hacían eran revisados por el guarda para evitar que llevaran comida y bebida, ya que estaba prohibido comer y beber dentro de ellos. La sirena sonaba profundamente, fuerte, tanto que encogía el alma. Esta vez la llegada de los aviones fue más rápida que en otras ocasiones. Amada, mientras esperaba su turno, pudo divisar cómo se acercaban, incluso fue capaz de ver el humo que ocasionaban las primeras bombas que caían del cielo. Cuatro cazas pasaron sobre su cabeza y no pudo por menos, por instinto, que agacharse como si al hacerlo quedara libre de cualquier ataque. Un hombre la sujetó por ambos brazos y casi en volandas la llevó hasta la boca del refugio. Tropezó con uno de los escalones y cayó de bruces sobre el resto, pero por suerte no se hizo daño, solo se golpeó una rodilla. Se sentó a la entrada, pero estaba prohibido quedarse allí y rápidamente tuvo que adentrarse. Estaba lleno, posiblemente había más gente de la que tenía que estar. Los niños lloraban asustados y el guarda rogaba silencio, sus madres ponían en sus bocas lapiceros para que mordieran y no se dañaran sus oídos con el estruendo, pero el llanto de algunos no cesaba. Los aviones sobrevolaban lanzando bombas continuamente. Se

sentían cerca, demasiado, más que en otras ocasiones, y la gente se miraba sin decir palabra, pero diciéndolo todo con los ojos.

Fueron veinte largos minutos confinados para proteger su vida.

Y, otra vez al salir, el silencio de la ciudad fundido con el humo, la pena y el miedo. Y cada vez más heridos en las calles, más edificios derruidos y más desolación en los corazones.

La costurera salió de las primeras y no pudo por menos que fijarse en los edificios que habían sido bombardeados; por un momento pensó que en esta ocasión quizá el taller había sido alcanzado, ya que el humo que venía parecía provenir de la calle La Blanca.

Dori se reunió con ella enseguida. Se acercó y la abrazó. Luego se quedó a su lado a la espera de los demás.

Poco a poco todos fueron saliendo. Y otra vez la misma lástima, la pena y las caras de preocupación. Era posible que muchas de esas personas se hubieran quedado sin un techo o, lo que era peor, que hubieran perdido a algún ser querido.

Por último, Susana con Marcos y Pedro de la mano salieron del refugio. Ya estaban todos; las costureras, los niños…, todos sanos y salvos por esta vez.

En la mente de cada una de las personas solo había un deseo: que sus seres queridos, aquellos que no se encontraban a su lado, estuvieran bien. Que ninguno hubiera sufrido daño, que sus casas estuvieran en pie para poder seguir dándoles cobijo. Y, además de todo eso, que ese horror terminara pronto.

24

La tarde caía sobre Valladolid como una losa. Las calles estaban casi oscuras y ni la luz de la luna menguante era capaz de alumbrar los pasos del hombre. Caminaba deprisa, con el cuello de su abrigo marrón subido cubriendo sus orejas. Las manos frías y temblorosas metidas en los bolsillos y sobre su cuello una bufanda que había comprado aquella misma tarde a una mujer que tejía a la puerta de un portal en una calle estrecha y bulliciosa.

El frío era intenso y el hombre no estaba acostumbrado a esas temperaturas.

Una mujer salió de un portal al mismo tiempo que él pasaba y se puso a su altura. Pronto disminuyó su paso y se quedó a escasos metros de él.

El hombre, receloso, miró varias veces hacia atrás, pero la mujer le seguía con descaro, con paso firme y mirada alta mientras se colocaba el cuello de su abrigo y se ponía en las manos unos guantes que solo cubrían una parte y el dedo pulgar, dejando libres los otros cuatro.

Caminó tras el muchacho durante unos instantes. Cuando vio que no había nadie en la calle se puso a su altura y le dijo:

—Si buscas compañía, yo puedo darte.

Él se paró en seco, era la frase que le habían dicho que escucharía cuando encontrara a la persona adecuada para su misión. El hombre contestó la respuesta correcta:

—Solo si me aceptas un café con leche y un coñac.

La mujer bajó la vista, metió la mano en el bolsillo de su abrigo de piel viejo y desgastado y le entregó un pequeño sobre.

—Acata las instrucciones que hay dentro, pero a mí no me sigas.

A la vuelta de la calle dos guardias civiles hacían la ronda. La mujer cruzó de acera caminando de frente hacia ellos para llamar su atención y desviar su mirada del muchacho. Se desabrochó el abrigó y dejó caer su bolso justo cuando los guardias estaban casi a su altura.

—¿Qué hace por aquí, no sabe que hay toque de queda en apenas media hora? No son tiempos para que una mujer ande sola por la calle —le dijo uno de ellos mientras se agachaba a recoger el bolso del suelo.

—¡Claro que lo sé, teniente! Es que tengo a mi madre enferma y vengo del hospital.

—No soy teniente —dijo con gesto serio—, solo soy cabo. Recoja sus cosas y corra a casa, no quiero tener que detenerla.

Ella fijó sus ojos en él y, dejando caer la mirada en un claro gesto de coqueteo, se acercó y le susurró:

—Pues no me importaría que me detuviese un hombre como usted.

El guardia se ruborizó, se colocó la capa nervioso y la miró esbozando una sonrisa pícara.

—Venga, Guillermo, que estamos de servicio, deja para otro rato el tonteo. Y usted, vaya a su casa y ponga el brasero, porque ese es el único calor que va a conseguir esta noche —dijo el compañero mientras la empujaba dejando que su hombro rozara el del cabo.

La mujer aligeró el paso mirando con disimulo hacia atrás en busca del hombre, pero él había desaparecido por una bocacalle y estaba fuera de la vista de los guardias. Al menos con el comentario había ganado un poco más de tiempo y a la vez había puesto la atención de los picoletos en ella.

El muchacho se metió en un portal. Llevaba en su mano el papel que la mujer le dio. Abrió el puño y vio como se había arrugado la nota. Lo estiró con cuidado y se lo acercó a los ojos. La luz era tan escasa que tuvo que prender su chisquero para leer lo que ponía en él: CALLE SANTIAGO 25, PRINCIPAL IZDA. HORA 21.55. CUATRO GOLPES CORTOS EN EL LLAMADOR Y UN TOQUE CON LOS NUDILLOS. P. D: QUEMAR ESTE PAPEL.

El hombre estaba nervioso. De repente pensó que igual no servía para esto, pero ya no había marcha atrás. Memorizó lo que ponía en la nota y acercó la mecha al papel que ardió al momento. Lo dejó caer al suelo y observó cómo se hacía cenizas. Pisó los restos y los esparció con el pie.

Tenía un pequeño mapa de la ciudad que desplegó y buscó como pudo la calle señalada. Por suerte no estaba lejos de donde se encontraba. Luego miró su reloj y observó que tenía poco más de un cuarto de hora para llegar al lugar.

Caminó con recelo, mirando constantemente hacia todos los lados. El recuerdo de la pareja de la Guardia Civil que hacía solo unos minutos andaba por allí le tenía nervioso. Al doblar la calle un grupo de militares uniformados caminaban hacia él con paso firme y dando gritos y carcajadas. Parecía que estaban bebidos. No tuvo tiempo de cambiar de acera y se cruzó con ellos. Al hacerlo, dos le cortaron el paso.

—¡Documentación!

Sin levantar la vista del suelo, buscó en el bolsillo interior de su

abrigo mientras pensaba en que por suerte se había deshecho del papel.

—¡Qué coño hacéis! Dejad al chaval, que seguro que va deprisa, ¿no veis la cara de frío que lleva? —dijo uno de los otros que habían pasado de largo.

—¡Venga, tira! Hoy te libras, y cómprate un abrigo en condiciones, que te vas a morir de frío. Y, si no, alístate, que falta hacen mozos como tú para la causa. ¡Camina, muerto de hambre!

Los militares se alejaron entre carcajadas y mofándose del hombre.

Anduvo aún más deprisa. Iba buscando los letreros que indicaran las calles porque el tiempo corría en su contra. Al fin dio con ella, la calle Santiago, miró el primero de los portales y vio que correspondía al número 63, al menos estaba en la acera adecuada; aligeró, sin perder de vista la numeración. En poco tiempo se plantó delante del 25.

Se paró al llegar y miró el reloj, iba bien de hora. Empujó la puerta, que se abrió ocasionando un sonido chirriante de las bisagras que le sobresaltó.

El portal era pequeño y oscuro y de nuevo tuvo que utilizar el chisquero. Subió las escaleras de madera apoyándose en un frío balaustre de hierro. Pasó el entresuelo procurando no hacer ruido, pero una de las dos puertas se abrió y de ella salió un hombre mayor con un perro en los brazos. Prendió la luz y se quedó mirando cómo el individuo subía peldaño tras peldaño, pero no dijo ni una palabra. El hombre iba con un batín de cuadros azules y unas zapatillas de paño, parecía desorientado. Tras él salió una mujer gritando su nombre y el anciano sin mediar palabra entró en casa.

El letrero que separaba las dos puertas indicaba PRINCIPAL, él se dirigió a la de la izquierda y golpeó cuatro veces el llamador y, después, una vez la puerta con los nudillos.

La mirilla se giró por completo y a continuación la puerta se abrió. Tras ella estaba la mujer que hacía apenas unos minutos le había entregado la nota. Con un gesto de su cabeza le invitó a pasar.

Esperó que estuviera dentro y cerró la puerta suavemente.

—Buenas noches, Roberto. Has llegado, veo que eres más espabilado de lo que pareces. No te molestes, pero me dejaste un tanto preocupada cuando te vi. Tenías una cara de pánico que no era ni medio normal.

—Eh, no me llamo Roberto, soy…

—Sí, compañero, a partir de ahora te llamas Roberto; para ser más concretos, Roberto Jiménez el Duende. Pasa, no te quedes en la puerta, dentro están los demás. Segunda a la derecha.

Roberto caminó por el pasillo, observando el interior de las estancias a ambos lados. Aquella era desde luego una casa de la resistencia. En la primera habitación que quedaba a su derecha había un número considerable de fusiles, pistolas y granadas. Elena, que así se hacía llamar la mujer, cerró la puerta una vez que él pasó. En la siguiente, una multicopista lanzaba panfletos a toda máquina. Y en la segunda a la derecha las voces de unas cuantas personas comenzaron a oírse con más fuerza. Ella abrió la puerta y el humo de los cigarros llenó el pasillo. Tras esa cortina gris provocada por los pitillos, unos siete u ocho hombres discutían alrededor de una mesa.

—Camaradas, os presento a Roberto.

Los hombres se levantaron y le saludaron efusivamente dándole golpes en la espalda a la vez que lo abrazaban.

—Pasa. Ponte un tinto, que estarás muerto de frío. Acerca un poco de queso y pan, que el chaval tendrá hambre. ¿Has comido hoy?

—Gracias. Sí, me comí un bocadillo de tortilla esta mañana en un bar del centro.

—¿Qué tal el viaje? ¿Has tenido muchos controles?

—Hubo un par de ellos, pero no me vieron, he venido…

—No, no queremos saber cómo has conseguido llegar. El caso es que estás aquí. Ahora tenemos que ver cómo conseguimos sacar todo ese material que tenemos almacenado. Estamos jugándonos la vida. Como nos descubran, no nos libra del paredón ni la madre que nos parió.

»Come y luego te contamos cuál es el plan. Además, no creo que vuelvas solo. Luis, Samuel, el Calvo y el Triste se van a ir contigo. Tienen que salir de Valladolid lo antes posible. Ya lo saben los mandos y están de acuerdo. Tu regreso se ha dispuesto junto con el de ellos. Allí estarán más seguros y podrán salir del país. Porque imagino que sabes que es cuestión de tiempo que tomen todas y cada una de las ciudades de España.

»Luchar luchamos, camarada, pero la cosa no está nada bien. Hay que estar preparados para todo.

»Bueno, chaval, vamos a ponernos con el plan, que tiene tela. No será sencillo hacer llegar a Santander todas las armas con las que contamos. Los camaradas vascos agradecerán esta remesa, vosotros disponéis de armamento suficiente, pero ellos lo tienen más complicado. La idea es, además, que puedan distribuirse a los batallones que las necesiten, nosotros aquí poco podemos hacer ya con ellas. Por suerte las escondimos antes de que nos las requisaran. Y no es cuestión de dejarlas aquí sin darles uso.

El muchacho se quedó sorprendido, no entendía por qué le habían

enviado a él si ese cargamento era para los camaradas vascos. Curioso y a la vez confuso preguntó el motivo.

—Es sencillo. En este momento ellos están en peor situación que vosotros; además, somos un equipo, debemos trabajar juntos, seguramente ellos también harán por vosotros otras cosas. ¿Tienes algún problema?

—No, simplemente que me extraña que tenga que venir uno de Santander. A ellos no les es complicado hacer el mismo recorrido que hice yo para llegar hasta aquí.

—Mira, no le des más vueltas, yo soy un mandado, igual que tú. Cuando los jefes han considerado oportuno que vengas tú será por algo. ¿No te parece?

—Si tú lo dices, así será, pero no acabo de ver la razón. ¿Tú estás seguro de que son para los vascos?

—Yo te digo lo que me han dicho que diga. No sé más ni he preguntado. Es más, tampoco le voy a dar más vueltas a este asunto. Anda, come algo, que tenemos que salir de aquí lo antes posible. A las diez cambian la guardia y es el momento que tenemos para poder movernos por la ciudad con algo de tranquilidad.

25

Gloria y Ambrosio no habían vuelto a verse desde la última discusión que tuvieron. Cada uno hacía su vida como si jamás hubieran tenido ningún tipo de relación.

Sus amigos les habían preguntado qué había pasado, pero con un simple «Se acabó y punto» respondía ella, y él de igual manera contestaba: «Que se terminó lo que se daba».

Ninguno de los dos había sufrido al romper, porque no habían llegado a enamorarse hasta el punto de padecer por haber dejado la relación.

Gloria era una mujer difícil de enamorar y lo que sintió por Ambrosio fue una atracción sexual muy fuerte que se resolvió en varias ocasiones. Así era como ella lo sentía y no quería dar más vueltas a un asunto que no iría más allá.

Pero como la vida pasaba y además el tiempo en el que estaban viviendo era complicado, no merecía la pena perder las ocasiones para disfrutar. Por eso, la chica había puesto sus ojos en un joven médico que hacía un mes escaso andaba por el hospital. A ella el hecho de que el muchacho fuera médico era lo que menos le importaba; al igual que en otras ocasiones no tenía la más mínima intención de casarse con él. Gloria era una mujer decidida, resuelta y a la que le importaba muy poco lo que los demás pudieran pensar de ella o de cómo manejaba su vida. A diferencia de sus amigas, para ella el sexo era una forma de disfrutar sin necesidad de enamorarse ni tonterías por el estilo. Ella sabía que las mujeres de Las Carolinas, sus compañeras, a pesar de parecer liberales, no estaban muy de acuerdo con su modo de gestionar los temas del amor. Pero también tenía claro que no iba a cambiar. Ella no opinaba nunca de nadie y solo esperaba que los demás no la juzgaran.

Examinaba unos informes en la mesa de las enfermeras cuando una sombra quitó luz al documento que tenía entre las manos. Levantó la cabeza manteniendo entre sus dientes la parte trasera del lápiz con el que estaba escribiendo y se encontró con un chico con cara de sabihondo, gafas redondas, nariz afilada y bata blanca impoluta abotonada de arriba abajo.

—Buenas tardes, doctor Martínez, ¿desea algo?

—Buenas tardes, Gloria. Eh, sí. La verdad es que sí. Estaba pensando que quizá le gustaría tomar un café esta tarde. Como sabe estoy solo en la ciudad, mis padres viven en el pueblo y a veces me encuentro un poco decaído. Por eso he pensado que como somos del mismo pueblo quizá…

—Pero ¿tú eres de Reinosa? Y… ¿cómo es que no lo sabía? Bueno, mejor dicho, ¿cómo es que tú sabes de dónde soy yo?

—Perdona, no quiero que pienses que soy un…

—¿Cotilla?

—Sí, eso. Verás, mi madre es clienta de la tuya y en alguna ocasión le has llevado algún vestido a casa. Ya veo que tú no te has fijado en mí. La verdad es que yo tampoco he salido mucho por el pueblo. De pequeño estuve enfermo y después me mandaron a un internado en Burgos y la carrera la hice en Salamanca, pero, vamos, que te he visto alguna vez por el pueblo, en San Mateo, sobre todo, aunque ya veo que para ti era totalmente invisible.

Ni que decir tiene que Gloria lo conocía y además se había fijado en él, pero quiso hacerse la interesante, mostrando una falta de interés y de conocimiento hacia el joven médico que para nada era cierta. Sabía perfectamente quién era al igual que conocía a su familia, no solo a su madre, sino a sus tías y su abuela que también habían estado en el taller de costura en muchas ocasiones, pero quiso hacerse la despistada para no dar señal de interés hacia él.

—Pues ya me puedes perdonar, seguramente nos hemos visto, pero no me he fijado. Pero, como bien dices, somos campurrianos los dos, así que te acepto ese café. Esperemos que no sea entre bombas porque últimamente las sirenas no dan tregua.

—Yo esta tarde estoy libre, ¿te parece bien?

—Sí, perfecto. ¿A las seis?

—Estupendo, te espero a la salida de la escuela de enfermeras. ¿Quieres?

—Sí.

Gloria vio cómo se alejaba por el pasillo con paso seguro. Era un chico agradable, aunque para ella un poquito blando o al menos eso le parecía, pero pensó que, ya que con los chicos duros, que eran los que realmente le gustaban, no había tenido demasiada suerte, quizá con este, que se le veía un pedazo de pan, tal vez le fuera mejor. Aun así, le parecía que en lo único que iban a coincidir sería en el hecho de ser del mismo pueblo.

Se levantó y fue a dar una vuelta por las salas, a ver si algún enfermo necesitaba algo.

Había días que estaba en Valdecilla y otros sin embargo la enviaban al hospital de sangre en las caballerizas de la Magdalena, que era donde se encontraba aquel día. A pesar de ser más duro y tener más carencias, ella se sentía mucho mejor allí, más útil. Había llegado recientemente un grupo numeroso de jóvenes médicos que hacían lo que podían. Como en todo, no son solamente los estudios propios lo que hacen a un profesional, sino la experiencia y sobre todo la práctica; pero al igual que las enfermeras los médicos aprendían con la presión propia de las circunstancias que los rodeaban.

Heridas, golpes, huesos rotos, piernas destrozadas, caras llenas de sangre y la enfermedad que nunca cesaba. Cada día era igual al anterior, con los mismos o distintos protagonistas, pero con el dolor, el sufrimiento y la pena. No tenía muy claro si era o no una buena enfermera porque en ocasiones sus piernas flaqueaban y se agarraba a su delantal arrugando la tela como si el mandil fuera capaz de sujetarla y darle la fuerza suficiente para seguir.

—¡Señorita! Por favor.

—Dígame.

—Me duele mucho, no puedo soportar el dolor. ¿Me puede dar algo para calmar un poco? Es como un mordisco que me arranca la carne.

El hombre tenía los labios llenos de heridas a causa de los mordiscos que él mismo se daba cuando el dolor acuciaba y la miraba suplicando algo que calmara esa angustia.

—Voy a ver qué puedo hacer. Creo que le hemos dado hace poco un calmante, pero déjeme que mire —contestó mientras acariciaba su mano, huesuda y temblorosa.

Gloria salió de la sala deprisa. Sabía qué administrarle para paliar el dolor, pero no era posible, no le estaba prescrito. El joven estaba a las puertas de la muerte, apenas tenía veinte años, nadie venía a verlo nunca, solo una mujer mayor a la que le costaba caminar y de la que supo que era una vecina. Era duro ver sufrir a una persona de ese modo para nada.

Entró en el cuarto donde se guardaban los medicamentos con cuidado de que nadie la viera. Sabía que las unidades de morfina estaban contadas y solamente podía acceder a ellas la enfermera encargada de la farmacia. Se acercó al armario y tiró con cuidado de no hacer ruido al abrir, pero estaba cerrado. Antes de salir, asomó la cabeza por el pequeño cristal que había en la parte superior para asegurarse de que no hubiera nadie.

Buscó con la mirada las diferentes salas, esperando encontrar en alguna de ellas a Isidora, la encargada de la farmacia. No lo logró.

No tenía la suficiente fuerza para volver donde el joven, pero no podía dejarlo así. Intentó hablar con uno de los médicos recién llegados y pedirle que por favor lo ayudara, si él le pautaba una dosis de morfina, quizá se la administraran, pero no era probable, porque era un enfermo de beneficencia a los cuales no se les proporcionaba salvo que abonaran el importe.

Casi era la hora de terminar su turno y volvió de nuevo al control. Allí estaban todas las demás enfermeras, entre ellas Laura. Hablaban con las compañeras que se iban incorporando al siguiente turno. Se quedó escuchando lo que comentaban.

—Tenemos varios enfermos críticos. Hay un chico en la sala B, la cama es la 7, que está terminal, pero el pobre está sufriendo como un perro. Le hemos dado lo pautado, pero ya no es suficiente —dijo la enfermera jefa.

—Perdón —dijo Gloria—, sé que no estoy cualificada aún para intervenir, pero, con relación a este chico, ¿no sería posible ponerle algo que calmara su dolor?

Gloria era consciente de que no se la podían administrar, pero tenía que intentar por todos los medios que se la pusieran. Su sufrimiento era extremo, era un ser humano que por no tener medios debía morir rabiando de dolor. Esa situación hacía que la sangre le hirviera de rabia e impotencia.

—Ciertamente no puedes intervenir. Así es, pero también es verdad que estás trabajando casi como una de nosotras, no pasa nada por que des tu opinión. Me encantaría poder hacerlo, pero no está en mis manos. Es un paciente de beneficencia; si no puede pagar la medicina, no podemos suministrársela.

—Ya, eso lo sé. Pero tampoco pasa nada por ponerle aunque sea una dosis pequeña. Algo que al menos lo deje descansar unas horas.

—Gloria, no vuelvas a insinuar nunca más eso. No está en nuestras manos y así se queda; además, eres consciente de la situación. Ya no solo por ser un paciente de beneficencia, sino porque la morfina es un bien escaso y debemos reservarla.

La chica salió de la sala disgustada. Tenía que haber robado aquella dosis y habérsela puesto. Ahora ya no podía hacerlo, todo el mundo sabría que había sido ella.

Laura salió tras ella. Conocía a su amiga muy bien y sabía lo que estaba pensando.

—¡Gloria, espera! —le gritó para que la chica parase—. No vuelvas a decir lo que has dicho. Hay que hacer y callar. Ven conmigo.

Laura la cogió por un brazo y tiró de ella. Caminaron deprisa hasta salir de la zona central. Después bordearon el edificio y se pararon

delante de una puerta pequeña de madera pintada de verde que estaba casi oculta por unos arbustos que Laura retiró.

—Vigila —le dijo a Gloria.

Ella sacó de su cuello una llave, se agachó y abrió la pequeña puerta. Entró. Gloria miraba intentando ver lo que había en el interior, pero solo acertó a vislumbrar una caja de tamaño mediano que también estaba cubierta con trapos viejos y maderas. Laura la abrió con otra llave, tomó un pequeño bote y volvió a dejarlo todo como estaba.

—Vamos, tenemos que darnos prisa, hay que ponérsela antes de que entren las compañeras.

—Pero ¿y eso? ¿De dónde la has sacado, joder?

—Tú que crees. La ha conseguido Ana, no preguntes más. Hace cosa de un mes le comenté lo que sufrían algunos enfermos y a los pocos días apareció con ella. No me dio muchas explicaciones y yo tampoco las pedí.

—¡Esta tía es la hostia! Dámelo, yo se la pongo.

—No, lo hago yo. Solo le vamos a poner la mitad, tenemos que administrarla con cuidado. Mañana le pondré el resto. A ver si conseguimos que el pobre no sufra tanto el poco tiempo que le queda. Vete saliendo. Yo en un momento estoy. Y no te preocupes, que le diré que va de tu parte.

—Oye, no le pasará nada, ¿verdad? A ver si… —comentó Gloria.

—¿Qué crees, que lo vamos a matar con esto? No. Además, por desgracia morirá del mal que padece, no de esta pequeña dosis que le voy a administrar. Pero, eso sí, descansará al menos unas horas.

Laura caminó despacio por el pasillo. Se cruzó con varias compañeras que le preguntaron si no se marchaba, pero ella alegó que iba a visitar a un conocido que no había podido ver durante su turno.

Al entrar en la sala, cogió con disimulo una jeringuilla y una aguja e intentó esconderla entre sus manos. Luego salió y se dirigió a un pequeño cuarto donde se guardaba la ropa de cama y las toallas. Sacó con cuidado el frasquito y preparó la dosis. Escondió entre las estanterías el resto de la morfina.

Los quejidos del joven se escuchaban en la distancia. Se acercó a él y le sujetó de la mano.

—Hola, vengo de parte de Gloria, la enfermera que ha estado antes contigo y te dijo que iba a intentar calmar el dolor, ¿recuerdas? —El joven asintió con la cabeza—. Déjame el brazo y, por favor, no comentes con nadie esto. Mañana te pondremos más. En un momento notarás mejoría. Espero que puedas descansar.

Laura sacó la aguja y sujetó con un poco de algodón el lugar donde

le había pinchado.

El muchacho agarró su brazo y la atrajo hacia sí.

—Que Dios os lo pague. Muchas gracias, chavaluca. Cómo me gustaría llevarte al baile, mozuca, pero tendrá que ser en la otra vida.

Laura se despidió con una sonrisa, no pudo por menos que sentir lástima por el joven. Los ojos se le llenaron de lágrimas e intentó limpiarlos con el puño de su uniforme. Iba pensando en lo que el muchacho le había dicho y no se dio cuenta de que una de las enfermeras encargadas se cruzó con ella.

—¿No ha terminado tu turno ya? ¿Qué haces por aquí?

Fue rápida en contestar.

—He perdido una cadena y vine a ver si la veía, pero no la he encontrado, quizá no me la puse esta mañana. La tendré en casa casi seguro.

—Bueno, si alguien la encuentra, ya te digo, vete para casa que ya has tenido bastante hoy.

Respiró aliviada. Si alguien se daba cuenta de lo que hacía, sería expulsada.

26

Nada tenía que ver aquel mes de diciembre con otros que habían vivido. Las gentes intentaban pensar que las Navidades estaban cerca, pero el peso de la guerra les hacía olvidar a cada segundo que aquellas no eran las fiestas que recordaban, esas de años atrás en las cuales con poco o con mucho hacían que la gente estuviera alegre, divertida, risueña y buscando algo con lo que sorprender a sus familiares o amigos cuando estuvieran reunidos en la mesa.

Pero, ese año, el horror de las bombas destrozando cada una de las calles de la ciudad y reventando casas y cuadras en toda la provincia les llenaba de pena el corazón. Además de las vidas que se habían perdido en esa injusta y cruel contienda, también faltaban vecinos y conocidos que asustados por una posible detención habían huido a otros lugares.

Mucha gente intentó volver a sus pueblos de origen, otros en cambio pensaron que quizá estarían más seguros en la ciudad, pero lo cierto era que ningún sitio ni lugar era tranquilo.

En la casa de Las Carolinas, Ana se había propuesto que la Nochebuena fuera lo más parecido a las que ella había vivido. Le mandó a Martina que preparara los manteles de hilo y los cubiertos de plata que su tía guardaba y que por suerte aún conservaban, que limpiara bien los candelabros y buscara las velas rojas que la señora había traído de Londres años atrás, esas que solo se usaban en las noches del 24 y 31 de diciembre.

Ana y su hermana Marifé buscaron los adornos para decorar la casa y sacaron las figuritas del belén que su abuelo les regaló el primer año que ellas estuvieron viviendo en la casa. Junto con Pedro y Marcos decoraron la mansión entera, llenándola de color y de luz. Mientras lo hacían, Marifé subió al desván y rebuscó hasta que encontró un par de calendarios de Adviento que ellas tenían de pequeñas. Se los había regalado un hombre mayor cuyo nombre no recordaba, un señor que trabajaba en la casa haciendo arreglos. Lamentó no acordarse de cómo se llamaba. Los limpiaron y los colocaron en una de las paredes de la habitación de los pequeños, luego llenaron cada una de las casillas con escasos dulces y pequeños juguetes para que Pedro y Marcos pudieran

ir abriendo una diaria.

Los niños cada día levantaban un casillero, tomaban lo que encontraban dentro y se relamían con los dulces que se escondían en ellos. Eran pequeñas cosas que, con pocos recursos y mucha imaginación, entre todas habían conseguido para rellenar las casillas y así ver felices a los pequeños. Merecía la pena el esfuerzo solo por una de sus sonrisas.

Lo cierto era que habían logrado que la casa pareciera una Navidad normal a pesar del sonido de las sirenas y los bombardeos que sufrían casi a diario.

Las dos hermanas habían hablado y tomaron la decisión de invitar esa Nochebuena de 1936 a todas las personas que habían compartido con ellas aquel año tan duro. Todas las chicas estaban invitadas y encantadas. Los chicos también asistirían, la mayoría estaban solos, como era el caso de Ambrosio. Daniel y Laura irían con su hermano Carlos y su madre, ya que desde que habían detenido a su padrastro la señora estaba muy decaída. Del que no tenían noticias era de Felipe. Hacía semanas que no sabían nada de él y estaban preocupados; nadie quería decir nada delante de Laura, pero cuando estaban solos se preguntaban y hacían suposiciones sobre lo que estaba ocurriendo.

El Frente Popular gobernaba la provincia y la ciudad. Hacía valer su gobierno como podía. Eran necesarias muchas cosas para la defensa del país y la provisión de los milicianos se hacía desde Santander, suministrando todo aquello que era posible hacer o fabricar. Era una guerra y como decían «en la guerra y en el amor vale todo»; por ese motivo se apropiaban de locales que para ellos eran fundamentales, como la tienda de Pedro Zubieta, un lugar donde además de fotografías se vendía casi de todo. Allí colocaron una central de química y farmacia donde producían medicamentos y otro tipo de productos que eran necesarios e importantes para el ejército del norte. Un grupo notable de jóvenes químicos acudían cada día de forma voluntaria a trabajar en el local.

Susana y Martina habían bajado hasta la plaza de la Esperanza en busca de algunas viandas que necesitaban. Apenas había gente en ella, renoveras y aldeanos al lado de sus cestos casi vacíos; con las pocas cosas que tenían llamaban la atención de las chicas con sus gritos alegres y sus dichos divertidos.

—Morenuca, mira qué huevos, no los vas a encontrar mejores en todo el mercado.

—Niñuca, ven que no te arrepientes si te llevas estas alubias, son

las mejores.

—Guapina, estas acelgas están vivas, mira qué verdes.

Entre llamadas de atención, como si aquellos cestos y mostradores estuvieran llenos a rebosar como en años anteriores, las renoveras intentaban animar un mercado vacío y triste, no solo de productos, sino de gente.

—¿Recuerdas con qué alegría vinimos al mercado el año pasado? Antes de la guerra, cuando el dinero no era un problema, no importaba comprar alguna cosa que no era necesaria, ya que al final lo cocinaba con acierto, pero ahora ni aunque tengamos perras hay qué comprar —dijo con tristeza Susana.

Como no podía ser de otro modo, Susana buscaba entre todas ellas la cara redonda y el cuerpo oriundo de Mercedes, una amiga de Isla, su pueblo. Se conocían desde niñas, además de amigas eran vecinas y la muchacha siempre le traía noticias de su padre.

—Hola, Mercedes, ¿qué tal todo? ¿Como está mi padre?

La mujer la miró rara, nunca ponía esa mirada, al contrario, siempre disponía su mejor sonrisa, pero en esa ocasión no fue así, la notó enfadada.

—No sé, y será mejor que no vengas a comprar más porque no voy a venderte, menuda faena nos ha hecho tu padre.

—¿Mi padre? Debes de estar confundida, no creo que él haya hecho nada. ¿Por qué dices eso?

—Sí, espera. Resulta que es un santo, ¿no? Pues, para que sepas, ha denunciado a mi abuelo y ayer se lo han llevado al cuartel, aún no sabemos nada de él. Como le pase algo al viejo…

—Pero ¿de qué estás hablando? Mi padre no se mete en política ni sabe nada de eso.

—Y tu hermano, ¿qué? Ese tampoco, ¿verdad? Todos sabemos que es un jefazo, que tiene peso y está señalando a todos los del pueblo que no le parecen bien.

—Mercedes, eso no es verdad y lo sabes. Ni mi padre ni mi hermano son capaces de hacer lo que estás diciendo.

—Mira, dile de mi parte que no le tengo miedo. Y tú arranca, no voy a hacer ningún trato contigo, así que… ¡aire!

La mujer se dio la vuelta dando la espalda a Susana y esperó en esta posición hasta que estuvo segura de que la cocinera se había alejado de su puesto.

La muchacha se acercó hasta Martina, que conversaba con otra renovera. La agarró del brazo y salió del mercado deprisa.

—Pero, mujer, no ves que me vas a tirar, ¡qué carajo te pasa! ¡Suéltame, me haces daño!

—Vamos ahora mismo a buscar a mi hermano, tengo que hablar con él.

Pasaron deprisa por la plaza de Pi y Margall, que estaba llena de gente. El alcalde, Ernesto del Castillo, estaba colocando la primera piedra para la ampliación del ayuntamiento. Se abrieron paso entre el gentío que aplaudía como si fuese un día de fiesta y siguieron camino del cuartel general de la milicia.

—¡Me cagüen el obispo de Santoña! Hacer obras ahora. Ahora que está todo derruido. ¡Estos políticos no tienen vergüenza ni quien se la ponga! ¿No será mejor dar de comer a la gente, medicinas para los enfermos o…?, ¡cualquier otra cosa habrá para gastar un dinero que seguro ni tenemos! —dijo Susana que estaba desconocida para Martina.

—Mujer, tampoco es tan grave. Si es necesario, habrá que hacerlo.

—Mira, Martina, estoy de muy mala leche. Así que mejor cállate porque no respondo de lo que te pueda decir.

—Sí. Mejor me callo —dijo mientras hacía con sus dedos un gesto sobre sus labios en señal de cremallera.

Martina no tenía muy claro dónde iban, pero lo que sí sabía es que jamás había visto a Susana tan enfadada. Desconocía qué era lo que aquella mujer le había dicho. ¿Quizá su padre estaba enfermo? ¿Había pasado algo con sus hermanos? La muchacha no hacía más que preguntarse el porqué de ese mal humor. Pero no estaba el horno para bollos y no quería que volviera a contestarle mal. Con lo cual siguió andando, más bien corriendo, tras la mujer que ya estaba a las puertas del Hotel Ignacia.

—Espera aquí.

Susana posó junto a Martina la bolsa de la compra y entró derecha en el hotel. Un hombre le cortó el paso preguntando dónde iba y qué era lo que quería. Ella dio el nombre de su hermano, el hombre puso cara de saber de quién hablaba, pero, aunque la chica le dijo que era su hermana, él le pidió que esperara en el vestíbulo.

Susana no podía estar quieta, iba de un lado al otro, salía hacia la calle y volvía a entrar. El hombre tardaba y sus nervios cada vez se iban contrayendo más.

Por fin vio aparecer al miliciano, pero venía solo.

—Me dice que en este momento no la puede atender, que no se preocupe que irá a verla en cuanto esté libre. Ahora está en una reunión importante y no sabe cuándo terminará.

—Pero… es urgente, tengo que hablar con él.

—Guapina, ya te he dicho que ahora mismo no puede ser. ¡Circula!

—A mí no me grites, que no soy sorda —contestó con descaro.

Susana salió más enfadada aún de lo que había entrado. Se acercó al cesto que había posado en el suelo y lo cogió con tal remango que se le cayeron unas cebollas que rodaron por toda la calle. Martina corrió a recogerlas antes de que los vehículos que pasaban por allí las aplastaran.

—Chica, vaya remango tienes, cualquiera lo diría cuando te compramos. ¡Madre mía, que carácter! Qué engañada me tenías —dijo sonriendo, esperando que Susana se relajara un poco.

—Perdona, tú no tienes la culpa de nada. Este hermano me va a matar, de verdad. Aunque se va a salvar de una buena, porque cuando quiera subir por casa ya se me habrá pasado el disgusto. No se da cuenta de que, como esto no salga bien y esta guerra la pierdan, los que estaremos muertos vamos a ser nosotros. ¡Pues nada! Él tiene que estar ahí, en todo el lío, donde todo el mundo lo vea, donde cualquiera lo pueda acusar a la primera de cambio.

—Sí, la verdad es que tienes razón. Pero no lo vas a cambiar, está muy metido y eso no tiene vuelta atrás. Déjalo, él sabe lo que hace.

—¿Cómo lo voy a dejar? ¿No te das cuenta del riesgo que está corriendo?

—Mira, es mejor que nos vayamos para casa, los niños están a punto de volver del colegio, la comida está por hacer y, como no tenemos chófer, hay que subir andando, así que… arreando, que vienen dando, chica. Y encima hace un frío del carajo.

Susana le sonrió y se agarró de su brazo mientras movía la cabeza a ambos lados.

27

Ana repartía su tiempo entre el periódico y la Federación, haciendo jornadas interminables. También procuraba ayudar en donde podía, bien en el atelier con la ropa para las tropas, bien en los puestos donde se entregaba la comida del racionamiento. Había días que apenas dormía y estaba empezando a notar el agotamiento que a pesar de su joven edad iba haciendo mella en ella.

Aquella tarde al llegar se sorprendió con los acontecimientos. Acababan de tener noticia de que en la mañana un grupo numeroso de aviones Junkers Ju 52 había bombardeado la Naval en Reinosa. Sobre la constructora habían caído diez toneladas de bombas que ocasionaron importantes daños materiales en las instalaciones. Por suerte y hasta el momento, no había noticias que hicieran lamentar víctimas personales.

Después de informarse sobre lo sucedido se dirigió a su mesa para redactar la noticia. Estaba sentada intentando acabar el artículo para el periódico cuando se acercó Javier. El chico se sentó en una esquina y comenzó a dar pequeños golpes con el lápiz que tenía en la mano.

—Qué, ¿hoy no sales con ese novio que tienes?

Ana levantó la vista y lo miró a los ojos sin decir nada, pero lo atravesó con la mirada. Luego volvió a teclear la máquina de escribir con mucha más fuerza.

El chico se ofendió y puso la mano sobre las teclas impidiendo que Ana pudiera seguir.

—¿A ti, chaval, qué te pasa? ¿Eres tonto o qué?

—Yo de tonto tengo lo mismo que tú de monja. Al menos podrías contestar cuando te pregunto. Eres una maleducada, además de… Ten cuidado, que se te acaba el tiempo —le dijo acercándose a ella y en voz baja.

Ana se revolvió sobre la silla y se levantó encarándose a él.

—Mira, chavaluco, si alguien ha de tener cuidado, ese eres tú. Me estás empezando a cansar, ¿sabes? ¡Vete a lo tuyo y déjame en paz!

Con chulería el hombre se levantó de la mesa y volvió a dar unos golpes sobre ella con el lápiz al ritmo de una canción que tatareaba.

Ana respiró hondo. En más de una ocasión había pensado en dar

parte de él para que fuera detenido, pero le faltaba valor, aunque seguía muy de cerca lo que hacía en el periódico porque estaba segura de que andaba pasando información. Pero no había conseguido ninguna prueba.

La chica terminó lo que estaba haciendo, recogió sus cosas, se puso el abrigo y tomó su bolso. Agarró con cuidado el papel que aún sujetaba el carro de la máquina y lo llevó hasta la mesa del redactor. Antes de abandonar el periódico pasó al baño, se retocó los labios, se colocó el pelo y salió.

Daniel hacía un buen rato que esperaba en la puerta a que ella terminara su trabajo. Hacía días que no se veían y estaba deseando poder estar con ella.

Antes bajó Javier, al ver al novio de Ana se fue hacia él y tropezó a propósito, dándole un golpe en el hombro con el cuerpo.

—¡Tío! ¿Qué te pasa?

—Perdón, no te vi, estás tan pegado a la puerta que pensé que formabas parte de ella. Tropecé sin querer, sin más.

—Mira que eres simple, chaval, ¡tira, anda, que no estoy para medios días habiendo días enteros!

En ese momento Ana salía del portal poniéndose los guantes y al escuchar la voz de Daniel a la derecha se fijó en que estaba hablando con Javier. Al llegar junto a él, no pudo evitar peguntar.

—¿Qué te decía el tonto ese?

—Nada, es un simple, además de un traidor. Se tropezó al salir conmigo, pero lo ha hecho adrede sin dudar ni un momento, ¡ni que sea yo invisible!

—Es un caso, me acaba de amenazar hace un momento, pero este ya caerá, ya verás como sí.

—Bueno, vamos a pasar de este elemento, que no merece la pena. ¿Qué hacemos, rezamos o bailamos?

Ana sonrió.

—Estaría bien rezar un poco, la verdad, pero tengo que pasar por la Federación. Solo voy a dejar unos papeles, a ver si hay alguna noticia, y ya está.

—Estamos perdiendo las buenas costumbres, y ¿sabes una cosa?, esto en cualquier momento puede estallar o podemos saltar por los aires con una bomba o quién sabe qué, y no me apetece morirme sin haber estado dentro de ti al menos unas cuatrocientas veces más.

—Cómo eres, yo también tengo ganas, no creas que no. Podemos hacer una cosa, verás. Vamos a la Federación y luego a mi casa. Entramos por la puerta principal y nos vamos derechitos a la habitación sin hacer ruido. Si pasamos por la cocina, ya no podremos

subir, estará llena de gente y, ya sabes, empezarán a hablar y no habrá manera de escapar. ¿Cómo lo ves?

—¿Tú qué crees, niñuca? Deseando subir esas escaleras y perderme entre tus piernas.

—Vamos, que me estoy derritiendo. Me están subiendo unos calores que no son ni medio normales —contestó Ana.

Daniel y Ana caminaban deprisa, como si el tiempo fuera a terminarse, como si no hubiera un mañana. Querían llegar para saber algo más sobre lo sucedido. Pero no tenían más datos salvo que el Frente Popular debería iniciar los trabajos de acondicionamiento para los nuevos campos de aviación en Arija, Nestares y Orzales.

Comentaron durante un tiempo con sus compañeros lo sucedido, era un ataque que suponía problemas para la defensa del norte. Tendrían que reorganizar la zona.

Salieron con mal sabor de boca y dando gracias por no tener que lamentar pérdidas personales, habían tenido suerte.

—Vas muy deprisa, menudo paso llevas, chico. Voy a llegar reventada a casa.

—¡Pero si la que corres eres tú! Yo camino al paso que tú me marcas. Pensé que tenías ganas de llegar y, como a mí no me faltan, pues te sigo el ritmo.

—Es que estoy un poco nerviosa, posiblemente tengas razón y soy yo la que corre.

—Oye, Ana.

—Dime —contestó la chica.

—Hay algo que quiero decirte desde hace tiempo.

Ana lo miró con extrañeza

—Pues tú dirás.

—Si esto sale mal y no ganamos la guerra, no podemos quedarnos aquí; ¿tú te vendrías conmigo?

—No me he planteado irme a ninguna parte. Es más, no quisiera hacerlo. Pero si tuviera que irme lo haría contigo, aunque también te digo que intentaré por todos los medios resistir. Además, puede que perdamos, no digo yo que no. Pero no tiene por qué ser traumático, no creo que se vayan a pasar con las represalias. No hemos hecho nada más que defender aquello en lo que creemos.

—Niñuca, no pensé que fueras tan inocente, ¿de verdad crees lo que estás diciendo? Si estás pensando que una vez que esto termine no van a ir contra nosotros, estás muy equivocada. ¿Acaso no ves lo que nosotros estamos haciendo con los que piensan como ellos? ¿Dónde

están la mayoría, no hemos quemado iglesias e ido en contra de la religión católica y los militares? Todo eso nos lo harán pagar. Desgraciadamente.

Ana lo miró. Sabía que tenía razón en lo que decía, pero quería pensar que no iba a ser así. Le agarró la mano y se la apretó con fuerza. Habían llegado a Las Carolinas.

Abrieron el portón con cuidado, esperando que no hubiera nadie fuera de la casa. En lugar de entrar por la puerta principal, Ana se dirigió a una lateral pequeña que solo se abría en contadas ocasiones y que estaba al lado opuesto de la cocina. Metió con cuidado la llave y no quiso encender la luz. Cuando comprobó que no había nadie agarró de nuevo a Daniel. Con cuidado e intentando no hacer crujir los escalones, comenzaron a subir. Apenas habían ascendido tres de ellos cuando Marcos y Pedro salieron de la biblioteca y corrieron hacia ella para saludarla y contarle cómo había sido su jornada. El alboroto de los pequeños hizo que Martina saliera también.

La mirada de Daniel a la doncella fue de desilusión, tanto que la muchacha se dio cuenta de que intentaban subir a la habitación sin que los vieran y procuró, sin conseguirlo, llevarse a los niños de nuevo al salón, pero no fue posible. Casi al momento, y alarmados por la algarabía, salieron de la cocina todos los demás que estaban en la casa esperando la llegada de Ana.

—Me parece, niñuca, que vamos a tener que dejar el rezo para otro día.

Ana sonrió y le dio un beso en la mejilla mientras bajaba los escasos tres escalones que habían subido.

28

En una oscura y fría casa, Roberto esperaba instrucciones. Llevaba días allí metido, solo había salido en contadas ocasiones y estaba cansado de esperar. Tenía una tos seca, constante, que le provocaba un dolor fuerte en el pecho, seguramente producida por la humedad y las bajas temperaturas del lugar donde se escondía. Cada dos o tres días le traían algo de comer, pero no era suficiente, estaba débil además de enfermo. No entendía por qué la tardanza, por qué llevaba tanto tiempo allí metido sin saber nada de nadie.

Escuchó un golpe en la puerta y corrió a meterse en el lugar que le habían indicado. No había oído los dos golpes en el llamador previos que daban sus camaradas cuando alguno de ellos llegaba. Corrió la librería y entró en el zulo que había tras ella. Una vez dentro, ayudado por el tirador interior, cerró y pasó un cerrojo que había.

—¡Vamos, deprisa! ¡Registrad todo! Rápido, que no tenemos todo el día.

Roberto escuchaba pasos, debían de ser al menos cuatro o cinco las personas que estaban en el piso. No se atrevía casi ni a respirar para no hacer ruido, pero sintió ganas de toser, cogió la almohada que había sobre el camastro y se tapó la boca con ella intentando no hacerlo, pero no pudo evitarlo.

—¡Callad!

—¿Qué pasó, mi cabo?

—Me ha parecido escuchar un ruido, como si alguien tosiera.

—Ha sido una vieja que está subiendo las escaleras, ¿no la oye?

El militar escuchó con atención. Por suerte la mujer comenzó a toser más de continuo a medida que ascendía.

—No hay nada, señor, ni tan si quiera muestras de que alguien viva aquí.

—Estoy harto de estas cotillas que creen que ven rojos por todas partes. Vámonos.

Roberto continuó durante más de una hora inmóvil en el zulo. Cuando estaba a punto de salir escuchó más golpes en la puerta, esta vez sí se

correspondían con la señal de sus camaradas, pero desconfió y continuó oculto y en silencio.

Sentía como las pisadas, que retumbaban sobre el suelo, eran de más de una persona.

Iban y venían sin detenerse en ninguna estancia, pero nadie decía nada. De ser los miembros de la resistencia: lo buscarían en el escondite, pero no lo hacían.

—Roberto, puedes salir, somos nosotros: el Calvo y Samuel. Tenemos que irnos, Luis y el Triste nos esperan abajo.

Receló por un momento, pero la verdad era que ellos nunca habían estado en esa casa y era posible que no supieran dónde se escondían. Aun así, necesitaba algo más que le corroborase que se trataba de sus compañeros y no de una trampa.

—¡Joder, Samuel, que se nos olvidaba la frase! «La cafetería está abierta y el café es muy bueno».

Cuando Roberto escuchó la frase supo que eran ellos. Se acercó a la pequeña puerta y abrió el cerrojo, con cuidado salió gateando de entre la librería que cubría el zulo.

—¡Ya es hora, coño!, pensé que no ibais a venir nunca.

—Llevamos más de una hora en la calle, hemos visto a la secreta salir y hemos pensado que quizá estuvieran aquí.

—Pues habéis pensado bien. Efectivamente han estado de visita, pero por suerte no me han visto. Han dicho algo como que alguien había denunciado la vivienda, convendría avisar para que no vuelvan a utilizar este piso.

—Pues lo único que se me ocurre es dejarles una nota. Nosotros nos vamos ahora mismo. Tenemos a tres calles la camioneta cargada, hoy es buen día para intentarlo. Los preparativos de la fiesta de Navidad harán que estén más entretenidos. De todos modos, vamos a tener una noche toledana, nos espera un recorrido que no sé yo si vamos a poder hacer sin sobresaltos. Ponte esta ropa y, toma, guarda tú este salvoconducto.

—¿Yo? ¿Y por qué tengo que llevarlo yo?

—Ni idea. Es lo que nos han dicho, vas en el asiento del copiloto y nosotros atrás con la comida que llevamos.

—¿Comida? ¿Y vamos vestidos de militares?

—Sí, se supone que vamos al frente de la zona norte a llevar provisiones. Chico, cámbiate de ropa y vamos, no hay tiempo que perder, tenemos de dejar la ciudad antes de las nueve.

Salieron uno a uno del piso, sin encender la luz de la escalera y bajaron con cuidado de no hacer ruido. Una vez en la calle, escalonadamente caminaron a paso normal para no llamar la atención

de los viandantes. Al girar la calle vieron la camioneta, en ella estaban Luis y el Triste esperando. El auto estaba en cuesta, soltaron el freno de mano y dejaron que este descendiera en punto muerto y con los faros apagados.

Aquella calle estaba desierta, era estrecha y oscura. Los cinco tenían el miedo en el cuerpo, la sangre helada por el frío y la mente puesta solo en una cosa: que aquello saliera bien, de lo contrario no habría futuro para ellos en este mundo.

29

Gloria bajó corriendo a trabajar, se le había hecho tarde e iba colocándose el uniforme. Esperaba que la mandaran de nuevo al hospital de sangre, quería ver cómo se encontraba el muchacho y si había podido descansar con la morfina que Laura le había suministrado.

Se acercó hasta el control y miró en el tablón dónde estaba su nombre, afortunadamente indicaba HOSPITAL DE SANGRE. Cogió sus cosas y se fue derecha hasta la zona donde una furgoneta las esperaba para su traslado.

Era la mañana de Nochebuena y la calle se sentía bulliciosa, pero con un halo de desasosiego difícil de ocultar.

Al llegar a Reina Victoria las sirenas comenzaron a sonar; largas, fuertes e incesantes.

El chico que conducía pisó el acelerador esperando tener el tiempo suficiente para llegar hasta la Magdalena. Las enfermeras se agarraron con fuerza a los asientos anteriores a los que ocupaban. Estaba lloviendo intensamente y el viento también hacía acto de presencia.

Al bajar la pendiente en dirección a la entrada del palacio las ruedas de la camioneta patinaron y el vehículo se fue hacia un lado, se golpeó con el muro que había a su derecha y frenó en seco a escasos metros de la entrada a la Real Sociedad de Tenis. La sirena seguía sonando y ya se sentía el ruido de los aviones sobre sus cabezas.

Todas quedaron aturdidas con el frenazo, pero no había tiempo que perder, tenían que abandonar el autobús. Rompiendo uno de los cristales laterales consiguieron salir, alguna de ellas estaba herida. Pequeños rasguños y golpes, nada de importancia a simple vista.

Gloria se encontraba bien, se tocó la cara al sentir que algo le molestaba y al mirar su mano observó los dedos llenos de sangre. Tenía una pequeña brecha en la parte superior de la frente. Se acercó a la ventana y ayudó a las demás a salir. Se dirigió hacia el conductor, que permanecía inmóvil, y lo examinó. Estaba inconsciente. Intentó reanimarle y el chico reaccionó pronto. Abrió la puerta del conductor y lo incorporó con cuidado. El muchacho estaba dolorido y un poco confuso, pero con la ayuda de Gloria pudo liberarse. Una vez en la

calle se tiró en el suelo. El ruido chirriante de las bombas se escuchaba cada vez más cerca. Gloria observó el cielo asustada y después dirigió su mirada al frente. Al hacerlo pudo ver cómo todas sus compañeras ya corrían hacia las caballerizas cobijadas por los árboles que cubrían con sus ramas desnudas el paseo que llevaba a ellas.

Levantó al chico y pasó uno de sus brazos por encima de su hombro.

—¡Vamos, chaval! Aquí no nos podemos quedar, estamos en peligro. ¡Haz un esfuerzo, joder!

—Me duele. Tira tú, no puedo, yo me quedo aquí hasta que pase el bombardeo.

—¡Estás tonto, venga, vamos!

Consiguió, tirando de él, que el chico caminara, primero despacio, pero después más rápido. Estaban a punto de llegar cuando sintieron un estruendo terrible tras ellos y una fuerza que los empujó hasta hacerlos caer.

Se quedaron tirados, cubriéndose la cabeza durante un rato. La onda expansiva los dejó paralizados a los dos.

Un momento después la sirena cesó.

Gloria levantó la cabeza despacio. Sus oídos zumbaban de tal manera que apenas oía nada más que ese desagradable sonido que golpeaba el interior de su cabeza. A su alrededor había ramas, trozos de madera y hierros, restos de algo que parecía la camioneta en la que había viajado. Volvió la vista atrás y observó cómo los restos del vehículo ardían, la bomba había caído justo encima.

Gloria se levantó y se acercó al chico. Mientras lo hacía pudo ver cómo su cabeza estaba rodeaba de un charco enorme de sangre.

Clavado en su cuello tenía un trozo de hierro que lo había atravesado. Estaba muerto.

Caminó con el uniforme lleno de sangre, la que aún le brotaba de la herida abierta de la cabeza. Daba pasos cortos y su equilibrio le jugaba malas pasadas. Tropezó con una rama y estuvo a punto de caer de nuevo, pero no lo hizo. No escuchaba nada, sus oídos seguían zumbando, taladrando su cabeza. Intentó erguirse y caminar derecha, pero perdió el conocimiento y quedó tendida a escasos metros de la puerta del hospital.

Pasados unos minutos la chica despertó sobre una camilla rodeada de un numeroso grupo de enfermeras; entre ellas se encontraba Laura, que le sonrió al ver que abría los ojos.

—¡Qué susto me has dado! Pensé que iba a perder a la loca de mi amiga.

La chica se incorporó para contestar a Laura.

—¡Despacio! Le indicó una de sus compañeras.

—Bicho malo nunca muere. ¿Te crees que me van a aceptar allí arriba? Ni el demonio me quiere, que ya sabes que lo mío, de ser algo, sería el infierno. ¡Es donde está la fiesta!

—Eres un caso. ¿Cómo te encuentras? ¿Te mareas?

—No, tranquila, estoy bien. Vamos, que hay mucho que hacer. Mira cómo está esto.

Gloria se levantó y al tocar la cabeza observó que estaba vendada.

—¡Estás guapísima con ese sombrero, mujer! Seguro que das la campanada hoy en el hospital —le dijo Laura—. Te han puesto un par de puntos, era una pequeña brecha lo que tenías.

—¿Cómo está el muchacho? ¿Qué tal pasó la noche? ¿Lo has visto?

—Ya no está. El pobre ya no sufrirá más. Falleció esta noche. Cuando llegué ya se lo habían llevado a la morgue.

Gloria no dijo nada. En realidad, era lo mejor que le había podido pasar.

—Venga, que esta noche tenemos fiesta. Lo vamos a celebrar por todo lo alto como si fuera la última noche de nuestras vidas. ¡Qué carajo! —dijo Gloria.

—Sabes, hace un año, Felipe vino a verme al hospital, estuvimos juntos un rato mirando las estrellas y me prometió que cada fin de año estaría conmigo, así durante el resto de nuestra vida.

»Tengo un mal presentimiento. Esta incertidumbre me está matando, no sé si está vivo o muerto, escondido, en la cárcel, en el frente, ¡no aguanto más, Gloria! ¿Por qué no me dicen dónde está?

—Te entiendo, amiga, pero ¿sabes una cosa? Si le hubiera pasado algo, ya te habrías enterado. Yo pienso que está en alguna misión. Algo que le han encomendado. Estará bien, ya verás como sí. Vamos a trabajar, que tenemos el puesto a rebosar. ¡Pero si hay hasta gente tirada en el suelo! Y continúan llegando ambulancias.

»¡Venga compañera, nos necesitan!

—Por cierto, Gloria, ¿hay algo que tengas que contarme?

—¿El qué?

—No sé, algo.

—Pues no sé de qué me hablas.

—Qué pájara eres, de sobra sabes de lo que te hablo. De ese doctoruco que anda por ahí, el campurriano.

Gloria la miró dejando caer los ojos y moviendo su cuerpo de forma insinuante mientras sonreía.

—Vamos, anda, que ya te contaré —le dijo Gloria mientras caminaba con chulería—. Pero no te hagas ilusiones, que esto, de ser, será para un ratuco. Es un poco paraduco el chicu.

30

En Las Carolinas, después del susto del bombardeo, Susana procuraba seguir cocinando, estaba preparando con lo poco que tenía una buena cena de Navidad tal y como Ana le había indicado.

Los niños y Martina ponían la mesa mientras escuchaban villancicos que sonaban en un viejo gramófono que Marifé había rescatado del desván. Los pequeños bailaban alrededor de ella con cuidado de no molestarla, pero sin querer alejarse, ya que aún estaban asustados por las bombas que hacía unas horas habían caído.

La gran mesa de roble, diseñada expresamente para aquel salón, se montó para catorce comensales. La mejor de las vajillas, la cubertería de plata, las copas de cristal de Murano que la señora Elvira reservaba para las grandes ocasiones, el maravilloso mantel francés con bordado Richelieu de hilo de lino y todos los detalles precisos para engalanarla. No se olvidó Martina de los candelabros de plata con las velas rojas ni de unos ramitos de acebo que lucían con sus bolitas a lo largo de la misma.

En la cocina los fogones estaban llenos de cazuelas y en el horno se preparaba un bizcocho que crecía cada vez más. El olor de todos aquellos alimentos cocinándose llenaba la casa entera. Precisamente, y debido al aroma que salía de la cocina, Martina y los niños se acercaron hasta ella.

Los pequeños, puestos de puntillas, miraban con atención lo que había sobre la mesa. Con disimulo estiraban su corto brazo para alcanzar algo de lo que contenían las bandejas de plata que ya estaban listas para la cena.

—¡Niños, quietos! Salid de aquí, venga. Id a vestíos, tenéis preparada la ropa limpia sobre la cama. Vete con ellos, Martina, que tengo que armar el bizcocho y no quiero tenerlos dando vueltas por aquí.

Susana quiso quedarse sola, el olor del bizcocho que preparaba le trajo recuerdos de su casa, de su madre en concreto. Lo hacía cada Navidad. Se había convertido en una tradición y ella quería seguir haciéndolo, aunque no estuviera con su familia. Tenía la suerte de que al menos su hermano Ambrosio iba a disfrutar a su lado.

Dejó que se derritiera la mantequilla en una cazuela que puso en la lumbre y echó cuatro cucharadas de harina, lo revolvió y fue añadiendo la leche, completó con el azúcar y removió de nuevo para terminar incorporando la corteza de un limón y las yemas de huevo que había reservado del bizcocho. No dejó de moverlo en ningún momento para que no se hicieran grumos y, cuando estuvo terminado, mientras sacaba el postre del horno, dejó que se enfriara un poco.

Posó sobre el fogón el bizcocho boca abajo y lo abrió por la mitad, extendió concienzudamente la crema y lo tapó con la parte que había separado. Después con cuidado lo envolvió sobre la bandeja. El brazo de gitano estaba listo para hacer las delicias de todos.

—¡Madre mía, pero qué cosa más rica! —dijo Martina al entrar en la cocina y ver el bizcocho sobre la mesa.

Susana, sin embargo, no dijo nada, estaba en silencio inmersa en sus pensamientos. Algo tan simple como la elaboración de un dulce le había hecho recordar las Navidades de años anteriores. Sus hermanos dando vueltas alrededor de la mesa mientras su madre batía las claras de huevo hasta montarlas a punto de nieve, y a todos ellos metiendo la cuchara en la cazuela para rebañar los restos de la crema pastelera. Una sonrisa se escapó en su cara a la vez que una lágrima se deslizó por su mejilla. Martina se dio cuenta de que pasaba algo y la curiosidad pudo con ella.

—¿Susana, te ocurre algo? No me vayas a decir que no, a mí no me engañas. ¿Por qué no te sientas un poco y hablamos? Seguro que te hará bien. Hoy es un día para estar contentas, aunque solo sean unas horas. Para olvidarnos de todo lo que está pasando ahí fuera.

La cocinera posó sobre el fogón la sartén y se secó con el delantal las manos, despacio, mientras se acercaba a una de las sillas y tomaba asiento.

—Tienes razón, Martina, estoy triste. Esta noche me trae muchos recuerdos. Pensaba en aquellos días en mi pueblo, donde teníamos lo justo, pero éramos felices; con poco mi madre, que cocinaba como los ángeles, era capaz de hacer maravillas. Mientras ella guisaba una gallina en pepitoria, mi padre cantaba tonadas y nosotros le acompañábamos con nuestras voces desafinadas.

»Y ahora estoy aquí, sola. Bueno es cierto que está Ambrosio, ese cabeza loca que va a terminar con mis nervios. Pero me gustaría saber de mi padre. Quizá celebre la noche solo y perdido entre sus demonios. No debe de estar pasándolo bien por las noticias que me han llegado. Y por otro lado está Clemente, que se ha ido y me ha dejado aquí como si yo no le importara, con todo lo que está sucediendo y él se va. Tanto que decía que quería casarse conmigo y

mira, le faltó tiempo para largarse a Vargas sin mirar atrás. ¡Y la guerra, Martina, eso es lo peor! Esta incertidumbre que nos invade, que nos llena el alma de pena, que nada más que augura daños, pesares, dolor y rabia.

»A veces pienso que la vida no es lo mejor que nos puede pasar, tenemos que sufrir todos los días. Cada instante que somos felices lo pagamos con meses de dolor. Cada sonrisa, con cientos de lágrimas, y cada momento de amor, con mil ratos de penar.

—Chica, me estás encogiendo el corazón. Deja de pensar todas esas cosas y vamos a alegrarnos.

»¿Por qué no vienes un momento al comedor? Marifé ha puesto música y los niños están bailando como locos. Vamos con ellos. Olvida todo eso que tienes en la cabeza y disfruta del momento. En un rato empezará a llegar la gente, ¿Por qué no te quitas el uniforme y te pones un vestido? Mira, ¿ves como yo me he puesto el mejor que tengo? ¡Venga, mujer, que esos ojos verdes resalten más que nunca!!

—Creo que tienes razón, voy a intentar pasar una buena noche. —Susana se limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas con el delantal—. ¡Estás en lo cierto, compañera! Esta nostalgia no puede fastidiarme. Quién sabe lo que pasará el próximo año. Voy a vestirme antes de que lleguen.

Martina se alegró de la decisión que había tomado Susana. Se levantó y se dirigió al salón, pero no tuvo tiempo de llegar. El timbre de la puerta sonó, eran cerca de las ocho de la noche y posiblemente los invitados ya estaban llegando.

Carlos y su madre Adela, la familia de Laura, fueron los primeros.

Con una mirada vergonzosa, saludaron a Martina que rápidamente se acercó a ellos y los recibió con un par de besos en las mejillas. Antes de pasar el quicio de la puerta, se limpiaron los pies fuertemente en el felpudo. La mujer extendió sus manos y le entregó lo que traía.

—Es una botella de vino que tenía mi marido en casa. Siento no tener nada más para traer —dijo la madre de Laura.

Martina le agradeció el detalle y le advirtió que no era necesario que viniera con nada.

Adela, mientras se quitaba el abrigo, admiraba la casa. La lámpara llamó su atención, las lágrimas de cristal que colgaban de ella le hicieron pensar en lo mucho que debía de costar limpiarlas. Se fijó en el gabanero de roble sobre el que Martina colocaba los abrigos y en la alfombra que llenaba la entrada. Pronto los niños aparecieron en el vestíbulo y saludaron a Carlos. Le conocían de otras ocasiones y jugaba con ellos siempre que los veía. Rápidamente le cogieron de la

mano y lo llevaron a la sala. Adela los siguió animada por su hijo. La mesa preparada con todo lujo de detalles llamó poderosamente su atención. Se acercó y examinó con la mirada cada uno de los objetos que había sobre ella.

—¿Qué le parece, doña Adela?

—Niñuca, quítame el «doña», que no estoy acostumbrada.

»Me parece una maravilla, en la vida había visto una mesa como esta, y pensar que vamos a cenar en ella… No sé, me da como miedo, mancharemos el mantel, y mira qué hilo, ¡es espléndido!

De nuevo el timbre sonó. En esta ocasión eran Amada y Dori, que llegaban envueltas en unas grandes bufandas.

Todos los comentarios que habían vertido sobre ellas habían ocasionado la ruptura de las buenas relaciones que siempre mantuvieron con sus vecinos. No con todos, pero sí con alguno de ellos. Por eso este año no podían celebrar aquella noche como lo habían hecho el anterior.

Cuando Ana se enteró de lo que ocurría, no dudó en invitarlas también a celebrar en Las Carolinas.

Las mujeres acudieron con una cazuela llena de caracoles. Dori los preparaba muy bien tal y como su madre le había enseñado. Los recogía durante el año y los iba metiendo en una malla; cuando llegaban estas fechas, se acercaba al mar y los lavaba y relavaba hasta dejarlos sin rastro de baba.

Los siguientes en llegar fueron Ambrosio, Daniel y Enrique. Venían de domingo, con sus camisas blancas y su mejor americana. Enrique incluso traía en el bolsillo superior un pañuelo que asomaba tres picos y fue motivo de burla por parte de los demás.

Ana abrió la puerta de la cocina y como siempre hacía entró por ella. Se acercó a los fogones y destapó las cazuelas. Olía todo de maravilla; la boca se le hizo agua y buscó con la mirada a la artífice de todo ello. Pero no la encontró. Pensó que quizá estaría con el resto de la gente en el salón.

Se disponía a salir cuando oyó un sollozo. Se paró y escuchó unos gemidos que llegaban de la habitación de Susana, se acercó a la puerta y pegó la oreja, apreció como alguien lloraba dentro. Llamó y sin esperar respuesta abrió.

Tirada en la cama boca abajo y cubriendo su cara con la almohada estaba Susana envuelta en un mar de lágrimas.

—Pero, mujer, ¿qué te pasa? Vamos, ¡mírame!

—Perdona, Ana, hoy tengo un día muy malo. Tengo el corazón encogido. Estoy con el ánimo por los suelos. No me gustaría fastidiar la noche, he intentado reponerme, pero me está costando mucho. Y

qué tontería, ¿verdad? Si dijéramos que es la primera Navidad fuera de casa, podría entenderlo, pero no es así. Además, tengo la suerte de tener a mi hermano, que seguramente ya ha llegado, pero no sé por qué llevo todo el día acordándome de mi madre y de mi padre.

—Bueno, levántate. Mira lo guapa que estás. Sí, tu hermano ya está aquí, ha venido con nosotros, pero ellos han entrado por la otra puerta, por eso no le has visto aún.

—Pues voy a hablar con él, antes de nada. Llevo días intentando verlo. Estoy preocupada sobre todo por mi padre, el otro día una renovera amiga del pueblo no me dio buenas noticias y quiero saber si mi hermano está involucrado.

—Bueno, mujer, tú no hagas caso de las habladurías. En estos tiempos, todos tenemos enemigos, y unos y otros hablamos mal del contrario. Seguro que no es tan grave. Pero si te quedas más tranquila ahora le digo que venga y habláis aquí con calma mientras llegan Laura y Gloria, que creo que son las únicas que faltan.

Ana salió y, después de subir a su habitación para dejar el abrigo, entró en la sala saludando a todos los presentes.

Se acercó a Ambrosio y le pidió que fuera a la habitación de Susana, advirtiéndole de que estaba un poco sensible, que procurara no discutir con ella y ayudarla a pasar una buena velada.

El muchacho pasó por la cocina y su mirada se centró sobre el brazo de gitano. Los ojos se le llenaron de lágrimas; al igual que Susana recordó a su madre.

Golpeó suavemente la puerta y entró. Su hermana estaba sentada sobre la cama y se puso en pie al verlo.

Conversaron durante un rato, la cocinera le contó lo que había pasado en el mercado y él le comentó que ya sabía de las detenciones que hablaba. Pero también le dijo que tal y como ella pensaba su padre no había tenido nada que ver con aquello. Él seguía con su vida, sin meterse con nadie. Quiso quitar hierro al asunto y mientras la abrazaba con cariño le pidió que dejara de pensar en esas cosas. Le prometió que iba a informarse sobre lo que realmente había pasado y que, si fuera necesario, protegería a su progenitor en lo que pudiera.

Laura y Gloria salieron del hospital agotadas. Había sido un día muy largo y lo que menos les apetecía a las dos era ir a cenar. Laura además estaba triste pensando en Felipe, en la suerte que habría corrido. Por su parte, Gloria tenía sentimientos encontrados. Se había dado cuenta de que sentía por Ambrosio algo que podía parecerse al amor y, aunque intentaba olvidarse de él fijando su atención en otros

hombres, no lo conseguía. Su cabeza lo recordaba continuamente, intentaba saber lo que hacía y dónde estaba, preguntando con cuidado a sus amigos.

Se vistieron en una de las estancias de las caballerizas destinadas al menaje, en ella había sábanas, colchas, mantas, toallas, empapadores y demás necesario.

El día anterior habían llevado la ropa que se iban a poner aquella noche para no estar pendientes. Por suerte para ellas, porque después del bombardeo seguro que Gloria habría perdido o al menos destrozado sus prendas.

Laura se puso un vestido de corte camisero en color azul marino con el cuello y los puños blancos y se colocó un sombrero del mismo tono con una pequeña pluma marrón que ella misma había confeccionado.

Gloria para aquella noche eligió una falda de tubo en color marrón y una camisa de gasa beis, sobre la que se colocó un chaleco, de la misma tela que la falda, que le hacía parecer una intelectual; su sombrero era de fieltro marrón con una cinta del mismo tono que la camisa. Estaban las dos muy guapas.

Como no había espejos donde mirarse, los labios se los pintaron la una a la otra, se pusieron unos polvos sobre sus mejillas y se perfumaron con agua de colonia. Después salieron deprisa. Habían quedado con uno de los conductores de ambulancia para ver si las podía acercar al centro de la ciudad al menos, pero el muchacho al verlas tan arregladas no consintió dejarlas en el ayuntamiento y las llevó hasta la misma puerta de Las Carolinas con la sirena sonando.

Hacía un rato que todos esperaban con ganas la llegada de las enfermeras. Mientras, tomaron unas aceitunas de las que guardaban en la despensa desde hacía meses. Sobre la mesa también había unos pequeños canapés que Susana había elaborado con poca cosa que encontró. La música seguía sonando, nadie quería que dejara de hacerlo, era una forma de olvidar, de refugiarse entre esas cuatro paredes e intentar vivir el momento.

Ana, Daniel y Ambrosio, alejados un poco del resto, comentaban, como no podía ser de otro modo, la falta de noticias de Felipe; ellos también estaban preocupados por lo que le hubiera podido pasar y sufrían pensando que en cualquier momento las noticias que recibirían no iban a ser las que ellos deseaban.

Ana encendió un cigarrillo y salió al jardín después de ponerse sobre los hombros una toquilla que apaciguara el frío de aquella noche invernal. Los chicos se quedaron charlando dentro, no se dieron cuenta de que faltaba la muchacha hasta pasados unos minutos. Justo

al percatarse de su ausencia, el timbre sonó incesante, como si quien llamara tuviera mucha prisa por ser recibido.

Igual que si de un vendaval se tratase, los gritos, la alegría y la vitalidad de Gloria llenaron la casa. Era como el cascabel dentro de un sonajero.

Besó a todos y les felicitó la noche, cogió en brazos a los niños y bailó con ellos. Abrazó a su tía durante un rato y mientras lo hacía agarró la mano de Dori con fuerza.

—Pero, niñuca, ¿qué te pasa?, ¿has bebido más de la cuenta?

—No, tía, estoy viva y hoy podía haber muerto, solamente estoy feliz de verla.

Laura, que iba tras ella saludando, le aclaró a Amada lo que le había pasado a su sobrina para que entendiera el motivo de su algarabía.

Si alguien hubiera visto aquella mesa de Nochebuena y no supiera dónde estaba, bien podía imaginar que era cualquier lugar del mundo que no estuviera en guerra.

Por unas horas consiguieron olvidar las bombas, el miedo, el horror de los cuerpos mutilados y ensangrentados, el hambre y hasta la pena.

Cantaron y bailaron como hacía tiempo que no lo hacían, rieron, contaron aventuras de unos y otros, anécdotas que llenaban de carcajadas el salón y hasta brindaron en copas de cristal de Murano con sidra por la paz y la salud de todos y cada uno de los que allí se encontraban.

Eran cerca de las doce y media de la madrugada cuando sonó el timbre de la candela.

El silencio se hizo en el salón, incluso Susana y Martina que estaban en la cocina preparando el postre cejaron su labor y se quedaron inmóviles.

—¿Esperáis a alguien? —dijo Ambrosio.

—No, a nadie. No sé quién puede llamar a estas horas —contestó Ana.

De nuevo sonó el timbre.

El silencio era total. Ambrosio se dirigió con la mirada a Daniel y le dijo que salieran a ver quién era. Ana les indicó que antes de abrir preguntaran, quizá algún gracioso podía haber tocado.

Los dos hombres salieron despacio. Uno de ellos abriría la puerta y el otro se quedaría tras ella por si se trataba de algún tipo de ataque. Daniel tomó la tranca de hierro que estaba cruzada en la puerta y se colocó tras ella. Antes de abrir Ambrosio preguntó quién era.

—¡Abrid, soy yo!

Ambos se miraron, quisieron reconocer la voz del hombre que

había al otro lado. Tras una de las ventanas de la casa, las chicas miraban, habían apagado la luz para que no se las viera desde fuera.

—¿Quién eres?

—¡Felipe, joder! ¡Quién voy a ser! ¡Abrid de una vez, que estoy helado!

Daniel tiro la barra y se apresuró al pestillo, pero Ambrosio, receloso, volvió a preguntar.

—¿Felipe qué?

—¡Coño, Ambrosio, abre de una puta vez!

De nuevo se miraron, aunque les costaba creerlo era él.

El portón se abrió y allí estaba su amigo, muerto de frío, con una bufanda enrollada a su cuello. El muchacho se quitó la gorra que llevaba puesta y abrazó a sus amigos. Cerraron corriendo la puerta y caminaron hacia la casa.

—¿Quién coño es ese? —dijo Gloria apiñando los ojos para intentar así ver el rostro del hombre.

—¡Es mi Felipe! —gritó Laura.

La joven abrió la puerta y corrió a los brazos del muchacho que nada más verla hizo lo mismo.

A su alrededor, todos miraban atónitos cómo la pareja se besaba, se abrazaba y no dejaba de decirse lo mucho que se querían. El resto casi con lágrimas en los ojos se felicitaba por tener de vuelta a su camarada.

Una vez dentro, Felipe les contó dónde y qué había estado haciendo. Por suerte la misión había salido bien. Solamente encontraron un control a la salida de Valladolid. El resto del camino, que fue largo y tedioso, lo hicieron por carreteras poco transitadas, caminos por los que seguramente sería incapaz de volver. Y que tuvo nervios, muchos nervios. Pero las armas estaban donde tenían que estar y sus camaradas, a salvo, listos para partir en un barco rumbo a América.

—Bueno, y ahora que ya os he contado mi odisea, ¿sería posible que me dierais ropa de persona normal? Me está saliendo urticaria de llevar estos ropajes, no sé cuándo fue la última vez que me puse una camisa limpia. Y, claro, viendo que todos estáis de domingo, me da hasta vergüenza.

—Por supuesto, seguro que algo de mi tío te cae bien, ven conmigo —contestó Ana.

Aquella había sido una noche para recordar. Una noche que quedaría en la memoria de todos y cada uno de ellos. Una noche llena de alegría donde sus pensamientos negativos habían pasado a un segundo plano y solo la sonrisa de aquel que tenían enfrente había

sido el centro de atención. Una noche que, sin lugar a dudas, se merecían.

31

Los días pasaban entre el frío del invierno, la lluvia incesante de la ciudad y el miedo. Esa sensación que helaba la sangre erizando el vello, el temor, siempre estaba presente, era algo que desde que se habían producido los primeros bombardeos ninguno de los ciudadanos podía quitarse de la cabeza, pero, a pesar de esa percepción terrible, la vida continuaba.

Era domingo y el sol brillaba, incluso calentaba para la época invernal del año. Días de Navidad en los cuales las voces alegres de los niños entonaban villancicos que salían de sus gargantas bien cubiertas con bufandas de lana desgastadas y que acompañados de zambombas y panderetas alegraban las calles y plazas de la ciudad, intentando con ello mantener algo de ese espíritu navideño que el recuerdo de tiempos pasados hacía que revivieran con nostalgia los ciudadanos.

Martina había acompañado a Marcos y a Pedro al Barrio Obrero. Junto a un grupo numeroso de pequeños, los niños iban de puerta en puerta esperando los aguinaldos que los vecinos les daban; unas pocas monedas, bizcochos, nueces y frutas eran algunas de las cosas con las que les obsequiaban.

Susana charlaba en la cocina con Ana. Aquella mañana la joven no madrugó y ya bien entrada la mañana, sentadas tranquilamente, tomaban un café al calor de la lumbre mientras hablaban de sus cosas.

—Te va bien con Daniel, ¿verdad? Es un chico muy majo, has tenido suerte; además de compartir vuestras ideas, habéis congeniado de maravilla. Me alegro mucho por vosotros. Yo sin embargo aquí me quedé, compuesta y sin novio.

—No digas eso, Susana. Clemente volverá en cualquier momento. Es normal que se fuera. Cuando habló conmigo, yo le animé a marcharse. Tengo la culpa de que te sientas mal, lo lamento. Quizá le tenía que haber dicho que se quedara y buscarle un trabajo, algo hubiéramos encontrado, pero en ese momento, y perdóname, no pensé en ti.

»Voy a hacer una cosa, hablaré con algunas personas, conozco gente que le puede dar trabajo, le escribiremos y volverá, verás como sí. Volverá enseguida.

—¡Qué estás diciendo, mujer! No soy ninguna niña a la que hay que contentar. Estamos hablando, nada más. Poco importa lo que tú le dijiste. Él se fue porque quiso hacerlo, no porque tú le animaras a ello. Además, es mejor así, no ha escrito ni una sola carta desde hace dos meses que partió.

»Yo no le voy a rogar a nadie que esté conmigo si no quiere. Y, entre otras cosas, este no es el mejor momento ni para enamorarse ni para nada.

—Bueno, chica, qué negativa estás últimamente. Te voy a decir una cosa, aunque no me creas: no te hagas mala sangre, que Clemente va a volver, y además lo hará por ti, si solo hay que ver la cara que pone cuando te ve.

Susana la miró y esbozó una sonrisa de incredulidad. Movió la cabeza de lado a lado y, tomando la taza ya vacía, se acercó a la fregadera.

—Ana, te agradezco tus palabras, pero creo que soy pesimista con razón. Es más, estoy convencida de que está con otra. En una ocasión le escuché hablar con Enrique y decía algo así como que había en el pueblo una moza con la que había tenido relación desde pequeño. Por eso imagino que, al volver, habrán retomado la historia.

—¡Acabáramos! ¡Eso es lo que tienes tú atragantado! Que esté con otra. Pues mira, si está con otra es porque no era para ti. ¿Sabes lo que te digo? Si alguien no quiere estar contigo pues… ¡aire! Hay muchos peces en la mar, chica. Por cierto, no he oído a los terremotos esta mañana, ¿dónde andan?

—¿Los niños? Se han ido con Martina a cantar villancicos. ¿Qué te parece? Esta mujer ya no sabe qué hacer para que los críos estén contentos. Ya sabes que están en el coro del colegio y el otro día un grupo acordó ir a cantar en Navidad, y los pequeños encantados, y como Martina no sabe decir que no, por ahí anda dando vueltas con ellos, y creo que con Enrique, que lo ha liado para que la acompañara. No quiero ni pensar lo hambrientos que van a venir.

—Eso seguro. Esta tarde podíamos hacer algo todos. Desde que todo esto empezó los domingos ya no son lo que eran. Podríamos ir al cine y después a tomar unos chiquitos o incluso a bailar. ¿Te apuntas? Laura y Gloria están trabajando ahora, así que tendrán la tarde libre. Me apetece que salgamos las cuatro, nos merecemos una fiesta; también podemos quedar con los muchachos, pero estaría bien que fuéramos solas.

—A mí me parece estupendo. Mira, a pesar de lo negativa que estaba hace un rato, no te voy a negar que me apetece mover el esqueleto. ¡Me apunto! No vaya a ser que ande por ahí el amor de mi

vida y me lo vaya a perder.

Las dos sonrieron.

Laura repasaba unos documentos en el control cuando Gloria se acercó a ella. Hacía días que no se veían, en realidad desde la cena de Navidad no habían cruzado palabra.

La chica desde que llegó Felipe había pasado todo el tiempo con él. La misma noche en la que volvió, buscaron una pensión en el centro y no habían salido de la habitación hasta aquella mañana de domingo, y solo lo hicieron porque Laura tenía que volver a su trabajo.

Gloria se acercó por el pasillo, moviendo las caderas y haciendo gestos alusivos llamando la atención de su amiga.

—¡Pero qué cara más sonriente y lustrosa tiene alguna! Cualquiera diría que no ha dormido. Aunque también puede ser que haya dormido tanto que de ahí esa expresión; esos ojos chispeantes, esa sonrisa burlona, ese meneo de caderas… ¡Pero si te brilla hasta la frente, chica! ¡Madre mía, no quiero imaginarme cómo lo has pasado! Entre otras cosas, porque me muero de envidia.

—¡Calla, chica, que anda la monja por ahí!

—Venga, cuenta, anda. No me dejes con las ganas de saber.

—Qué te voy a contar, mujer. Pues nada, hemos hablado, me ha contado lo que ha estado haciendo y eso.

—¿Y eso? Eso… ¿Qué?

—¡Uf, cómo eres! No me tires de la lengua, ya sabes que no me gusta hablar de esas cosas. ¡Eso es para hacerlo, no para contarlo! ¡Y ya! Anda, sigue, que como te pillen aquí la vas a tener.

—Qué sosa eres. Desde luego…, qué te costaba decirme al menos si lo has pasado bien, si has visto las estrellas, si has subido al cielo, si has sudado de lo lindo… Esas cosas, mujer.

—¡Pesada! Pues sí, todo eso y más. ¡Tira, que al final me lías!

—Pero vamos a ver, ¿te han temblado las piernas cuando te has levantado de la cama o no? Porque, si no, es que no ha sido suficiente.

—¿Las piernas? Pues no, estoy estupendamente.

—Ves, pues todavía te faltó un poco. —Rio con una carcajada.

—¡Qué bruta eres! Calla, anda.

—Sí, mucho, pero no me he comido una rosca desde hace tiempo ya. Y estoy que me subo por las paredes. Esta tarde me voy al baile, le diré a las chicas si quieren venir, a Susana le vendrá bien, la encontré un poco mustia el otro día.

»Claro, Ana y tú, como tenéis novio, pues no sé si vais a querer venir.

»Así que… iré a buscar a Susana, que, como te digo, necesita también un poco de fiesta para alegrar la cara.

—Yo me apunto, cuenta conmigo. Felipe va a pasar el día con sus padres. Me voy con vosotras.

—Vale, estupendo, a la salida nos vemos y ya quedamos.

Transcurría la mañana tranquila cuando, sin saber muy bien cómo, el cielo emitió un sonido que rápidamente todos reconocieron.

A continuación, las sirenas comenzaron a sonar ensordeciendo a la ciudad. Todos corrían de nuevo hacia los refugios en busca de cobijo, otra vez la oscuridad de aquellos zulos acondicionados para salvaguardar a la gente.

Susana y Ana bajaron al sótano, estaban solas en casa; los niños y Martina aún no habían vuelto y Marifé, que había decidido ir a dar un paseo, tampoco se encontraba allí. Era muy probable que estuvieran juntos los cuatro, al menos eso le pareció entender a Ana cuando su hermana se había despedido.

Estaban inquietas y nerviosas pensando en la suerte que podían correr todos ellos. Los proyectiles en esta ocasión se sentían cercanos, parecía que no estaban muy lejos de la casa de Las Carolinas. Con cada una de las explosiones que las bombas provocaban se sentía vibrar el suelo. Las dos mujeres se abrazaron sin mediar palabra.

Trimotores Junkers Ju 52 y biplanos de caza Heinkel He 51 sobrevolaban Santander. Aquel día el ataque era terrible, los aviones habían entrado por la parte oeste. Era como si hubieran salido del mar. El cielo estaba lleno de ellos, el número era superior al de otras ocasiones, sonaban diferente, con más fuerza, o quizá volaban más bajos que otros días. Parecían poderosos, más grandes, más ruidosos y sobre todo más peligrosos. Las bombas comenzaron a caer sobre las casas del Barrio Obrero, sin miramientos, sin tener en cuenta que aquellas eran solo las viviendas de trabajadores que a nada ni nadie habían hecho daño alguno.

Marcos y Pedro corrían sin saber dónde esconderse. Se habían despistado y no encontraban a Martina y Enrique. De la mano, los dos se metieron en un portal, pero no resistieron mucho tiempo. Desde dentro, vieron cómo la casa de enfrente saltaba por los aires y se asustaron; sin mirarse, salieron corriendo en busca de un lugar más seguro, pero los nervios y el miedo les impedían pensar.

Martina, al igual que los niños, iba refugiándose de un edificio a otro sin tener en cuenta que podía ser alcanzada por algún proyectil, lo único que pensaba era en la suerte que podían haber corrido los

pequeños. No se dio cuenta y se despistó de Enrique, por más que miraba no conseguía verlo. Pero su preocupación eran los pequeños. No se perdonaría jamás si les pasara algo, ella les había incitado a que aquella mañana salieran a la calle.

Cada vez más cerca, cada vez más ruido, fuego, gritos, llantos de desesperación y muertos sobre la calle era lo que Martina veía. Los aviones sobrevolaban una y otra vez, soltando desde sus bodegas un número incalculable de misiles que causaban todo tipo de ruina sobre el barrio.

A lo lejos, entre el polvo y las llamas, Martina creyó ver a dos niños que de la mano corrían. Gritó sus nombres hasta quedarse sin voz, pero los pequeños no respondían ni se volvían, seguían corriendo, alejándose de ella sin mirar atrás ni en una sola ocasión.

Ante sus ojos, y sin poder hacer nada, entre ella y los niños una bomba cerró el paso. Se quedó quieta, totalmente inmóvil, con las rodillas clavadas en el suelo y cubriéndose la cabeza con ambas manos. Sus oídos se quedaron sordos, y sus ojos llenos de polvo la impedían ver con claridad. Intentó levantarse, pero el humo inundó sus pulmones y comenzó a toser, a sentir como sus vías respiratorias se atoraban. Mientras trataba de recuperar el aliento, dirigía su mirada a ambos lados e intentaba ver más allá del lugar donde el proyectil había caído, pero no conseguía distinguir nada con nitidez.

Humo, polvo, fuego, gritos y llantos era lo único que sentía a su alrededor mientras sus oídos emitían un pitido constante que hacía imposible escuchar con claridad.

Martina se levantó, se puso en la boca y la nariz el pañuelo que llevaba anudado al cuello y, sin pensarlo dos veces, atravesó la línea de fuego que tenía delante de ella. Era necesario hacerlo para poder llegar al lado de aquellos pequeños y ver si eran sus niños. No sabía cómo, pero lo había conseguido.

Caminó despacio, cada vez más lentamente ante la proximidad de los pequeños que, tendidos en el suelo, estaban quietos, boca abajo, con los zapatos fuera de sus pies y cubiertos de polvo y trozos de diferentes materiales. No se atrevía a moverse, intentaba identificar sus ropas, porque no tenía el valor suficiente para enfrentarse a aquella situación.

Susana y Ana abandonaron el sótano en cuanto dejaron de sentir las sirenas. Subieron rápido y salieron a la calle. Abrieron el portón de madera y miraron hacia los lados. El humo que venía en gran medida de su izquierda las hizo dirigirse hacia allí.

—¡Los niños, joder! —gritó Ana—. ¡Vamos!

Se cogieron de la mano y corrieron juntas. Apretaban tan fuerte sus manos que se clavaban las uñas. Llegaron al barrio y todo era desolación, un montón de heridos y muertos tirados en la calle. Las casas habían sido en su mayoría masacradas por las bombas; gritos y llantos se escuchaban por todos los lados, y sirenas, las sirenas de las ambulancias que iban llegando una tras otra, acompañadas de camionetas, coches particulares y carros que cargaban heridos.

Decidieron separarse para buscar a los niños, pero, sin tomar casi distancia la una de la otra, se miraron aterradas y volvieron a unirse.

En el hospital el caos había vuelto a reinar. Todos corrían a la espera de los heridos. Enfermeras, estudiantes, médicos, todos estaban pendientes, procurando hacer lo mejor que sabían y podían para ayudar a los cientos de personas que llegaban hasta allí.

El ataque había ocasionado muchos más daños que en otras ocasiones, sin duda había sido el más letal hasta aquel momento. Zonas de la costa como el ensanche de Maliaño, Marqués de la Hermida y Antonio López habían sido el objetivo, pero la peor parte se la había llevado el Barrio Obrero.

Gloria respiró hondo, estaba en la puerta como le habían indicado, recibiendo a los heridos más leves. Pequeños golpes, metralla clavada en lugares no fundamentales, roturas por caídas y un montón de heridas de ese tipo era lo que le tocaba atender. Lo primero que hacía era calmar con sus palabras el estado de nervios en el que llegaban algunos de ellos. Sobre todo, se trataba de niños y mujeres a los que el ataque los había pillado desprevenidos.

El llanto de un pequeño hizo que lo buscara con la mirada, le había resultado conocido. Al volverse localizó al herido. El niño se sujetaba una muñeca que tenía pegada al cuerpo y su cara estaba llena de sangre. Dejó al cuidado de otra de las enfermeras lo que estaba haciendo y se dirigió al pequeño. Le había parecido que era Pedro. A medida que se acercaba comprobó que por suerte no era él. Se alegró, aunque estuviera mal hacerlo, pero su pecho sintió desahogo. Calmó el llanto del pequeño y le preparó para que el doctor pudiera examinarlo, luego ayudó a colocarle un yeso en la misma y le llevó hasta una sala, a la espera de que alguien viniera a por él.

A Laura le había tocado la peor parte. Grandes y profundas heridas en las que había que poner las manos y hasta el alma para intentar contener el torrente de sangre. Un joven de apenas quince años se debatía entre la vida y la muerte. Para su desgracia no había perdido la consciencia y los dolores eran desgarradores. Una de sus piernas estaba sujeta por un poco de carne y lógicamente no la recuperaría. El

muchacho intentaba levantarse de la camilla para ver qué era lo que le pasaba y ellas trataban de evitar que lo hiciera, pero la fuerza de la rabia podía más que las manos de aquellas mujeres que no lograron evitar que el muchacho viera su herida. Al descubrir cuál era la situación se desmayó, momento que aprovecharon para sedarlo y llevarle al quirófano.

De forma inconsciente, tanto Laura como Gloria pensaban en los suyos, en si estarían bien o, por el contrario, habrían sufrido algún mal. Por eso, en cuanto tuvo un rato Gloria se coló en uno de los despachos, cogió el auricular del teléfono y marcó. Hizo un par de llamadas.

Lógicamente intentó comunicarse con Amada y con Las Carolinas, aunque de ninguna de las dos casas tuvo respuesta.

Martina lentamente se iba reponiendo del susto y del disgusto por haber perdido a los niños. La suerte había estado de su lado y ninguno de ellos había sufrido ningún mal. Los habían encontrado Ana y Susana escondidos entre un montón de escombros. Estaban muertos de frío porque habían perdido sus abrigos y bufandas, pero conservaban los dos sus panderetas.

Susana se marchó a casa con ellos. Ana en cambió buscó a su hermana Marifé entre las ruinas y el humo del barrio.

La joven no aparecía, ya no sabían dónde buscarla o cómo dar con ella. Ana estaba desesperada. Jamás imaginó que su corazón se sobrecogiera de aquella manera. En ese momento se dio cuenta de cuánto quería a su hermana y de que no podía imaginar la vida sin ella. Decidió volver a casa en vista de que no la encontraba.

Entró por la parte de la cocina. Allí estaban todos. Los niños, calientes y con ropa limpia, tomaban un tazón de sopa con un huevo cocido que Susana les había preparado.

—¿La has encontrado?

—Qué va. No sé dónde puede estar. Me haces por favor una tila, cárgala bien. Tengo el cuerpo agarrotado. No sé si son los nervios o el miedo a perderla.

El teléfono sonó y Martina corrió a contestar. Con tono leve, apenas un susurro, preguntó quién era.

—Martina, soy Marifé. ¿Qué tal estáis todos? ¿Está mi hermana en casa?

—¡Ana! ¡Ana! ¡Es Marifé!

Ana salió deprisa de la cocina, al levantarse golpeó con el brazo la taza de la tila y todo se derramó por la mesa, pero no le prestó

ninguna atención.

Marifé, en lugar de ir al encuentro de los niños, había decidido dar un paseo. Se había encontrado con una compañera de la escuela de enfermeras y ambas, en cuanto sintieron los primeros aviones, corrieron a urgencias por si podían ser de ayuda. Desde entonces estaban en el Hospital Valdecilla ayudando al resto de profesionales en lo que fuera menester.

En cuanto Ana tuvo la explicación de su hermana, el susto se olvidó, y dio paso a un ataque de ira que desembocó en una regañina a su hermana por la falta de consideración hacia ella. Habían sido las cuatro horas más largas de su vida.

—¡Está bien, tienes razón, perdóname! Pero ahora escucha, tengo algo que decirte y lamento que tengas que ser tú la que trasmitas lo que te voy a decir.

—Dime, ¿qué pasa?

—¡Es Enrique! Ha llegado al hospital, una bomba lo ha alcanzado, pero nada se ha podido hacer por él. Ha fallecido.

—¡Qué dices, mujer! Pero ¿cómo se lo digo a Martina?

Martina estaba detrás de Ana y al escuchar su nombre rápidamente pregunto qué había pasado.

—Lo siento, Martina, me está diciendo mi hermana que Enrique…

No la dejó continuar.

—¿Enrique ha muerto?, ¿es eso lo que me vas a decir? ¿De verdad? ¡Dime que no es cierto, dime que no!

—Lo siento. Ha fallecido en el hospital, no han podido salvarlo.

La muchacha cayó de rodillas y con las manos en su cara lloró desconsolada. Susana había escuchado la conversación y se acercó rápidamente a ella. Debía consolar a aquella pobre muchacha que acababa de perder a lo más parecido que tenía a un familiar, ya que era huérfana y no contaba con nadie más en el mundo.

A medida que avanzaba la tarde, las noticias que llegaban sobre las consecuencias del ataque aéreo eran desoladoras. Por un lado, el número de muertos que parecía crecer por minutos y, por otro, los heridos que se contaban por decenas.

Ana llamó al periódico, seguramente sus compañeros estarían allí y podrían darle razones o quizá necesitaran de su colaboración. Pero lo que recibió fue una negativa. Le pidieron que no se moviera de casa. La situación era terrible. Las represalias habían comenzado de la mano del comisario Neila y del gobernador civil.

Analizada la situación, en principio se pensó que los aviones tenían diferentes objetivos: la estación de ferrocarril de la costa, ya que se sabía que había batallones de asturianos dispuestos a partir para

reforzar el frente vasco; el cuartel de María Cristina en el Alta, y los depósitos de Campsa próximos a la bahía. Pero, por alguna razón, los bombardeos se centraron sobre las zonas de uso civil y ocasionaron un derramamiento de sangre que hizo mucho daño.

Por este motivo, la venganza se apropió de la coherencia y, sin más miramientos, se tomó la decisión de dirigir el foco hacia el barco-prisión Alfonso Pérez, lugar donde desde el principio de la contienda se albergaban cada vez más personas acusadas de deslealtad a la República. A las pocas horas de terminar el ataque, un grupo numeroso de milicianos se dirigió hasta el lugar y, propinando todo tipo de improperios, asaltaron el buque con la inestimable ayuda de los vigilantes. Cientos de reos fueron heridos y alguno perdió la vida. Era precisamente allí donde estaban encarcelados los militares afines a los sublevados y hombres con apellidos significados con los nacionales. Pero no quedó en eso. Por la tarde y ya organizados al mando del comisario Neila, las fuerzas vivas de la ciudad se acercaron al barco. Una vez allí los mandos ordenaron fusilar a un número importante de presos.

Cuando por la tarde Felipe y Ambrosio llegaron a la casa y les contaron a los demás lo sucedido, las lágrimas de todos asomaron en sus ojos. No podían dar crédito a una matanza así. Entre los muertos estaba Marcelino, el padrastro de Laura. Daniel, en su afán de protegerlo, lo había enviado al Alfonso Pérez hacía unos días. Lo sacó de la checa instalada en el ayuntamiento, esperando con ello poder ponerlo en libertad lo antes posible, a pesar de que el hombre continuaba obcecado y sin querer bajar el tono de sus declaraciones. Lo cierto fue que nada había podido hacer por salvarlo en aquella ocasión. Cuando quiso darse cuenta del peligro que corría, ya era demasiado tarde, y al llegar a la cubierta del barco encontró su cuerpo junto al de muchos otros presos que habían pagado el ataque aéreo con su vida. Sin lugar a dudas aquella había sido una jornada dura para la ciudad; unos y otros, sin importar la ideología, habían sufrido en sus carnes el horror de una guerra que cada vez se recrudecía más.

Sentados alrededor de aquella mesa de madera conversaban sobre lo ocurrido intentando buscar algún sentido a todo aquello. Susana hizo una pregunta que revolvió el ambiente.

—¿Alguien me puede decir por qué tenemos que estar en un lado o en otro? Al final, los que tienen el poder no sufren, somos los de a pie los que pagamos las consecuencias, los azules y los rojos me dan igual. ¿Por qué no termina esto de una vez? Dejemos que entren los nacionales y ya está. ¿De qué sirve luchar, a ver?

—Bueno, Susana, hoy no es un buen día para este tipo de discusión

—contestó Ambrosio—. Entiendo que para ti no es fácil. Pero lo que estamos haciendo es lo que toca. Y sí, hay que luchar, claro que sí, por nuestra libertad, por nuestros trabajos dignos, para que no nos exploten ni nos pisen, como si fuésemos cucarachas. Hermana, sé que no lo entiendes, pero todas las cosas tienen un motivo. Lo que hemos conseguido no podemos dejar que se desvanezca. Por eso hay que luchar.

—Dime, ¿qué es lo que hemos conseguido? Porque yo no noto nada, estamos igual que antes de la República. Qué diferencia hay de servir hace unos años a hacerlo ahora.

—Susana, eso no es cierto y lo sabes. Las mujeres hemos ganado, poco, es cierto, pero esto debe ir a más. Y solo será así si mantenemos la República en pie. Por lo tanto, lucharemos hasta el último aliento. Al menos yo lo haré. Tú, si crees que debes doblegarte, lo tienes fácil, y no seré yo quien haga nada para convencerte de lo contrario —dijo Ana.

—Pero ¿no veis que hoy ha sido el padre de Laura, por un lado, y el pobre Enrique, por otro? Mañana podemos ser cualquiera de nosotros.

—Esto es una guerra, Susana. No hay que dar vueltas, o estás de un lado o de otro. Aunque intentes ser imparcial no lo vas a conseguir. Y, si no luchamos, lo único que conseguiremos es que nos maten a todos —dijo Felipe.

—Por hoy creo que está bien de charla, no vamos a llegar a buen puerto en esta conversación. ¿Qué os parece si nos acercamos hasta casa de Laura a darle el pésame a su madre y a su hermano? —preguntó Ana.

—Joder, Ana, vaya ideas que tienes. ¿Cómo crees que nos va a recibir esa mujer sabiendo que estamos del lado de los que han matado a su marido? —contestó Ambrosio.

—Esa mujer es más roja que cualquiera de los que estamos aquí. Lo único que hará será mostrar agradecimiento. No podemos dejarlos solos en estos momentos —intervino Gloria.

Susana mostró su desagrado ante la respuesta de Gloria y así lo hizo notar.

—¿Y tú como sabes si esa pobre mujer es roja o azul? Estoy harta de esos calificativos. Yo lo único que sé es lo que os he escuchado a todos vosotros, y es que hoy ha muerto un número importante de personas, que seguramente nada habían hecho para estar en este momento dentro de una caja de pino. Eso con suerte, porque lo más probable es que los tiren a todos en una fosa sin dar motivo ni razón de ellos.

Ambrosio se acercó a su hermana y poniendo la mano sobre su hombre le contestó:

—No des más vueltas a esto, estamos en guerra y, desgraciadamente, en la guerra todo vale. Es verdad que nos puede tocar a cualquiera de nosotros. ¿Tú qué crees, que no significarte te puede librar de la muerte en un ataque aéreo? Pues no, hermana. Yo respeto tu opinión, pero sabes que no la comparto. Lo siento.

En silencio, se fueron levantando todos de la mesa. Susana se quedó sentada con la cabeza gacha sin querer mirarlos, no por rabia, más bien por pena. Notaba que no sabía trasmitirles lo que sentía, que no era nada más que miedo a perderlos.

Los jóvenes se despidieron de ella. A pesar de tener diferentes opiniones sobre lo sucedido, y sobre lo que estaba pasando, respetaban su modo de pensar. Sus intenciones eran buenas. Solo buscaba la paz. Esa paz que se presumía lejana e incierta.

Susana se quedó en casa con los niños. La cocinera no estaba de humor. No tenía el valor suficiente para ponerse delante de Adela y darle el pésame. Le parecía un acto un tanto hipócrita, aunque también era cierto que ellos no habían tenido la culpa de lo que había sucedido en el Alfonso Pérez, es más, todos ellos habían afeado la acción que se había llevado a cabo contra toda esa gente.

32

Desde aquel fatídico domingo, las cosas no habían vuelto a ser igual. Un 27 de diciembre que posiblemente jamás podrían olvidar. Ya no había ganas de salir ni de fiestas ni de paseo ni de cine o baile, todo aquello quedaba pendiente para otro momento.

Las chicas, aunque continuaban con sus charlas, estaban faltas de alegría y de ganas de divertirse. Los muchachos estaban más ocupados que nunca y apenas aparecían por Las Carolinas.

Aún quedaba algo en la despensa, pero cada día la ración era más pequeña. Susana se las veía y se las deseaba para hacer el puchero. Por suerte para ella, Clemente estuvo durante dos semanas en casa y eso le alegró la vida. Comprobó que sí que la quería, en contra de lo que ella pensaba. Le había hablado de lo que estuvo haciendo, pero también de las ganas que tenía de verla, de abrazarla, de besarla y de charlar con ella durante horas como solían hacer. Hablaron de casarse y de irse juntos, él buscaría otro trabajo y ella estaría en casa cuidando a los hijos que tuvieran. Susana le había dicho que eso no era lo que ella quería, prefería trabajar. Le gustaba cocinar, quizá podrían alquilar un bar y dar comidas, así trabajarían para ellos, los dos juntos. A Clemente la idea no le había parecido mal. No fueron muchas las jornadas que estuvo con ella, pero sí las suficientes para darse cuenta de que su amor era verdadero. Volvió de nuevo al pueblo una mañana gris y fría de febrero, con la promesa de regresar pronto.

Los meses pasaban lentos, quizá el hambre, el frío y las penurias que todos estaban pasando hacían que tuvieran la sensación de que no avanzaban como en otras ocasiones. Las noches eran terriblemente amargas y los días estaban llenos de angustias y miedos, temores y penas que cada vez se agudizaban más.

En el atelier seguían cosiendo, más bien remendando. No llegaban las telas para poder hacer lo necesario, por lo que no les quedaba más remedio que utilizar todo aquello que les daban: ropas usadas o de personas fallecidas, recortes y trapos. pero se las ingeniaban para convertirlos en algo útil. Algunas habían comenzado a tejer jerséis, chalecos, bufandas, calcetines; todo aquello que sirviera para abrigar a los combatientes se hacía con lanas que reutilizaban.

Amada estaba triste, hacía semanas que Dori había enfermado, no sabían muy bien qué era lo que tenía. Apenas comía, no porque no hubiera el qué, sino porque su cuerpo no admitía alimento. Había bajado mucho de peso y casi todas las noches la fiebre subía sin saber la razón. Gracias a los conocidos que tenían, había podido ir a varios médicos, pero no se ponían de acuerdo en cuanto al diagnóstico. Unos decían que era un mal de estómago, otros que podía ser del pulmón, lo cierto era que cada día estaba peor.

—Creo que ha llegado el momento de dejarnos de memeces y de que vayamos a Valdecilla. Seguro que allí te atenderán muy bien, y verás como dan con el problema. Igual es una tontería, mujer. No entiendo por qué no quieres ir.

—Déjame, Amada. Yo sé lo que tengo. Lo mismo que tuvo mi madre. Y, si por ella no se pudo hacer nada, nada se podrá hacer por mí. Es una enfermedad de la sangre que provocará que poco a poco todos mis órganos vayan fallando. No tengo ganas de que me hagan pruebas y más pruebas ni de que me den medicamentos que no van a servir de nada y que nos van a costar un dinero que no tenemos.

—Es cierto, dinero como bien dices no tenemos, pero tenemos el atelier, hace tiempo que me lo quieren comprar, igual es el momento de venderlo. Eso nos permitirá pagar el tratamiento que necesites. Mañana mismo voy a hablar con el señor Bedia, él estaba interesado, su local se le había quedado pequeño y buscaba uno mayor y mejor situado. Me lo dijo hace menos de un año.

—No creo que ahora ese hombre esté interesado en nada. Estamos en guerra, ¿se te ha olvidado? Pero, si te empeñas, iremos al hospital; estoy tan cansada que ni ganas tengo que discutir contigo, cariño.

Tal y como habían quedado, Amada no dejó pasar un solo día y habló con Gloria para que ella le indicara cuál sería la mejor manera de entrar en el hospital. La joven le había dicho que fuera a urgencias. Allí las atenderían; además, ella se encargaría de hablar con alguna compañera para que estuviera pendiente.

Después de charlar con su sobrina y antes de volver al atelier, Amada se acercó hasta la calle San Francisco. La zapatería de Bedia aún estaba cerrada. El pequeño escaparate lucía poco calzado, al contrario que en otras épocas pasadas, cuando se amontonaban modelos y colores diferentes que llamaban la atención de los viandantes.

La mujer miró tras el cristal de la puerta. Al fondo, en el almacén, una pequeña luz encendida le indicó que el dueño ya estaba dentro del local. Tocó con los nudillos, posiblemente el hombre estaría preparando algún pedido o gestionando documentos. Tal y como

imaginó, al sonido de su llamada el señor Bedia asomó la cabeza. Se quitó los lentes para ver quién era la persona que llamaba y, al comprobar que se trataba de Amada, caminó hasta la puerta.

Hacía tiempo que no lo veía y notó que la edad había hecho mella en él. Su pelo estaba completamente blanco y caminaba encorvado. Era un hombre de buena planta, al menos así lo recordaba, pero lo cierto era que la imagen que proyectaba nada tenía que ver con la que ella rememoraba. Sus manos temblorosas agarraron la manilla de la puerta y tiró de ella hacia abajo, pero no abrió. Levantó la cabeza y con un gesto manual le indicó que esperara. Se volvió hacia el mostrador y tomó las llaves. Le costó atinar en la cerradura, daba la sensación de no ver bien, volvió a mirar y movió la cabeza. Por fin la puerta se abrió.

—Buenos días, Amada. Esta puerta se me resiste, tendré que ir hasta donde Ubierna a ver si me mandan a algún mozo para que le echen un vistazo. ¿En qué puedo ayudarte? Pero pasa, mujer, no te quedes en la puerta, que te vas a quedar de una pieza. Ya sabes lo que dicen de este mes: «Abrígate en febrero con dos capas y un sombrero».

—Buenos días. Sí que está fría la mañana, ya lo creo.

—Pues tú dirás. ¡Anda que madrugas, moza! Eso es que los vestidos se dan bien, y yo me alegro mucho. ¿No me digas que andas descalza y tienes prisa por unos buenos zapatos?

—No, qué va. Y, por cierto, ¡qué más quisiera yo que los vestidos que tuviera que hacer me hicieran no solo madrugar, sino incluso perder el sueño! Pero no está el negocio en su mejor momento.

—¡Qué me vas a decir, niñuca, que no sepa! Esta guerra o nos mata de una bomba o de hambre. Tú dirás qué te trae por aquí tan de mañana.

Después de la respuesta del hombre, Amada dedujo que su negocio no iba todo lo bien que ella creía y sintió vergüenza de la propuesta que venía a hacer, pero también sabía que el hombre tenía dinero. Estaba soltero y por no tener no tenía ni sobrinos, por lo que igual aún estaba interesado. Se atrevió a plantearle el asunto.

—Pues verá. Estoy pensando en cerrar el taller de costura, y como usted en varias ocasiones me ha dicho que le gustaba el local he pensado que igual le seguía interesando.

El hombre se bajó las gafas y la miró extrañado por encima de sus lentes, con un gesto de desconfianza que no le gustó a Amada.

—Llegas tarde. Estoy mayor y enfermo. ¿Ves mis manos? Tiemblan como hojas en otoño. Observa el escaparate. Cuatro pares mal contados tengo. Pero no es eso lo peor, lo malo es que hay días que no entran ni las moscas. ¿Quién va a comprar zapatos si no hay para pan?

Cierro yo también en cualquier momento. Ya lo siento. Siempre me gustó tu local, con ese sol espléndido que le da cada mañana y el ir y venir de gente constante. ¡Cómo hubieran lucido allí mis Oxford Brogue con su piel blanca y sus punteras y talones negros, los mocasines, los zapatos de salón…, y, fíjate lo que te digo, hasta las zapatillas de andar por casa! Pero… no pudo ser y ya, querida amiga, no será. Ya lo siento.

—Más siento yo que usted esté enfermo. No tenía idea de ello. Está bien, pues no le robo más tiempo, que seguro que está ocupado. Muchas gracias por atenderme.

—¡Qué más quisiera yo que estar ocupado! Pues nada, chavaluca. Espero que tengas suerte, tú y quienquiera que te compre el local, es sin duda uno de los mejores de Santander.

Amada se despidió del hombre. No estaba de suerte. Y lo peor es que no iba a resultar fácil vender. Quien tenía dinero en la ciudad no querría hacer tratos con ella. Eso lo tenía claro. Y desde luego no podía permitirse el lujo de vender a plazos. No era solución. Pero a lo que no iba a renunciar era que a Dori le atendieran su dolencia.

Lánguida, Amada caminó en dirección a la plaza de la Esperanza. Miró su cartera para asegurarse de que tenía bastante dinero para comprar un poco de pescado. Con suerte, para algo le podía llegar.

A pesar de la hora temprana, la plaza estaba muy ambientada, los pescaderos apañaban las piezas sobre los mostradores de mármol blanco colocando entre ellas ramitas de perejil que le daban alegría al expositor. Ya no se amontonaban los rapes, las merluzas, los chicharros, las almejas, los chipirones y los calamares sobre los mismos como antes, ahora se veían bien estirados y perfectamente colocados los pocos pescados que había a la venta. El sonido cantarín de las mujeres, que en su mayoría eran las que dirigían los puestos, gritándose de uno a otro, era la melodía diaria que sonaba entre aquellas paredes, pero faltaba alegría, se notaba un ambiente apenado.

Se dirigió hasta su puesto favorito, donde desde hacía años compraba. Mari la vio venir a lo lejos y la saludó con su mano enrojecida por el frío. Se pasó por su delantal azul añil las mismas y las colocó a ambos lados de sus caderas. La mujer la esperó con una sonrisa en la boca.

—¡Qué hay de bueno, Amaduca? Traes cara de pocos amigos. No me digas que ya alguno te ha jodido el día.

—Buenos días, Mari. Nada, todo bien. La Dori, que anda fastidiada y estoy un poco preocupada. Voy a ver si le llevo unos ojitos porque últimamente está como los chiquillos, apenas prueba bocado.

—No será nada, mujer, ya verás. Mira qué guapos están estos. Son

un poco pequeños, la verdad, llévate si no un lenguaduco, que, mira, están vivos aún. Y así coméis las dos, que a ti también te hace falta, te estás quedando muy chupaduca, mujer, pareces una sula.

—Pues sí, dame uno. Y ponme un puñado de almejas que haré un arroz también.

Tras ellas se colocaron dos mujeres. Estaban bien vestidas y, por su aspecto, no parecía que frecuentaran el mercado. Mari le hizo un gesto con los ojos y Amada se volvió. Al hacerlo las reconoció enseguida, eran dos clientas suyas. Aunque hacía mucho tiempo que no iban por el atelier. La modista educadamente las saludó, ya que las conocía desde hacía años. Pero las mujeres fingieron no saber quién era y dándole la espalda le negaron el saludo. Amada se volvió y miró a la pescadera, que no daba crédito a lo que acababa de ver. Amada levantó el hombro y movió su boca hacia el mismo lado. La pescadera se santiguó, seguía sin dar crédito a lo que sus ojos habían visto. La costurera pagó y cogió su compra despidiéndose de Mari.

Cuando la mujer se alejó, las señoras comenzaron a hablar entre ellas para más tarde dirigirse a la pescadera.

—Mari, no te parezca mal, pero, si sigues atendiendo a desviadas como esta, voy a tener que dejar de comprar aquí. Como ves y sabes, lo que sobra son puestos donde ir. Es desagradable tener delante a una… degenerada. ¡Qué horror!

Mari volvió a limpiarse las manos en su delantal y a colocarlas sobre las caderas. La miró fijamente y echó hacia delante su cuerpo. Con una sonrisa en la boca le contestó:

—Las pesetas son igual las suyas que las de ella. A la hija de mi madre no le viene nadie a decir lo que tiene que hacer. Como bien ha dicho con esa lengua de víbora que tiene, aquí hay donde elegir, lo que no es tan fácil es elegir a las buenas personas. Y ahora, si no le importa, tengo cola y la gente tiene prisa por ser atendida. Niñuca, te toca a ti, ¿qué te pongo? ¡Mira qué merluzas tengo, mira qué ojucos más brillantes tiene, si parece que está viva!

La mujer se puso colorada, agarró por el brazo a su acompañante y levantando la cabeza muy digna se alejó del puesto.

Mari y Amada se conocían desde niñas. Amada le había hecho muchas prendas cuando ella apenas tenía un céntimo y se las iba pagando como podía. Pero, además, cuando su madre enfermó, pasaba muchas horas en el atelier al calor del brasero mientras ella estaba en el puesto. Eran amigas y no iba a consentir que nadie hablara mal de ella en su presencia, y mucho menos que la amenazaran de una manera tan burda.

33

En la imprenta de Solinis y Cimiano las máquinas no paraban un segundo. Daniel y sus compañeros trabajaban más de doce horas. Folletos, pasquines y carteles, sin olvidar otro tipo de trabajos habituales.

La puerta del almacén se abrió y cuatro hombres entraron dispersándose a lo largo de la nave. Sin duda buscaban a alguien. Desde su despacho en la zona alta Daniel se percató de su presencia y bajó las escaleras de hierro deprisa.

—Buenos días. ¿Querían algo?

El hombre lo miró de arriba abajo y preguntó quién era.

—Yo sé quién soy y lo que hago aquí. De lo que no tengo ni idea es de quiénes son ustedes y qué es lo que quieren.

El hombre se molestó con su respuesta. Sacó del bolsillo de su gabardina gris una identificación y se la mostró.

—¿Algún problema? Estamos buscando a Ernesto Abascal Gómez. ¡Dónde está?

—¿Ernesto? Hace días que no viene. Avisó por su madre diciendo que estaba enfermo. Imagino que estará en su casa. ¿Qué ha hecho?

—Si no te importa, vamos a echar un vistazo. Lo que ha hecho no es problema tuyo.

—De acuerdo, pueden mirar lo que quieran, pero no revuelvan el gallinero, que tenemos mucho trabajo. Ya le he dicho que aquí no está.

Los tres que habían entrado con él se acercaron al que debía de ser el jefe y le dijeron que, tal y como Daniel le había comentado, allí no se encontraba el muchacho. Se despidieron y sin más se fueron.

Daniel se quedó pensativo. Ernesto era un joven de quince años que hacía unos meses había comenzado a trabajar. Había venido recomendado por uno de sus jefes y lo cierto era que el chico no había dado ningún problema. No tenía ni la más remota idea de lo que podía haber pasado, pero investigaría por su cuenta. No sabía por qué la policía iba a buscarlo.

Ana en el periódico seguía soportando las impertinencias de Javier. Cada vez que tenía oportunidad se acercaba a ella para decirle alguna tontería y como colofón le indicaba lo que las tropas franquistas habían logrado aquella jornada. Estaba cansada de él y no entendía por qué Matilde seguía manteniéndolo en el periódico. Tal vez no sabía cómo era. La verdad es que ella jamás le había comentado los problemas que tenía con él. Quizá había llegado el momento de hacerlo.

Miró hacia el lugar que ocupaba la mujer y vio que estaba sola. Se levantó de su mesa y sin pensarlo dos veces se dirigió al despacho acristalado.

—¿Tienes un momento, Matilde? Me gustaría comentarte algo.

—Sí, claro. Pasa.

—Verás, estoy teniendo algún problema con Javier, el de deportes. Es un insolente, todos los días viene con una historia nueva, aparte de las amenazas veladas que continuamente me hace. No sé si tu sabrás que tenemos entre nosotros a un fascista de los pies a la cabeza.

—Cierra la puerta y siéntate.

Matilde recogió los papeles que tenía sobre la mesa y los puso a su derecha. Después colocó sus manos entrelazadas sobre su estómago y tiró su cuerpo sobre el respaldo de la silla.

—¿De verdad crees que no sé lo que hay? ¡Claro que lo sé!, y he dado parte de él. Además, me consta que está obteniendo información o intentándolo al menos. Pero me han pedido que lo tenga aquí y ponga a su disposición documentos y datos que a nosotros nos interese, eso sí, de una manera discreta. Y es lo que estoy haciendo. Lamento que te esté dando la lata. Pero no te preocupes, está totalmente controlado. Se cree muy listo, aunque la verdad es que nos está siendo de mucha ayuda sin él saberlo ni pretenderlo. Gracias a su aportación involuntaria han detenido a personas importantes del bando nacional infiltrados en la ciudad. Estate tranquila. De todas maneras, quizá te tenía que haber advertido, pero, ya sabes, en este tipo de asuntos es mejor guardar cautela, cuanta menos gente lo sepa, mucho mejor.

—Está bien. Sí, lo entiendo, no tenías por qué decirme nada. Si necesitas algo de mí, ya sabes dónde estoy. Estaré encantada de colaborar en lo que sea.

—Gracias, Ana. Sé que puedo contar contigo. Si así fuera, no dudes en que te llamaré.

Ana se quedó más tranquila. El saber que Matilde estaba al tanto de todo y además Javier estaba vigilado era un alivio, no solo para ella, sino también para Daniel, que llevaba días controlando los pasos

del muchacho cuando salía del periódico. Debía decírselo para que se olvidara del asunto.

34

Laura estaba preocupada por su madre. Tras la muerte de su marido, Adela no se quitaba de la cabeza la culpa. Pensaba que en parte ella había colaborado en lo que pasó. Algo absurdo, ya que no había hecho nada. Había dejado de comer y no mostraba interés por nada ni nadie.

Ella, sin embargo, estaba contenta, por supuesto no por la muerte de su padrastro, sino por la vuelta de Felipe. Aunque el chico no le había contado todo lo que había sucedido, ni para qué había viajado, ya que según le dijeron era mejor no comentar ciertos aspectos de la misión, ella se había quedado conforme con la explicación que le dio. No obstante, a pesar de la alegría por tenerlo de nuevo a su lado, llevaba días preocupada. La menstruación no había hecho acto de presencia aquel mes y comenzó a notar cambios en su cuerpo que la llevaban a sospechar que podía estar embarazada. Desde luego no era el momento más oportuno para tener un hijo, y menos aún en la situación en la que estaban con una guerra encima.

Ante la incertidumbre y a pesar de que solo habían pasado dos semanas de su retraso, Laura, aquella mañana, había traído una muestra de orina para ser analizada. En el bote puso el nombre de otra persona para no dar lugar a rumores ni comentarios que no le harían ningún bien. No conocía a nadie en el laboratorio, nada más que de vista, pero su nombre sí lo conocían, por lo que era mejor así.

Al salir del laboratorio se cruzó con Gloria, de quien pensaba que estaría en el hospital de sangre, pero aquel día no la habían mandado ir.

—¿Qué pasa, niña? ¿Qué haces tú por aquí? Tenía ganas de verte, tengo que contarte una cosa. A ver si nos vemos un rato. Que quiero pedirte consejo.

—Hola, Gloria. Por aquí ando, a traer unas muestras. ¿Te pasa algo?

—Nada. Ya sabes, cosas mías. Amoríos que tengo.

—Ya sé de qué me hablas, el campurriano, ¿no?

—¡Anda esta! ¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé yo y medio hospital. Os vieron el otro día pasear por la plaza del Pañuelo y, ya sabes, aquí se conoce todo. Y más con lo

cariñosos que se os veía, según me han contado.

—¡Pero qué cotillas sois! Desde luego… Tampoco me importa un pepino lo que digan, ya lo sabes. Así mismo te lo digo. ¡No me faltaba más que ahora por las habladurías dejara yo de hacer lo que me diera la gana! Además, a lo hecho pecho.

—No te digo yo que hablaran mal, mujer, no te molestes. Lo que te digo es que se comenta sin más. No he escuchado decir nada malo al respecto. Es lo más normal, un chico y una chica que se gustan, pasean y se achuchan.

Gloria se paró y agarró a su amiga para que esta se acercara a ella. El ancho pasillo estaba concurrido y, aunque hablaban en voz normal, había notado algo en ella que le resultó extraño. Poco a poco fue empujándola hacia la pared y le preguntó casi susurrando:

—¿Te pasa algo? Tienes unas ojeras que te llegan a la boca. ¡Tú no estás bien! ¿Qué te ocurre? Venga, desembucha, a mí no me vengas con cuentos, que nos conocemos muy bien.

—¡A mí nada, mujer, qué cosas tienes!, ¿qué me va a pasar? Es que mi madre no está bien y estoy un poco preocupada. Ya sabes, se piensa que es culpa suya y, por más que le dices, no hace más que llorar y lamentarse.

—Vaya, pues ya lo siento. Dale recuerdos de mi parte. También Dori está fastidiada, pero bastante. Creo que no tiene nada bueno. El otro día vino a urgencias y, aunque la mandaron para casa, creo que no va a tardar en volver por aquí. Pinta mal el asunto. Tiene mucho dolor, en los huesos, sobre todo. Por cierto, ¿te queda algo de morfina?, es por si nos hace falta.

—Me queda poco, pero lo que voy a hacer es llevármela por si la necesita. ¿Te parece bien? Pero ¿tan mal está?

—Sí, compañera, muy fastidiada. Espero que mejore y no le haga falta. De momento con los calmantes que le dan parece que va aguantando, pero, si es lo que imagino, no servirán de mucho.

—¿Y en qué piensas tú?

—No es que lo piense, es lo que me han dicho. El otro día le pedí a Higinio, ya sabes, el campurriano como dices tú, que por favor le echara un ojo a su historia, y lo que me ha contado por las pruebas que le habían hecho era que todo apuntaba a una leucemia o algo por el estilo.

—¡Coño! Pues ya lo siento. Cualquier cosa que necesites, me avisas. Y lo dicho, me guardo esto por si la necesita, si realmente ese es el diagnóstico, la necesitará seguro. Voy a seguir, que tengo la sala llena y hoy me toca hacer curas. ¿Tú dónde estás?

—Estoy otra vez en beneficencia. Que, por cierto, cada día está más

lleno, y cada vez hay menos para los pobres. Bueno, que sepas que la excusa de tu madre está muy bien, pero ¿me vas a decir lo que te pasa de verdad?

Laura la miró marcando una media sonrisa en sus labios, no podía librarse de ella, la conocía demasiado bien.

—Pues, nada, ya sabes. Quien juega con fuego al final lo mismo se quema. Y me parece que me he abrasado viva.

—¡No jodas! ¿No me digas que voy a ser tía?

—Sí, eso mismo ha sido. Acabo de dejar la orina en el laboratorio, a ver qué me dicen, pero ya te digo yo que la rana cae patas arriba.

—Y… ¿qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. Tendré que hablar con Felipe, no sabe nada. Pero no es momento, ¿no te parece?

—Yo no voy a decir si es o no el momento. Pero sea lo que sea que tú decidas, aquí me tienes. Para lo que necesites. Aunque, chica, no me digas que no podías haber tenido un poco de cuidado, que no somos tontas, ¿eh?

—¡Mira la listuca! Ten cuidado, que esto —dijo señalando la barriga— tiene padre reconocido y seguro que responde de él. ¡Ojo tú! Que con esa manera tan liberal que tienes de llevar las relaciones, te puedes ver en una más gorda que la mía. Y que conste que no te juzgo, ya sé que estás en tu derecho y, además, bien que haces si es lo que quieres.

—Tú tranquila, que yo ya me cuido. Y no te molestes, mujer, que lo he dicho con la mejor de las intenciones, no quería ofenderte.

Se despidieron deseándose una buena jornada y cada una tomó pasillos diferentes.

Ninguna de las dos se había sentido ofendida por la otra, simplemente el cariño que se procesaban les permitió opinar con franqueza.

35

Aquella tarde de invierno, los escasos rayos de sol se colaban entren las rendijas de las contraventanas en casa de Amada. La costurera se había acostado un rato antes de regresar al atelier. Un golpe fuerte le hizo salir del duermevela en el que estaba sumida. Se levantó sobresaltada. Gritando el nombre de Dori, se acercó hasta la habitación donde la mujer dormía y se la encontró tirada en el suelo, se había desmayado.

Amada se apresuró a reanimarla, diciendo su nombre una y otra vez y dándole pequeños golpes en las mejillas para que reaccionara. En un instante Dori volvió en sí.

Cuando despertó, la costurera intentó levantarla para tumbarla de nuevo en la cama, pero fue imposible: al tocarla, los gritos de la mujer se oyeron en toda la escalera. Le pidió que la dejara allí, que por favor no la tocara, le dolía desde la punta del dedo gordo del pie hasta el cuero cabelludo. Su cara estaba desfigurada por el sufrimiento y sus ojos llenos de lágrimas. Apretaba los dientes con tanta fuerza que su mandíbula estaba a punto de desencajarse.

—No me toques, por favor, es horroroso lo que me duele. Déjame, voy a intentar levantarme sola.

—Está bien, pero dime qué puedo hacer por ti, no puedo estar aquí mirando cómo te retuerces de dolor.

En su afán por ayudarla, volvió a tocar su brazo para incorporarla, pero Dori soltó otro espantoso grito de dolor.

Las sirenas comenzaron a sonar, Amada no sabía qué hacer, aquella mujer no podía moverse y era urgente dirigirse hasta el refugio. Las casas de al lado de la suya ya habían sido bombardeadas y a nada que una bomba cayera cerca de allí podía derrumbarse su edificio.

—Vete, déjame. No puedo moverme. Ponte a salvo. Yo estaré bien.

—¡Estás loca si piensas que te voy a dejar aquí sola! No me iré a ningún sitio. ¿Qué clase de persona crees que soy? ¡Me quedo contigo!

—¡Que te vayas te digo!

—¡He dicho que no!

Amada tiró del colchón de la cama y se lo puso encima a Dori. La mujer volvió a gritar de dolor, ella por un momento la miró, pero

continuó buscando mantas y toallas que iba colocando alrededor de ella. Después Amada se cobijó también poniéndose a su lado, pero sin tocarla apenas. Intentó agarrar su mano, pero, en lugar de cogerla, solo la rozó con cuidado y le dijo:

—Si este era el día que teníamos marcado, aquí estamos juntas hasta el final.

El cielo oscureció de repente y la luz se fue. La sirena seguía sonando sin parar, atronando como siempre el alma. Las bombas comenzaron a caer y se sentían temblores cercanos que hacían que los cimientos se movieran levemente. De repente algo entró por la ventana y los cascotes saltaron desperdigándose por la habitación donde se encontraban. Se agarraron aún más fuerte, Dori continuaba sufriendo dolores terribles que se unían al miedo. Y, de repente, la sirena cesó. El ataque había sido en esta ocasión muy corto, apenas dos minutos. Los aviones solo habían dado una pasada.

Amada salió despacio de debajo del colchón. El edificio frente al suyo estaba ardiendo. Las llamas casi lo cubrían por completo. La ventana de su habitación se había roto en mil pedazos y los cristales llenaban la estancia. Pronto comenzó a escuchar la sirena de los bomberos y de varias ambulancias. Era el momento de bajar a pedir ayuda. Levantó el colchón y vio como Dori había vuelto a perder el conocimiento de nuevo. La cubrió con una manta y bajó a la calle en busca de los sanitarios que seguramente estaban llegando a la zona, a juzgar por el ruido de las ambulancias.

Su calle era un caos, no hubo tiempo de correr a los refugios y se veían heridos pidiendo ayuda. El humo hizo que se cubriera la boca con el pañuelo que llevaba enrollado al cuello. Corrió hasta una de las ambulancias y antes de que los enfermeros se bajaran pidió ayuda.

La suerte se cruzó con ella, en ese furgón venía Marifé, que, al verla, corrió a su encuentro.

—¡Necesito que vengas! Rápido, es Dori.

—Amada, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está? ¿Está herida?

—Rápido, está en casa, pero muy mal. Los cristales han saltado por los aires, aunque por suerte no nos han alcanzado. Aun así, se ha desmayado dos veces, la he dejado inconsciente tirada en el suelo.

La joven se acercó a sus compañeros y con urgencia tomaron una camilla, un maletín y siguieron a Amada que los esperaba en la puerta del portal. Subieron las escaleras deprisa.

Cuando llegaron al piso, Dori había recobrado la consciencia, pero sus gritos de dolor se escuchaban desde la puerta de entrada. El médico la examinó buscando alguna herida producida por el bombardeo, pero no halló nada más que pequeños rasguños,

producidos seguramente por alguno de los cristales que habían llenado la estancia, y sangre en su boca, provocada con toda certeza por la fuerza que afligía en sus mandíbulas para soportar el dolor.

Después de que Amada explicara lo que había pasado antes del bombardeo, el médico entendió el problema. Le pidió a la enfermera que le administrara un calmante en vena y dejaron unos minutos para que hiciera efecto. Mientras comprobaban sus constantes vitales, el medicamento actuó y pudieron pasarla a la camilla. Su traslado fue rápido al hospital.

36

La casa estaba triste, como la ciudad y el país entero. No obstante, la música sonaba en Las Carolinas.

Las chicas le pidieron a Ana poder usar la radio y la colocaron allí, en la cocina, cerca de ellas. Era un modelo Anglo 70B, que don Ricardo había traído hacía tiempo de Barcelona en una de sus visitas a la ciudad.

Llevaba años en el salón, desde que llegó a la casa, y solamente se escuchaba en contadas ocasiones, ya que a la señora Elvira le levantaba dolor de cabeza, por eso apenas se encendía. Pero desde que Ana la puso en la cocina no dejaba de sonar ni un solo momento.

Susana y Martina escuchaban pasodobles y coplas, y oían las noticias que daban sobre la guerra.

Cuando el noticiario arrancaba, Susana movía la pequeña rueda buscando otro programa, pero en las escasas emisoras que trasmitían hablaban de lo mismo, por lo que desistió de hacerlo y, en lugar de cambiar la frecuencia, bajaba el volumen.

Susana, en los fogones, movía sus caderas al ritmo de «Triniá», que Concha Piquer interpretaba. La música la llevó a agarrarse de Martina, que estaba en el pequeño lavadero entretenida con la ropa, y la sacó a bailar. La chica estaba triste y decaída desde la muerte de su novio, pero accedió al llamamiento de la cocinera y comenzó a bailar aquel pasodoble mientras cantaban a coro:

Triniá, mi Triniá,
la de la Puerta Real,
carita de nazarena.
Con la virgen Macarena
yo te tengo compará;
algo tu vida envenena,
que tienes en la mirá
que no me pareces buena.
Triniá, mi Trini, ay…mi Triniá.

Mientras ellas bailaban los niños hacían lo propio, copiando los

pasos que las mujeres daban. Al verlos tan animados, cada una de ellas tomó a un pequeño en brazos y danzaron juntos.

La puerta de la cocina se abrió y encontró a las dos parejas en pleno baile. Ellas no se habían percatado de la llegada y cuando la canción terminó Ambrosio comenzó a aplaudir efusivamente.

—¡Hermano! ¿Qué haces tú por aquí? ¡Cuánto bueno!

—No seas exagerada, que la semana pasada nos vimos. Toma —dijo posando sobre la mesa una bolsa que traía llena de naranjas, dos saquitos de arroz, dos docenas de huevos y un par de botellas de aceite.

—¡Uf, qué bien, muchas gracias! La verdad es que todo es poco. Cada vez hay más escasez. Apenas tengo huevos, no consigo por ninguna parte, y los que me venden están a un precio que no hay quien llegue a ellos. Estamos tirando con los que trajo Clemente del pueblo, vino cargado con tres docenas que no veas lo bien que nos vinieron.

—¡Ahora, no me preguntes de dónde lo he sacado! Porque no te lo pienso decir.

Ambrosio lo había cogido en una casa. Fueron a hacer una detención y la despensa estaba llena. Repartieron entre los que iban todo lo que había en el lugar.

—¿Sabes algo de Dori? El otro día encontré a Gloria en el paseo de Pereda y me dijo que estaba fastidiada. Por cierto, iba muy bien acompañada, con un mozo muy compuesto.

—La verdad es que no sabemos nada, le preguntamos a Ana, pero hace días que no las veo y estamos sin noticias. Y sí, Gloria está saliendo con un muchacho de Reinosa, creo que es médico. Pero a ti eso ya no te importa, ¿no? Lo habéis dejado hace meses.

—Sí, ya lo sabes, no sé para qué lo preguntas, claro que lo dejamos. Me voy, solo he venido para dejaros esto. Me bajo, que está todo revuelto con el ataque de esta tarde y ahora que ha anochecido seguro que se arma alguna, como todos los días. Mañana tengo que madrugar, hay mucho lío en el cuartel general últimamente. Estos cabrones avanzan demasiado rápido.

—De acuerdo, hermano. Pues nada, vete si tanta prisa tienes. Muchas gracias por acordarte de nosotras. Para mañana, para pasado y para el siguiente, solo teníamos patatas viudas para comer, y gracias a Dios que al menos tenemos patatas.

—Mira que no vas a cambiar nunca. Si todavía le das gracias a ese Dios tuyo por tener patatas. ¡Manda huevos, hermana!

—No empecemos de nuevo. Que no tengo ganas de reñir contigo. Si tienes que marchar, marcha. Adiós.

—No me vas a perdonar nunca, ¿verdad? Ya lo siento.

Susana no contestó a Ambrosio, ni tan siquiera lo miró. Se dio la vuelta mientras el muchacho salía después de despedirse con un simple adiós.

La mañana amaneció cálida y el sol amenazaba con aparecer por fin después de los días pasados, que habían estado nublados y tristes. Martina aprovechó para lavar una camisa blanca de Gustavo, el repartidor. El chico aparecía de vez en cuando por la casa desde que Enrique murió y alegraba a la doncella el día. Parecía que había vuelto esa atracción que ambos tuvieron tiempo atrás. Se conocían desde hacía muchos años, tanto que ni recordaban cuántos. Gustavo siempre había estado enamorado de Martina, pero era un chico muy callado y vergonzoso y, cuando quiso reaccionar, Enrique le había quitado el corazón de la chica.

El muchacho había llegado con la prenda sucia y Martina le pidió que se la dejara para lavar. Él no perdió la ocasión esta vez y se la quitó sin que la muchacha hubiera terminado de decir la frase. Era grasa y se afanaba por quitarla mientras Susana la observaba con atención.

—Chica, menudo remango llevas, de esta vas a desgastar la tela y tendrás que poner un remiendo.

—Calla, calla. Está más pegada que un mozo sobón bailando pasodobles en la fiesta del pueblo.

Las dos rieron a carcajadas con la ocurrencia de Martina.

El sonido de una bocina hizo que las chicas dejaran lo que estaban haciendo y salieran a ver quién había llegado.

Clemente volvió del pueblo tal y como le había prometido a Susana.

La última vez que él había estado por allí, Ana le dejó que se llevara el auto. Ellas no lo necesitaban y en caso de hacerlo tenían otro que, aunque era más viejo, Gustavo había conseguido arreglar.

El hombre volvió con el coche lleno de semillas que plantar y seis gallinas que, aunque estuviera mal decirlo, había robado a unos vecinos de Puente Viesgo. Sabía que estaba mal, pero estuvo mirando a ver quién tenía más para no hacerle la faena, y el paisano en cuestión contaba con un gallinero hermoso.

Susana le afeó el hecho, no estaba bien, y menos en los tiempos que corrían, robar de esa manera, pero por otro lado se alegró; con un poco de suerte, si eran buenas ponedoras, tendrían huevos asegurados.

Después de la bronca que tuvo con Susana por lo que había hecho,

Clemente se puso a preparar un gallinero, estaba bien que anduvieran picando por la finca durante el día, pero por la noche seguro que preferían aselarse dentro de la gran jaula. Y además así no corrían el riesgo de que nadie pudiera robarlas, a pesar de que la finca estaba cerrada con un muro alto de piedra.

Sin perder tiempo preparó la tierra y plantó las semillas que había traído. Al menos, si conseguían que algo de aquello prendiera, tendrían un poco más de comida.

37

Amada llevaba horas esperando tener noticias de Dori. No se había atrevido a moverse de la sala donde le indicaron que debía esperar por miedo a que saliera el médico y no la encontrara.

El turno de Laura había terminado y, al pasar por la sala de espera en dirección a los vestuarios, le pareció conocer a una mujer que con las manos cubriéndose el rostro esperaba allí sentada. Empujó la puerta y vio que era la costurera.

Amada al verla se abrazó a ella. Estaba desolada, le contó lo que había pasado. Laura la tranquilizó y fue a ver si encontraba alguna respuesta respecto a Dori. Ella se quedó en la misma silla donde estaba sentada, comiéndose las uñas como si fuera una colegiala.

No tardó mucho en aparecer Laura, que llegó con Gloria. La muchacha lo primero que hizo fue ir en busca de su amiga. Las dos indagaron sobre la enferma y trajeron noticias para Amada.

—Hola, tía. Pero ¿cómo no me ha buscado? Lleva aquí un montón de horas sola. Desde luego, una cosa es no molestar y otra pasarse de castaño oscuro. Tenga, tómese esta tila que le hemos preparado para usted.

La mujer se sentó y bebió la infusión.

—Tía, Dori está muy mal. Podría decirle otra cosa, pero la conozco y no quiero engañarla, y mucho menos que usted se haga ilusiones. Lo que tiene es un cáncer terrible que la ha invadido. Es cuestión de semanas, o quizá de días, no se puede saber con certeza.

—Pero algo se podrá hacer. Tengo un poco de dinero para las medicinas o el tratamiento, lo guardaba para un imprevisto. No es mucho, pero de algo puede servir.

—No es cuestión de dinero, Amada. No hay nada que se pueda hacer por ella. Lo único, procurar que no tenga demasiado dolor, para evitar que muera rabiando —dijo Laura.

—¡No es justo! Es una mujer joven, nunca ha estado enferma. La quiero con toda mi alma. No me puede dejar sola. ¿Por qué tiene que pasarle esto a ella? Yo soy mayor, me podía pasar a mí, ella tiene mucha vida por delante. Ella tenía razón, sabía lo que tenía. Llevaba muchos meses con dolores y no quiso hacerme caso. No la culpo; vio a

su madre morir y sabía que, al igual que ella, padecía la misma dolencia. Pero no es justo.

La mujer se cubrió la cara con las manos y lloró desconsoladamente. Cuando se desahogó, se limpió los ojos con un pañuelo que Laura le dio y se sonó la nariz. Intentó recomponerse, después se puso en pie, estirando su cuerpo, que durante horas había estado encogido por la pena, y levantando la cabeza preguntó a su sobrina:

—¿Dónde está? Quiero verla.

Las dos la acompañaron a la sala donde había quedado ingresada.

La gran habitación estaba casi a oscuras, solamente una pequeña luz en la mesa que ocupaba una enfermera estaba encendida y alumbraba mayormente la parte de abajo de la habitación para no molestar a los convalecientes. Las enfermas dormían. La mayoría de ellas eran personas que estaban en las mismas circunstancias de Dori, con diagnósticos terminales. La enfermera al verlas entrar les indicó, poniendo el dedo índice sobre sus labios, que no hicieran ruido.

Gloria y Laura se quedaron a los pies de la cama de la enferma, que estaba bajo los efectos de los calmantes y dormía. Amada se acercó a ella y la besó en la frente. Luego tomó su mano e hizo lo mismo. Durante unos minutos estuvo allí mirando cómo su querida Dori dormía tranquila. Se acercó a ella y posó un beso en sus labios, suavemente, pues no quería molestarla y menos que se despertara. Pero no pudo evitarlo: cuando separó sus labios de los de la enferma, esta abrió los ojos y con un hilo de voz le dijo:

—Yo también te quiero mucho. Te voy a dejar sola, pero tú eres fuerte y sé que estarás bien. Lucha por ti y por mí. Has sido la casualidad que siempre estuve esperando y lo mejor de mi vida ha sido estar en la tuya. Estoy muy cansada, mañana nos vemos, ¿vale?

Amada asintió y acarició su frente.

—Estate tranquila, me voy a quedar a tu lado, cariño.

Tomó de nuevo su mano y, sin soltarla, acercó una silla que había al lado de la cama.

—Podéis iros. No me voy a mover de su lado.

Cuando las chicas salieron de la sala estaban tristes, sabían lo que estaba pasando y que el final estaba cerca. Se dirigieron al vestuario y por el camino Gloria le preguntó a Laura cómo iba lo suyo.

—Pues creciendo. Creo que, como te auguré, se murió la rana y hasta una coneja que había al lado. Vamos, que estoy embarazadísima, chica.

—Uf, esperaba que no fuera así. No sé si decirte que lo siento o que me alegro. Pero, vamos, alegrarme no es que me alegre. Bueno, si tú te

alegras, yo también. Pero lo que sí te digo es que aquí me tienes. ¿Ya lo sabe Felipe?

—¡Qué va! Imagino que ha venido a buscarme. Se lo diré ahora y ya veremos qué hacemos.

Cuando Laura salió no encontró a Felipe como ella pensaba. Eran días de mucho trabajo, él lo sabía y se lo había dicho. Quizá por eso no se había acercado a recogerla. Caminó hasta Cuatro Caminos y tomó el tranvía, estaba cansada para caminar hasta casa.

38

Después de preguntar y buscar por toda la ciudad al joven aprendiz, Daniel encontró a Ernesto. Más bien fue el muchacho quien dio con él.

Desde hacía semanas estaba escondido en la imprenta. Los bajos del almacén se utilizaban para guardar el material, pero además había una pequeña estancia que no se usaba. Daniel la encontró un día cuando su jefe le mandó a buscar alguna cosa. Él se preocupó de limpiarla y acondicionarla por si en algún momento la necesitaban para algo. Nadie sabía de ella, porque después de prepararla se ocupó de poner delante de la puerta unas estanterías de madera que la cubrían, pero con holgura suficiente para pasar por detrás.

El delito del joven no era tal, lo acusaban de haber acuchillado a una persona en plena calle, pero lo cierto era que el chico no había hecho nada, había sido su hermano gemelo, que, después de acometer el violento ataque, había huido de la ciudad y no sabían dónde se encontraba. Pero la víctima, cuando se recuperó, a pesar de haber perdido un ojo, reconoció a Ernesto en la calle y a gritos instó a la guardia para que se le detuviera. Había estado escondido, gracias a la ayuda de su primo, en los sótanos de Muebles Ribalaygua, pero no podía quedarse allí más tiempo, ya que estaba comprometiendo a su pariente.

No era más que un chaval asustado que estaba pagando los daños que su hermano había causado. Pero era cierto que presentarse en la comisaría y contar esa historia iba a resultar poco creíble, teniendo en cuenta que la persona a la que había agredido era un dirigente significado en la ciudad que estaba presionando a la policía para que dieran captura a su agresor, no solamente por los daños causados a su persona, sino también por considerarlo enemigo de la República, dado que la discusión vino por diferencias políticas. El joven, que estaba un poco bebido, se lio a propinar insultos hacia la víctima y también gritos en contra del Gobierno de la República, y alentando al mismo tiempo al Ejército Nacional a entrar en la ciudad sin miramientos.

Una tarde, cuando Daniel ya estaba solo en la imprenta, el chico se acercó hasta allí cobijado por la oscuridad de la noche que ya había caído y vestido de mujer. Su madre le había dado la ropa necesaria y

le aconsejó que fuera a ver a su jefe, después de que Daniel, la misma noche que se presentó la policía a buscarle en la imprenta, fuera a su casa, hablara con la señora y esta le pusiera al tanto de lo que había pasado.

Como el lugar donde estaba no era seguro, hizo caso a lo que su madre le aconsejó y, tal y como la mujer le indicó, fue en busca de Daniel.

Hacía semanas que el chico estaba escondido tras aquellas estanterías de madera, pero mientras se encontraba allí no perdía el tiempo: Daniel le dejaba junto con la comida trabajos de encuadernación que a Ernesto se le daban francamente bien.

Cada mañana Daniel llegaba más temprano de lo normal y, aprovechando que el resto del personal aún no había entrado, hablaba con él y le ponía al tanto.

—Buenos días, ¿qué tal la noche, has pasado mucho frío?

—No, qué va. Ya se nota que el tiempo va mejorando, aunque seguramente aún nos quedan noches heladoras.

—Aprovecha y sube al retrete, la puerta está cerrada y aún falta una media hora para que lleguen los compañeros. Te he traído ropa que me ha dado tu madre, y algo de comida que seguro agradecerás.

—¿Qué tal está mi madre? Pobre mujer, vaya hijos que le tocaron en gracia. Suerte que mi padre murió antes de que pudiera preñarse más veces porque desde luego…

—Está bien. Los guardias la visitan día sí y día también, han registrado la casa un montón de veces, pero lo lleva bien. Es fuerte. Deseando verte, pero no me puedo arriesgar.

Los dos subieron las estrechas escaleras de piedra. El muchacho se aseo rápidamente y, cuando lo hizo, cogió la caja que Daniel le había dejado en la puerta con el material necesario para la siguiente encuadernación y volvió a su escondite.

Laura estaba nerviosa, no quería darle por teléfono a su novio la noticia. Se levantó temprano, las náuseas hicieron que saltara de la cama a primera hora de la mañana, pero por suerte su madre dormía y no escuchó sus esfuerzos al vomitar.

Decidió acercarse hasta su trabajo y cuando llegó encontró a los trabajadores que estaban entrando. La conocían y la saludaron. Ella aprovechó y le pidió a uno de ellos que avisara a Felipe. Lo esperaría en el bar de la esquina, prefería hablar con él fuera del taller.

El muchacho salió rápido. Algo debía de pasar para que su novia viniera a esas horas a buscarlo.

La encontró sentada en una de las mesas con una taza de manzanilla en las manos. Estaba muy blanca y no tenía buen aspecto. Felipe se asustó al verla.

—Hola, cariño. ¿Qué ocurre, te pasa algo?

—Digamos que nos pasa. Vamos, que nos hemos pasado de vueltas y la hemos liado.

—No te entiendo. Habla claro, joder. Qué manía tenéis las mujeres de andar con acertijos.

—¡Pero qué torpes sois los hombres! ¡Pues que estoy embarazada! Más claro no lo sé decir. ¿Lo entiendes?

—¡Hostias, niña! Pero si he tenido cuidado. ¿Cómo puede ser?

—Mira, deja de hacerme preguntas tontas de las que ya sabes la respuesta. Pasó y punto. ¡Y es lo que hay! Y, además, tenemos que tomar una decisión.

—¿Decisión? ¿Qué decisión quieres tomar? ¿Tú sabes las ganas que tengo de tener un chiquillo contigo? Yo lo tengo claro, claro como el agua, niña.

—¿Seguro?

—Segurísimo, niñuca. Vamos pa'lante con ello. ¿Se lo has dicho a tu madre?

—No.

—Pues déjalo para esta noche. Voy a hablar con Daniel, y esta misma noche con tu madre. Y no te preocupes por nada.

—Pero cómo no me voy a preocupar, estamos en guerra. Cómo vamos a tener un hijo. No tenemos casa. Ni dinero. Y tú… cualquier día tendrás que ir al frente, que lo veo venir.

—Pues yo no estoy dispuesto a renunciar a él. Si tú quieres quitarlo, entenderé lo que haces, pero no me pidas que lo acepte. Aunque estaré contigo a pesar de que sea en mi contra. Ante todo, yo te quiero a ti. Y este niño es consecuencia del amor que nos tenemos. Pueden pasar muchas cosas en estos meses, y seguro que no van a ser buenas, pero esto —dijo poniendo su mano sobre la barriga de Laura— es lo mejor que me ha pasado en la vida después de conocerte a ti.

Se besaron con cariño y con lágrimas en los ojos. Laura también deseaba a ese pequeño, aunque no fuera el momento.

39

Amada pasaba los días al pie de la cama de Dori. En una situación normal la hubieran enviado a casa hacía semanas, pero, con la ayuda de las chicas y la situación con los bombardeos continuos que había, pudo quedarse en el hospital. Allí estaba atendida, y, cuando Amada iba a asearse, bien Gloria, bien Laura si podían se quedaban pendientes de ella.

Amada la atendía de mil amores, era lo único que podía hacer por ella ya, pero estaba agotada. Eran meses durmiendo en una silla de madera dura y fría y sus huesos estaban doloridos durante todo el día, los pies estaban hinchados y el estómago le jugaba malas pasadas con cierta frecuencia producto de los nervios y el miedo a perderla. Su cuerpo estaba tan descontrolado que hasta volvió a tener la regla años después de su retirada. Aquello la sobresaltó. No era normal o al menos eso le pareció a ella. Pero no dijo nada a nadie. Si tenía algún desarreglo o mal, por desgracia iba a tener tiempo de mirarse, ahora solo le importaba su pareja y procurarle la mejor de las atenciones hasta el último momento.

Una vez que intentó dar el desayuno a Dori, que como desde hacía ya días apenas tomaba, le dijo que iba a acercarse hasta casa para cambiarse de ropa. Volvería pronto, no más de una hora. La moribunda apretó su mano y le contestó:

—Vete tranquila, aquí me quedo, no tengo intención de ir a ningún sitio. Voy a aprovechar para dormir un poquito, parece que estoy cansada y eso que esta noche he dormido bien. Ahora que apenas tengo dolor, seguro que consigo conciliar el sueño. Por qué no aprovechas y te acuestas un rato. Tienes que estar reventada. Llevas mucho tiempo sobre esa silla.

—No, estoy bien, no te preocupes por mí. ¿Te apetece o quieres algo?

—No me apetece nada, y querer solo te quiero a ti. Gracias por lo que estás haciendo. Vete, anda. Que tengo sueño.

Amada sacó los zapatos de la parte de debajo de la pequeña mesita que había junto a la cama, se quitó las zapatillas que normalmente tenía puestas todo el día y se calzó.

Como siempre hacía, la besó en los labios apretando su mano y se marchó.

En la puerta de la sala se encontró con Gloria, que venía a ver qué tal habían pasado la noche. Se despidieron y la chica se dirigió hasta la cama que ocupaba Dori.

Al llegar, la mujer dormía, pero ella notó algo extraño. Se acercó y comprobó que su respiración era lenta y larga, solo una larga y costosa inspiración pudo sentir Gloria de la mujer. Delante de sus ojos dejó de respirar; dormida y tranquila, sin dolor ni queja.

Gloria la besó en la frente, le quitó el gotero que tenía en su brazo desde hacía tiempo y colocó sus manos sobre su pecho carente de latido. La cubrió con la sábana con cariño y cuidado como seguramente lo hubiera hecho Amada y le hizo un gesto a su compañera que estaba atendiendo al resto de los enfermos para que acudiera. Ella salió deprisa de la sala, Amada seguramente andaría aún por los pasillos.

Corrió sin dejar de mirar hacia todos los lados y salas que encontraba por si se hubiera parado en algún lugar, pero no la vio. Salió a la calle. Observó a su alrededor, pero no veía a su tía. No podía estar muy lejos. Así fue, a escasos metros de la puerta principal divisó el caminar lento y cansado de la mujer y fue tras ella.

—¡Tía! ¡Amada!

La mujer se volvió al escuchar los gritos de su sobrina. No tuvo que decirle nada, solamente con su mirada supo que Dori se había ido para siempre. Era como si la mujer hubiera esperado a que ella se fuera para que no sufriera su pérdida en ese momento.

De alguna manera se había despedido de ella. Lo había notado en sus ojos y en el apretón de su mano cuando la estaba besando. Terminó para ella la vida y en cierto modo también para Amada.

Aquel, que era un día de sol, de repente se tornó gris y comenzó a llover como si nunca lo hubiera hecho. Como si el cielo llorara de alegría por recibir a una persona como Dori.

El pecho de Amada se encogió de tal manera que le faltaba el aire; el dolor del alma sin duda no es comparable con nada, esa pérdida, ese robo de amor que te arrancan para siempre, y que, a pesar de esperarlo, y creerse preparada para ello, hizo que tuviera una sensación de soledad y desamparo tan grande que jamás pudo imaginar sentir.

Gloria se acercó a ella y la abrazó. Lloraron un instante juntas, bajo la lluvia incesante. Y abrazadas regresaron a la sala donde yacía Dori.

Ana intentaba terminar un artículo sobre la educación en la República, los cambios tan importantes que se habían conseguido y otras muchas más cosas que habían cambiado por suerte durante aquellos años cuando el teléfono de la redacción sonó.

Javier como siempre andaba de mesa en mesa viendo lo que hacían sus compañeros y cogió la llamada.

Al contestar, miró hacia la mesa de Ana y con la mano le indicó que la llamada era para ella. La joven se levantó y rauda tomó el aparato. El joven se quedó a su lado pendiente de la conversación. Al otro lado del auricular estaba Laura comunicándole el fallecimiento de Dori.

Ella le dio la espalda intentando con ello que el muchacho no escuchara la conversación, pero el fino oído de su compañero captó en gran parte el mensaje que Ana estaba recibiendo. Cuando colgó, intentó hacer como que no había pasado nada y se dirigió de nuevo a su mesa.

—¿Algún problema?

—Nada que te importe, es algo personal. Dedícate a lo tuyo.

—Pues me ha parecido entender que había fallecido alguien.

Ana lo miró con ganas de tirarle a la cara lo primero que pillara, pero no contestó. Siguió en dirección a su sitio, pero el joven continuó tras ella hablando.

—La Dori esa que ha muerto es la roja desviada amiga de la costurera, ¿verdad? Una menos al paredón.

Ana en esta ocasión no pudo contenerse. Agarró un vaso con agua que estaba sobre una de las mesas, se volvió hacia él y antes de que pudiera reaccionar se lo tiró a la cara. Mientras el chico se limpiaba la cara y el pelo, que estaban empapados, ella se acercó a él y le dijo al oído:

—Por si no lo sabes, ¡eres un hijo de la gran puta! No voy a pasarte ni una más.

Él la agarró del antebrazo con todas sus fuerzas. Le estaba haciendo daño, pero Ana no se quejó. Mirándolo a los ojos le desafió sin decir una palabra. Sin pensarlo le agarró los testículos con la mano que tenía libre y le dijo:

—Suéltame si no quieres que te reviente los huevos aquí mismo.

Javier al sentir la presión en sus partes soltó el brazo de la chica.

Desde su despacho acristalado Matilde Zapata miraba lo que estaba sucediendo. Tomó el teléfono e hizo una llamada. Después de un momento de conversación se acercó a la puerta y llamó a Javier.

—Dígame, señora Matilde. ¿En qué puedo ayudarla?

—A mí, en nada. Recoge tus cosas y vete. Tu trabajo en este diario

ha terminado en este preciso momento. Ya he dado la orden de que te preparen la cuenta, mañana por la mañana puedes pasarte por caja. No quiero que vuelvas a subir a la redacción, así que, como te acabo de decir, recoge todas tus cosas ahora.

—Pero, señora, yo le puedo explicar.

—No necesito explicaciones. Las cosas no están bien y tengo que despedir a alguno de los empleados. La mala fortuna ha querido que tú seas el primero. Te deseo mucha suerte.

El joven se levantó dolido. Sujetó con rabia el pomo de la puerta y cuando se disponía a abrirla se volvió.

—Yo seguro que tengo suerte, usted no creo que pueda decir lo mismo. Es cuestión de tiempo. De poco, por cierto. La próxima vez que nos veamos no estaremos en la misma situación en la que nos encontramos ahora.

Matilde Zapata no se molestó ni en mirarlo a la cara mientras le hablaba. Continuó con lo que estaba haciendo como si en su despacho no hubiera nadie.

Ana observaba desde su mesa lo que estaba pasando dentro, dedujo por las caras y los gestos lo que había sucedido.

Cuando Javier se acercó a su mesa para recoger sus pertenencias, ella bajó la cabeza, no quería ni mirarlo, pero el joven no pudo evitar volver a provocar a Ana, aunque en esta ocasión la muchacha no movió ni un solo músculo de su cara ni pronunció palabra.

—Roja de mierda, ojalá mueras rabiando de dolor. Estás la primera de la lista, guapina. No te va a salvar ni el apuntador.

40

No hubo exequias religiosas en el entierro de Dori.

Amada estuvo acompañada, tanto en el velatorio como en el cementerio de Ciriego, por las chicas y los chicos de Las Carolinas, algunas amigas íntimas, vecinos cercanos, las trabajadoras de La Primorosa y poco más. Pero no hacía falta mucha gente. Los que realmente apreciaban a Dori estaban allí con su compañera, agarrando su mano e intentando apaciguar su pena.

El cielo gris acompañó al cortejo fúnebre. El aire del nordeste soplaba con fuerza a las puertas del cementerio y el sonido de las olas se escuchaba desde la cercana playa de la Virgen del Mar.

Abrieron las puertas del campo santo, pero nadie acompañó al féretro que no fuera cercano a la familia. A esa familia que Dori había ido haciendo, ya que cuando su hermano se enteró de que vivía con una mujer, dejó de dirigirle la palabra, y ni tan siquiera cuando supo, avisado por algunos amigos comunes, de la enfermedad de su hermana, tuvo la deferencia de acercarse a visitarla.

El hueco estaba hecho y el ataúd con los restos de la mujer ya dentro. El enterrador comenzó a cubrirlo de tierra; palada tras palada, sin cejar un momento y delante de las miradas tristes y los corazones doloridos de los que la acompañaban, iba desapareciendo de su vista aquella caja de madera.

Amada sentía cada uno de esos golpes de tierra sobre el féretro como latigazos que abrían sus carnes.

Cuando el enterrador terminó. Amada colocó un pequeño ramo de flores sobre la tumba y poniendo la mano sobre la tierra humedecida dijo:

—Que la tierra te sea leve, compañera de mi alma.

Después del entierro todos se dirigieron a Las Carolinas. Susana había dejado preparado un chocolate con el último cacao que les quedaba, así se lo había indicado Ana y ella así lo hizo. A falta de dulces debido a la escasez de productos, Susana con un poco de harina, azúcar, una pizca de sal y las natas que hacía días reservaba para hacer mantequilla, hizo unas galletas, que seguramente todos iban a agradecer.

Pedro y Marcos se habían quedado solos en la casa, con la orden de no moverse de la habitación donde habitualmente jugaban. Pero el hambre se despertó en los niños y bajaron a la cocina con la idea de comer una naranja, eso era lo que Martina había dejado preparado para su merienda.

Al entrar en la cocina vieron sobre el fogón, debajo de la ventana, una bandeja cubierta con un paño blanco. La curiosidad y el aroma que desprendía el contenido hizo que levantaran con cuidado el trapo. Los ojos de Marcos y Pedro se abrieron hasta ponerse como platos de grandes, se miraron los dos y mientras sentían como la boca se les hacía agua, Pedro alargó la mano; cuando iba a coger una, su hermano Marcos le detuvo al grito de un sonoro «¡No!».

—¿Qué haces? Nos han dicho que comamos la naranja. No cojas, si no, la tata Susana nos reñirá.

—Solo una, tonto. Una para ti y otra para mí. Seguro que no se dan cuenta.

—No. Te digo que no y como cojas me chivo.

—Y entonces yo me chivo de que el otro día el maestro te castigó por decir palabrotas. ¡Venga, solo una! Una cada uno.

En vista de que había un número suficiente de galletas, Marcos cedió y tal y como su hermano le dijo comieron una cada uno. Pero una vez probadas ya era más difícil resistir la tentación y tomaron otra y otra y otra, hasta que la bandeja comenzó a tener espacios vacíos y sus barrigas a sentirse satisfechas.

Miraron la fuente y empezaron a colocar las que quedaban para que pareciera que allí no había pasado nada. Pero ya era tarde, la puerta de la cocina se abrió y Susana los pilló con las manos en la fuente y la boca llena.

—¡La madre que os parió! Pero si habéis acabado con todas. Te dije Martina que las metieras en la habitación, que estos raquerucos ya sabía yo que la liaban.

Mientras Susana los reñía y gritaba como una loca corriendo tras ellos, los chiquillos daban vueltas alrededor de la mesa para evitar que les echara mano.

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿Qué es este escándalo? —dijo Ana.

Los niños corrieron y se agarraron a las piernas de Ana, sabían que allí estaban seguros, Susana no se atrevería a pegarlos si estaban con ella.

—Estos elementos, que se han comido las galletas que había preparado para la merienda.

—Bueno, mujer, no te preocupes, que no pasa nada. ¡Qué vamos a hacer!, son niños. Además, esto lo vamos a arreglar enseguida. Estos

mozos, como ya han merendado, a juzgar por el tamaño de la fuente y las galletas que quedan en ella, lo que van a hacer ahora es subir a su habitación, coger la libreta y escribir quinientas veces cada uno la siguiente frase: «No volveré a comer nada si no me lo dan, aunque sean galletas de nata».

»Y hasta que no lo terminen, no volverán a comer nada, por lo que, si no terminan para la hora de la cena, no cenarán. ¿Os parece bien?

Pedro y Marcos bajaron la cabeza y se soltaron de las piernas de Ana, tenían labor para unas cuantas horas. Con la cabeza gacha se dirigieron a su cuarto.

—Nos han fastidiado la merienda, ¿no? No te preocupes, Susana, si al menos tenemos una para cada uno nos damos por contentos. Calienta el chocolate, que la tarde está fría y nos va a venir de maravilla. Ya que hemos pasado un mal trago vamos a endulzar un poco la vida, que buena falta nos hace a todos.

41

Las cosas, en lugar de ir mejor, cada día estaban peor. Los meses pasaban entre bombas y noticias que iban llegando de todos los sitios y que no eran nada optimistas. El ánimo caía por momentos. El hambre estaba presente en cada casa. A pesar de la llegada del buen tiempo, las caras de los hombres y las mujeres apenas mostraban sonrisas, cada vez estaban más tristes, se sentían más solos y perdidos en una guerra en la que nadie quería estar, en la que alguien los metió por capricho, por soberbia, por el simple hecho de querer imponer una voluntad única en contra de la decisión de un pueblo que se había manifestado en las urnas y al que no respetó, demostrando así lo poco que valoraba a las personas que formaban parte de un país que lo único que buscaban era trabajar en paz y darle a sus hijos derechos y formación suficiente para avanzar y crecer con dignidad.

Era difícil mantener el orden en circunstancias como las que se estaban dando. La ayuda internacional llegaba en mayor cantidad para el bando nacional; italianos y alemanes sobre todo ya formaban parte importante de las tropas de Franco. Eran precisamente los aviones alemanes los que bombardeaban día tras día ciudades y pueblos de España, aniquilando a sus habitantes como si fueran enemigos propios, sin tener en cuenta que eran civiles y que el único mal que habían cometido era el de estar en el lugar menos apropiado en un determinado momento.

Llegaban noticias de los fusilamientos y asesinatos indiscriminados que se estaban llevando a cabo en la España tomada. Todo tipo de aberraciones se escuchaban en cuanto a los interrogatorios sangrientos que se producían. Resultaba casi imposible hasta escribir y enviar cartas, ya que estas se abrían y leían y si se consideraba que algo era incorrecto y dañaba la imagen de los invasores se detenía a los autores, los cuales, en la mayoría de las ocasiones, sufrían palizas sin motivo aparente. Todo se iba sabiendo por familiares y conocidos que contaban lo que pasaba, y por aquellos que iban llegando a la ciudad con la intención de abandonar el país lo antes posible.

Esto generaba aún más miedo. Temor a la posibilidad de perder la guerra y tener que enfrentarse a todo aquello que se escuchaba.

Pero había que seguir viviendo, con poco o con nada, con ganas o sin ellas, con una sonrisa en la boca o con lágrimas en los ojos. Hasta el último aliento había que caminar por la senda que en esos momentos estaba marcada, aunque estuviera llena de brasas que quemaban cada uno de los pasos que se iban dando.

Las enfermeras continuaban en el hospital ayudando, no solo a los enfermos, también a los heridos que llegaban del frente y de los bombardeos. Ellas intentaban que se encontraran a gusto en medio de su dolor o su agonía.

Gloria estaba la mayor parte del tiempo en beneficencia, se había hecho bien a estar allí. Intentaba buscar trabajo para algunos y proporcionar algún tipo de ayuda, bien económica, bien alimenticia, para otros, y, gracias al laboratorio instalado en Zubieta, conseguía suministrar algún medicamento que paliara los males leves de muchos de ellos.

Amada continuaba cosiendo y enviando ropa a las tropas del Frente Popular, y además también colaboraba con grupos de mujeres que se hacían cargo de niños que por diferentes razones habían quedado huérfanos. Todo ello sumida en la tristeza que a pesar de los meses que ya habían pasado desde la muerte de Dori no conseguía superar.

En contra de la opinión de Laura, pero por darle gusto a su madre, se casó con Felipe una lluviosa mañana la víspera de San Juan.

Su gestación ya estaba avanzada y antes de que las cosas empeoraran tomaron la decisión de hacerlo.

Fue algo sencillo, en compañía de sus amigos y familiares. Acondicionaron la casa que los padres del novio tenían en Cueto y con la ayuda de Ambrosio, que siempre se buscaba la vida, pudieron hacer un cocido para celebrar. Clemente mató dos gallinas por orden de Ana y, como no podía ser de otro modo, Susana las preparó en pepitoria; ya estaban un poco duras, pero los condimentos y la mano de la cocinera ayudaron a que apenas se notara. Hasta el tiempo cambió de repente y se abrieron unos claros que permitieron a todos disfrutar de la comida y del resto de la jornada. Bailaron toda la tarde con la radio de Las Carolinas y cantaron tonadas montañesas, habaneras, tangos y rancheras.

Un día para recordar, y a la vez para olvidar lo que tenían a su alrededor. Por fortuna, los aviones aquel día no hicieron acto de presencia.

Asistieron todos, incluso Raquel, que no quiso perderse la boda de

la chica. Aprovechó para verlos a todos y charlar sin tapujos de lo que estaba viviendo en el pueblo. Ella también les dio una sorpresa, llegó acompañada de un joven apuesto y simpático al que presentó como a un vecino, pero después de unos cuantos chiquitos confesó que eran novios y que posiblemente pronto se casarían. En cuanto pudiera convencer a su padre para que aceptase a su pareja, ya que, además de ser más joven que ella, había tenido con su familia algunos problemas por tierras, que venían de años atrás. Pero Raquel confiaba en que el hombre entrara en razón y accediera a esa boda.

Lo cierto era que días como el que estaban viviendo hacía tiempo que no los disfrutaban. Incluso Amada sonrió y se divirtió.

Gloria llegó acompañada de su doctor, y el muchacho fue bien acogido por todos menos por Ambrosio, que a pesar de aquellas palabras que le dijo hacía ya meses seguía sintiendo por ella algo muy especial. Él no se atrevía a ponerle nombre, pero Susana, después de mirarlo durante un rato y ver cómo la observaba, se lo dijo sin reparos.

—Hermano, no puedes negar que te gusta, que la quieres. Se te cae la baba cuando la ves. ¿Por qué no la sacas a bailar, si lo estás deseando? No creo que ella te diga que no. ¡Anímate!

—¡Cómo me conoces, hermana! Fui un tonto cuando la aparté de mi lado. Me encanta su carácter, su fuerza, esa mala leche que tiene, me vuelve loco verla caminar y… su culo también, no lo voy a negar.

Ambos rieron. Ambrosio se levantó, bebió de un trago lo que aún le quedaba en el vaso y se fue en busca de Gloria.

—Hola, ¿me aceptas un baile? Entenderé si me rechazas, pero, aprovechando que estoy más borracho de lo que acostumbro, me gustaría charlar contigo mientras bailamos.

Gloria dirigió la mirada hacia donde estaba Higinio y, al ver que hablaba con Clemente y Susana, la joven agarró de la mano a su amigo y caminando despacio, intentando que nadie se diera cuenta de que desaparecían, se apartaron del bullicio a un lugar más solitario.

Sin mediar palabra se sentaron al borde del acantilado en una piedra que parecía estar allí esperando su visita. Al fondo el mar marcaba la línea del horizonte y comenzaba el ocaso regalando multitud de colores que iluminaban el cielo. Bajo ellos las olas incansables golpeaban las rocas, una con suavidad y la siguiente con fuerza, tanta que sentían como algunas gotas saladas les chocaban contra la cara.

—Este lugar me recuerda a mi pueblo. No sabes cuántas veces he visto una puesta de sol. De niño corría cuando llegaba la hora para no perdérmelo y, ¿sabes una cosa?, cada día era diferente. Solo tengo

grabada una en mi memoria, la del día que mi madre murió.

—¿Qué querías decirme? Es el momento de que lo hagas. Y solo espero no salir discutiendo de aquí. Esto es demasiado bonito para estropearlo. Y el día es para recordar por lo bien que lo hemos pasado, no por otra cosa. Esta debe ser una noche mágica, la noche de San Juan. Me gustaría rememorarla por algo bonito, aunque sea en medio de tanta hambre y tanta desgracia.

Ambrosio la miró a los ojos, la cogió de la mano y posó en su palma un beso suave y lleno de cariño.

—No sé por dónde empezar. Hablar de estas cosas no se me da muy bien. Creo que lo primero sería pedirte perdón por lo que te dije aquella tarde. No lo sentía. Me he dado cuenta de que lo único que tenía era miedo. Con el paso de los días te iba echando más y más en falta. Pero no me atrevía a decirte nada. Sin embargo, ahora que te he visto con ese chico, y sobre todo el otro día que os vi besándoos, me he dado cuenta de que… te quiero. Imagino que ya es tarde para mí. Lo acepto, pero tenía que decírtelo. En unos días me voy al frente, ya es el momento de luchar, no quiero estar más tiempo en un despacho como si fuera un señorito. Quizá no vuelva a verte. Eso era lo que quería decirte.

Gloria no respondió nada. Se quedó callada mirándolo mientras él encendía un pitillo. Cuando lo prendió y le dio un par de caladas, la chica se lo quitó de la mano y fumó con la mirada puesta en el horizonte.

—A mí también me cuesta lo que voy a decirte. Porque de alguna manera daña mi orgullo. Pero, durante todo este tiempo en el que no nos hemos visto, ni un solo día te he sacado de mi cabeza. Intentaba no coincidir contigo y, cuando lo hacía, eludía tu mirada, que sentía fija en mí. Yo también te quiero.

Tiró el pitillo al suelo y lo pisó con ganas, tantas que arrancó la hierba que había a sus pies. Ambrosio mantenía la mirada baja. Ella se volvió hacia él, levantó su barbilla y le besó.

Tras ellos, a lo lejos Higinio pudo ver la escena. Una pareja se besaba apasionadamente sin importarles el mundo ni quién transitaba por él. Sintió lástima de sí mismo y decidió volver de nuevo a la fiesta. Sabía que había terminado su relación con Gloria.

Susana y Clemente bailaban sin parar. Él no era un buen bailarín, pero le encantaba y la chica intentaba enseñarle. A la vez conversaban, hablaban de futuro, de ese futuro incierto del que no querían oír hablar y simulaban que no era tan negro como todo el mundo auguraba.

—Me tengo que ir. Esta semana, sin más tardar, parto de nuevo al

pueblo. Mi madre está sola y quiero estar en Vargas. Pero volveré a buscarte, y cuando esto termine me voy a casar contigo. Vas a dejar de ser la fea del novio guapo para pasar a ser mi mujer —dijo Clemente.

—Sé que te tienes que ir. Pero prométeme que te vas a cuidar. No te metas en líos.

—Eso está hecho. Antes de irme podías dejarme probar eso que guardas con tanto anhelo, no vaya a ser que…

—¡Calla, anda!, no puedo contigo, y sube la mano que se te está cayendo.

Laura y Felipe, sentados en una de las mesas, observaban a la gente que alegre disfrutaba de la fiesta.

—¿En qué piensas? —preguntó Felipe.

—En nada y en todo. En que estoy contenta y a la vez triste. Tú sabes que lo peor está por llegar, igual que yo. Pero en este momento no me importa. Solo quiero sentirte cerca de mí, muy cerca, tanto que seamos uno. Quiero perderme en tus brazos y que lo único que encuentre sea tu boca.

»No hay nada que esté por encima del amor. Es la guerra perdida entre el sexo y la vida. Es buscar en otra parte lo que no somos capaces de encontrar en nosotros mismos. Es la belleza que se alimenta del sentimiento, pero que es capaz de hacernos llegar a nuestro último aliento sin darnos cuenta de los pesares que caen sobre nuestra cabeza.

TERCERA PARTE

No hay nada que la guerra haya conseguido
que no hubiésemos podido conseguirlo sin ella.

HAVELOCK ELLIS

42

Agosto, 1937

Nada se pudo hacer por salvar la provincia. El general Dávila ordenó a las tropas que se apoderasen de Reinosa. La Naval era uno de los objetivos y una vez conseguido, entre otros, las tropas se dirigieron rápidamente hacia la ciudad.

Los italianos avanzaron por la carretera de Corconte y los terribles bombardeos hicieron imposible la defensa. Se intentó paliar el ataque volando varios puentes que dificultaban el avance de las tropas nacionales, pero de nada sirvió. Los hombres del bando republicano se retiraron por el valle de Luena. Los fuertes ataques aéreos hicieron imposible resistir la ofensiva. Santander y Torrelavega sufrieron continuos bombardeos.

La Quinta Columna consiguió una gran cantidad de informes de los huidos con la información necesaria sobre Santander, detalles como ubicaciones, solidez de las fortificaciones republicanas, localizaciones de las distintas unidades y materiales, así como los planes de defensa y contrataque.

En solo doce días, la provincia quedó en manos del bando sublevado.

Así pues, después de un año de bombardeos, las banderas tricolor republicanas cayeron de los edificios oficiales y fueron sustituidas por las rojas y gualdas con el águila de San Juan en el centro, que ondeaban al viento en señal de victoria.

La ocupación se llevó a cabo de manera inmediata. Enseguida se desarrollaron acciones por las cuales se intervinieron todas las asociaciones, sindicatos y sociedades obreras, pasando a disposición de los nacionales no solo el dinero que pudieran tener estos, sino también los inmuebles, las maquinarias y las cuentas bancarias, denotando así el poder que estaban dispuestos a ejercer sobre el pueblo.

Las gentes llenaban las calles entre cánticos y sonrisas mientras esperaban la llegada triunfal de las tropas vencedoras.

Todos pensaban que la pesadilla había terminado. Que todo

volvería a ser como antes. Que se terminaría el hambre.

Los que fueron detenidos salían de las cárceles orgullosos, sacando pecho y llenando su boca de agradecimiento hacia los vencedores y de odio hacia los vencidos.

Las tropas desfilaban por el paseo de Pereda entre música, aplausos y gritos de alegría que llenaban de orgullo a los soldados y hacían que se sintieran como héroes.

Pero seguía habiendo dos bandos, aquello no había terminado. Para algunos solo acababa de empezar.

Los días posteriores todos aquellos que pudieron huyeron de la ciudad dejando en ella un número importante de personas que tenían que hacer frente a la llegada de los nacionales. Muchos, conscientes de que su vida corría peligro, se escondieron; otros, que consideraron que no habían hecho nada más que defender lo que por derecho habían ganado, se quedaron quietos, esperando. Y el resto en cambio se preparó para acusar, masacrar y destruir a quienes no pensaban como ellos o creían que no lo hacían. Había llegado el momento de la venganza.

Miles de personas fueron apresadas. En la capital, la plaza de toros, el campo de fútbol, la península de la Magdalena, el seminario de Corbán, el Depósito de Tabaco en Rama y un número considerable de colegios se convirtieron en cárceles improvisadas que estaban abarrotadas de hombres y mujeres pendientes de saber qué iba a pasar con ellos. Pero no solo la capital era una cárcel, sino también los pueblos de la región. Lugares como el Instituto de Manzanedo, el penal de El Dueso, el cuartel de Infantería y otros más estaban llenos de gente que no sabían de qué se los acusaba.

Dormían en el suelo, pasando hambre y frío y con el peso constante de las armas apuntando a sus cabezas.

Los muros del cementerio de Ciriego, el Frontón en Reinosa, los muros de la playa de Berria en Santoña y un montón de lugares de la provincia se convirtieron durante esos primeros días en zonas de fusilamiento dejando cientos de muertos.

En la casa de Las Carolinas, la alegría no era precisamente lo que reinaba, el miedo se apoderó de todos. Ana sabía que estaba en el ojo del huracán y que más pronto que tarde vendrían a por ella. Había recibido aviso para que no fuera por el periódico, Matilde Zapata había conseguido huir antes de ser detenida y *La Región* estaba cerrada.

Subió a la habitación de su tía. Allí, en un anexo, había un pequeño

altar. Ella recordaba que, de niña, el cura acudía cada semana a impartir misa al matrimonio, y ellas en la mayoría de las ocasiones los acompañaban a petición de doña Elvira.

Hacía tiempo que no entraba en aquel lugar, pero allí estaba el mueble de roble labrado, con su piedra de ara. Ocupaba el mismo espacio desde hacía años, separado de la pared lo justo para que el cura pudiera colocarse tras él. Sobre el mismo continuaba, como ella recordaba, un cáliz de plata ahora vacío, pero cubierto como entonces con un pequeño paño de lino blanco bordado; a su lado un misal cuyas cubiertas estaban labradas en oro. Centrada en la pared, sobre el pequeño altar se podía ver una gran cruz en madera, y a ambos lados, las imágenes de la Purísima Concepción y la Virgen del Carmen.

Se acercó a la escalera y llamó a su hermana. Esta subió sin rechistar. Le pidió que la acompañara hasta la estancia.

—¿Qué hacemos aquí? Sabes que no me gusta nada esta habitación, me da escalofríos.

—Esta habitación, hermanita, nos puede salvar la vida si es necesario.

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

—Marifé, no te hagas la tonta. Sabes igual que yo lo que está pasando. Están deteniendo a todos aquellos que se han significado con la República y nosotras estoy segura de que estamos en esa lista, y, si no es así, no tardaremos en estar.

—¡Estás loca! Yo no he hecho nada.

Ana se volvió hacia su hermana y la sujetó por los hombros con fuerza.

—Escucha, esto no va de que tú hayas hecho algo, tampoco yo he hecho nada. Pero van a venir a por nosotras, con toda certeza a por mí, aunque espero de corazón que a ti no te salpique. Por ese motivo, hasta que podamos salir del país tendremos que estar ocultas, nos guste o no. Y ahí —Ana señaló el mueble—, aquí, hermanita —dijo poniendo sus manos sobre la madera—, nos vamos a esconder. Mira, ven.

Ana se acercó al altar y abrió la puerta.

Dentro del mismo se guardaban intactas las vestimentas del cura. Comenzó a sacarlas una a una mientras las dejaba caer sobre el suelo. Había dos albas blancas con alguna pequeña marca amarilla producida por la humedad. Una casulla, dos cíngulos y cinco estolas; una blanca, otra roja, una verde, una morada y por último una azul.

—Meteremos todo esto en ese armario. Y después quitaremos estas puertas y pondremos un tablón de madera que sea grueso, es importante que lo recubramos con algo por si tocan para que no se

note que está hueco, después colocaremos unos cierres por la parte interior. Seguro que Gustavo lo arregla, algo habrá por ahí para hacer la tapa que te digo; los pestillos se pueden conseguir en la ferretería sin problema, le diré a uno de los chicos que me los traiga. Podríamos mandar a las chicas a buscarlos, pero no quiero comprometerlas. Luego dejaremos el altar tal y como está, sin pegarlo a la pared.

—Espera. Eso no está mal, pero sabes que la biblioteca está llena de armarios secretos, esos en los que la tía metía sus cosas. También nos pueden servir. Es más estrecho e incómodo, pero lo podemos acondicionar igualmente. Ven conmigo, vamos a verlo.

Las dos bajaron las escaleras deprisa y entraron en la estancia, tras la puerta Marifé se agachó un poco y golpeando uno de los trozos de madera que forraban la parte baja de la habitación el cuadrante se abrió.

—Pero esto es muy pequeño, son apenas huecos de cincuenta por cincuenta —comentó Ana.

Marifé metió la mano y dio un golpe que hizo que cayera la delgada madera que separaba uno de otro.

—Con que quitemos las separaciones es suficiente, y mira esta pared, nadie sabe dónde se abren, solo nosotras, y el servicio, pero todos son de confianza.

—No solo eso, quizá también haya que esconderlos a ellos, o a alguno de nuestros amigos.

El teléfono de la casa sonó sobresaltando a las dos hermanas, que seguían maquinando la forma de hacer un buen zulo.

Ambas se miraron y escucharon como Martina contestaba.

—Sí, señor. Un momento. Creo que están en sus habitaciones —respondió Martina a su interlocutor.

Extrañadas, asomaron la cabeza entre la puerta y el marco del salón y le hicieron un gesto a Martina para saber quién llamaba. La doncella cubrió con su mano el auricular y les dijo que era su tío Ricardo, preguntando por alguna de ellas.

Ana salió y se puso en contacto con él.

Don Ricardo Gajano preguntó cómo se encontraban, si habían tenido algún problema o si necesitaban algo. Después de las respuestas de la chica, le anunció que al día siguiente llegaría a la ciudad, dado que, por fin, el orden se había restablecido. De momento no le acompañaría su tía, esta había sufrido una caída y no podía moverse al menos en unos quince días. Ya era tiempo de volver a tomar las riendas de su fábrica y recobrar su vida, indicó.

Cuando la llamada terminó, Ana le comunicó a su hermana y al resto del servicio, que alarmados con el sonido del teléfono habían

salidos al vestíbulo, que debían espabilar, todo debía estar preparado para cuando volviera su tío.

La inminente llegada del hombre hacía más urgente habilitar los lugares de los que habían hablado, aunque estaban seguras de que don Ricardo no estaría de acuerdo, pero eso no iba a ser problema, ya que, de tener que utilizarlo, lo harían a sus espaldas. Por lo tanto, lo más importante erar tenerlo preparado.

Después de todo, aquella seguía siendo su casa, la herencia de su querido abuelo.

Respecto a los niños, deberían estar semiescondidos, en la cocina sin salir, y con cuidado de no ser vistos por su tío. No podían echarlos de casa. Irían a un orfanato donde nada bueno les esperaba, solo dolor, palos y hambre.

Se acercó a la cocina y le pidió a Susana que se pusiera en contacto con Clemente, ya que este debía regresar a la casa antes de que llegara su tío.

El resto de los cambios que habían hecho en la mansión no le preocupaban. Al ser solo él quien llegaba, por un lado, no se iba a dar cuenta de muchas cosas y, por otro, los destrozos en la finca estaban justificados y habían sido producidos en mayor parte por los proyectiles y las bombas que habían caído cerca de la casa.

Ana salió al jardín a por Gustavo, estaba segura de que no andaba muy lejos y le buscó con la vista. Le vio en la parte de abajo del jardín preparando algo y lo llamó. Subió con él a la habitación y le pidió que hiciera el arreglo necesario en el altar. El joven no preguntó nada, se limitó a escuchar lo que Ana le decía, sacó el metro y tomó las medidas que necesitaba para hacer el encargo. Si fuera necesario, trabajaría toda la noche.

43

Como cada mañana, Daniel se acercó a la imprenta. Aquel día llegó más tarde de lo normal. Su madre estaba alterada por las noticias que recibía sobre las detenciones y, para colmo de males, justo cuando la noche anterior bajó a la calle a tomar un poco el aire, un grupo de hombres delante de sus ojos tiraron de una patada la puerta de la casa de uno de sus vecinos y se llevaron a una pareja de ancianos que gritaban por el camino que no sabían dónde estaba su hijo. Aquello le causó mucha impresión. Pensó en sus hijos, en que podían ser ellos los próximos y sufrió un ataque. Carlos avisó rápidamente a sus hermanos de lo sucedido, y tanto Laura como Daniel fueron en su ayuda. Allí habían pasado la noche al pie de la cama, junto a su madre, que no consiguió conciliar el sueño hasta entrada la madrugada. Eso hizo que Daniel llegara más tarde de lo normal, ya que, como era lógico, acompañó a su hermana a casa.

Al doblar la esquina de la calle que llevaba hasta la imprenta, vio como dos coches de la secreta se alejaban de allí. Escondido, esperó un rato, y cuando comprobó que no había movimiento, corriendo, se dirigió hasta el taller y entró.

Todo estaba tirado. Papeles por todos lados, la maquinaria rota y volcada, ríos de tinta por el suelo y, lo peor, no había rastro de ninguno de los trabajadores. El joven llamó a sus compañeros a gritos, pero no contestó nadie. De repente se acordó de Ernesto. Llevaba meses escondido y temió por él. Aparentemente allí no habían estado. Todo estaba igual. Separó la estantería de madera que cubría la puerta e hizo el amago de llamar para que el joven abriera como siempre, pero, al dar el primer golpe sobre ella, esta se abrió sola. Ernesto no estaba allí. Ni él ni ninguna de sus cosas.

Volvió a colocar la estantería y se dispuso a subir las escaleras. Al hacerlo escuchó un ruido, algo se había caído o quizá alguien lo había tirado. Durante un rato estuvo en silencio y sin moverse intentando escuchar algo más. Después de un tiempo y en vista de que no había movimiento alguno, subió las escaleras con precaución, tratando de escuchar y a la vez no ser oído.

Miró a ambos lados antes de salir a la planta principal y no vio a

nadie. Subió a la oficina, también allí habían estado, vio pasquines antiguos tirados sobre la mesa y al ir a coger uno de los que habían caído al suelo sintió que había alguien debajo de ella. Se dio la vuelta y bordeó la misma con sigilo. Agarró la tabla de la mesa con fuerza y tiró de ella hacia sí, dejando al descubierto a la persona que se escondía.

—¡Joder, Matías, qué susto! ¿Qué coño haces ahí?

Matías era un niño de apenas doce años que llevaba un par de meses con ellos ayudando en los repartos. Era sobrino de uno de los trabajadores. El muchacho había quedado huérfano después de los ataques de diciembre. Sus padres murieron en el bombardeo y su tío se había hecho cargo del chiquillo. Pero eran muchos en casa y tuvo que ponerlo a trabajar, al igual que a sus hijos, para ayudar con su pequeño salario.

—Se los han llevado a todos, don Daniel, a mi tío también. Solo preguntaban por usted. Aquí mismo les han pegado unos palos que les han doblao el lomo. Pero ellos no han dicho na.

—¿Y qué más has visto? ¿Qué han dicho?

—Na, solo preguntaban dónde estaba usté y que si no hablaban les iban a arrancar la lengua a tos. Fue un susto grande, entraron de golpe, los hombres estaban trabajando ya cuando llegaron. A empujones los pusieron a tos en línea tiraos en el suelo y con las manos en la cabeza, otros hombres los apuntaban con las pistolas. Yo estaba barriendo en aquella esquina y me metí como pude entre esa pila de papel, por detrás. Por eso me salvé; luego, cuando bajaron de arriba y vi que estaban despistaos, subí corriendo y me metí bajo la mesa esta. Había uno con un sombrero y mu arreglao que debía de ser el jefe, porque daba muchas órdenes, y otro más joven, que le hablaba to el rato, que me era conocido, no sé por qué —dijo mientras se rascaba la cabeza por debajo de su visera de cuadros, intentando recordar de qué le era conocido—. Pero ese era el que decía más su nombre al jefe, y también bajó con él al almacén, y luego subieron, y ya se fueron tos.

—¿Y quién era ese otro? ¿Subió alguien más del almacén con ellos?

—No sé, me suena, pero… no me acuerdo. Pero era él, el más joven, el que decía: «Venga, le llevaré donde he estado yo, seguro que está ahí escondido».

»Del almacén no subió nadie. Bueno, ellos.

—¡Hijo de puta! ¡La madre que lo parió! Le ha faltado tiempo para delatarnos a todos. ¡Hijo de la gran puta! ¡Vámonos, tenemos que salir de aquí! Este no es un lugar seguro. Vete a casa y estate tranquilo, tú no has hecho nada. Y dile a tu tía que no se preocupe, que seguro que

pronto estará en casa su marido.

Antes de abandonar el local, Daniel cogió el teléfono y llamó a Ana. Tenía que buscar un lugar donde esconderse.

Salió receloso, mirando a todos lados, se colocó la visera hacia delante, casi le cubría la cara, metió las manos en los bolsillos del pantalón y caminó entre calles sin saber dónde dirigirse ni a quién pedir ayuda. Pero de repente recordó que había un lugar donde podía ir.

Llegó hasta Barrio Camino y ascendió la empinada cuesta de adoquines en dirección al Alto de Miranda. Cuando estaba casi llegando se encontró con dos camaradas de la Federación que hacía tiempo que no veía. Se cruzó con ellos y los saludó levantando la cabeza. Hizo por pararse, pero ellos continuaron. Él sabía dónde iba, lo que no estaba tan seguro era si querrían darle cobijo. Giró a la derecha y enfiló Pérez Galdós. Por suerte el paseo estaba tranquilo, apenas se cruzó con dos o tres muchachas de servicio que iban cargadas con cestas de la compra.

Con disimulo se acercó al muro de piedra que rodeaba una de las fincas del paseo y lo saltó, aunque antes de hacerlo se aseguró de que nadie lo veía.

Caminó con reserva, cobijándose entre los frondosos arbustos del jardín.

Allí trabajaba su primo hermano Jesús. Llevaba años sirviendo en aquella casa. La mansión estaba casi todo el tiempo deshabitada, y él se encargaba de que estuviera a punto, en el supuesto caso de que sus jefes llegasen, aunque estos solo lo hacían durante la temporada estival, y aquel año, debido a la guerra, no se habían desplazado por miedo.

Jesús tenía bastantes más años que él, era el hijo de la hermana mayor de su padre. Cuando él nació, Jesús ya era un mozo, pero siempre le tuvo mucho cariño. Daniel recordaba como en muchas ocasiones había visitado aquella casa junto a su abuelo, iba con él a segar parte de la finca, y, otros días, a ayudar a su nieto en algún mandao que el joven no sabía hacer.

El hombre estaba sentado en la parte de atrás de la casa, entretenido con una navaja y un trozo de madera. Daniel llamó su atención tirando una pequeña piedra que lo golpeó en el hombro.

—¡Coño, Daniel! ¡Qué alegría verte! ¿Qué haces tú por aquí, no trabajas hoy?

—Hola, primo. ¿Estás solo?

—Más solo que la una. ¡Como siempre! ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito que me ayudes, la policía me busca. Ya sabes, ha

empezado la caza y formo parte del bando de las liebres. Han estado en la imprenta y se han llevado a todos. No sabía adónde ir ni dónde meterme y pensé que quizá tú pudieras ayudarme.

—¡Hijos de puta, mal nacidos! No tienen más que hacer ahora que jodernos la vida.

»No sé, primo. No sé qué decirte, me juego mucho. Fíjate que vienen los señores y te encuentran aquí. Se me puede caer el pelo. —Se levantó con una mano la boina y con un dedo se rascó la reluciente y blanca calva. Movió la cabeza a ambos lados y mientras se tocaba la barbilla dijo—: ¡Qué coño, si calvo ya estoy, por supuesto que te ayudaré! Eres de mi sangre, y aunque solo sea por lo que tu padre hizo por mi madre y por mí, tengo que ayudarte. Claro que sí, aquí puedes estar tranquilo. No creo yo que vengan para nada. Pero, si lo hacen, esta casa tiene más recovecos que los castillos de la Edad Media. Buscaremos un lugar seguro y, si no, lo hacemos, que aquí tengo de todo.

—No será por muchos días. Espero poder huir lo antes posible, pero algún tiempo llevará que planifiquen mi huida.

Los dos hombres entraron en la casa, prepararon algo de comida y después revisaron todos los lugares, incluidas las cuadras, construidas para albergar unos caballos que jamás tuvieron los jefes. Cualquier lugar podía ser apropiado para un escondite.

44

Recuperándose de un disparo, Clemente pasaba los días escondido en el pajar de una cuadra abandonada en Vargas.

La entrada de los nacionales le cogió de lleno. El joven no estaba combatiendo, sino segando las fincas arrendadas con algunos de sus parientes y vecinos del lugar, cuando las tropas aparecieron. Los oriundos intentaron huir monte arriba y la orden de fuego contra ellos los pilló por sorpresa, ya que lo único que hacían era mirar desde la distancia cómo una pequeña columna de soldados entraba en el pueblo. Los soldados debieron de pensar que los aperos de labranza que llevaban iban a servirles para su defensa y, sin mediar palabra, dispararon indiscriminadamente. Tal vez fue algún movimiento extraño por parte de alguno de los jóvenes lo que provocó el ataque o simplemente las ganas de venganza del militar al mando. Los italianos, a las órdenes de un oficial malencarado, dispararon contra ellos como si fueran dianas dispuestas para hacer prácticas de tiro. Después se acercaron a los hombres abatidos y les dieron un tiro de gracia.

En medio de tanta desgracia, Clemente tuvo la suerte de cara, el destino quiso que sobre él cayera muerto del primer ataque uno de sus primos, él no había sufrido daño alguno y, al escuchar la orden de rematarlos, se quedó quieto, inmóvil hasta que pasó el peligro, pero no pudo librarse de una bala que entró por su costado izquierdo.

Permaneció allí tirado hasta que las tropas desaparecieron y algunos vecinos y familiares se acercaron. Solo dos de ellos salvaron la vida en aquel ataque. Pero la suerte únicamente le sonrió a él: el otro murió a las pocas horas. La herida era peor que la suya y, a consecuencia de ella, había perdido mucha sangre.

Lo escondieron en una de las cuadras de La Linde, y con escasos medios intentaron curar la herida. Pero no consiguieron sacar la bala que estaba alojada entre dos de sus costillas.

Susana buscaba la manera de encontrarlo, pero nadie le daba razón del joven. No tenía la menor idea de dónde llamar o cómo ponerse en contacto. Solo sabía que estaba en Vargas, pero tampoco tenía forma de llegar. No podía contar en ese momento con nadie.

—Clemente, soy Vicente. Estate tranquilo, voy a subir —dijo el joven mientras ascendía los peldaños de madera que llegaban hasta el pajar donde el joven se encontraba.

Vicente era su hermano pequeño, había preparado un poco de borona y un tazón de leche caliente y se lo llevó para que comiera algo.

—No puedes estar más tiempo aquí. El pueblo está revuelto. El alcalde y la Guardia Civil no paran de buscar rojos, han cogido incluso a tres que habían tirado para el monte Castillo anoche y los han acribillado como si fueran cerdos. Están deteniendo a muchos, los llevan al cuartelillo y allí pues…, después de darles una soberana tunda, unos vuelven a casa y otros no tienen tanta suerte. El otro día sacaron a los hermanos Rodríguez, a los tres, ya sabes, los del Haya, dicen que les han dado matarile. No sabemos dónde estarán los cuerpos, y ellos callan como cochinos el lugar.

»Por eso, hermano, me he puesto en contacto con unos que ayudan a salir de líos y en tres días, a medianoche, te recogen en Fuentefría para sacarte del pueblo.

—Está bien, estaré preparado. ¿Cómo está madre?

—No muy bien, no te voy a engañar. Como a todos le hemos dicho que has muerto. Está triste la mujer, igual que Angelita, pero es mejor así. Cuando estés a salvo les diré la verdad. Ya habrá tiempo de que sepan. Ahora lo importante es que salgas de aquí.

—Necesito que escribas a Susana y le digas que estoy bien. —Sacó del bolsillo un papel arrugado y manchado de sangre y se lo dio—. Aquí tienes las señas.

—No es buena idea, leen las cartas. Darían contigo y a nosotros nos llevarían para el cuartel. Quédatelo, no quiero ni tenerlo. Debo irme antes de que amanezca, no quiero que me vea nadie. Hermano, suerte, espero verte pronto. Vete tranquilo, que yo cuidaré de madre.

Los dos jóvenes se abrazaron fuerte durante un instante, y prometieron que en algún momento volverían a verse.

Pasados los tres días, tal y como su hermano le dijo, Clemente se preparó. Esperó que cayera la noche. No había luna, seguramente por eso habían escogido ese momento.

Salió receloso de su escondite. Afortunadamente la herida no le molestaba nada más que un poco, solo cuando hacía algún movimiento brusco sin darse cuenta.

La noche era desapacible, si bien no era mucho el frío, llovía con fuerza, una de esas tormentas que traen los días calurosos en el norte. Fue por el camino más largo, entre camberas, parándose cada poco para observar si alguien le seguía. Estaba empapado, la lluvia no

cesaba. Detrás escuchó el ruido de un coche y se tiró tras una de las tapias. El golpe resintió la herida y al poner la mano sobre ella vio que volvía a sangrar. Dejó pasar el auto, era un coche militar lleno de soldados que hablaban en una lengua extranjera. «Italianos», pensó.

Ya atisbaba la fuente cercana del Pas, no había nadie, solo se escuchaba el sonido del agua del río y las gotas de lluvia que caían sobre las hojas de los árboles.

Se quedó cerca, escondido, no debía de faltar mucho para la medianoche. La lluvia cesó.

A su espalda, un hombre tocó su hombro, estaba tan pendiente de lo que pasara delante o a los lados que no se percató de que su retaguardia no estaba protegida.

Se quedó paralizado, por un momento pensó que lo habían atrapado, pero solo fue un instante.

—Tranquilo —le susurró al oído—, vamos, sígueme.

Caminaron durante un rato. Al llegar a un claro, el hombre hizo unas señales luminosas que fueron contestadas con una ráfaga de los faros del auto.

—¡Vamos, corre!

Clemente seguía sangrando por la herida y puso sobre ella la mano. Al llegar al coche, dentro del mismo lo esperaban otras tres personas.

Solo cruzaron unas escasas palabras de presentación y el vehículo se puso en marcha.

Tomaron la carretera, pero pronto la dejaron a un lado para conducir por caminos estrechos y tortuosos. Tuvieron suerte, no encontraron ningún control que les cortara el paso.

Llegaron de madrugada a Santander, circularon por el paseo de Sánchez y Clemente pudo ver Las Carolinas al pasar. Pidió que lo dejaran allí, pero no obtuvo respuesta alguna. También pasaron junto al cuartel de María Cristina, donde ya comenzaba a notarse actividad.

—Si nos paran, diremos que vamos a trabajar al centro de la ciudad en labores de desescombro, somos una cuadrilla de Maliaño. Tranquilos, que aquí está la documentación de todos —dijo el que conducía.

Unos kilómetros más adelante y después de descender, el auto se paró. Habían llegado. Clemente reconoció el lugar, estaban en el Río de la Pila. La puerta de una de las bodegas se abrió y todos entraron. Pero no era ninguna bodega, estaban entrando por la puerta trasera del teatro Pereda. Bajaron unas escaleras y pasaron a una habitación.

—Bueno, hemos llegado. Este lugar es seguro. De momento nadie sabe que existe, se preparó con tiempo. Estamos en un local anexo al teatro, la única entrada que tiene es la que habéis visto, pero cuando

nos vayamos ese paso no será visible ni a los ojos del personal que trabaja aquí. De todos modos, contamos con apoyos en el Pereda, no hay problema.

»Aquí tenéis una nueva documentación. Cuando la cosa esté más tranquila os iremos informando de la posibilidad de salir de la ciudad; de momento, estamos preparando unos barcos pesqueros que puedan alcanzar la costa de Francia. Pero hay que tener cautela, está todo demasiado revuelto.

Los dos hombres se marcharon dejando allí a Clemente y a sus dos compañeros. Se conocían de vista, de alguna verbena y alguna feria de ganado, pero no habían hablado jamás. Uno de ellos era de Puente Viesgo y el otro de Castañeda.

Conversaron sobre la situación que a cada uno los había llevado a estar allí. Clemente se dio cuenta de que él no tenía nada en común con esos hombres. Ellos estaban perseguidos, habían huido cuando iban a apresarlos. No era su caso, él no se había metido en líos ni temas políticos; por lo tanto, tenía que salir de allí. Su intención no era irse de España, nada había hecho más que recibir un balazo por estar segando.

Debía hablar con alguien, agradecer que lo hubieran ayudado y aclarar todo, pero su obligación estaba en Las Carolinas.

45

Las húmedas y frías paredes del penal de El Dueso albergaban los huesos doloridos de Ambrosio.

Lo habían hecho prisionero en la última batalla antes de que Santander fuera tomado. Lógicamente estaba sentenciado, sin haber tenido juicio, por supuesto, pero albergaba la posibilidad de que por algún motivo pudiera salir de allí con vida. Sin embargo, de momento, lo único que hacía era pensar en que, quizá, ese era el último día de su vida.

Le costó tres pesetas conseguir papel y lápiz para escribir a su hermana, también quería hacer lo mismo con Gloria, pero solo tenía un par de hojas de una libreta y un sobre con su sello. Por lo tanto, debía aprovechar y comunicarse con las dos en la misma carta.

Estaba un poco magullado, además de tener un par de costillas rotas y otros golpes y heridas. Por suerte compartía celda con un camarada médico que llevaba allí algo más de tiempo que él. El galeno procuraba examinarlo con lo poco que tenía. Gracias a él, no solo Ambrosio, sino el resto de los presos estaban al menos atendidos, y sus heridas se curaban cada día.

Buscó un lugar tranquilo en el patio y se sentó a escribir. Un lápiz apenas sin punta era lo que tenía y se lo quitarían en cuanto terminara la carta.

Uno de los guardias, con el fusil en la mano, tras él, observaba lo que redactaba.

—¿No te vas a quitar de ahí? Voy a escribir a mi novia y a mi hermana, y no tengas miedo, que no les voy a decir las hostias que nos dais aquí.

El soldado no contestó, pero le clavó la rodilla en la espalda por el comentario.

Santoña, 15 de septiembre de 1937

Queridísima hermana:

Espero que al recibo de esta te encuentres bien de salud. También espero que

tengas noticias de padre y este ande bien de sus dolencias y no haya tenido problemas.

Como ya sabrás, me encuentro preso. En este lugar que desde luego si fuera un hotel tendría las mejores vistas del mundo. Pero no es el caso, es una cárcel. Ya sabes, un sitio de esos donde se encierra a los ladrones y asesinos. No es ese mi caso, pero está visto que haber estado en el bando equivocado es lo que tiene.

No penes por mí. De momento estoy bien. Aquí no nos tratan mal del todo. Comemos poco, eso sí, pero imagino que igual que vosotros ahí fuera.

Yo estoy entretenido, con un grupo de compañeros presos estamos haciendo un mapa de España con todas sus provincias que se irá armando como si fuera un rompecabezas. Cuando salga te lo llevaré y, si no, te lo haré llegar, para que los chiquillos tuyos cuando los tengas puedan jugar con él.

No tengo mucho más que contar, lo único que quería decirte es que estoy bien, de verdad.

Si estas en disposición, te pido que me mandes algunas perras, no muchas, y algo de ropa, estoy con unos pantalones y una camisa prestados; también, si es posible, algo de tabaco de liar. Y, si puedes y no es mucho pedir, algo de papel y sobres, aquí están un poco caros.

Como no tengo papel suficiente te voy a pedir que, por favor, le hagas llegar también a Gloria esta misiva, me gustaría decirle cuatro cosas.

Sin más me despido, hermana, en el reverso escribiré para Gloria.

Un beso de tu hermano que te adora,

AMBROSIO

El joven, leyó las letras que le había escrito a su hermana y dando la vuelta al folio se dispuso a escribir a su chica como si fuera en un papel no utilizado.

Santoña, 15 de septiembre de 1937

Hola, guapa:

Si hay algo que puedo hacer constantemente aquí es pensar. Y lo hago mucho. No quiero ponerme cursi porque sé que a ti eso no te va. Pero te diré que estás en mis pensamientos siempre. Qué cosas, ¿verdad? Siempre estás tú, niñuca. No te digo cómo, porque conociéndote estoy seguro de que yo estoy en los tuyos de la misma manera.

También pienso en lo tonto que fui al dejarte y en lo listo que me volví el día que se me ocurrió decirte lo que sentía de verdad.

Igual es egoísta lo que voy a escribir, pero me gustaría pedirte que me

esperes, estoy seguro de que nos vamos a encontrar pronto.

Nada hemos hecho mal, por lo que cualquier día de estos me tendrás ahí, agarrado a tu cintura.

Mira de vez en cuando el mar, ese que compartimos desde la distancia y que sin él saber ni querer de alguna manera nos une.

Cuídate, campurriana de mi vida. Yo lo haré aquí.

Tuyo siempre,

AMBROSIO

Omitió decir la verdad, de nada serviría que sufrieran pensando en cómo se sentía allí encerrado, recibiendo golpes casi a diario, con tres dientes menos y una cicatriz en la mejilla que iba a costar bastante disimular.

Dobló con cuidado la carta después de volver a leerla, la metió en el sobre y escribió las señas en él. Se la entregó al guardia sin cerrar para que pudiera ser leída y analizada, tal y como le habían dicho, y le devolvió el lápiz que le había dejado. Ahora solo quedaba esperar noticias de ellas y que, al hacerlo, no escribieran nada inconveniente en la nota.

Al levantarse del banco se resintió su costado e instintivamente se echó mano. Caminó despacio hasta unirse a un grupo de presos que paseaban por el patio y anduvo con ellos mientras charlaban. Buscaban los rayos del sol, que aún calentaba, y se pararon posando su espalda sobre los muros templados, que reconfortaban sus húmedos huesos.

Así un día tras otro a la espera de que la suerte se aliara con él.

46

En el hospital las cosas habían cambiado. La afluencia de policía era casi constante. Un día sí y otro también, se acercaban y preguntaban por personas a las que estaban buscando. Hombres y mujeres que el delito que habían cometido era el de formar parte de la Federación Obrera Montañesa. Se habían apoderado de todos los organismos, federaciones y asociaciones y habían dado orden de informar de todos los trabajadores y su tendencia política en fábricas, oficinas, comercios y cualquier negocio.

Laura y Gloria estaban preocupadas, en esas listas aparecían ellas sin duda, además de sus amigos y familiares. Aunque de momento nadie había preguntado por ninguna.

Cada una seguía trabajando en el lugar donde les indicaban. Laura estaba como al principio, en el pabellón de digestivo, pero algunos días también prestaba sus servicios en el militar.

Por su parte Gloria abandonó sus labores como enfermera y retomó sus estudios de enfermería, empezaba el último curso. Hacía sus prácticas por la mañana, y por la tarde, después de las clases, continuaba colaborando en el despacho de beneficencia. La que había cambiado era su compañera. Colocaron en ese puesto a una persona del régimen. Una mujer alta y malencarada, poco agraciada físicamente y con un carácter agrio que hacía que la gente no sintiera por ella nada más que miedo y repulsa. No atendía a nadie con cariño ni simpatía y las pobres personas que allí se acercaban, cargadas de graves problemas, salían además con la sensación de que las trataban como basura. Gloria no había visto jamás un gesto alegre en esa cara áspera y seca que tenía: era tajante en cuanto al trato con los pacientes, poco empática y mucho menos simpática.

La joven se mordía la lengua continuamente cuando escuchaba las contestaciones y el trato que la mujer daba a las personas que necesitadas acudían a pedir ayuda. Pero no podía hacer nada, no había posibilidad de colaborar con ellos. Ya no tenían medicinas ni nada por el estilo, y los médicos que pensaban como ella y en ocasiones les ayudaban en la mayoría de los casos habían sido detenidos o, lo que era peor, asesinados.

Laura estaba a punto de dar a luz, su embarazo entraba en sus últimos días. Caminaba pesada y con las piernas hinchadas por los largos pasillos del hospital cuando sor Encarnación llamó su atención.

—¡Laura! Acompáñeme al despacho, por favor.

—Un momento, hermana, voy a administrar unas medicinas y ahora mismo estoy con usted.

—No, déjalo. Ven, te están esperando.

—A mí, ¿quién me espera?

—Ven, por favor. No preguntes tanto y haz el favor de venir conmigo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Algo malo pasaba. No le había gustado el tono de voz de la religiosa y mucho menos su talante. Posó la bandeja en una de las mesas auxiliares de la sala y caminó tras la monja.

Cuando la puerta del despacho se abrió, Laura pudo ver a dos hombres que estaban allí, de pie, mirando de frente y con la vista clavada en ella.

—¿Laura Ramírez Cueto?

—Sí, soy yo. ¿Qué pasa?

Uno de los hombres le pidió que entrara y se sentara. Sor Encarnación se excusó y salió del despacho dejando allí a la chica con ellos.

Ambos enseñaron la placa que los acreditaba como policías y comenzaron a preguntar.

—Bien, esto es muy sencillo, nosotros preguntamos y tú nos contestas la verdad. Tienes una barriga bien hermosa, no creo que quieras parir en la cárcel, aunque las rojas como tú es lo que merecéis. Repito, muy sencillo: eres hermana de Daniel Ramírez Cueto, ¿verdad? —Laura asintió con la cabeza, estaba muerta de miedo—. Muy bien, ¿ves qué fácil? Siguiente pregunta: ¿dónde está? Antes de que contestes, es conveniente que sepas que, si la respuesta no es la que esperamos, de aquí nos vamos a comisaría. Por lo tanto, te aconsejo que pienses bien lo que vas a decir.

Laura estaba muy nerviosa y sintió un dolor agudo en su vientre que le hizo temer que estuvieran comenzando las contracciones.

—Lamento decirles que no sé dónde está. Hace días que no lo veo; es más, supe que hubo una redada en la imprenta y tanto mi madre como yo hemos imaginado que estaba detenido.

—¡Sí, claro, y yo voy y me lo creo! Vaya, pues a esta elementa también se le atrofia la mente como a las alas de las mariposas en la isla de Kerguelen.

»Te ha quedado el discurso muy bonito, pero no me sirve.

Levántate, no vamos a perder más tiempo en este lugar. Estás detenida.

—Pero no he hecho nada, les juro que no tengo la más mínima idea de dónde está mi hermano. Por favor, estoy a punto de dar a luz. No me pueden llevar a ningún sitio.

Dolores había visto lo que pasó y sin que se diera cuenta la monja se había acercado al despacho, pero la mujer la sorprendió justo cuando iba a abrir la puerta.

—Dolores, ¿qué quieres?

—Hola, hermana, necesito a Laura, tenemos que hacer unas curas y la estaba buscando. Me pareció que había entrado con usted al despacho.

—Sí, está ahí, pero no conmigo. La policía quería hablar con ella. Vuelve a tu trabajo.

—Pero…

—¿Qué parte de la frase «vuelve a tu trabajo» no entiendes?

—Sí, ya me voy.

Dolores fingió encaminarse de nuevo por el pabellón de digestivo, pero, al volver la cabeza y ver que la monja ya no estaba, corrió hasta la oficina de beneficencia en busca de Gloria.

Al llegar recordó que la chica no estaba sola, en ese despacho se encontraba aquella mujer desagradable que caminaba por el hospital como si fuera un guardia de seguridad. Decidió relajarse y llamó suavemente a la puerta, dando apenas dos golpes leves.

—Buenas tardes. ¿Le importaría si me llevo un momento a Gloria? Tengo que decirle una cosa.

—Puedes decirle lo que quieras aquí. No es necesario que salga, está muy ocupada.

—Ya. Es que… es algo personal. Cosas de mujeres.

—¿Acaso soy yo un hombre? Vamos, no seas pesada y di lo que tengas que decir y vete. Tenemos mucho trabajo, ¿o no ves cómo está la sala de mendigos?

Gloria, que no podía soportar cómo hablaba de la gente se levantó de la silla y se dispuso a salir del despacho.

—¿Dónde crees que vas? ¿Acaso piensas que vas a seguir haciendo lo mismo que antes, que no era ni más ni menos que lo que te daba la gana? Siéntate ahora mismo. Y esta, si quiere hablar, que hable y, si no, que se vaya y deje de molestar.

Gloria se quedó parada frente a Dolores y con un gesto le dijo que hablara.

—Es Laura, creo, creo que está de parto, me ha pedido que te avise.

—¿Quién es esa Laura? Y, además, si va a parir, está en el lugar apropiado, no necesita a Gloria para nada.

La chica se volvió, y dando un golpe con ambas manos en la mesa, se encaró a la mujer.

—Laura es mi amiga, y ahora mismo me voy. Y, si no quiere que siga trabajando con usted, me parece perfecto.

Las dos muchachas salieron deprisa, y por el pasillo Dolores le comentó lo que estaba pasando. Corrieron hacia el despacho de sor Encarnación.

Al llegar, Laura salía escoltada por los dos hombres. Les hizo un gesto para que no dijeran nada. Pero Gloria no pudo evitar ir hacia ellos.

—Déjenla en paz, no ven que está a punto de dar a luz. No ha hecho nada. Déjenla de una vez.

—Señorita, apártese, este asunto no le incumbe en absoluto. Pero, si tanto interés tiene, ¿igual quiere acompañarla?, seguramente es usted otra de esas rojas indecentes que tanto abundan.

Gloria no tuvo más remedio que apartarse y ver cómo se llevaban a su amiga.

No sabía qué podía hacer, no tenía la más mínima idea de dónde avisar a Felipe y lo único que se le ocurrió fue llamar a Ana. Seguramente ella sabría algo.

Buscó un teléfono y se comunicó con Las Carolinas.

Tal y como había anunciado, don Ricardo llegó a la casa. Había venido cambiado, con unos aires y unos modos desconocidos para sus sobrinas. Daba voces y órdenes constantemente, el servicio estaba asustado por el trato que recibía, no entendían qué le podía haber pasado a ese hombre.

Nada más llegar tuvo una conversación con sus sobrinas que terminó en batalla campal. Ana discutió con él acaloradamente mientras Marifé en principio se limitaba a escuchar lo que el hombre decía sin rechistar, pero al final unió fuerzas con su hermana. Aunque de poco les sirvió.

Las órdenes estaban claras, en aquella casa no quería a nadie que no fuera afín al Régimen. Por lo tanto, las visitas de sus amistades habían terminado, y de momento y hasta confirmar algunos datos el servicio se mantendría, pero a la mínima sospecha saldrían de allí. Aquella era una casa decente que desde ese momento lo único que iba a hacer era apoyar y colaborar con el nuevo Gobierno.

Ana y Marifé volvieron a repetirle a su tío lo que en una ocasión le

dijeron a doña Elvira, que aquella casa era suya y él no era nadie para ordenar en ella. Pero el hombre respondió amenazando a las muchachas y recordándoles que no estaban en disposición de reclamar nada. Entre otras cosas, porque los salarios del servicio había que abonarlos, el mantenimiento del lugar era muy caro y algún que otro detalle más, a los que ellas no podían hacer frente.

Ante aquello no tuvieron más remedio que guardar silencio. Era cierto, ellas no podían mantener la casa y mucho menos pagar al servicio. Pero ni que decir tenía que Ana no estaba dispuesta a acatar órdenes de nadie y menos de su tío. A sus espaldas continuaría ayudando a sus amigos.

Cuando sonó el teléfono Martina contestó. Hacía unos minutos que el señor Ricardo se había marchado a la fábrica. Molesto por tener que conducir y gritando que, si no volvía Clemente en dos días, buscaría un nuevo chófer.

Al otro lado Gloria se comunicaba con la casa. Nerviosa le pidió a Martina que buscara a Ana.

Le contó lo que había pasado y le pidió que buscara a Felipe. No había podido hacer nada por detener a los policías y Laura estaba a punto de dar a luz.

Ana se puso nerviosa. La situación se estaba complicando, no sabía qué hacer ni adónde dirigirse. Daniel se encontraba escondido, Ambrosio en la cárcel y Felipe desaparecido. Ella no era capaz de llevar todo aquello, pero debía intentarlo. Con los datos que le había dado Jesús según indicaciones de su primo trataría de dar con ellos.

Hacía un par de días que Jesús, siguiendo las instrucciones de Daniel, con cuidado de no levantar sospechas, se había puesto en contacto con la chica.

Llegó de mañana con un cesto lleno de flores en su carro. Se paró en la puerta de Las Carolinas y entró. En cuanto Ana vio las flores supo que las noticias que aquel hombre traía eran de su novio, así habían quedado en hacerlo en el supuesto caso de que alguno de los dos tuviera que desaparecer.

Jesús bajó las flores y se las entregó a la chica, al acercarse a ella puso en las manos una nota que había sacado del bolsillo interior de su americana.

Querida Ana:

Espero no ponerte en aprietos, pero en esta circunstancia no sé a quién recurrir.

Estoy en la casa de mi primo Jesús en el paseo de Pérez Galdós. Durante unos

días puedo estar seguro, pero está claro que tengo que salir de aquí. Ponte en contacto con Felipe, él sabrá lo que hacer.

Te pido que le digas a mi hermana que estoy bien, que no se preocupen por mí.

Espero verte muy pronto.

DANIEL

P. D.: Destruye esta nota lo antes posible.

Al recibir la carta, Ana no sabía qué hacer, desde que habían entrado los nacionales, apenas se movía de casa, no por miedo a que le pudiera pasar algo o fuera detenida, más bien por proteger a todos los que estaban a su alrededor.

Ana rompió la carta y después la metió en la lumbre mirando cómo se hacía ceniza.

47

Javier, el reportero deportivo, caminaba por el ayuntamiento con las manos en los bolsillos y sin saber muy bien qué hacer. Desde hacía tiempo no tenía ningún trabajo que desarrollar, y lo que tenía claro era que deseaba posicionarse en algún puesto relevante del futuro Gobierno. Por suerte para él tenía amigos y conocidos de la niñez que estaban dispuestos a ayudarlo. Su familia paterna estaba muy bien relacionada y sus primos, con los que había pasado la infancia, en estos momentos comenzaban a destacar, bien en organismos oficiales, bien en la Policía, el Ayuntamiento, etc.

Aquella misma mañana había tenido ocasión de charlar con alguno de ellos, y les mostró su interés por colaborar en lo que fuera preciso, incluso con información sobre algunas personas que quizá les iba a resultar interesante.

Ellos no dudaron ni un momento de su implicación, además se tendría en cuenta el trabajo que había desarrollado durante ese pasado año en el que la ciudad seguía en manos de los republicanos.

—Tú lo que tienes que hacer para ganar algún punto es hablar de algún rojo. En ese periódico había muchos, no creo que todos hayan desaparecido. Piensa un poco, seguro que das con alguno. Y eso, primo, te digo yo que, sumado a lo que aportaste anteriormente, te va a dar el empujón necesario. Y por supuesto nuestra ayuda, que esa la tienes asegurada —le había dicho uno de sus parientes.

No hacía más que dar vueltas a esa conversación. Y, después de un rato, dio con la persona adecuada. Había llegado el momento de que pagara sus desagravios, sus contestaciones y su insolencia. Sin duda Ana Zaldívar Uriarte estaba la primera de su lista.

Pero antes iba a darle una oportunidad. Iría a verla.

Ana se vistió y se dispuso a salir, pero debía tener mucho cuidado. Necesitaba hablar con gente de la resistencia que pudiera ayudar a Daniel. Una posibilidad era salir de la provincia, ella sabía que se estaba preparando una huida, pero estaba un poco perdida.

Decidió acercarse a la calle Arrabal, seguramente en alguna de las

tabernas o incluso en las bodegas podría dar con algún camarada.

Los pescadores y trabajadores tomaban chiquitos esperando la hora de retirarse a su casa.

Entró en dos de ellas y no fue capaz de reconocer a nadie. Pero no podía desistir. Al visitar el tercero de los locales, la mujer que atendía la barra le resultó familiar. Acercó una banqueta al mostrador y se sentó.

—¿Qué te pongo?

—Una Cruz Blanca.

—Te conozco, tú eres la periodista.

Se acercó a ella, y aprovechando que en el bar solo había un par de hombres con bastantes vinos de más jugando una partida de mus le dijo:

—Imagino que estás buscando a alguien. No es buen lugar este para ti. Pero igual puedo ayudarte.

—¿Puedes ayudarme de verdad? Busco a alguno de mis compañeros de la Federación. Necesito hablar con ellos.

La camarera le pidió que esperara y desapareció de su vista. Después de un rato salió de nuevo, se dirigió a limpiar unos vasos y disimulando, para que el resto de los clientes no notaran nada extraño, habló en susurros:

—¿Ves esa puerta? —le dijo señalando al final del local una puerta verde, estrecha y pequeña que tenía un cartel que decía ALMACÉN—. Estos se van en un momento. Entra, y al fondo a la izquierda, escondida entre unos toneles de vino, hay otra puerta, das tres golpes cortos y te abrirán. Seguro que encuentras a alguno de los que buscas. Pero espera a que no haya nadie en la taberna.

Ana esperó mientras leía la prensa que había sobre el mostrador. Mentiras y embustes llenaban sus ojos. Uno de los hombres se levantó y se acercó a ella.

—Qué pasa, niñuca, ¿te dieron plantón? Si quieres, yo estoy disponible.

—Venga, deja a la chavala. Como aparezca la Juliana a buscarte, te vas a enterar de lo que vale un peine —dijo otro de sus compañeros.

—¡Teresuca! ¿Qué se debe?, que hoy le toca pagar a este, no ha sido capaz de ganar ni una partida.

—Son ocho pesetas. ¿Me pagas o te lo apunto?

El hombre, que apenas podía hablar debido al estado de embriaguez, le hizo un gesto con la mano para que se lo apuntara.

Ana esperó a que salieran, pero durante un rato estuvieron charlando en la puerta, dando gritos y riéndose a carcajadas.

Continuaban hablando, pero comenzaron a moverse despacio

mientras discutían. Ana se asomó a la puerta con disimulo, como si estuviera esperando la llegada de alguien, con ello se aseguró de que ya se habían alejado lo suficiente.

—Ya puedes pasar, ellos ya saben que estás aquí. ¡Espera!

Por la pequeña ventana que daba a la calle, Teresa vio cómo se acercaban dos policías. Ambos entraron en el bar.

—Buenas tardes, ya va siendo hora de que se recojan las mujeres, ¿no? Pon un par de chiquitos. Y… ¿qué hacéis aquí solas las dos? Espero que no os dediquéis al oficio más viejo del mundo. Aunque pinta, la verdad, no tenéis.

Teresa habló antes de que Ana dijera nada.

—Ya ves, es mi prima. Acaba de llegar del pueblo, viene a pasar unos días, quiere estudiar y va a ver qué se puede hacer.

—Qué bien. ¿Y de qué pueblo eres?

Ana se quedó en blanco, no sabía qué decir. De repente se acordó de Raquel y dijo:

—De Silió.

La miró de arriba abajo mientras tomaba de un trago el vaso de vino y se despidieron.

Las dos mujeres respiraron hondo.

Cuando salieron, Teresa cerró la puerta del bar y apremió a Ana para que pasara al almacén.

Entró en el oscuro pasillo que apestaba a ese olor agrio de los toneles de vino viejos y buscó la puerta que Teresa le había dicho. Delante de ella, dio los tres golpes tal y como le había indicado la muchacha.

La puerta se abrió y nada más hacerlo pudo reconocer a la persona que abría. Se abrazó a él y le dio dos besos. El hombre la instó a pasar deprisa.

La sorpresa fue mayúscula cuando, una vez en la sala donde estaban reunidos, vio a Felipe. Deprisa fue hacia él y lo abrazó también.

—Han detenido esta mañana a Laura. Me llamó Gloria, la apresaron porque iban preguntando por Daniel y como no les dijo nada, porque no sabía, se la llevaron a comisaría. No sé qué hacer. Está a punto de dar a luz.

Felipe se llevó las manos a la cabeza, pensaba que estaba segura en el hospital, pero no había sido así.

—Y Daniel, ¿dónde está?

—Está a salvo en una casa donde trabaja un primo suyo, allí está escondido. Pero me ha pedido que si podéis le deis salida de la ciudad lo antes posible.

—Me preocupa mi mujer. ¡Joder! ¿Qué coño puedo hacer?

»Tienes que irte de aquí, yo me encargo. Por cierto. Clemente está con nosotros, esta noche le llevaremos hasta tu casa si te parece. En principio no está buscado. Le trajimos del pueblo porque lo dieron por muerto y era mejor sacarlo de allí. Dejad la puerta de atrás abierta para que pueda entrar. Ahora voy a decirte qué tienes que hacer con Daniel. Pero tendrás que ponerte tú en contacto con él, nosotros no podemos arriesgarnos más.

—Sí, tranquilo, yo me encargo. Dime lo que tengo que hacer.

Felipe le dio instrucciones al respecto y se marchó rápido.

48

Laura llegó a comisaría muerta de miedo, sabía lo que pasaba una vez allí. Le mandaron sentarse en una sala oscura y fría. Lo único que había era una silla y una pequeña ventana por la que entraba apenas un rayo de luz.

Parecía que había llegado la hora de parir, tenía contracciones que de momento eran cada media hora, pero, si las cosas iban bien, en poco tiempo serían más continuas hasta provocar el parto.

Después de dos horas de espera la puerta de hierro se abrió. Por ella entró el mismo hombre que la había detenido y llevado hasta donde se encontraba.

—Bueno, ¿has tenido tiempo de pensar?, igual aquí con esta temperatura tan agradable que hace te ha vuelto la memoria.

Laura lo miró sin decir nada. Siguió escuchando lo que el hombre decía mientras daba vueltas alrededor de la silla que ocupaba.

Gloria no había podido evitarlo, y a pesar de saber que no le iban a hacer ningún caso, se cambió de ropa y se dispuso a ir a comisaría en busca de su amiga.

Cuando estaba a punto de salir se tropezó con una hermana de la caridad que llevaba pocos días en el hospital, pero había hecho muy buenas migas con ella.

Al verla tan agobiada, esta le preguntó qué era lo que le pasaba y por qué estaba tan nerviosa. Gloria le contó lo sucedido y la religiosa se estremeció. También conocía a Laura y sabía de su situación.

—Espera, que me voy contigo —dijo la monja.

—Pero sor Encarnación se enfadará con usted, hermana. No quiero que tenga problemas por nuestra culpa.

—Tú estate tranquila, que yo sé lo que hago.

Laura continuaba sintiendo la mirada opresiva de aquel hombre.

De vez en cuando se acercaba a su oído, ponía la mano en su hombro y le hablaba con desprecio. Ella apenas hacía caso de lo que le

decía, estaba más pendiente de los dolores que cada vez eran más continuos y de los cuales, y por suerte, el hombre no se había dado cuenta.

—Mira, se me está agotando la paciencia, ¿me quieres decir de una vez dónde coño está tu hermano?

—Ya le he dicho mil veces que no lo sé. No tengo ni idea.

El hombre, que estaba colocado frente a ella, le pegó un puñetazo que hizo que la mujer cayera al suelo con silla y todo. Laura estuvo a punto de perder el conocimiento, pero no lo hizo.

Sintió cómo la sangre salía de su boca, y al pasar la lengua sobre su labio notó que tenía una herida abierta en el mismo.

El policía la cogió con fuerza por el brazo y la puso en pie. Levantó la silla y la hizo sentarse de nuevo. La abultada barriga cada vez estaba más baja y los dolores persistían.

—Estira las piernas. Así igual estás más cómoda —dijo con sorna. Laura lo hizo con miedo y recelo, pero obedeció—. Voy a repetir la pregunta, y espero por tu bien y el de ese pequeño bicho rojo que llevas ahí dentro que la respuesta sea la adecuada. ¿Dónde está?

Laura, llorando, contestó de nuevo que no lo sabía.

Otro golpe fue lo que recibió, pero esta vez el hombre dejó caer con toda su fuerza su bota sobre la rodilla de Laura, que sintió cómo todos los huesos se hacían añicos. El dolor provocó que se desmallara en el momento.

El hombre salió de nuevo de aquella sala y la dejó allí tirada e inconsciente.

Gloria y la monja llegaron acaloradas a la puerta de la comisaría. Antes de entrar, la monja le pidió a la chica que la dejara pasar sola. Conocía al comisario, era pariente suyo, y estaba casi segura de que accedería a su petición. Pero era mejor si hablaba a solas con él.

La joven aceptó y se quedó en la acera de enfrente, desde donde observó cómo los guardias que allí se encontraban saludaban a la hermana de la caridad y después la perdió de vista.

Esperó más de treinta minutos y entonces vio como la monja se acercaba a la puerta y le hacía un gesto para que fuera junto a ella.

—Ven, necesito tu ayuda, no digas ni una sola palabra. No abras la boca. ¿Me entiendes? Y lamento decirte que es mejor que estés preparada para cualquier cosa, creo que Laura ha sufrido algún daño. Ya sabes, es la guerra y…

—Sí, hermana. Hay mucho hijo de puta dentro de estas paredes.

—¡Cállate! No es culpa suya. La gente cumple órdenes, es su obligación. Ten la boca cerrada o si no será mejor que te quedes en la calle.

—Sí, es una obligación hacerle daño a una mujer embarazada, claro, lo entiendo. Todo por la Patria, ¿no?

—¡Cállate de una vez o te vas!

Las dos mujeres seguían a un guardia. Bajaron unas escaleras y continuaron por un pasillo largo lleno a ambos lados de celdas. De algunas de ellas se escuchaban quejidos y llantos. Gloria pidió que por favor no fuera Laura una de esas personas que sufrían. Ya casi al final del corredor el hombre se paró, sacó del bolsillo un manojo de llaves y abrió la puerta.

La enfermera se quedó helada con la imagen que encontró. Su amiga estaba retorciéndose de dolor, tenía la cara ensangrentada y la pierna totalmente deformada, además de los dolores de parto que ya eran continuos.

Las dos mujeres corrieron hacia ella.

—Ayudadme, el niño está a punto de nacer, no puedo más.

—Tenemos que salir de aquí, no puedes parir en este lugar, está lleno de mierda —dijo Gloria.

—No hay tiempo, Gloria —comentó la monja.

Entre las dos colocaron como pudieron a Laura, intentando que la rodilla no sufriera mucho, era imposible hacer que su pierna se doblara, casi no podían tocarla por el dolor que le producía.

La monja comprobó que ciertamente Laura estaba pariendo; sin perder tiempo agarró la cabeza del bebé, que ya estaba asomando y poco a poco, entre empujón y empujón, nació. Era una niña. La religiosa sacó de entre las faldiqueras una tijera que llevaba colgando de una cinta blanca y cortó el cordón, con la cinta ató la parte que le desvinculaba de su madre.

Después de limpiar a Laura tras el parto, con las sayas de la monja hicieron tiras, colocaron como pudieron la pierna de la muchacha entre los gritos de dolor e intentaron inmovilizarla utilizando para ello dos patas de la silla que rompieron a golpes contra la pared. Las pusieron a ambos lados de la rodilla y la vendaron lo más prieta que pudieron. Mientras todo eso sucedía, Laura tenía sobre su pecho a la pequeña cubierta con un chal de lana fino que su amiga se había quitado para cubrirla.

El policía entró en la celda, pero esta vez acompañado por otro mayor.

—¡Venga, se acabó la fiesta! Esta tiene que darnos razones, que para eso está aquí. El tiempo ha terminado y el bicho está fuera. Para que vean que somos buenos, les permitimos que se lleven a eso que acaba de nacer.

La monja se levantó y preguntó dónde estaba el comisario.

—No creo que eso le importe a usted. Pueden irse, ella se queda.

—Pero el comisario me ha dicho que podía venir con nosotras, no podemos dejarla aquí, necesita que le miren la pierna y terminar con las labores del parto; si la dejamos aquí, en el suelo, con este frío y esta suciedad puede coger una infección.

—Vamos a ver, señoras, ¿qué parte no han entendido? Se van ya mismo de aquí, y se llevan al pequeño. Ella se queda. Si insisten, igual se quedan aquí todos y así no hay problema.

Gloria fue a contestar, pero Laura se anticipó.

—Por favor, marchaos y llevaos a la niña. Llévasela a mi madre, por favor, Gloria, no quiero que se quede aquí.

Las dos mujeres se levantaron dejando a Laura llorando y dolorida en el suelo de la celda.

Gloria no podía contener la rabia, la sangre hervía en sus venas. Pero tuvo que tragarse las palabras que le hubiera gustado pronunciar y contener sus manos, habría sido capaz en ese momento de reventarles la cabeza a los dos, pero era mejor tener calma para salvar a la pequeña. Debía ponerla a salvo.

Una vez en la calle y alejados de las dependencias policiales, Gloria agarró a la niña con fuerza, la suficiente para que no sintiera frío. Era pequeñita, seguramente no pesaría más de dos kilos y medio, tenía una nariz como un botón y unas orejitas chiquitas y pegaditas, se chupaba la mano con ganas, era probable que tuviera hambre, pero no lloraba.

—Seguro que su Dios está encantado con el trato que se le da a una pobre mujer embarazada. Apuesto a que las hostias que le han dado están consagradas, ¿verdad? Semejantes hijos de puta, pero, claro, cumplen con su trabajo. ¡La madre que los parió a todos, ojalá mueran rabiando como cerdos!

—Por mucho veneno que expulses por la boca no vas a cambiar lo que ha pasado. No blasfemes más, por favor te lo pido. No creo que esto tenga nada que ver con Dios Nuestro Señor. Creo que debemos agradecerle que nos haya permitido estar con ella en el momento del parto.

—Sí, claro, hermana. Muy agradecida estoy, en cuanto tenga un rato le llevaré flores y le ofreceré seis misas para que esté contento. ¡No te jode!

—Pensé que eras de otra manera. No tan ordinaria y desagradecida.

—¿Desagradecida? Mire, hermana, a usted como mujer, no como monja, le agradezco lo que ha hecho. Pero a nadie más tengo nada que agradecer. Y vamos a solucionar este asunto de una vez, esta niña

tiene que estar con su abuela lo antes posible.

—Pues sí, será mejor. ¿Qué vas a hacer con la niña, dónde la vas a llevar?

—Con la madre de Laura, vive aquí al lado, en uno de estos portales. Venga conmigo si quiere. Así hablamos con ella. No creo que sepa que está detenida y menos en las condiciones en las que se encuentra.

Gloria no recordaba muy bien cuál era el portal donde vivía la madre de Laura e iba con cuidado, la gente la miraba, llevaba una niña casi desnuda en brazos. Por suerte la temperatura no era muy baja a pesar de que ya había caído la noche.

De cara a ella vio cómo se acercaba un muchacho que le resultó conocido. Decidió caminar a su encuentro y a medida que se acercaba se cercioró de que era Carlos, el hermano pequeño de Laura, tal y como le había parecido. Gloria se sintió aliviada al verlo.

—Gloria, ¿qué haces aquí? Y con ese niño en los brazos. Pero si parece recién nacido y está desnuduco el pobre.

—Carlos, te presento a tu sobrina. No puedo decirte su nombre porque no sé cuál es.

—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está mi hermana?

—Vamos para tu casa, allí te contaré.

—Gloria, creo que es mejor que me vaya, si no estoy a la hora de la oración, sor Encarnación me pedirá cuentas y prefiero no decir nada o lo menos posible —dijo la monja que no dio opción alguna a contestar a la chica, ya que salió corriendo después de la explicación.

Ascendieron raudos las escaleras, el portero no estaba por allí y nadie los vio subir.

Al llegar a la puerta, el joven sacó las llaves, pero le costaba atinar con la cerradura, estaba nervioso y no era capaz de entender qué había pasado. Pensó en todo mientras subían, hasta en la posibilidad de que su hermana hubiera muerto y se le encogió el corazón.

Al abrir, el muchacho la instó a pasar y llamó a su madre a gritos después de cerrar. Pero no tuvo contestación alguna. La mujer no estaba en casa.

Unos golpes en la puerta los estremecieron. Carlos giró la mirilla de bronce y observó que tras ella estaba Jacinta, la vecina de al lado. Una buena mujer en la que podían confiar.

—Niño, tu madre está en mi casa. Nada más irte esta mañana vinieron los guardias a por ella, la llevaron a comisaría y hace apenas media hora que ha regresado, pero la pobre está llena de moratones y golpes. Ven si quieres. No sé cómo ha sido capaz de llegar.

—Ahora mismo voy, doña Jacinta. En un momento.

El joven cerró la puerta y se volvió hacia Gloria, a quien la mujer no había llegado a ver.

—Dime qué ha pasado con mi hermana, ya no puedo más. ¿Está muerta?

—No, está en comisaría, se la llevaron a primera hora de la tarde. Por suerte y con la ayuda de la monja que has visto, hemos podido asistirla en el parto. Pero está mal, tiene la cara hinchada de los golpes y le han roto una pierna. No sé qué puede pasar con ella si no la sueltan pronto.

—Joder, ¡hijos de puta!

El chico le dijo a Gloria que esperara. En la habitación del fondo encontraría cosas para la pequeña, ropas que su madre había hecho y que Laura no se había llevado aún, ya que los primeros días habían decidido que estuviera aquí al cuidado de su madre una vez parida.

49

Ana, después de hablar con los chicos y de tener claro lo que debía hacer, salió del bar por la puerta de atrás.

La calle estaba casi desierta; alguna pareja rezagada de vuelta a casa y algún obrero que regresaba del trabajo.

No quería, ni debía, dejar para mañana la encomienda que tenía, cuanto antes hablara con Daniel mejor.

Con paso ligero, firme y sin miedo, decidió caminar por el paseo de Pereda, sería mejor que entre calles, donde podía parecer que se ocultaba de algo.

Tenía un buen trecho hasta la casa donde estaba el chico, pero no quería aparentar prisa y mucho menos nerviosismo o algo que levantara sospechas. Para ello, antes de salir del local, había buscado su pequeño espejo y se había retocado los labios y pellizcado las mejillas, así daría un aspecto normal; intentaba llevar media sonrisa en los labios, como la de quien acaba de dejar a su enamorado y va pensando en las palabras bonitas que le ha dicho.

Sabía que el camino era más largo, pero decidió hacerlo por el paseo de Reina Victoria; de este modo, el sonido del mar acompañaría sus pasos, pero también porque tenía ganas de estar sola y pensar con claridad. Podía haber tomado el tranvía, pero lo descartó por miedo a encontrarse con alguien en el trayecto, no tenía ganas de charlar y mucho menos de que la vieran en exceso.

Al llegar a la altura del Prado de las Viudas, lo atravesó acelerando un poco el paso, no por prisa, sino por darle un poco de agilidad a su cuerpo. Salió en la esquina del Colegio de las Esclavas y caminó un poco dejándolo a su espalda.

Por fin había llegado. Buscó por un lateral la puerta que el primo de Daniel le había indicado y enseguida dio con ella. Tal y como le había dicho, al agarrar la manilla la puerta se abrió. Los ladridos de los perros hicieron que pensara en salir, pero pronto vio aparecer a Jesús, que venía en su encuentro.

—Buenas noches, no te esperábamos hoy. Por suerte dejé la puerta abierta. Contaba contigo mañana. Pasa, te llevaré hasta donde está Daniel.

—Lo siento, Jesús, pero son demasiadas las cosas que han pasado en las últimas horas. No podía esperar a mañana. Perdona, ya sé que es tarde, pero tenía que venir hoy. Lo que no sé es cómo voy a volver a casa.

—Por eso no te preocupes, lo que sobran aquí son camas. Y además tenemos teléfono por si quieres avisar a alguien.

—Pues sí, creo que si no te importa es lo primero que voy a hacer. Necesito saber si hay noticias de Laura, tu prima, se encuentra detenida y como sabrás está a punto de dar a luz.

—¡Coño, no tenía ni idea! Pobre primo mío, el chaval está penando por sus hermanos y su madre desde ayer.

—Por cierto, tú estás seguro de que no hay forma de que te relacionen con él, ¿verdad? Si tienen la más mínima idea, vendrán también a por ti.

—No creo, ¿no ves que vivo entre estos muros desde hace mucho? Apenas salgo, no he visitado a mi tía en años, de mis primos sé porque ellos alguna vez han venido a verme. A Laura hace tiempo que no la he visto, ni fui a su boda. Soy un poco raro y aunque estaba invitado decidí no asistir.

Ana llamó a la casa. Fue Susana quien contestó el teléfono.

La cocinera no supo darle razón de Laura, nada sabían de ella, solamente lo que Marifé les había dicho, que había visto salir a Gloria con una monja y que estas se dirigían a comisaría, pero aquello había sido hacía horas.

Ella le indicó que cuando llegara su tío le dijera, si por casualidad preguntaba por ella, que estaba ya en la cama, que no se encontraba bien y se había acostado. Como el hombre solía llegar bastante tarde era fácil que no viera ni a las chicas, pero era mejor asegurarse por si acaso volvía antes.

Le dijo también que había localizado a Felipe y que este ya sabía lo que había pasado con Laura. Le rogó que se cuidara y que, si aparecía la policía, se ocultaran en el altar que habían preparado. Aunque ella no había estado implicada en nada, también corría peligro.

Por último, le dio el teléfono del lugar donde estaba, pero no le dijo dónde se localizaba para protegerla. Le recomendó que lo aprendiera de memoria para no dejarlo escrito en ningún lugar, y le pidió que en cuanto supiera algo de Laura la llamara.

Antes de que colgara le avisó de que aquella noche Clemente volvería a la casa. Él ya le contaría más cosas, pero que, si no le contaba nada o poco, no insistiera; por una parte, era mucho mejor no saber demasiado.

Cuando colgó el auricular, siguió a Jesús hasta donde se

encontraba Daniel.

Al abrir la puerta de la cocina, en una esquina, junto a un gran ventanal estaba sentado el chico. Al verla se levantó y corrió hacia ella. La abrazó con ganas y la besó con pasión, como si hubiera pensado que jamás volvería a verla. Durante un rato estuvieron unidos sin decir ni una palabra. Mientras, Jesús puso sobre la mesa una botella de vino, un poco de queso y pan negro y, cerrando la puerta tras él, los dejó solos.

—Qué ganas tenía de verte, he pasado tanto miedo. Cuéntame, ¿sabes algo de los míos? ¿Encontraste a Felipe? Y de mi madre, ¿sabes cómo esta?

—Siéntate por favor, vamos a hablar tranquilamente. Pero primero dame algo de beber, estoy seca.

Después de apurar un vaso grande de agua, los dos se sentaron enfrentados en dos sillas cerca del ventanal donde estaba aposentado Daniel. Con las manos cogidas Ana comenzó a contarle a su novio las novedades, todo lo que ella sabía hasta ese momento.

Lo primero que le dijo era que su hermana había sido detenida aquella mañana, pero que no sabía nada más, salvo que Gloria había ido a comisaría a ver si tenía noticias de ella o podía hacer algo. Pero eso era todo por el momento, aunque había dejado recado de que en cuanto se supiera algo la llamaran. En cuanto a su madre, no supo decirle nada. Pero le instó a que no se preocupara, seguramente estaría bien.

Daniel se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la cocina. Su hermana estaba en peligro por su culpa; si algo le pasaba, no se lo iba a perdonar nunca.

Ana intentó calmarle y hacerle entender que no era culpa de ninguno de ellos lo que estaba pasando. Que estuviera tranquilo. Aún tenía más cosas que decirle.

Le contó además que, siguiendo sus indicaciones, había encontrado a Felipe. No estaba solo, con él se encontraban muchos de los hombres que habían conocido en la Federación y se estaban encargando de esconder y dar salida a todos aquellos que estaban en peligro.

También estaba Clemente escondido con ellos, le habían traído de Vargas. Después de recibir un tiro le dieron por muerto, aunque no parecía que estuviera en peligro y aquella misma noche iba a volver a Las Carolinas con una documentación falsa, ya que, como le había indicado antes, para casi todos estaba muerto. A riesgo, eso sí, de que su tío metiera la pata, ya que también le contó que el hombre había aparecido por casa. Por suerte solo.

—Después de todas estas noticias, que siento que no sean mejores,

tengo que decirte que saldrás de la ciudad lo antes posible. De momento estás bien aquí, sin riesgo aparente, pero no puedes continuar escondido. Me ha dicho Felipe que a más tardar en quince días estarán preparados varios pesqueros en Santoña que partirán a Francia con la excusa de la pesca. En cada barco podrán ir, bien haciéndose pasar por tripulación, bien escondidos, unas veinte personas. Pero están preparándolo con mucho cuidado para no levantar sospechas. Santoña es uno de los peores lugares, sabes que allí hay muchos militares, pero estoy segura de que lo van a conseguir. También están disponiendo documentación para todos. Una vez en Francia, hay grupos de compañeros que os esperan y os ayudarán en lo que puedan. Aunque las noticias que tengo es que están saturados recibiendo cada día a cientos de españoles que pasan la frontera y para poder dar cobijo a todos ellos están preparando campos de refugiados o algo por el estilo.

El teléfono sonó y al momento apareció Jesús.

—Ana, es para ti, te llama Susana.

La chica corrió hasta donde estaba el aparato y contestó. Tras ella se puso Daniel a escuchar la conversación.

—Hola, Ana, no tengo buenas noticias. Me acaba de llamar Gloria, está en casa de la madre de Laura. La mujer está fatal de la paliza que le han dado, la detuvieron también a ella esta mañana y estuvo unas horas en comisaría con los consiguientes golpes que te puedes imaginar. Pero lo peor no es eso; es Laura, ha parido en la cárcel. Por suerte el parto lo asistieron Gloria y una monja, gracias a ella pudieron entrar en la celda, pero Laura se ha quedado allí, a la niña se la llevaron.

—¿Quién se llevó a la niña?

—No, tranquila, la niña está bien. Se la dejaron llevar a Gloria. Pero estoy preocupada por Laura, dice Gloria que aquello no era una celda, sino una cuadra.

»Pero que sepas que eso es lo que hay. Gloria se va a quedar en casa de Laura atendiendo a la pequeña el tiempo que sea necesario.

—Está bien, Susana, muchas gracias. Me voy a quedar aquí como te dije. Cualquier novedad, por favor, llámame. Y una cosa: si lo haces, que mi tío no escuche la conversación, y procurad ser cautelosas cuando esté en casa. Es mi pariente, pero no me fio de él. ¿Llegó Clemente?

—No, aún no ha venido. Tampoco lo ha hecho don Ricardo, puedes estar tranquila. Bueno, amiga, ten cuidado tú también.

Al volverse y ver la cara de Daniel, la chica se dio cuenta de que había escuchado lo que le había dicho Susana y algo estaba tramando.

Estaba pálido como el talco, y su expresión de tristeza la asustó. Lo abrazó y le pidió que estuviera tranquilo, seguramente todo se arreglaría enseguida, pero el joven de repente sintió un ataque de ira que le hizo lanzar contra la pared el vaso que tenía en las manos destrozando la vasija y derramando todo el vino que quedaba.

Ana se sobresaltó, jamás lo había visto tan enojado; pero la ira, la pena y el miedo pudieron con él y rompieron sus nervios.

—Por favor, Daniel, estate tranquilo, nada sacarás si te pones así. Necesitamos calma y tener la cabeza fría; aunque el corazón esté ardiendo, no podemos hacer nada, entiéndelo.

—Para ti es muy sencillo, no hablamos ni de tu madre ni de tu hermana ni de una pequeña que acaba de nacer en la cárcel. Claro que puedo hacer algo y lo haré ya. No voy a permitir que les hagan más daño del que ya les han causado. Voy a entregarme ahora mismo.

—¡No! No vas a hacerlo, no te dejaré. Eso es una idiotez, ¿qué crees, que porque te entregues la van a soltar en cuanto llegues? No seas ingenuo, tú no eres ningún tonto. No puedes entregarte.

—¡Lo voy a hacer, déjame, tengo que irme!

Al escuchar la discusión que tenían, Jesús entró en el salón donde estaban los jóvenes. Había oído las intenciones del muchacho.

—Primo. No voy a dejar que salgas de esta casa. Esta noche al menos no. Tranquilízate, vamos a pensar con claridad.

—No voy a cambiar de idea, lo voy a hacer —repitió Daniel.

—Puede que lo hagas, pero hoy no, será mañana. Vamos. Ya tengo la cena preparada y después os vais a la cama. Mañana veremos lo que hacemos. Quizá esta noche la dejen libre. Vamos a darles un poco de tiempo.

—¿Tiempo? Para que la maten. Acaba de parir, quién sabe, puede estar desangrándose. No hay tiempo.

—No se está desangrando, la han asistido en el parto y la niña está a salvo, tu primo tiene razón. Mañana lo hablamos —le dijo Ana mientras intentaba calmarlo sujetando sus brazos.

Ana le preparó una infusión de tila que Jesús con acierto dejó a su vista y el joven la tomó. Los dos se quedaron de nuevo a solas. Daniel estaba más tranquilo pero desolado, no tenía ganas de nada, se dejó caer sobre uno de los sofás y comenzó a llorar.

Ana se acercó a él y le abrazó.

—Cariño. Yo entiendo todo, de verdad, no creas que soy fría y no tengo sentimientos. Pero esto no funciona así, y lo sabes. No vale tu vida por la de tu hermana. Debemos tener la cabeza en su sitio. No hay que actuar sin saber. Hay que medir nuestros movimientos, saber quiénes son nuestros amigos, en quién podemos confiar y en quién no.

Estoy segura de que van a dejar a Laura libre, ya lo verás. Vamos a cenar algo y durmamos, nos hará bien.

»Qué te parece si hacemos un paréntesis en este mundo y nos dejamos llevar como si nada pasara, como si todo esto no estuviera sucediendo. Creo que necesitamos unas horas de paz. Aunque sean las últimas.

Daniel levantó la vista y la miró a los ojos, sabía perfectamente lo que estaba diciendo. Se acercó a ella, acarició su cara y la besó en la frente.

—Vamos a cenar, seguramente tienes razón.

Ana no estaba convencida en absoluto de lo que le había dicho. Solo pretendía tranquilizarle, pero era consciente del riesgo que estaba corriendo Laura.

Cenaron los tres juntos, en silencio, solo cruzaron unas pocas palabras. Cada uno inmerso en sus pensamientos, con la expresión en su cara que denotaba el miedo y la desesperación, pero unos a otros intentaban darse ánimos.

Jesús se despidió de ellos.

—Lo dejo en tus manos, Ana, espero que me lo cuides —dijo Jesús antes de salir de la cocina—. Por cierto, no le he preparado cama a esta señorita; en caso de que quieras dormir sola, ahora mismo lo hago.

—No, tranquilo, si Daniel me acepta, prefiero hacerle compañía —contestó Ana.

—Está bien, descansad, mañana hablamos. Buenas noches, pareja.

50

Susana se encontraba nerviosa y Martina no estaba siendo de ayuda. Andaba como alma en pena por la casa. Acostó a los niños y apareció de nuevo en la cocina como pollo sin cabeza, diciendo cosas sin apenas sentido.

Susana le preparó una tila y se la puso en las manos. Esperaba que le hiciera efecto y la tranquilizara.

—Mejor tómala y te vas a la cama. Aquí no haces nada. Ya espero yo al señor, no te preocupes. Por la hora que es, seguro que vendrá sin ganas de cenar y con un buen número de copas dentro, eso si llega.

—Tengo mucho miedo, Susana. ¿Y si vienen a por nosotras? He estado pensando en irme a casa de Raquel, a Silió, ¿por qué no nos vamos un tiempo las dos con ella? Nos lo ha dicho en su carta muchas veces. Allí seguro que estamos mejor.

Martina no lo sabía, pero hacía un par de días Susana había recibido una carta del ama de llaves. La misiva no había llegado por correo. La había traído uno de los repartidores que era conocido y por medio de unos y otros la nota había llegado hasta allí.

La situación en el pueblo no era mejor que en la ciudad. Estaba todo revuelto, incluso habían asesinado a un grupo de vecinos. Una noche apareció la Guardia Civil y sacó a la calle a unos nueve, después se los llevaron y los acribillaron a balazos sin motivo ni razón.

Ella estaba muy asustada, sabido como era en el pueblo su apoyo a la República, temía que en cualquier momento fuera en su puerta donde llamaran y la detuvieran. Le contaba que incluso se habían llevado al cuartelillo a una vecina recién parida con la pequeña en brazos porque había contado en una carta que les enviaba a unos parientes de Venezuela las penurias que estaban pasando. Simplemente decía en la nota que no tenían comida ni tan siquiera tabaco. Nada más por eso le dieron unos palos y le hicieron pasar la noche en el calabozo, alegando que estaba contando mentiras y acusando al Régimen de tratar mal a los españoles.

En realidad, ella también estaba viendo la posibilidad de huir, pero temía por sus padres, y había preferido quedarse. Sabía que era cuestión de tiempo que fueran a por ella y sobre todo a por su padre.

Por eso intentaba tenerle poco menos que encerrado en casa para que no anduviera por el pueblo, el hombre estaba perdiendo la razón y en ocasiones hablaba demasiado.

Susana no se lo había contado a Martina para que no se preocupara, sabía que le tenía un cariño especial a Raquel y no quería que sufriera. Había sido como su madre. Llegó a Las Carolinas con solo catorce años, no tenía hermanos ni padres, se quedó huérfana de niña y, cuando su abuela murió, el ama de llaves la trajo con ella. Raquel le había enseñado todo lo que sabía.

Martina era débil, no tenía el coraje suficiente para enfrentarse a una situación límite como la que estaban viviendo, y, aunque solo fuera por protegerla, cuanto menos supiera, mejor; eso también se lo había indicado Raquel en aquella carta que llegó dirigida a ella.

La cocinera se quedó sentada escogiendo unas lentejas que les habían entregado con la cartilla de racionamiento, aunque eran más las piedras que había que las legumbres, y la cocinera se afanaba en la labor. El silencio de la noche se rompió al escuchar cómo chirriaba el portón de madera de la entrada, lo había dejado entreabierto a la espera de Clemente.

Se limpió las manos en el delantal y apagó la luz. Luego se asomó a la ventana, separando con reparo la cortina que cubría el cristal y miró con cuidado de no ser vista. Cuatro hombres caminaban en dirección a la puerta de entrada.

El timbre sonó insistente. Susana respiró hondo y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, ¿Ana Zaldívar Uriarte es usted?

—Buenas noches. No. Yo soy la cocinera. Pero la señorita no está. ¿Quieren ustedes dejar algún recado? Está de viaje, partió esta tarde.

—Es mentira, la he visto por el paseo de Pereda —dijo uno de ellos. Era Javier, el periodista.

—De viaje, ¿eh? Bueno, pues eso lo vamos a ver ahora mismo. ¡Aparta!

Tres de ellos comenzaron a registrar la casa. Javier se quedó junto a la cocinera que no se atrevía a levantar la vista del suelo. No quería mirarlo a los ojos. Lo había reconocido. Además de lo que Ana le había contado, en una ocasión se lo cruzaron en el baile, pero, por fortuna, el joven no la reconoció.

Uno de ellos comenzó a subir las escaleras y, mientras lo hacía, preguntaba en tono muy alto y autoritario dónde estaba la chica.

Susana contestó con temor, pero también con picardía.

—Lo siento, señor, pero la señorita no me suele decir dónde va. Lo único que comentó fue que se iba de viaje y a mí eso me pareció,

porque llevaba una maleta, una azul no muy grande, por cierto, por lo que entiendo que no tardará mucho en volver. Esa es la que suele usar cuando va a pasar pocos días fuera, dos o tres a lo sumo. Pero si este señor dice que la ha visto, yo ya no sé qué decirle, comisario. Ya lo siento.

—¡No soy comisario, aquí iba a estar yo de serlo! Vámonos, Javier, aquí no está la periodista roja. Ya la encontraremos. Por cierto, ¿el señor de la casa dónde está? ¿Quién más vive en este lugar? ¿No hay más servicio?

Susana, haciéndose la tonta, contestó:

—Sí, señor; la doncella, que está durmiendo, dos pequeños que durante los bombardeos quedaron huérfanos, y los señores tuvieron a bien traer a casa como buenos cristianos, y por supuesto don Ricardo. El señor está muy ocupado desde que llegó, ha tenido que volver a poner en orden su fábrica, y el pobre hombre llega muy tarde, esta situación le ha causado muchos problemas; también está la señorita Marifé, que está cursando estudios de enfermera y vive en el Hospital Valdecilla como es normal. Nadie más, bueno, sí, claro, qué tonta, el chófer, que está con el señor lógicamente, y… una servidora.

—Ya, cuánta gente, ¿no?

—Uf, sí, señor, en esta casa hay mucho trabajo. Y aún falta la señora, estamos deseando que regrese, la hemos echado muchísimo en falta. Pero, claro, a ellos por suerte les cogió esto en el lado nacional, ¡menos mal! Porque cuánto hemos penado los demás. Como le digo, es cuestión de nada que la señora vuelva a casa.

—Vamos a ver, ¿no me ha dicho usted que habían recogido a los niños huérfanos después de un bombardeo? Y ahora me dice que sus jefes no han estado en Santander, ¿en qué quedamos?

—No, verá, yo le explico, a los niños nos los encontramos la doncella y yo. Entonces hablamos con los señores, y ellos nos dijeron que se quedaran en casa, que se iban a ocupar de arreglarlo todo para…

—Vale, vale, no necesito saber más. ¡Nos vamos! Volveremos en otro momento, tenemos mucho interés en hablar con Ana Zaldívar.

—No se preocupen ustedes, que yo, en cuanto la señorita regrese, le daré el aviso. Buenas noches y tengan cuidado con el relente, es malo para la garganta.

Susana cerró la puerta, Javier la había mirado de arriba abajo mientras hablaba. Por un momento pensó que la había reconocido. Las piernas le temblaban, no sabía cómo había sido capaz de interpretar aquella farsa. Pero parecía que había salido airosa. También era cierto que, de haber estado el señor, todo se hubiera complicado.

Cogió el teléfono y volvió a llamar a Ana, la chica tenía que saber que la estaban buscando y, sobre todo, decirle que Javier la había denunciado con toda seguridad.

Susana se apresuró en hacer la llamada, posiblemente el señor no tardaría en llegar y no quería que la encontrara al aparato.

—Estás en peligro. Han venido a por ti, creo que es mejor que te quedes donde estás. Les he dicho que te encontrabas de viaje, pero con ellos venía tu compañero del periódico, el Javier ese, y él aseguró delante de mí que te había visto por el paseo de Pereda. Ten cuidado, Ana.

Colgó el teléfono y regresó a la cocina con la intención de seguir con lo que estaba haciendo. Iba pensando en lo que había pasado cuando al cruzar el umbral de la puerta vio en la cocina, mirando por el ventanal, a Clemente.

El chico había entrado por la parte de atrás a la vez que la policía lo hacía por la principal. Se había quedado en el cobertizo escondido hasta que vio cómo se iban, y luego había entrado como siempre por la puerta de servicio.

Clemente se volvió cuando sintió los pasos cortos y suaves de Susana. Fue hacia ella y al abrazarla la levantó como si fuera una pluma, la besó larga y apasionadamente, manteniéndola elevada por encima de su cabeza y sujeta por la cintura, pegada a su cuerpo.

—¡Bájame, chico, estás loco!

—No quiero bajarte, no te voy a soltar nunca más. Estos cabrones de italianos casi me matan, que tenga que agradecer que el cuerpo de un pariente me salvara la vida es lo más triste que me ha pasado.

—Lo sé. He temido por ti. Pensé que habías muerto. Pero estás aquí, tan guapo como siempre. Siéntate, te voy a poner algo de cenar, hay mucho que contar. Están todas en peligro. No sé cómo va a terminar esto.

La cocinera le preparó una tortilla francesa; gracias a las gallinas que él había traído en su último viaje tenían huevos, no todos los días había suficientes, pero le dio los suyos. Ella se calentó un tazón de leche y echó unos trozos de pan duro que quedaba por allí.

Mientras cenaban entre caricias y besos, Susana le puso al día sobre todo lo que estaba pasando. Clemente también le habló de lo que había pasado y de lo que sucedía en Vargas, la situación no distaba nada de lo que ocurría en la ciudad o con lo que había narrado Raquel en su carta.

Clemente sacó del bolsillo de su chaqueta una documentación que

le dio a Susana. Ella también podía estar en peligro. Mientras Ambrosio estuviera en la cárcel, podía ser que no la molestaran, pero nunca se sabía lo que podía pasar. Por eso, en previsión, traía para ella papeles con apellidos falsos que de momento podían salvarla en caso de que vinieran a buscarla. Al menos no la relacionarían con él por el apellido.

—Susana, no creo que seamos unos cobardes si intentamos vivir tranquilos. Aunque no estemos de acuerdo con esto o no lo estuviéramos con lo anterior. Es lo que nos ha tocado vivir. No sé qué pensarás tú, pero yo creo que debemos mantenernos al margen. Los ayudaremos en lo que podamos, pero no debemos ponernos en riesgo. Si lo hacemos, solo vamos a tener dos caminos: la cárcel, en el mejor de los casos, o largarnos de aquí. Yo no quiero irme de mi país. Mis hermanos se fueron hace años y yo siempre los envidié por su valentía, pero yo no puedo estar lejos de aquí, he nacido en esta maravillosa tierra, bajo sus montes y a la orilla del Pas, y no me gustaría morir lejos de ella. ¿Tú qué piensas?

—Yo pienso como tú. Sabes que nunca he querido meterme en política. No lo entiendo, solo quiero vivir tranquila. No comprendo la lucha de mi hermano, pero él la eligió. Yo he nacido para trabajar y vivir tranquila. Ya sabemos que hay muchas injusticias y que todos tenemos derechos, pero qué le vamos a hacer, unos han nacido ricos y otros pobres, y no nos queda más que aceptar lo que venga. Vivir, Clemente, eso es lo que yo quiero. Tener una casa, que no hace falta que tenga lujos, un par de chiquillos a los que cuidar y, a poder ser, un hombre como tú a mi lado. Nada más.

»Pero también te digo que jamás voy a traicionar a mis amigas, las ayudaré en lo que pueda. Hemos pasado mucho en esta casa todas juntas y, aunque no esté de acuerdo con lo que piensen, la amistad para mí es algo sagrado, como el evangelio.

Hablaban tranquilamente cuando escucharon la puerta, don Ricardo acababa de llegar. Los dos salieron al encuentro de su jefe.

Venía bebido como acostumbraba en los últimos días y entró derecho en el despacho. No se percató de que el servicio estaba cerca de él.

Susana fue hasta la estancia y le dio las buenas noches, tras ella se encontraba Clemente. Don Ricardo levantó la vista y vio al hombre allí.

—¡Hombre, por fin te has dignado a volver! Pensé que no lo ibas a hacer nunca.

—Buenas noches, señor. He tenido un percance y he estado enfermo. No sé si le dijeron algo.

—Sí, sí, sé que pasó algo. Pero al parecer nada grave, te veo bien. Pues nada, mañana a las ocho de la mañana nos vamos.

Clemente contestó afirmativamente y Susana le preguntó si deseaba que le pusiera la cena. El hombre dijo que no, que ya había comido algo, podían retirarse los dos. Pero, cuando se disponían a regresar a la cocina, don Ricardo llamó su atención.

—¡Un momento! Quiero decirles que no me gustaría tener problemas con ustedes. Valoro su servicio, Las Carolinas es una casa decente y cristiana. Sé que su hermano está en la cárcel, Susana. Lo mismo que sé que mi sobrina está metida en líos. Igual que todas esas que andaban por aquí. No quiero que a nadie le pase nada, pero no me voy a complicar mi vida ni la de mi esposa. Estoy en una buena posición social y no permitiré que se ponga en duda mi apoyo al Generalísimo; por lo tanto, a la mínima se van fuera. ¿Queda claro?

—Sí, señor, no se preocupe. Nosotros solo queremos estar tranquilos.

Los dos caminaron por el pasillo en silencio. Se miraron y unieron sus manos hasta llegar a la cocina.

51

Amada sufría sola y en silencio lo que estaba pasando. Ella también había visitado la comisaría. No era de extrañar. Había un montón de mujeres a las que conocía y había cosido, mujeres que ahora estaban en una situación de poder que les permitía ser crueles con la costurera, a pesar de que ella jamás hizo ni dijo nada inconveniente delante de ninguna de ellas.

Por suerte, la policía no había visitado su atelier ni se la había llevado detenida delante de todo el mundo, aquello hubiera sido penoso para un negocio que ya no estaba muy boyante. Recibió una notificación para que se personara en comisaría y Amada lo hizo sin dar explicación a nadie de adónde iba, y tampoco les contó a sus costureras dónde había estado. No merecía la pena hacerlo.

La habían tratado con desprecio, la insultaron, la vejaron e intentaron humillarla todo lo posible. Pero ella resistió los envites como pudo. Recibió algún que otro empujón y unas cuantas bofetadas, y sintió temor un momento en el que uno de ellos le tocó el pecho mientras se mofaba de ella.

Ese miedo no fue en vano, el hombre le arrancó la camisa y le mandó que se levantara. Luego entraron en la sala donde la interrogaron otros dos más. Uno de ellos con una pequeña navaja rasgó su falda haciendo que esta cayera al suelo.

—Está bien, creo que ha llegado el momento de que sepas lo que es un hombre. No nos extraña que anduvieras haciendo el tonto con mujeres por ahí, hay que tener en cuenta que todos esos rojos con los que te relacionabas no son nada más que una panda de maricones que no tienen ni idea de lo que es follar bien a putas como tú. Para que veas lo generosos que somos, te vamos a echar un polvo que no vas a olvidar en tu vida, seguro que después se te van a quitar las ganas de andar enredando entre las piernas de las mujeres.

»Abre las piernas, putita, que te vas a enterar de lo que es un hombre.

Amada no tuvo tiempo de reaccionar: entre dos de ellos la tiraron al suelo y le sujetaron los brazos, otro agarraba sus piernas mientras el cuarto de ellos la violaba, la insultaba y la golpeaba sin parar.

Uno tras otro la penetraron sin piedad, entre risas y mofas. Cuando terminaron, la mujer quedó tirada en el suelo. No contentos con la agresión a la que la habían sometido, uno de ellos antes de salir se volvió hacia ella y le orinó en la cara.

Después de unas horas, uno de los violadores entró de nuevo. Amada había procurado vestirse con los harapos que habían dejado y al verlo entrar se arrinconó contra la pared.

—No hace falta que te vayas tan lejos. No pienses que tengo ganas de follarte otra vez, ¡que más quisieras tú, viciosa!

»Vas a tener suerte y te vamos a dejar que te vayas, pero, antes, te vamos a cortar ese pelo que tienes, así estarás más guapa. Ven para acá, que yo mismo voy a hacer los honores.

Le cortaron el pelo con una navaja. Su cabello quedó destrozado, lleno de escalones, parecía que se lo habían arrancado a mordiscos, y su cuero cabelludo mostraba heridas y pinchazos causados por aquella cuchilla.

Le advirtieron que estaría vigilada y en el momento que se saliera de las líneas marcadas sería detenida y acusada de altercado público por la Ley de Vagos y Maleantes.

Amada, después de pasar por su casa, asearse y cubrirse la cabeza con un pañuelo, volvió al atelier; por suerte ya era tarde y no quedaba ninguna de sus trabajadoras allí.

Aquella misma tarde, una de las costureras había recogido un telegrama que se había recibido y lo había dejado sobre su mesa. Ver su procedencia hizo que le diera una vuelta el corazón, venía de Sevilla. La remitente era una mujer a la que ella no conocía, pero dedujo que podía ser la mujer con quien vivía su hermano, el padre de Gloria. En el mismo le comunicaba que el hombre había muerto y que no podría darle sepultura por no saber dónde se encontraba su cuerpo.

Estaba rota de dolor. Pensaba que la vida ya no tenía ningún sentido. No estaba dispuesta a ser perseguida cada día por todo lo que hiciera o dijera. ¿Qué sentido tenía vivir en esas condiciones?

Desde que murió Dori, estaba sumida en una depresión de la que le costaba salir, levantarse cada día era un auténtico suplicio.

Amada cogió lápiz y papel y escribió una nota que metió en un pequeño sobre. Luego cogió otro más grande y lo introdujo dentro. En el dorso escribió el nombre de Manuela, su encargada, con una nota fuera en la que le advertía que llegaría más tarde aquella mañana.

Cerró la puerta de La Primorosa y en lugar de ir a casa decidió caminar. Lo hizo sin rumbo, sin saber dónde dirigirse.

Llegó hasta el Palacete del Embarcadero en el muelle de Calderón y se quedó mirando al mar.

Era una noche de sur, de esas que tanto le gustaban, esas donde la bahía se mostraba brava y tomaba un tono verde revuelto salpicando con su espuma blanca el muro del muelle. Se sentó un momento en un noray con la vista perdida, puesta en Peña Cabarga, observó con la escasa luz de la luna el verde de los montes que protegían la bahía santanderina y comenzó a llorar en silencio, sin bajar la cabeza ni cerrar los ojos.

Desde allí observó a los pescadores que preparaban sus artes de pesca para salir. Algunas mujeres con sus delantales azules los acompañaban hasta la embarcación y se despedían de ellos. Los niños corrían por allí saltando y riendo ajenos a lo que estaba ocurriendo.

Uno tras otro y haciendo sonar sus sirenas los pesqueros salían del puerto rumbo mar adentro.

Continuó su camino, ese que no sabía dónde la iba a llevar. Se sentía sola, pensaba en todo lo que había trabajado a lo largo de su vida, lo que le había costado llegar a ser una de las mejores modistas de la ciudad, lo que había conseguido siendo mujer y, sobre todo, lo que había amado. Y ahora no tenía nada.

Su negocio estaba dando coletazos, era cuestión de tiempo que tuviera que cerrar. Ya no había nadie que la quisiera, nadie que la besara al llegar a casa, que la animara, que calmara su mal humor, que colmara sus deseos más íntimos, esos deseos que ya no existían, que se habían esfumado en el momento que su querida mujer falleció.

«¿Para qué seguir?», se preguntó sin hallar respuesta. ¿Para qué vivir así? No había ningún motivo ya. Nadie la necesitaba ni la esperaba ni la buscaba.

Lo único que le quedaba era el desprecio de la mayoría de las personas que pasaban a su lado, la indiferencia de otros y, lo que era peor, el vacío y el desafecto de algunos con los que había compartido momentos importantes de su vida. Nadie quería que le pudieran relacionar con ella. La gente no quería problemas y ella lo entendía, a pesar del dolor que le producía. Incluso había perdido a varias de sus mejores trabajadoras.

Se adentró en Castelar mientras el viento cálido del sur agitaba su pañuelo y se paraba sobre su rostro. Un dolor agudo sacudió su pecho y se llevó las manos a él.

Nunca más nadie iba a tratarla como lo habían hecho aquella tarde en comisaría. Jamás iba a permitir que la volvieran a llamar roja de mierda, puta asquerosa, desviada, cerda, y un sinfín de insultos dolientes que había tenido que soportar sin decir una sola palabra, y mucho menos nunca más nadie iba a violentar su cuerpo como lo habían hecho. Tirones de pelos, bofetones y golpes injustos por el

simple hecho de haber querido a una mujer. No estaba dispuesta a ir por un camino que no era el que ella quería, a pensar como le dijesen que tenía que hacerlo, a besarle a nadie el culo ni a bajarse los pantalones porque alguien había dicho que debía ser así.

Escuchó a su espalda el sonido del tranvía que se acercaba. Miró y observó cómo paraba tras ella para que algún pasajero se bajara.

Se volvió de nuevo para ver el mar y respiró tan hondo como pudo, cerró los ojos y la imagen de Dori con una gran sonrisa en los labios fue lo primero que vio, no pudo evitar sonreír también.

Le hubiera gustado tanto dar aquel paseo con ella, como hacían algunas noches cuando las calles estaban tranquilas y casi desiertas, cuando nadie las veía y podían caminar con las manos entrelazadas amparadas bajo la luz de la luna.

Cada vez sentía más cerca aquel viejo tranvía que tantas veces las había llevado hasta El Sardinero.

Recordó la primera vez que salieron juntas, llegaron hasta la ermita de San Roque, se escondieron tras ella y, cuando nadie las veía, se besaron sin mediar palabra, solo bastaron sus miradas de deseo, no hizo falta nada más para saber que aquello era el principio de algo bonito e infinito. Había sido un amor a primera vista. Algo en ellas les decía que iba a ser para siempre y así había sido, sin papeles de por medio, hasta que la muerte las separó.

Volvió de nuevo de sus recuerdos y se centró en el sonido del tranvía otra vez. Sabía perfectamente el tiempo que quedaba para que pasara a su lado.

Había llegado el momento de tomar una decisión, de dar un paso adelante que la llevara a un lugar seguro. Al otro lado, allí de donde nadie había vuelto y donde ella quería ir para encontrarse con su amada. Pero le faltaba algo necesario e importante, el valor suficiente.

De nuevo pensó en lo que le ofrecía el futuro y recordó lo que tuvo en el pasado. No había lugar a dudas. Solamente existía un lugar donde volver a recuperar aquello que había perdido.

No pensó nada más, se puso de espaldas a la bahía y, cuando ya no había tiempo de que la máquina frenara, cerró de nuevo los ojos, sintió el aroma del mar, pensó en Dori, en sus caricias, en sus besos dulces y en sus manos, en esas manos que, en ese momento, estiradas, reclamaban su compañía. Sonrió y, sin más, se tiró a los pies del tranvía.

Posiblemente no sintió ni el golpe que pudo darse contra el suelo, la máquina la arrastró hasta que su cuerpo maltrecho cayó y fue atropellado.

52

Gloria había pasado la noche en vela. Estaba nerviosa, no sabía atender bien a la niña, nunca había tenido ninguna tan pequeña entre sus manos, o al menos no con la responsabilidad que en ese momento le correspondía. El bebé apenas había llorado, durmió a ratos despertándose cuando el hambre acuciaba su pequeño estómago. Se había pasado horas velando el sueño de la pequeña y pensando en Laura. No era capaz de quitarse de la cabeza cómo la habían dejado en aquella húmeda y sucia celda. Atea como era, llegó incluso a pedirle a Dios que le diera fuerza para aguantar con vida y salir de allí lo antes posible.

De noche cerrada escuchó abrirse la puerta de casa y se sobresaltó. Carlos hacía horas que se había ausentado, no dijo dónde iba y ella tampoco se atrevió a preguntar. Quizá el muchacho volvía a casa. Aguzó el oído y le pareció que alguien hablaba en voz baja.

Pendiente como estaba de lo que pasaba fuera de la habitación y con la vista puesta en la puerta, vio cómo la manilla dorada de la misma bajaba poco a poco. Se levantó de la silla que ocupaba junto a la cuna y cogió en brazos a la pequeña apretándola contra su pecho.

—No te asustes, soy yo.

—¡Joder, Felipe!, qué susto me has dado. Mira, esta es tu niña. Cógela, seguro que estás deseando. Pero ¿cómo te has atrevido a venir hasta aquí? Cualquiera puede verte.

Felipe fue a tomar en brazos a la pequeña, pero antes de hacerlo se sentó sobre la cama, tenía miedo de hacerle daño o que se le pudiera caer. Frotó sus manos la una contra la otra para que entraran en calor y las acercó a su boca soltando el aliento cálido que desprendía. La tomó en sus brazos y la miró con los ojos llenos de lágrimas, tanto que le impedían ver la carita de su hija. Le besó la frente con cuidado, no quería despertarla, aunque se moría de ganas de verle los ojos. Seguro que serían como los de su madre, grandes y chispeantes, llenos de vida.

—¡Maldita guerra! No creo que pueda criarte como me gustaría, pero te juro que lo voy a intentar, Gema. Porque ese es tu nombre.

Extendió los brazos para que Gloria pudiera coger a la niña y

dejarla en la cuna de nuevo.

—¿Qué vas a hacer tú? Estamos preparando la partida. No podemos quedarnos aquí. Sería un suicidio. Cuento contigo, vente con nosotros —le dijo a Gloria.

—No, de momento voy a ver qué pasa. Nadie se ha interesado por mí, al menos eso creo. No quiero dejar a mi tía sola, bastante mal lo está pasando como para que ahora yo la abandone también. Tengo que terminar mis estudios. Me queda solo este año y seré enfermera. Una de las formadas en la mejor escuela de enfermeras de España y quién sabe si del mundo. No voy a tirar por la borda los dos años que he pasado ni la oportunidad que me dieron. Aunque también es cierto que pueden venir a por mí. Espero que si lo hacen me den la oportunidad de salir y no me dejen encerrada o me manden al paredón. Pero es un riesgo que tengo que correr.

—Creo que no deberías hacerlo. Si entras, no sabes cómo vas a terminar. ¿No te has enterado de lo que les ha pasado a varias compañeras? A Justa Moreno, la detuvieron y ha sido fusilada en Ciriego. A Gloria Bezanilla, le hicieron consejo de guerra; su delito, pertenecer a UGT, una mujer normal, con hijos. Es cierto que su casa era lugar de reunión y la han condenado a veinte años.

»Quizá conocías a Alejandra Bañuelos, de Reinosa, otra afiliada de UGT que pusieron delante del piquete de fusilamiento.

»Sin olvidar que el barco en el que viajaba Matilde Zapata fue interceptado en el mar, a la altura de Gijón, y junto a otros camaradas fue detenida. La llevaron a Ferrol y ahora está presa en el colegio Ramón Pelayo, la juzgarán cualquier día de estos, y con toda seguridad será condenada a muerte.

»Pero yo creo que lo peor no es que te maten, es lo que te hacen sufrir. Nuestras mujeres están pasando por todo, hay cientos de ellas en las cárceles de la provincia y de la ciudad. Son violadas, golpeadas, insultadas… Tú verás, pero yo no tentaría a la suerte. ¡Vente con nosotros!

—No sé qué decirte. No te niego que me da miedo, es cierto, pero, en principio, voy a resistir. ¿Y Laura, tienes algo pensado? ¿Podrás sacarla de ahí?

—No sé. No sé nada de ella. Espero que la suelten pronto, en cuanto lo hagan nos vamos. No sé cómo, pero nos tenemos que ir. No voy a vivir reprimido toda mi vida. Me niego a ser un oprimido.

»Tengo que irme. Gracias por lo que estás haciendo, Gloria, no sé cómo pagarte. Espero que mañana mi suegra esté mejor y pueda hacerse cargo de la niña. ¿Tú tendrás que ir a trabajar, imagino?

—Eres tonto, no tienes nada que pagar y ni tan siquiera agradecer.

¡Solo faltaba! Seguramente la monja que estuvo conmigo ayer me cubra, pero sí, iré en cuanto pueda. Lo que sí haré mañana es acercarme a ver a mi tía Amada, hace días que no sé de ella y la mujer me da pena. Desde que falta Dori anda perdida. Vete tranquilo.

53

Ana había conseguido que Daniel estuviera tranquilo aquella noche. Después de envolverle entre sus brazos y ofrecerle caricias, besos llenos de deseo y abrazos dulces que pedían a gritos ser correspondidos, consiguió que el muchacho olvidara todo lo que había sucedido y se dejara llevar por sus instintos carnales hasta fundirse con ella y disfrutar locamente de una noche llena de llantos a ratos y risas y arrumacos a otros.

Se durmieron al amanecer, cuando los primeros rayos de sol comenzaban a salir. Rendidos, descansaron durante unas horas.

Daniel se despertó sobresaltado y con la mente puesta en lo que tenía que hacer, nada le haría cambiar de idea, por mucho que Ana lo intentó. Sin hacer ruido para no despertar a la chica, cogió su ropa y salió de la habitación. Se vistió en la cocina.

Desde hacía horas allí estaba su primo sentado, mirando el puchero de alubias que había puesto sobre la lumbre. Lo saludó sin más, y le puso sobre la mesa un tazón de leche caliente.

—No has cambiado de idea, vas a ir, ¿verdad?

—No me queda otra. Laura puede morir por mi culpa, y no lo puedo consentir. Tiene una niña a la que cuidar, bastante que puede ser que crezca sin padre como para que pierda a su madre.

—Entonces déjame que te acompañe. Te llevaré en la camioneta.

Ana apareció, había escuchado la conversación que los hombres mantenían y no dijo nada cuando entró. Jesús le sirvió otro tazón de leche y puso sobre la mesa un trozo de pan.

—Yo también voy con vosotros —dijo la mujer.

—Tú no te puedes mover de aquí. Ya has oído que te buscan, bastante tengo con mi madre y mi hermana como para que también tenga que penar por ti. ¡Tú te quedas aquí, sin moverte!

—¿En qué momento te has vuelto tú mi dueño? A estas alturas deberías saber que no acato órdenes de nadie. Si tú has decidido entregarte, yo tengo que aceptarlo, ¿verdad? Pues no me digas lo que tengo que hacer porque no lo voy a consentir.

—¡No me jodas, Ana! No te estoy diciendo lo que tienes que hacer, te estoy aconsejando y pidiéndote, por favor si es necesario, que te

quedes aquí. No es una orden, es simplemente que no quiero que te pase nada.

Ana lo miró, se levantó recogiendo el tazón de la mesa y al pasar a su lado lo besó en la mejilla mientras deslizaba su mano por su barbilla cariñosamente.

Laura estaba muerta de frío. Temblaba como una hoja en otoño, no sabía muy bien si era producto de la fiebre o de la humedad de aquella celda. Nadie la había molestado durante la noche. Había dormido mal, los dolores de la pierna eran muy fuertes, tanto que le provocaban un sudor frío que bajaba por su columna vertebral y la dejaba casi sin fuerzas. También su útero estaba resentido por el parto, notaba su entrepierna llena de una sangre que comenzaba a pegarse en su piel. Pero creía que no tenía nada grave y estaba tranquila, deseando que abriera el día y la luz entrara, aunque solo fuera un poco por el pequeño ventano que había en la parte de arriba del habitáculo.

Intentó incorporarse, le dolía todo el cuerpo, el suelo estaba duro y los huesos, resentidos. Lo hizo y se arrastró como pudo tirando de su pierna entablillada hasta la pared donde apoyó la espalda.

El guardia abrió la puerta y dejó en el suelo un poco de leche. La mujer intentó llegar hasta ella, estaba hambrienta y sedienta. Volvió a arrastrarse y consiguió alcanzarla, por suerte la distancia no era muy grande. La bebida estaba fría, pero al menos calmó su sed.

La luz ya hizo su aparición y Laura lo agradeció. Aunque también le dio la oportunidad de ver su aspecto. El uniforme estaba lleno de sangre y las medias hechas girones. Buscó con la mirada sus zapatos y vio que estaban tirados en una esquina, se arrastró de nuevo hasta ellos. Lo intentó, pero fue imposible ponérselos en el de la pierna rota. Su pie estaba hinchado como una bota, deformado por completo.

De nuevo la puerta se abrió, un escalofrío sacudió su cuerpo. No era el mismo policía que había estado el día anterior torturándola. Se quedó mirando sin decir nada, no se atrevía a abrir la boca. El hombre entró y se fue hacia ella. Se agachó y la miró con atención, de arriba abajo. Cogió su barbilla con fuerza y la movió de un lado a otro. Dirigió su vista hasta la pierna maltrecha y la tocó. Laura gritó de dolor.

Él no hizo caso y siguió tocando las maderas que sujetaban la fractura. Luego se levantó y se fue. La joven respiró hondo. Al menos por el momento se había librado.

Jesús preparó la camioneta, en la parte de atrás cubierta con una manta viajaba Ana. Daniel no quiso ocultarse, lo único que hizo fue cortarse la barba y afeitarse el bigote, y se colocó la visera calándosela hacia delante, de manera que al bajar un poco la cabeza apenas se le viera el rostro.

Llegaron a los alrededores de la comisaría. El ambiente era el de un día normal, la cercanía con el mercado de la Esperanza ocasionaba un ir y venir continuo de gentes. Los hombres y mujeres caminaban ajenos a los problemas de los demás. El sonido de los vendedores ofreciendo sus productos se dejaba sentir y el habla cantarina de los santanderinos predominaba en el ambiente.

Pero no tenía la misma alegría que antes de la guerra. Caminaban con precaución, mirando de reojo hacia los lados.

Pasar por delante de la puerta de la comisaría hacía que se mostraran recelosos, desconfiados y con miedo, nunca se sabía lo que podía pasar, no solo por el hecho de ser detenidos, sino también por ver cómo entraba algún conocido esposado o cómo salían otros malheridos. Eso hacía que faltara esa alegría propia del lugar.

Jesús paró la camioneta en una esquina. Desde allí se veía la puerta de las dependencias policiales y al otro lado la entrada a la plaza del pescado.

—Bueno, primo, muchas gracias por todo. Cuida a Ana, por favor. Lo que me pide el cuerpo es rogarte que la lleves de vuelta a tu casa y la ates con una buena soga, pero sé que no será posible.

Ana no dijo nada.

—Espera un momento, hombre, no tengas tanta prisa, es temprano, vamos a dejar pasar al menos media hora. Quién sabe, quizá dejen a Laura libre. Espera, no seas cabezón.

El muchacho lo miró y asintió. Encendió un cigarrillo y le ofreció otro a su primo.

—El tiempo que me dure el pitillo es lo que les doy, después entraré.

La puerta de la celda se abrió nuevamente. En esta ocasión sí era el policía del día anterior el que entró acompañado de otro al que no había visto nunca Laura.

—Bueno. Hoy has tenido suerte. Para que veas lo bueno que soy te voy a dejar ir. Eso sí, si consigues salir sola de aquí, porque yo no voy a cargar contigo hasta la puerta. De todos modos, para que no creas que somos tan malos como vosotros pensáis, te voy a dejar esto para

que te apoyes. —Tiró cerca de ella una muleta de madera que casi la golpea en la cara—. Venga, voy a empezar a contar. Si tardas en ponerte en marcha, pensaré que quieres quedarte con nosotros. Algo que entendería. Uno, dos, tres. Así, muy bien, rapidito.

»¡Lárgate de aquí de una vez, mira cómo lo has puesto todo de sangre!

El hombre salió. El otro guardia que había entrado con él se quedó mirando cómo Ana se ponía en pie. Una y otra vez lo intentaba, pero no podía. Además de la herida de su pierna, estaba débil, no tenía la fuerza necesaria para apoyar su cuerpo sobre la muleta y levantarse.

El guardia se descolgó el fusil que llevaba en su hombro y lo posó en el suelo. Se puso detrás de ella y agarrándola por debajo de los brazos la levantó como si fuera una pluma. Puso el brazo de la chica sobre su hombro y le acercó la muleta para que se la acomodara.

Laura lo miró y le dio las gracias.

—No hay de qué. Tú no te acuerdas de mí, pero mi madre estuvo hace unos meses en el hospital. Tú le curaste sus heridas, tenía unas úlceras horribles, que limpiabas con cariño, siempre la trataste muy bien y, si todo eso no fuera suficiente, murió cogida de tu mano. Así te encontré cuando llegué al hospital.

»Las gracias te las doy yo a ti. Y siento mucho no haber podido hacer nada más por ti.

Laura lo miró con atención. Era cierto, ese chico era el hijo de Juliana Martínez. Él se sorprendió al saber que la enfermera recordaba no solo a su madre, sino también su nombre.

La cogió en brazos y la sacó por el largo pasillo. Cuando llegó a la zona donde estaban sus compañeros, antes de que nadie pudiera verle, la posó con cuidado en el suelo, le colocó bien el zapato del pie bueno y acomodó la muleta bajo su brazo izquierdo.

—Ojalá no vuelva a verte por aquí. Sal despacio, no vayas a caerte. Y, por favor, ten cuidado, volverán a por ti si tu hermano no aparece. Bueno, y tu marido, lo he escuchado antes. Estaba en la lista que preparaban hoy. Si no me equivoco, es Felipe López Díaz, ¿verdad?

—Sí, es el. Gracias por todo.

Laura caminó como pudo. Salió a la calle y respiró. Todo el mundo se quedó mirándola, pero nadie se acercó a socorrerla. Miraban y bajaban la cabeza sin pararse ni un instante. El miedo agarrotaba los cuerpos de algunas de las mujeres que por allí pasaban, no se atrevían a acercarse a ella por miedo a ser señaladas.

Daniel se disponía a bajar de la camioneta cuando su primo le sujetó por el brazo.

—Quieto. No te muevas. Mira, es Laura.

—Sí. Es ella. Voy a buscarla —dijo Ana.

—¡No os mováis ninguno de los dos! Daniel, pasa para atrás y cúbrete con la manta, estaos quietos y callados. Yo me encargo de recogerla.

Jesús arrancó de nuevo y, con cuidado, sin llamar demasiado la atención se aproximó a la puerta.

Laura avanzaba como podía. Jesús se paró a su lado y se bajó del auto. Se acercó a ella y como si fuera un desconocido le ofreció su ayuda. Al levantar Laura la cabeza, él se apresuró a guiñar un ojo para que no hiciera ningún signo que pudiera dar a entender que se conocían. En voz alta, de tal modo que los guardias de la puerta pudieran escucharlo, dijo:

—¡Señora, espere! Si quiere la llevo a donde necesite.

Ella para evitar problemas contestó que no, agradeciendo el detalle, pero Jesús, continuando con el juego, insistió.

—Pero, mujer, si no puede ni andar, déjeme ayudarla. Yo con gusto puedo acompañarla. Venga, traiga para acá esa muleta y apóyese en mí.

—¡Déjala que vaya sola!, estas son duras como piedras, no le pasa nada si va andando. Si está así, algo habrá hecho la pájara —dijo un hombre que pasaba a su lado.

Jesús lo miró con media sonrisa y, aprovechando que un sacerdote pasaba por allí, le respondió.

—Bueno, Nuestro Señor dice que hay que auxiliar a los enfermos, de buen cristiano es hacerlo, ¿verdad, padre?

—Sí, hijo, así es. Lo que tiene que hacer esta mujer es enderezar su camino. Así no tendrá que sufrir más.

Se acercó con ella a la camioneta, abrió la puerta, la cogió en brazos y como pudo la sentó.

Laura no podía contener las lágrimas, ver la cara de su primo fue algo increíble. Tras ella, sin que se diera cuenta, Daniel y Ana esperaban a que se pusieran en marcha para hablar con la chica.

En cuanto se alejaron de la comisaría, Jesús les dijo que podían salir, pero con cuidado. Laura lo miró y, sin apenas tener tiempo de preguntar, su hermano ya estaba abrazándola y besándola.

—Perdóname, hermana, no sé cómo he podido hacerte esto. ¿Cómo estás?

—Gracias que estás bien. Pero ¿qué haces tú aquí? Te hacía lejos ya. No te voy a engañar, estoy destrozada, pero feliz por verte. No tienes que pedir perdón por nada. Ya ha pasado todo, tengo que reponerme y curar esta pierna lo antes posible si no quiero quedarme coja. Pero lo primero es ver a mi hija, tengo ganas de tenerla en mis

brazos, no sé ni qué cara tiene. Llévame a casa, primo.

Ana asomó la cabeza y saludó a Laura al tiempo que apretaba su brazo con cariño.

—Ana, ¿qué haces tú también aquí? ¿Sabes algo de Felipe?

—Todo está bien, tranquila. Está escondido. Ayer mismo estuve con él. Ya habrá tiempo de hablar. Ahora lo importante es que te mejores, vamos a ver qué podemos hacer con esa pierna, creo que lo mejor sería ir al hospital.

Por muchas ganas que tuviera de ver a su hija, lo que necesitaba era que le miraran la pierna y le echaran un vistazo a su cuerpo, por lo que la llevaron al hospital sin pasar por su casa.

54

La noticia de la liberación de Laura llegó a Las Carolinas de boca de Ana.

En contra de las recomendaciones de Daniel, ella quiso volver a su casa. Susana estaba contenta, pero a la vez preocupada. Sabía que de un momento a otro volverían a pasar por ese desasosiego sufrido el día anterior. Eran muchos los frentes abiertos, todos sus amigos estaban en apuros.

Ana subió a su habitación, se bañó y se cambió de ropa. Después de lo que la cocinera le había dicho, su intención era salir de allí lo antes posible. Preparó una bolsa de viaje con cuatro cosas y bajó. Pero no le dio tiempo a salir. Un taxi paró en la puerta, del mismo descendió su tía Elvira.

—¡Vaya, sobrina!, no esperaba que estuvieras para recibirme. Pero qué veo —dijo mirando la bolsa de viaje—, ¿te vas o vienes?

—Hola, tía, qué alegría verla. Ya no contábamos con su presencia en esta casa. Bien creíamos que se iba a quedar en el sur de Francia a vivir.

—¿Cómo dices, estás loca? Esta es mi casa.

—Bueno, sobre eso hablaremos en otro momento —interrumpió Ana a su tía, pero esta no le prestó atención, y siguió hablando.

—No te haces una idea de cómo está llegando la gente al país vecino. Cochambrosos, hambrientos, heridos…, todos asesinos y delincuentes, nada más. Los pobres franceses están llenando el país de gentuza.

—Tía, acaba usted de llegar y no tengo tiempo ni ganas de discutir. Pero le voy a pedir que no hable así delante de mí de personas que están teniendo que dejar su país porque si no los van a matar. ¡Mejor cállese! Me da un poquito de asco escucharla.

Doña Elvira se volvió y le dio un bofetón que hizo que su cara cambiara de posición. Ana no respondió, no dijo ni una palabra. La mirada de odio que le dedicó fue suficiente. Cogió la bolsa que había preparado y salió por la puerta principal con la cabeza alta y andares altaneros.

Dos coches entraron deprisa por el portón de madera que había

quedado abierto cuando el taxi entró y le cerraron el paso.

—Ana Zaldívar Uriarte, queda detenida por colaboración con la República y conspiración contra el Gobierno.

En la puerta de la casa, con el sombrero aún colocado en su testa y quitándose los guantes negros de terciopelo con delicadeza, doña Elvira sin mover un solo músculo veía cómo la policía esposaba y se llevaba a empujones a su sobrina. Cualquiera que la hubiera visto podría pensar que era una persona desconocida para ella y no la hija de su hermana, la niña a la que había criado.

Susana se agarró al delantal y se llevó las manos a la boca, al igual que doña Elvira había presenciado la detención de la muchacha. No saludó a la señora, soltó el mandil, lo estiró con las manos y se dirigió a su lugar de trabajo.

Laura había estado en el hospital durante un par de horas; por suerte para ella, sus compañeras la habían acogido con cariño. La asearon, la curaron y le dieron calmantes para sobrellevar los dolores que tenía en la pierna.

Jesús no había entrado con ella, lo hizo sola, era mejor así para no dar lugar a comentarios. Tanto él como Daniel habían vuelto a la casa de Pérez Galdós, allí estaban seguros.

Una vez atendida, las mismas compañeras hablaron con uno de los conductores de ambulancia y en una de ellas la llevaron hasta casa de su madre.

Gloria se enteró de la liberación de Laura por una llamada que recibió de Susana, que, a su vez, le comunicó lo que había pasado con Ana.

Como la madre de la chica ya se encontraba mejor, dejó al cuidado de la mujer a la pequeña Gema y se fue.

Tal y como tenía pensado, se acercó hasta La Primorosa. Según llegaba apreció que en la puerta había un grupo de personas. Le extrañó, no era normal que a aquellas horas hubiera gente esperando, pero imaginó que su tía se había retrasado y las modistas aguardaban su llegada.

El gesto triste y los llantos de algunas de ellas le hicieron acelerar el paso, algo había pasado.

—Menos mal, Gloria, ¡qué desgracia! La policía acaba de venir. Lo siento mucho.

—¿De qué hablas? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi tía?

—Niña, pero ¿no sabes? —Gloria movió la cabeza diciendo que no

sabía nada y con las manos hizo un gesto de premura—. La señora Amada se tiró anoche delante del tranvía de Gandarillas. Ha muerto.

Gloria casi se cayó al suelo de la impresión. No daba crédito a lo que estaba escuchando. La misma modista que le había dado la noticia se abrazó a ella y se puso a llorar. Ella la apartó con rabia y entró en el atelier.

Estuvo un rato sentada en la silla que ocupaba su tía sin permitir que nadie le dijera nada ni se acercara a ella.

Al fijar la vista sobre la mesa, en una esquina vio un sobre con su nombre escrito fuera. Lo abrió.

Querida sobrina:

Lamento el disgusto que seguramente acabas de llevarte. Pero ya no podía más. Era mucho menos doloroso quitarme la vida que enfrentarme a todo lo que se me venía encima. Llámame cobarde si quieres, no considero que lo sea, pero si así lo piensas estás en tu derecho. Para las mujeres como yo, este Gobierno no tendrá clemencia ni perdón, y siempre viviré señalada y acosada, y así no quiero hacerlo.

Perdona que te deje sola, pero ya no quiero vivir más en este mundo, no es para mí.

Me voy con tu padre, que, como podrás ver en el telegrama que tienes junto a esta nota, también nos ha dejado.

Nada tengo salvo el atelier, es tuyo. El local vale un dinero, véndelo y vete lejos.

Te quiero, niña, es una pena que no hayamos podido disfrutar, nos tocaron malos tiempos. Cuídate mucho y no dejes que nadie te apague la voz ni te quite la vida.

AMADA

Con lágrimas en los ojos dobló la nota y desdobló el telegrama para confirmar con su lectura lo que su tía le adelantaba, la muerte de su padre.

55

Continuaban pasando los días entre el miedo a ser detenidos y las noticias que llegaban de la cantidad de fusilamientos que diariamente se producían; en toda la provincia y en la ciudad las detenciones y los juicios rápidos eran continuos.

Nada se sabía de Ana salvo que estaba presa en las Oblatas, en la calle del Monte. Continuaba a la espera de juicio y las noticias no eran nada halagüeñas.

Susana era la que intentaba ir a visitarla, pero no había conseguido hacerlo. Llevaba ropa y algo de comida que dejaba donde le indicaban con una nota con su nombre, pero tenía serias dudas de que llegara a sus manos.

Desde la bodega del Río de la Pila, Felipe intentaba ultimar la huida, pero las cosas cada vez estaban más complicadas.

A cada momento eran más los que necesitaban huir y menos las posibilidades de hacerlo. Aparecía gente que necesitaba ayuda de todos los sitios, estaban desbordados, era urgente sacar a todos ellos y muy pocas las formas de hacerlo. Habían tenido que cambiar los planes iniciales, no podrían realizar el embarque de nadie, estaban muy vigilados los pesqueros y no se podían arriesgar a poner en peligro no solo a los armadores, también a los pescadores y sus familias. Al menos de momento, había quedado descartada esa posibilidad.

Cada noche, bien entrada la madrugada, Felipe salía para ir a reunirse con su mujer y su pequeña. Pasaba horas allí junto a su familia y, antes de que la oscuridad diera paso al día, regresaba a su escondite.

Una de esas madrugadas, cuando ni tan siquiera la luna alumbraba las oscuras calles de la ciudad, la mala suerte quiso que, al salir del portal de casa de su suegra, se topase con un antiguo compañero. Este le saludó y, aunque él intentó no detenerse, el hombre fue caminando a su lado, dándole conversación durante un buen trecho.

Trataba de alejarse de él con excusas, pero no lo conseguía. A pesar de haber compartido charlas durante reuniones en la Federación,

siempre tuvo la impresión de que no era de fiar. Tiempo atrás, sospecharon que había pasado información al bando enemigo.

Felipe se metió en un portal, aludiendo que había llegado a su destino y estuvo allí hasta creer que el hombre había desaparecido, pero no podía esperar más, estaba amaneciendo y era muy arriesgado caminar a la luz del día.

Miró a ambos lados y al advertir que no había peligro corrió hasta llegar a la bodega.

Antes de entrar se aseguró de que nadie lo veía, pero no era así, el compañero había logrado seguirle sin ser visto y desde una esquina observó dónde se metía.

Doña Elvira había llegado con los mismos aires de superioridad de siempre. Sus comentarios seguían estando llenos de amenazas hacia el servicio.

Jamás entraba en la cocina, pero aquella mañana bajó cuando Susana y Martina estaban descansando. Habían aprovechado para leer una de las cartas que Raquel les había hecho llegar.

Susana leía en voz alta lo que el ama de llaves les contaba. Hacía referencia en la misiva de lo que estaba pasando, de los golpes sin sentido que estaban recibiendo muchos vecinos, de los registros a altas horas de la noche, e incluso de su visita al cuartelillo, que le había ocasionado la fractura de dos costillas y un ojo negro e hinchado que intentaba mejorar con una piedra fría.

La mujer se quedó escuchando en la puerta fuera de la vista de los sirvientes y cuando consideró oportuno entró.

—Parece ser que ustedes no entienden lo que les he dicho hace unos días, mejor dicho, lo que les recuerdo a cada momento. Denme esa carta. Si esa mujer está pasando esas penurias, bien merecido lo tiene. ¿Se puede saber cómo ha llegado hasta aquí la misiva?, no veo que tenga ninguna dirección ni muestra de haber pasado por la oficina de correos.

Ninguna de las dos contestó. Con la mirada decidieron no hablar. Pero la mujer en un tono más intimidante volvió a preguntar, y esta vez además lo acompañó de una amenaza:

—Quiero saber ahora mismo de dónde ha salido esta nota. De lo contrario, llamaré a la policía aportando la misma para que vean la cantidad de barbaridades que se cuentan en ella, desprestigiando la grandísima labor que está haciendo en este momento el Gobierno, no se pueden consentir estas burdas mentiras contra la Guardia Civil. Hablen, si no quieren dar respuesta en el cuartel.

Las dos muchachas continuaban en silencio, pensando en lo que podían decir. Martina temblaba, no era capaz de hacer otra cosa más que eso, pero la cocinera templó sus nervios y se decidió a contestar.

—Pues, si quiere que le digamos la verdad, no lo sabemos. Una vez al mes más o menos recibimos estas notas, solemos encontrarlas con el resto del correo y, como viene a nuestro nombre, la retiramos y la leemos. Pensábamos que era el cartero quien la traía.

—Deben de pensar que yo soy tonta, ¿verdad? Está bien, entonces, como llega por correo según ustedes, tendré que ponerla en manos de las autoridades para que pidan explicaciones a su remitente.

—Señora. ¿Qué mal le ha hecho a usted Raquel? —preguntó con voz serena Martina.

—Eso a ti no te importa.

Cuando la mujer salió de la cocina las muchachas se miraron. Era capaz de cualquier cosa. Si esa carta llegaba a manos de la policía, le iba a traer muchos problemas a su amiga.

56

Las mal llamadas fuerzas del orden no tardaron en asaltar el escondite donde Felipe estaba con el resto de compañeros.

Una veintena de hombres fueron detenidos. Los sacaron a golpes de donde estaban. Requisaron pasquines, documentación falsa y los planes previstos que quedaron al descubierto. No hubo tiempo de deshacerse de nada de ello.

En una camioneta abarrotada fueron trasladados al Depósito de Tabaco en Rama. Las grandes naves que antes estaban llenas de hojas de tabaco ahora albergaban hombres. Personas heridas, enfermas, muertas de frío y hambre que se amontonaban a lo largo y ancho de aquel gran edificio. Sus paredes de ladrillo rojo estaban salpicadas de sangre que se confundía con el tono de adobe.

A ratos el silencio era sepulcral, en otros momentos los gritos se escuchaban a lo lejos, en los espacios ocupados para los interrogatorios.

Cada mañana un número indeterminado de hombres salían, pero jamás regresaban. El futuro de todos era incierto. La mayoría esperaba el consejo de guerra que les impusiera una sentencia firme y que casi nunca llegaba a celebrarse.

Después de tres días de espera, con la garganta seca y los labios agrietados, alguien dijo el nombre de Felipe, el hombre se levantó y se dirigió con las manos atadas donde le indicaron.

Una sala pequeña y oscura con una mesa de madera blanca y una silla es lo primero que vio. Tras ella, de pie, con las manos en la espalda y mirando hacia la pared, un hombre con uniforme le esperaba. Iba a comenzar un interrogatorio en el que, con toda seguridad, ninguna de sus respuestas serían las esperadas. Felipe se preparó para sufrir.

Cogido por ambos brazos y arrastrando las piernas, llegó Felipe a la celda después del interrogatorio. Le habían arrancado varias uñas de los dedos, golpeado la cara hasta deformarla, había sufrido descargas eléctricas y le habían saltado varios dientes; todo ello hizo que perdiera la consciencia varias veces, pero con un cubo de agua fría lo reanimaban para seguir interrogándolo sin piedad. Estuvo horas

declarando, hablando sin decir nada. No pudieron sacar de su boca ni un solo nombre ni una fecha ni el apodo de ninguno de sus compañeros. Querían saber cuáles iban a ser los barcos que se estaban preparando para la huida, pero Felipe no habló.

Igual que él, y tirados a su lado, varios compañeros que estuvieron en la bodega sufrían por los daños ocasionados. Algunos no pudieron resistir y, agotados y malheridos, optaron por firmar una declaración sin saber lo que ponía en ella y que nada tenía que ver con lo que ellos habían dicho, sino con lo que los militares habían escrito. Tan solo querían descansar y dejar de sufrir, pero en verdad firmaron su sentencia de muerte, acusándose de hechos no cometidos.

Laura había regresado a su trabajo en el hospital. Por suerte, ni a su madre ni a ella las habían vuelto a molestar.

Caminaba con dificultad por los pasillos, cojeando de su pierna derecha, la que jamás recuperaría, y estaba a la espera de saber dónde debía ir para cumplir con su labor de enfermera. No cabía duda de que, desde su detención, sor Encarnación la trataba de un modo diferente, estaba distante con ella y cuando se la encontraba apenas le dirigía la palabra. Además, todos sabían que su marido —que a ojos del Régimen no lo era, ya que su boda fue por lo civil bajo las leyes de la República y ahora no se reconocía tal matrimonio— estaba preso, pendiente de juicio, con grandes acusaciones que posiblemente le sentenciarían a pena de muerte.

Pero ella seguía trabajando, ofreciendo sus conocimientos y ayudando a todos los que podía. Iba de pabellón en pabellón colaborando con sus compañeras. Afortunadamente la monja lo sabía y no ponía objeciones, porque en el fondo le tenía cariño, siempre había cumplido con su trabajo.

Gloria también estaba en el hospital. Parecía que su trabajo en beneficencia era de ayuda y allí continuaba. Por suerte, la desagradable mujer que estaba como encargada había dejado su puesto. Se había casado con un coronel de infantería y no iba a seguir trabajando. Estaba sola en aquella labor, llevaba días atendiendo a los enfermos, pero era algo que bien sabía que no duraría mucho.

El pecado mortal que había cometido su tía, el suicidio, no fue bien visto, y le tocó dar explicaciones. Pudo enterrarla, lógicamente no en lugar cristiano, sino en un lateral del campo santo. No lo había conseguido sola, había sido con la ayuda de la hermana Leonila, que continuaba a su lado desde que llegó al hospital.

No conseguía averiguar por qué aquella monja las protegía, tanto a

ella como a Laura. La ayudó con lo de su compañera y ahora había mediado con el obispado alegando que Amada llevaba tiempo enferma de la cabeza y los motivos que le llevaron a la muerte eran fruto de sus desvaríos. El caso era que, cada vez que se daba la vuelta, allí estaba la mujer como si fuera su perro fiel.

Lo cierto era que, tras esa vestimenta azul, se escondía la misma mujer que en Valladolid actuó como enlace entre Felipe y la resistencia. La llamada hermana Leonila no era otra que un miembro infiltrado de la resistencia socialista.

Como consecuencia de todo lo que Gloria veía y conocía desde su puesto de trabajo, un día se lo comentó a la hermana, y ella le sugirió que quizá podían hacer algo por ayudar a esta gente. La monja reunió a varias de las enfermeras, entre ellas Laura, Gloria y Dolores, y les propuso asistir a algunas de las personas necesitadas. Hicieron acopio poco a poco de material y alguna medicina y, al terminar su turno, se dirigían a casa de los enfermos.

Aquello rápidamente se corrió entre la población y cada día eran más las personas que requerían su atención. Acababan agotadas. Como era lógico no cobraban nada a nadie, pero la gente siempre que era posible intentaba compensarlas con algo. Ellas, sabedoras de la necesitad que había en todas esas casas, procuraban no aceptar nada, y cuando lo hacían lo repartían en otros hogares donde era necesario. Ponían inyecciones, tomaban tensiones arteriales, atendían a los niños con pequeñas dolencias o caídas que requerían de algún punto de sutura y en ocasiones atendían partos.

Pero como nada era ajeno a las autoridades, sor Encarnación recibió la visita de un par de agentes una mañana en su despacho del hospital.

Los policías se interesaron por la labor que hacían las enfermeras, de la cual la monja era ajena. Eludía las preguntas que le hacían y disimulaba para que no se dieran cuenta de que no tenía la menor idea de lo que le estaban hablando. Interrumpió la conversación un momento y llamó a la hermana Leonila tras pedirles a los agentes que le permitieran hablar unos segundos con la religiosa. Estaba convencida de que la monja sabía lo que estaban haciendo, y ella mejor que nadie la podía informar.

—Buenos días, hermana, en el despacho de al lado tengo a dos agentes que me preguntan qué es lo que hacen algunas enfermeras de este hospital atendiendo a gente en sus casas. Seguro que usted me puede informar. Me parece una labor encomiable, pero espero que no estén haciendo nada fuera de la legalidad o que estas acciones sirvan para conspirar contra el Gobierno. Deseo escuchar sus explicaciones;

claro está, si sabe de qué le estoy hablando.

—Sí que lo sé, hermana. Lo único que hacen es ayudar a la gente. Usted es conocedora de la situación que hay ahora mismo. Es necesario que alguien haga lo que estas chicas están haciendo. No le hacen mal a nadie, todo lo contrario. No tenga ningún reparo en apoyarlas, le aseguro que no hay nada turbio en ese trabajo que desarrollan, lo único que hay es compasión por los enfermos. Además, hasta donde yo sé, ellas en sus horas libres pueden hacer lo que consideren oportuno con sus conocimientos, siempre y cuando cumplan con honor y respeto a su digna profesión.

—Entonces, no tendrá usted ningún inconveniente en entrar conmigo en ese despacho y responder a las preguntas que esos agentes quieran hacer, además de dar la cara por ellas, indicando que es usted quien dirige este…, no sé cómo llamarlo, ¿equipo?

—Por supuesto, no tengo ningún problema. Pero espero que también usted me apoye y no desvele que no tenía ningún conocimiento. Es cierto que debí decírselo, pero la veo tan ocupada que no creí necesario molestarla. Al fin y al cabo, en nada interfiere con el trabajo de nuestras enfermeras en el hospital, lo hacen en su tiempo libre y no obtienen ningún beneficio económico.

Las dos monjas entraron en el despacho y dieron todo el tipo de explicaciones requeridas. Al cabo de una media hora, los policías abandonaron la estancia con la convicción de que la labor que desarrollaban era promovida por el propio hospital.

57

Marifé intentaba mantenerse al margen de todo lo que estaba ocurriendo, bastante tenía con pensar en su hermana y en sus amigas. Además, su carácter no era como el Ana, ella era más tranquila y no le gustaba en absoluto complicarse la vida más de lo necesario.

Visitaba a sus tíos cuando estaba libre de sus obligaciones como estudiante. Lo hacía con la intención de saber de su hermana y de intentar ablandar el corazón de sus familiares para que mediaran por ella. Sabía que tenían los suficientes contactos para sacarla de la cárcel, pero, hasta el momento, no lo había conseguido. Los dos mostraban su disconformidad con las acciones que había llevado a cabo su sobrina.

En vista de que rehusaban ayudar a su hermana, les pidió que al menos le dieran la posibilidad de ir a verla, ellos podían hacer posible esa visita.

Doña Elvira no dio su visto bueno, y cuando salió de la sala Marifé insistió ante su tío para que él mediara.

—Sabes que me pones en un compromiso. No es sencillo ir a pedir algo así, ¿qué pensarán de nosotros? Tenemos un apellido, formamos parte de la sociedad de esta ciudad, tenemos una imagen que mantener y en este momento que alguien pueda relacionarnos con tu hermana, más de lo que ya estamos por nuestro parentesco, no nos beneficia para nada. Cómo voy a hacer eso niña, ¡estás loca!

—Tío, por favor, no sé nada de mi hermana desde hace semanas. Entiendo que no quieran comprometerse, pero, por favor, se lo ruego, sé que usted puede hacerlo. Si no quiere pedir el favor usted, estoy segura de que por medio de alguien lo puede conseguir. Solo serán unos minutos.

—Bueno, deja ver qué puedo hacer. Pero no te prometo nada. Y de esto a tu tía ni una palabra. Bastante hemos padecido hasta el momento por culpa de la cabeza loca de tu hermana. Pero en el fondo la culpa es nuestra, os hemos dejado hacer y os dimos todos los caprichos, y está visto que ese no es modo de educar. Haca falta mano dura, la que no tuvimos ni tu tía ni yo por pena.

—Gracias, tío. No se preocupe, no diré ni media palabra.

Marifé estaba contenta y no perdió el tiempo, rápidamente fue a contarle a Susana lo que había hablado con su tío. Lo hizo cuando la chica estaba sola en la cocina y, del mismo modo que su pariente le había rogado discreción, ella lo hizo con la cocinera.

Esperó a que sus tíos se fueran a la cama y llamó a Daniel. El muchacho continuaba escondido tras los muros de la casa de Pérez Galdós. Le había costado mucho que Susana le proporcionase el número de teléfono. La cocinera no se atrevía a dárselo y, hasta que no habló con Daniel y este la autorizó, no lo puso en su conocimiento.

Cuando colgó el auricular, se retiró a su habitación apesadumbrada. Había encontrado a Daniel muy desanimado, casi no había atendido las palabras que le había dicho, o al menos esa era la sensación con la que se había quedado Marifé.

Jesús también estaba preocupado. Temía que su primo en cualquier momento pudiera hacer alguna locura. En más de una ocasión le había comentado que estaba dispuesto a coger la camioneta y salir de la ciudad por las bravas, a expensas de que lo acribillaran en alguno de los controles.

El joven se sentía en un callejón sin salida. Presos, ocultos, mudos y ciegos. Urgía buscar una solución.

Tenía que poder ayudar a su primo de alguna manera, pero no sabía cómo. Se pasaba los días leyendo y mirando cómo crecía el verde del jardín. Esa no era la vida con la que había soñado, y tal vez había llegado el momento de poner algo de su parte. De implicarse. Al fin y al cabo, nada tenía que perder, salvo su vida.

Susana recibió una carta de su hermano Ambrosio. Las noticias que le llegaron no podían ser peores y destrozaron su corazón. Había sido condenado a muerte. El joven animaba a su hermana, le pedía perdón por el daño que le había ocasionado y le rogaba que no le olvidara nunca.

Martina entró en la cocina con un cesto lleno de patatas que acababa de recoger del pequeño huerto que tenían y encontró a la cocinera llorando sin consuelo.

No era capaz de aliviar su dolor y lógicamente lloró con ella sin saber por qué lo hacía, ya que Susana no era capaz de pronunciar palabra.

Cuando se calmó y consiguió hablar, le contó lo que aquella carta decía y mostró sus intenciones.

Susana quería ver a su hermano, pero desconocía cómo hacer para no tener que dar explicaciones a la señora. La mujer ya sabía que su

hermano estaba preso, pero no tenía intención de decir nada sobre ese asunto, sobre todo sabiendo cuáles eran los pensamientos de doña Elvira, que, con toda certeza, se alegraría de lo que iba a suceder.

La providencia quiso que Clemente llegara en ese momento. Al encontrar a Susana envuelta en un mar de lágrimas se interesó por lo que le pasaba.

—Muy buenas. ¿Qué pasa, qué son esas caras largas? ¿Susana, por qué lloras?

La mujer le contó lo que sucedía y el chófer se quedó de piedra, no esperaba que su futuro cuñado estuviera en esa situación, siempre pensó que saldría en libertad de un momento a otro, pero, en esa ocasión, por desgracia no iba a ser así.

—¡Tengo que verlo, Clemente! Mi hermano no puede morir sin que al menos pueda darle un beso. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Tranquila, mujer. Estamos de suerte. Precisamente el señor acaba de decirme que tienen pensado ir este fin de semana a casa de los Ruiz de la Maza, celebran una fiesta en la finca que tienen en Suances y pasarán allí dos o tres días. No te preocupes, los llevo y vuelvo, ya me han dicho que no tengo que quedarme.

»Como no van a estar en casa, yo mismo te llevaré hasta el penal para que puedas verlo. Tendremos que salir temprano, creo que hay una fila interminable para las visitas, pero no importa, esperaremos lo que haga falta.

58

Una fría y lluviosa madrugada, cuando el sol aún no había salido, un soldado comenzó a dar gritos diciendo el nombre de varios hombres. A lo largo de los pasillos de la cárcel del Depósito de Tabaco en Rama, las personas que eran nombradas se levantaban y se colocaban junto a la puerta de su celda.

Uno de esos nombres fue el de Felipe.

El hombre se levantó de la esquina que ocupaba en el calabozo y se despidió de sus compañeros.

Todos sabían que aquella era una llamada sin retorno, ya no regresarían, nadie los llamaba para interrogarlos ni mucho menos para que fueran a la sala de visitas, aunque eso era lo que aludían los guardias cuando se les preguntaba, pero por todos era sabido que las llamadas cuando aún no clareaba el día eran una señal indiscutible de lo que iba a pasar. Aquella era la hora de la saca.

Un camión esperaba en la puerta lateral para que, uno tras otro, los presos señalados subieran mientras recibían empujones y culetazos. En la parte trasera, los bancos que había a ambos lados se iban llenando poco a poco. Una lona verde los cubría de la fina lluvia. No había lágrimas ni miradas cómplices ni gesto alguno. Con la vista puesta en el suelo y dejando que su cuerpo oscilara de un lado a otro según los vaivenes del auto, todos y cada uno de ellos, inmersos en sus pensamientos, sabían que el final de sus días estaba a punto de llegar.

El recorrido fue largo, y por un momento Felipe pensó que iban a trasladarlos de cárcel, pero sus ilusiones se truncaron cuando comenzó a ver el camino por el que estaban circulando gracias a la luz del día, que ya iba haciendo acto de presencia. Además, escuchó el sonido del mar al que tan acostumbrado estaba y comenzó a sentir su aroma inconfundible, ese olor a salitre y agua brava de su Cantábrico. Por todo aquello concluyó que el final estaba cerca. La luz del faro de Cabo Mayor le indicó el destino, y, para su desgracia, pudo cerciorarse de que aquello que había escuchado era realmente cierto, que muchos presos eran allí fusilados o lanzados al mar.

Al llegar al atalayón el camión se paró. Los guardias que los acompañaban abrieron las puertas y los hicieron bajar.

Sintiendo a su espalda el frío de las escopetas los obligaron a acercarse al precipicio.

Felipe levantó por primera vez durante todo el viaje la vista y admiró por última vez, desde aquel privilegiado balcón de la ciudad, la grandeza de un mar azul y en calma que oscilaba a sus pies. Esperaba escuchar la orden de fuego a su espalda y, mientras lo hacía, sobre la línea del horizonte creyó ver a Laura con la pequeña Gema en brazos. Una sonrisa llena de nostalgia asomó a su rostro.

Sobre su sien, un arma amenazaba. Sintió el frío del aluminio y el acero de la pistola y cerró los ojos en espera de aquella temida orden, pero no llegó. Tras la espera, la más larga de su vida, lo que sintió fue un fuerte empujón que hizo que cayera al vacío y su cuerpo se estrellara contra el mar.

Gloria había quedado con Susana en el mercado. De vez en cuando aprovechando el bullicio de las gentes se saludaban y buscaban la manera de hablar un momento.

Marifé había sido como en otras ocasiones la que se encargaba de hablar con ambas para fijar las citas, ya que, debido a la prohibición de su tía, las muchachas no habían vuelto a Las Carolinas.

Aquel día había sido la cocinera quien le había pedido que le diera el recado a la enfermera.

A la hora señalada las dos se encontraron. Gloria al ver la cara de Susana comprendió que las noticias que traía no eran buenas, y no se equivocó.

—Quiero ir con vosotros, yo también quiero verlo. Si nos dejan entrar a las dos, bien; si no, esperaré en la calle tu regreso. ¡Cómo nos han jodido la vida, Susana! Quién nos iba a decir a nosotras que íbamos a estar en esta situación. Jamás pensé que mereciéramos este castigo por defender y luchar por algo que ya era nuestro y nos han arrebatado por la fuerza; y encima nos matan.

—¡Calla loca!, cualquiera puede oírnos y entonces también nosotras acabaremos presas.

»Lo de mi hermano, la pobre Ana, Felipe, Laura, tu tía… ¿Qué más nos espera?

»Pobre hermano mío. Aún recuerdo cómo iba detrás de las vacas con una vara arreando al ganado. ¡Cómo lo miraba mi padre! El hombre siempre decía: «Este, niñuca, va a llegar muy lejos, es muy listo». Y mira tú dónde va a llegar el pobre.

—Escúchame, Susana, no te pongas en lo peor, aún no está todo perdido, siempre se puede hacer algo. Han preparado un escrito y

están intentando que le conmuten la pena, aunque sea a perpetua.

»Verás como lo arreglan, no tienen nada contra él. Bueno, a ver, tener sí tienen, no te voy a mentir, pero tampoco es tan grave. Yo tengo esperanzas, confía.

Una pareja de guardias con sus fusiles colgados al hombro apareció por el mercado, daban vueltas y observaban a la gente con detenimiento, a alguno incluso le solicitaban la documentación. En cuanto se percataron las muchachas, se despidieron y se alejaron cada una por un lado.

Al dar la vuelta en dirección a la plaza del Peso, Gloria vio a Carlos correr hacia su casa. Su corazón se saltó un latido y el estómago se le encogió. Sintió que algo había pasado. Decidió seguir al chico y corrió tras él llamando su atención a voces, pero este no la escuchó.

Casi sin aliento llegó hasta el piso de la madre de Laura. Le pareció escuchar llantos que procedían de dentro de la casa.

Tocó el llamador con fuerza sin querer hacerlo, pero quizá los nervios provocaron que surtiera el efecto contrario.

La puerta la abrió la vecina, la conocía de aquella noche que se quedó con Gema cuando Laura fue detenida. La mujer la invitó a pasar con un gesto, ya que no cesaba de llorar.

Caminó por el pasillo de la casa hasta llegar a la pequeña salita donde solía estar la familia reunida.

Con la niña en brazos, abrazándola con fuerza, Laura lloraba desolada, levantó la cabeza y moviéndola le dijo:

—¡Lo han matado, lo han matado, Gloria! Y no he podido despedirme de él. Esta madrugada lo han tirado por el faro esos hijos de puta. Han matado a Felipe.

La joven notó cómo las piernas le fallaban y se acercó a una de las sillas que había desocupadas dejándose caer sobre ella. No era capaz de articular palabra. ¿Qué podía decir en esos momentos?, lo único que se le ocurría era pronunciar a voz en grito improperios en contra de aquellos asesinos. Prefirió comerse los insultos y tragarse la rabia. De nada serviría proclamar a los cuatro vientos lo que realmente sentía, Felipe no iba a volver.

En aquella sala, junto al resto de la familia y vecinos, estaba la hermana Leonila, que había acompañado a Laura a casa. Conocía a Felipe a la perfección, pero lógicamente ninguna de las personas que allí se encontraban sabía que eso era así.

La noticia de la muerte del joven se la dieron a Laura en el hospital, y la monja no quiso dejar que fuera sola a su domicilio. Estaba acompañándola en su sentimiento y calmando su pena. Igual hacía con Adela, la madre, que estaba desolada como el resto.

Gloria no tenía lágrimas. Solamente miraba a la pequeña y pensaba en qué clase de personas eran capaces de dejar a una niña sin padre por no pensar igual que ellos.

—No sé qué decirte, Laura. No pensé que esto fuera pasar. ¿No habían dicho nada? ¿No te dijeron nada?

Contestó Carlos:

—Ni media palabra. Han hecho *saca* y le ha tocado. No nos dejaban verlo desde hacía semanas. No sabíamos nada de él. La verdad es que, después de ver lo que estaba pasando y los que ya habían caído, nos lo temíamos. Ahora lo que espero es que dejen en paz a mi hermana de una vez.

—Si puedo hacer algo, sabes que aquí estoy para lo que necesites. Estas palabras me parecen absurdas porque lo que tú necesitas ni yo ni nadie te lo va a poder dar ya.

Mientras esto ocurría en casa de Laura, la noticia llegaba a Pérez Galdós, Daniel se enteraba casi a la vez.

Algunos compañeros que sabían dónde se escondía se lo comunicaron lanzando una nota atada a una piedra por encima de los muros de la finca.

No solo perdía a un cuñado, sino también a un buen amigo, se conocían desde hacía muchos años y la relación era muy estrecha. Pensó, al igual que lo hicieron Gloria, Laura y todos los demás, en qué momento habían cometido el error de creer que iban a ser capaces de ganar aquella guerra sin sentido.

59

En la cárcel de las Oblatas, las mujeres llenaban las estancias. Algunas enfermas, otras embarazadas, la mayoría muertas de frío y doloridas, todas ellas con el pelo rapado, malolientes y hambrientas malvivían como podían. La comida era escasa y llegaba fría. Las mantas apenas existían y las pocas que tenían eran sobre todo para cubrir a los niños y a aquellas que estaban más delicadas de salud.

Ana pasaba las horas intentando consolar a sus compañeras. Era más fuerte que la mayoría de ellas y se había convertido en la líder, en el referente de todas.

La mayoría eran amas de casa, criadas u obreras que nada habían hecho, en gran parte no sabían leer ni escribir y su delito había sido el de ser mujer, novia o simplemente conocida de alguno de los hombres que ellos consideraban enemigos del Gobierno.

Pero aquello no era bueno para ella, y en cuanto las carceleras se dieron cuenta de la fuerza que transmitía en el resto le costó caro.

Le había llegado el turno. Fueron a por ella y se la llevaron después de semanas sin hacerle caso, sin interrogarla, sin decirle ni una palabra.

Sujeta por los brazos por dos guardias y casi a rastras la dirigieron a la sala de interrogatorios.

Le leyeron las acusaciones que se le hacían y entre insultos y algún que otro empujón comenzaron a preguntar.

La muchacha no decía nada más que su nombre y hacía referencia a su inocencia.

—Soy Ana Zaldívar Uriarte. No he cometido ningún delito.

Después de unas horas le mandaron quitarse la ropa. Ana se quedó inmóvil sin hacer caso de la orden.

Uno de los hombres que la interrogaban, cansado de escuchar la misma respuesta y en vista de que no obedecía, le arrancó de un tirón el vestido haciendo saltar los pocos botones que quedaban en él. Con una navaja que tenía entre las manos, que había pasado suavemente sobre su cuello durante el interrogatorio, rompió los tirantes de su combinación hasta que la tela cayó al suelo dejando a la chica en ropa interior que no tardó en quitarle de la misma manera.

Ana quedó desnuda delante de ellos. La rabia se apoderó de ella y se lanzó sobre uno de los guardias intentando pegarle, pero no lo consiguió. Rápidamente la sujetaron entre los otros dos y la sentaron en una silla atándola a ella con una soga. El otro cogió un cubo con agua y se lo tiró dejándola empapada y sola en la habitación.

Allí estuvo toda la noche, muerta de frío y de miedo, sin saber qué sería lo siguiente por lo que iba a tener que pasar.

Por la mañana volvieron. Con otro cubo de agua helada la despertaron. Volvieron a interrogar. Hacían preguntas a las que no sabía qué contestar, hacían alusión a personas que no conocía y a hechos en los que ella nada había tenido que ver. Un golpe tras otro era lo que recibía cada vez que no contestaba lo que ellos querían escuchar. Después de un tiempo no aguantó más y se desmayó.

De la misma manera que la llevaron hasta la sala de interrogatorios, la devolvieron a la celda, desnuda la arrastraron por los pasillos y la tiraron dentro del calabozo con el resto de las presas.

Las compañeras la recogieron, la limpiaron, la cubrieron con lo que tenían e intentaron que entrara en calor.

Don Ricardo no se esforzó en buscar la colaboración de ningún cargo político ni militar que le diera la oportunidad de que sus sobrinas se vieran.

Tras la conversación con Marifé, dejó pasar un par de días y le comunicó a su sobrina que no había conseguido ningún permiso para visitar a Ana.

La chica andaba por el hospital desanimada. No sabía a quién pedirle ayuda, sus amigas bastante tenían con lo suyo como para encima cargar con su problema.

Se cruzó con sor Encarnación y la hermana Leonila, las saludó y continuó su camino. Pero la hermana Leonila notó que a la chica le pasaba algo y se disculpó con la superiora para acercarse a Marifé.

—Hola, ¿estás bien?

—No, hermana. Tengo presa a mi hermana y no encuentro la manera de poder ir a visitarla. Nos hemos acercado los días de visitas, pero no nos permiten entrar, solo podemos dejarle algo de comida y ropa que no creo ni que tan siquiera le den.

—¿Dónde está encarcelada? ¿Cómo se llama?

—En las Oblatas, se llama Ana Zaldívar.

—De acuerdo, estate tranquila, quizá pueda hacer algo. Vamos a ver qué consigo. No te prometo nada, pero por suerte conozco a alguna hermana allí. Quizá pueda arreglarlo.

—¿De verdad haría eso por mí, hermana? Le estaría eternamente agradecida, solo quiero saber cómo esta. Aunque lógicamente me gustaría poder verla.

—Déjame, yo te diré algo. Lo intento.

60

Tal y como le prometió Clemente, después de dejar a sus jefes en Suances, regresó lo antes que pudo a Santander para recoger a Susana.

Esperando junto a ella estaba Gloria, que aún no se había recuperado de la noticia de la muerte de Felipe y el miedo se había apoderado de su cuerpo pensando que Ambrosio podía correr la misma suerte.

El viaje hasta Santoña se les hizo largo a los tres. Llegaron a primera hora de la tarde. Susana había preparado una tortilla y la comieron durante el viaje, menos Clemente, que prefirió dejarla para hacerlo mientras las esperaba.

Las dos chicas se pusieron en la cola, había un gran número de mujeres esperando poder entrar y ellas hicieron lo mismo, con paciencia, pero sin tener la certeza de que les darían paso.

Susana llevaba una pequeña cesta de mimbre donde había metido lo que encontró por la cocina para llevárselo a su hermano. Debajo de todo ello, había puesto una foto de la familia, en la que faltaba Estefanía, que aún no había nacido en el momento que se hizo, pero su madre sí estaba retratada.

Poco a poco se acercaban a la entrada. Ambas estaban nerviosas y apenas hablaban, daban pequeños pasos en silencio y con la mirada puesta en los guardias de la entrada, observando lo que les decían a las mujeres que pasaban antes que ellas.

Por fin llegó su turno.

—¡Identificación!

Ambas la mostraron.

—¿A quién visitan?

—Ambrosio San Roque Expósito.

—Esperen aquí. No se muevan.

El guardia con la documentación de las dos en la mano se acercó hasta otro que estaba sentado en una mesa y revisaba una lista constantemente. Hablaron durante un instante y uno de ellos se levantó y desapareció de la vista de las muchachas.

Asustadas se cogieron la mano sin mirarse y apretaron fuerte hasta que lo vieron aparecer de nuevo.

Los gestos de los guardias hicieron entender a las chicas que podían pasar, pero aguardaban las palabras del hombre, no querían alegrarse antes de tiempo.

Al ver al guardia dirigirse a ellas, se soltaron las manos y lo miraron esperando su respuesta.

—Pasen y esperen en esa cola.

—Gracias —contestaron tímidamente.

Después de un rato de espera, revisaron la cesta que Susana llevaba. Lo sacaron todo, le dieron la vuelta a la misma y les ordenaron que lo metieran de nuevo y entraran. Caminaron unos pasos más y otro guardia las registró a ellas.

El carcelero no se privó, las sobó más que registrarlas pasando sus manos por sus pechos y su entrepierna mientras las miraba a los ojos con una sonrisa en la boca, sabiendo que no les quedaba más remedio que aguantar el cacheo mientras les daba las instrucciones que debían cumplir.

—Nada de besos y abrazos ni ningún contacto. ¿Queda claro? Tienen quince minutos… y buenas tetas, por cierto.

Gloria se mordió la lengua hasta hacerse daño, le hubiera partido la cara a aquel imbécil. Pero lo que hizo fue darle las gracias con una sonrisa hipócrita en la cara.

Siguiendo a las personas que las precedían entraron en lo que parecía el comedor; a lo lejos, por una puerta que había de frente vieron aparecer a Ambrosio. Los ojos de Susana se nublaron al verlo. Apretaron el paso para llegar lo antes posible hasta él, al cual le habían dicho dónde tenía que sentarse.

Susana habría dado su vida por poder abrazar a su hermano. No tenía mal aspecto, estaba pálido y muy delgado, pero no parecía enfermo como otros que no hacían nada más que toser.

—Qué sorpresa, no esperaba veros. Porque no creo en Dios, pero debe de ser lo más parecido a ello el teneros aquí. ¿Cómo va todo, qué tal las chicas, los compañeros, padre y mis hermanos, qué sabes de ellos?

—Bien, padre está bien, no ha tenido problemas. Los hermanos tranquilos. Las chicas pues… bueno. Amada murió, no soportó la pena de perder a Dori y las detenciones que continuamente sufría. Laura tiene una niña muy guapa. A Felipe…, qué decirte, hermano, lo mataron hace poco más de una semana, y Daniel no sabemos dónde está.

—Vaya, joder, ¿y Ana? Y a ti, ¿te han molestado? —preguntó mirando a Gloria.

—Ana está presa, tampoco sabemos de ella. A mí no me han

molestado, lo cierto es que no me lo explico, pero, o no estaba en las listas, o no sé por qué me he librado, al menos de momento. Es raro, la verdad, a todo mi entorno le ha tocado algo, bueno, por suerte a tu hermana y a Clemente tampoco.

—¿Sabes cuándo será…? —preguntó Susana.

—¿Mi fusilamiento? No, de eso no dicen nada. Los cabrones de ellos te llaman sin avisar para que vivas en un vilo los días que te queden.

—Escucha, me han dicho que han presentado un escrito para ver si te conmutan la pena. Vamos a esperar, el abogado ha dicho que hay posibilidades.

Un guardia se acercó a ellos, agarró del brazo a Ambrosio y lo levantó.

—¡Se acabó el tiempo!

—Pero si acaba de llegar. El guardia nos dijo quince minutos, no han pasado ni cinco, por favor —dijo Gloria. La cocinera con un gesto le pidió que se callara.

—Toma, te hemos traído esto. Es lo que tenía. No hay más. Dentro va una foto de todos para que te acompañe al menos. Te quiero muchísimo, hermano.

—Yo también os quiero a las dos.

»Rubia, qué pena que no voy a poder rezar más contigo —le dijo a Gloria mientras le guiñaba un ojo y le tiraba un beso.

—Déjate, eso no se sabe. De todos modos, lo rezao no nos lo quita nadie, Ambrosio.

—Hermana, espero que seas muy feliz y que Clemente no te dé mala vida, que soy capaz de volver del más allá.

—Si con eso regresaras, no me iba a doler nada de lo que me hiciera con tal de volver a abrazarte. Te quiero.

Las dos vieron cómo el hombre se alejaba, estuvieron allí paradas hasta perder de vista la figura de Ambrosio. Luego volvieron a cogerse de las manos y caminaron juntas hasta la salida.

Susana, Gloria y Clemente regresaron a Las Carolinas desanimados y tristes, además de cansados.

No sabían qué iba a pasar realmente con Ambrosio, pero guardaban esa pequeña esperanza de un posible perdón que llegara a tiempo.

Solo quedaba esperar, confiar y creer en algo que los mantuviera vivos.

61

Laura había vuelto al hospital, ahora tenía una hija a la que criar e iba a estar sola en ese menester.

Dolores, su compañera, permanecía a su lado continuamente. La observaba con pena. Notaba el sufrimiento de su amiga en los ojos y nada podía decir por apaciguar ese dolor.

La hermana Leonila apareció por el pabellón de digestivo y buscó a Marifé, pero no la encontró. Dolores se había percatado y se acercó a la monja con la intención de ayudarla.

—¿Hermana, puedo ayudarla?

—Estoy buscando a Marifé, pero puede ser que esté en clase o quizá en otro pabellón; por favor, si la vieras, haz el favor de decirle que me busque, es urgente.

Dolores volvió con su compañera, que estaba atendiendo a un joven que sufría unos dolores muy fuertes que les estaba costando calmar.

Laura apenas hablaba, había perdido la sonrisa y la alegría, no mantenía conversación con nadie salvo con Dolores, no se fiaba de ninguna persona, cualquiera podía llevarla a la cárcel por un comentario impropio, y por eso era mejor estar callada y metida en su mundo y en sus pensamientos mientras desarrollaba su trabajo sin más.

—Laura, tienes que levantar el ánimo, sé que lo que te estoy diciendo es muy difícil, pero verás como las cosas dentro de poco van a dejar de doler tanto. Yo estoy aquí para ayudarte, lo sabes. Cualquier cosa. Si te parece, luego cuando salgamos nos tomamos un chocolate en Rivero, seguro que te viene bien.

—Gracias, Dolores, pero iré a casa a ver a mi niña. Es lo que me queda, lo mismo que yo a ella. Seguro que el tiempo lo curará todo, lo sé. Pero el tiempo pasa despacio para mi corazón. Solo pensar que me han arrebatado al mejor hombre que había en este mundo, al menos para mí, me agrieta el alma.

Dolores pasó su mano por la espalda de su compañera acariciándola con cariño y volvió a decirle que pronto iba a ver las cosas mucho más claras.

Marifé apareció por el pabellón con la intención de ver cómo se encontraba su amiga Laura, pero Dolores se acercó a ella y le dio el recado que la monja le había dejado hacía un momento para ella.

Decidió ir en busca de la hermana Leonila, seguro que tenía noticias para ella.

—Hermana, ¿me buscaba?

—Sí, Marifé, ven conmigo. Mejor hablamos en el despacho de sor Encarnación. No está en el hospital y podemos aprovechar la discreción que el espacio nos brinda, así nadie nos escuchará.

La monja le comunicó que había conseguido hablar con una de las oblatas que se encargaban de las presas, y que esta había accedido a que visitaran a Ana, pero no dejaban que pasara ella. La única que podía verla era la propia Leonila.

La muchacha se entristeció, se había hecho ilusiones. No entendía por qué se negaban a que pudiera verla. Pero también se conformó.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Mañana por la tarde nos vamos a ir las dos hasta la calle del Monte. Intentaremos pasar, yo aludiré que tengo permiso para visitar a la chica y que tú vienes conmigo. Si no puedes entrar, lo haré yo. Al menos una de las dos podrá verla.

La chica se quedó conforme. Como bien decía la monja, por lo menos tendría noticias de ella.

62

La hermana Leonila y Marifé llegaron temprano a la puerta de las Oblatas. Marifé estaba nerviosa y el paraguas que llevaba abierto cubriendo su cabeza oscilaba por el movimiento de su mano temblorosa. La hermana Leonila se cubría también bajo el mismo toldo que la chica e intentaba frenar el movimiento sutil de la muchacha para evitar mojarse.

—Creo que es mejor que esperes aquí. Deja que yo llame, voy a ir por la puerta lateral, no quiero entrar por la principal, no estaría bien. Seguro que por la otra encontraré a la persona con la que he contactado y, si no, según ella me dijo, le habrá dejado recado a otra monja.

—De acuerdo, hermana, yo esperaré aquí. Pero si puedo, por favor, me gustaría entrar.

La monja caminó bajo la lluvia hasta llegar a la puerta. Llamó a un timbre que estaba escondido entre el labrado de la madera y al que se le hacía sonar con el roce del anillo que ella, como todas las monjas, llevaba.

Abrió la persona con la que había contactado, y, tal y como le dijo en su primera conversación, no le dio permiso a Marifé para que la visitara.

Anduvieron por el pasillo sin hablar apenas, lo único que le dijo la monja fue que la rea no estaba en muy buenas condiciones. La habían llevado a una pequeña sala alejada de las celdas para que el resto de presas no tuvieran ningún tipo de contacto con ella, ya que revolvía el gallinero sin necesidad.

Al preguntar la hermana Leonila por los males de la chica, la sor contestó que había tenido varios encontronazos con otras presas y estaba malherida.

La sala donde se encontraba Ana estaba cerrada con llave. Sentada en una silla, con las piernas recogidas hacia su cuerpo y la cabeza metida entre sus manos se encontraba la mujer.

La monja las dejó a solas en la estancia.

Ana no se movió hasta que la puerta se cerró. Fue entonces cuando la chica se incorporó.

—¡Madre mía, niña! Pero ¿qué te han hecho?

Ana no contestó. La miró con desconfianza, luego dejó que su mirada se perdiera hacia una pequeña ventana por la que entraba la luz.

La hermana Leonila sintió que aquella mujer además de los problemas físicos había perdido la cabeza o estaba a punto de hacerlo. El sufrimiento se reflejaba en su cara. Vestía una especie de túnica andrajosa y hecha girones por algunos lados. Su cuerpo se apreciaba esquelético, lleno de moratones y heridas. A todo ello había que añadir el temblor de sus manos y piernas, y el castañeteo constante de sus dientes, que posiblemente sería de frío o producido por su estado febril.

La monja le dijo quién era. Que venía en nombre de su hermana, porque a ella no la permitían entrar. Le preguntó quién le había dejado esas huellas en el cuerpo, aunque la respuesta de sobra la sabía. También si comía, si tenía ropa de abrigo y un montón de cosas a las que Ana en su mayoría no contestó.

—No sé si podremos sacarte de aquí. Voy a intentar que te dejen en libertad, creo que si has hecho algo ya has pagado por ello, pero no te prometo nada.

Ana entonces sí que dirigió su mirada hacia la de la religiosa y habló:

—No sé qué hace una monja aquí. Pero no parece de la misma calaña que las que están en este convento. Es más, su cara me es familiar. Igual la he visto antes, su voz me recuerda a alguien, pero ya no sé ni lo que veo ni tan siguiera lo que pienso.

»No se moleste por mí. No voy a salir de aquí con vida, lo sé.

»Dígale a mi hermana que sea feliz, por ella y por mí. Que viva la vida que le toque y no se meta en líos, no merece la pena. Y también dígale que la quiero con locura, que es la persona que más he querido en mi vida. Que no sufra por mí.

»Esto es lo que hay, y no podemos cambiarlo, es lo que tiene decir lo que uno piensa y hacer lo que consideraba que estaba bien, defender nuestros derechos.

»Que se mantenga al lado de mis tíos, si hace lo que ellos quieran, no estará en peligro y conseguirá sus objetivos, estoy segura de que será una maravillosa enfermera. Dígaselo de mi parte. Me siento muy orgullosa de ella.

Intentó levantarse sin apoyarse en la mesa, pero no pudo. Tuvo que poner sus manos sobre ella para elevar su maltrecho cuerpo.

Caminó arrastrando los pies hacia la puerta y al llegar a ella la golpeó apenas sin fuerza.

Se volvió hacia la hermana Leonila y le dijo:

—Seguro que me acordaré de dónde nos hemos visto antes.

La monja observó cómo la chica se alejaba sin mirar para atrás. Era cierto lo que había dicho, claro que se habían visto. Antes de que todo esto empezara, habían coincidido en la Federación Obrera Montañesa en un par de ocasiones, y en alguna que otra hablaron por teléfono cuando Leonila llamaba a Matilde Zapata. Pero no quiso decirle dónde ni cuándo. No era el momento y mucho menos el lugar. Con toda seguridad las paredes tenían oídos.

Según se dirigía a la salida iba pensando cómo le contaría a Marifé la situación en la que se encontraba su hermana. Pero no podía mentirle, debía decir la verdad y esperar que tanto Ana como ella misma se equivocaran.

63

Escondidos en una bodega del centro de la ciudad, un grupo de hombres y mujeres planificaban la salida de gente. La lista de las personas elegidas estaba confeccionada, el modo de hacerlo también. Pero había que esperar unos días para tener los permisos necesarios, poner en conocimiento de todos los planes y generar la documentación imprescindible para ellos.

Daniel estaba al tanto de esos planes desde su escondite. Su primo se encargaba de llevar y traer las noticias de lo que estaba sucediendo. Afortunadamente su escondrijo era seguro.

Estaba muy preocupado por Ana, no conseguía dar con nada ni nadie que le proporcionara noticias de ella, y ello lo había llevado a pensar que podía estar sufriendo y en peligro.

En otro de los lugares escogidos por la resistencia como escondite, tumbado en un camastro, con las piernas inmovilizadas y la cara llena de golpes y arañazos, despertó después de varios días un joven.

Intentó moverse, pero el dolor en las costillas le hizo quedarse quieto. Miró a todos los lados y lo único que encontró fueron cuatro paredes. Era una estancia pequeña con una silla con las patas cortadas que la hacía ser más baja de lo normal.

No había ventanas y le costó encontrar la puerta. Dos velas alumbraban la oscura habitación, junto a ellas había vendas, alcohol y alguna cosa más sobre una pequeña mesita. No se escuchaban voces, pero le pareció oír el ruido del mar.

El hombre se encontraba muy débil y, producto de ese decaimiento, volvió a quedarse dormido.

La pequeña puerta del habitáculo se abrió, una mujer entró y se aproximó al herido que descansaba ajeno a su llegada.

Le miró detenidamente y a pesar de tener la cara llena de heridas e hinchada lo reconoció. La sangre se le heló, pero a la vez su corazón comenzó a latir deprisa y una sonrisa iluminó su rostro. No daba crédito, era un milagro, pero era él.

Posó en la mesita la bandeja que llevaba y salió del zulo sin hacer

ruido.

Una vez fuera, la mujer conversó con el hombre que atendía al herido y esperaba allí.

—Tenemos que ponernos en marcha lo antes posible. No podemos esperar más. Hay que organizar el operativo cuanto antes.

—Debemos esperar a que este hombre mejore, tal y como está en este momento no podrá salir que aquí. Sería muy arriesgado. Lo de este ha sido un auténtico milagro, aunque esté mal que yo lo diga.

—Por él no te preocupes, yo me ocuparé de que esté perfecto, me he llevado la mayor alegría de mi vida cuando lo he visto. Me costaba creer que podía ser él. Lo dicho, hay que poner en marcha el operativo.

—Sí, es cuestión de días. Faltan los permisos del obispado y el Gobierno Militar, que están por llegar de un momento a otro, además de la documentación de la mayoría de ellos. Nos está costando dar con algunos nombres que no levanten sospechas.

—De acuerdo. Entonces, si os parece, el miércoles próximo, de aquí a una semana, a las nueve de la noche, nos vemos en la bodega. Hay que tener en cuenta que la fecha de la vigilia está próxima y partiremos días antes como es lógico, para que todo resulte más creíble.

—Perfecto, como tú digas. Se lo comunicaré a los demás.

—Por supuesto que a los implicados hasta que todo esté en marcha no les diremos nada. Es peligroso.

—De acuerdo, camarada, así lo haremos.

Dolores salió muy contenta, ciertamente sus compañeros no se habían equivocado y Felipe estaba vivo. Sentía unas ganas terribles de decírselo a Laura, pero no era posible, el riesgo era muy grande y todo se podía ir al traste, además de que les podía costar la vida si alguien decía algo.

Tendría que visitarlo a diario para conseguir que mejorara lo antes posible.

64

La señora Elvira había llegado a la casa con ganas de imponer su voluntad por encima de todo. Sus amigas habían hecho referencia a los niños que acogía en su hogar y le habían aconsejado que los mandara a una inclusa. Una de ellas le indicó dónde debía dirigirse de su parte, no tendría ningún problema. Ella no tenía obligación alguna con los pequeños y, como bien decían sus amigas, quién sabía de dónde provenían y de lo que eran capaces de hacer.

Según entró por la puerta de Las Carolinas los vio correteando por el vestíbulo y no le gustó que dos pequeños anduvieran por allí como si aquella fuera su casa, y no entendía por qué tenía que alimentarlos. Había lugares para ese tipo de niños huérfanos y allí era donde deberían estar. Sin duda sus amigas tenían razón.

Hizo llamar a Martina y a Susana y les pidió que prepararan todas las cosas de Marcos y de Pedro, les había buscado un lugar donde estar, que sin duda era el más apropiado para ellos.

Las sirvientas intentaron por todos los medios hacer que la mujer cambiara de idea, pero a pesar de sus súplicas y ruegos no lo consiguieron.

La decisión estaba tomada y los niños debían irse.

—No creo que estén ustedes en situación de pedir nada. Esta es mi casa, parece ser que se les ha olvidado. No quiero a esos pequeños aquí. Son dos bocas más que alimentar y la comida no sobra.

»La señora de don Federico Palacios dirige uno de esos orfanatos y se ha ofrecido a acoger a los pequeños; de hecho, ya esperan su llegada. Por lo tanto y como les he comunicado hace un momento, pueden ir recogiendo sus cosas y que Clemente mañana mismo cuando salgan del colegio los lleve a esta dirección.

—Pero, señora, se lo ruego, ellos no dan nada que hacer, son muy buenos niños, no los mande a un lugar así. Por favor, al menos déjenos despedirnos de ellos.

—Susana, espero que haga lo que le he ordenado. No tengo nada más que hablar con ustedes.

»Por cierto, el señor hoy no vendrá a comer, pero a mí me visitarán dos amigas, por lo que pueden poner la mesa para tres. Comeremos a

las dos de la tarde en punto.

Ambas mujeres salieron del salón con lágrimas en los ojos. ¿Cómo les iban a decir a los pequeños que tenían que marcharse? ¿Cómo les iban a explicar lo que estaba pasando?

Hacían cábalas para encontrar la manera de despedirse de ellos. Eran muy pequeños, bastante habían tenido con perder a su familia para que ahora que estaban tranquilos y felices volvieran a quedarse solos. La vida para ellos no había sido justa, y lo peor es que apenas tenían seis y siete años.

—Tal vez sea mejor así, Susana, si estamos más tiempo con ellos sabiendo que tienen que irse, no íbamos a poder separarnos. Aunque quisiéramos llevarlos a otro sitio, no tenemos dónde, no podemos darle a nadie la obligación de alimentarlos y más con el hambre que está pasando la gente en estos momentos. Le diremos a Clemente que les explique lo que pasa, son listos, ya sabían que no eran del agrado de los señores.

—Es injusto, no hay derecho a que les haga esto. Ella no se ocupa, nada le cuesta, nosotras nos estamos quitando de nuestra comida para que ellos tengan, nada les hemos pedido a los señores. No es justo que los niños crezcan en esos lugares oscuros, tristes y llenos de odio y rencor. ¿Cómo crees que los van a tratar? Pensarán que son hijos de republicanos y les harán pagar por lo que consideran que sus progenitores hicieron.

—Vamos a recoger sus ropas, no podemos hacer otra cosa. Bueno, podemos irnos con ellos, pero qué iba a ser de nosotras. Somos unas simples criadas sin techo ni nombre.

Gloria escuchaba el relato de la hermana Leonila con atención. Una enorme pena llenó su alma al conocer la situación en la que su amiga Ana se encontraba. La monja le había dado pocas esperanzas, estaba segura de que no iba a sobrevivir. Pero debían seguir con el trabajo, las salas estaban llenas de enfermos que requerían de sus cuidados.

Abrieron las puertas de los soleados balcones del pabellón de digestivo. En él se encontraban las dos mujeres. Empujaron las sillas de ruedas de algunos de los enfermos y las camas de otros hasta colocarlas en el ancho piso de la balconada, que, dispuesta al sur, era cálida y soleada. Los pacientes que se encontraban mejor, siempre que el tiempo lo permitía, tomaban en ese lugar la vitamina necesaria que los rayos del sol les proporcionaba. Aquella era una espléndida mañana en la que lucía y calentaba con ganas.

Una vez que estuvieron todos colocados, ambas se retiraron un

momento.

Gloria estaba ausente y la monja lo notó.

—¿En qué piensas?

—Buena pregunta, hermana. Me voy a quedar sin novio, me quedo sin amigas, me quedé sin mi tía, he perdido a mi padre y hasta las ganas de reír, de vivir, de pasear y de soñar, y de… que no lo digo porque seguro que como es monja se me asusta, pero hasta de eso he perdido las ganas.

»¿Tan malo ha sido lo que hicimos para perder todo lo que hemos perdido? Incluso hasta la vida, como Felipe, el marido de Laura. ¿Usted cree, hermana, de verdad, que hemos sido tan malos?

—No me hagas esa pregunta, porque no puedo contestar lo que realmente pienso. Dentro de poco espero que veas las cosas con más claridad y que seas capaz de seguir, porque la vida merece la pena por mucho que nos pongan palos en las ruedas. Hasta el último aliento debemos continuar luchando por vivir, aunque no sea del modo que queramos porque no nos dejen.

—¿Sabe algo, hermana? Porque lleva esos ropajes, pero, si no, yo diría que usted de monja tiene poco.

»Ojalá pase lo que dice, pero lo que he perdido no lo recuperaré jamás, y ¿sabe algo?, que viviré bajo el yugo que me oprime, pero no comulgaré con ellos nunca.

—Yo tampoco —dijo, y mientras se acercaba a su oído añadió—: Pero no se lo digas a nadie.

Gloria la miró sorprendida. Cada vez estaba más segura de que bajo esos hábitos se escondía una persona que nada tenía que ver con las monjas de las Hermanas de la Caridad.

65

Había llegado el día.

En la bodega de la calle del Medio, en un zulo al que se accedía por la trastienda, entre toneles de vino y jaulas con botellines de cerveza Cruz Blanca, un grupo de gente se reunía.

Llevaban tiempo planificando la huida del país de varias personas en peligro.

Nunca fue casualidad que Dolores y la hermana Leonila formasen aquel grupo de enfermeras que todos los días auxiliaban a personas necesitadas de atenciones médicas.

Aquello realmente había sido una tapadera que cumplió su propósito, poder moverse por la ciudad, hablar con las personas indicadas, obtener la información necesaria y urdir un plan de fuga sin riesgo.

Al frente de este operativo se encontraba Concepción Sánchez, una periodista llegada de Madrid que con gran habilidad había conseguido hacerse pasar por la hermana Leonila sin levantar ninguna sospecha.

La colaboración de Dolores fue fundamental. Se convirtió en su enlace en la ciudad y le facilitó todos los datos necesarios para poder entrar a formar parte de las Hermanas de la Caridad, las monjas que desarrollaban el trabajo en el Hospital Marqués de Valdecilla.

Durante todo este tiempo Dolores había estado formando a parte del grupo de resistencia de Santander, pero jamás se dejó ver. Había trabajado en la sombra siguiendo las instrucciones que llegaban desde la zona republicana.

El resto del plan lo había confeccionado con la ayuda de militantes de la Federación Obrera Montañesa y el Partido Socialista, que desde la clandestinidad marcaban cada uno de los pasos que seguir.

Por suerte quedaban aún muchos compañeros que habían sido discretos durante el año en el que la ciudad continuó siendo republicana, sin exponerse y manteniendo una actitud pausada y constante que les permitió pasar inadvertidos.

Entre ellos se encontraba Jesús, que desde su lujoso chalé de Pérez Galdós se comunicaba por telégrafo con camaradas que estaban en diferentes puntos. Eran muchas las personas que ocupaban puestos

importantes o tenían acceso a documentos necesarios. Fueron elegidas desde el principio de su militancia y preparadas para ello por si la sublevación se consolidaba, como fue el caso. Se les pidió mantenerse al margen de revueltas y evitar comentarios de todo tipo, simplemente tenían que llevar una vida tranquila y normal, sin significarse.

Ahora, por fin, todo estaba preparado, solo quedaba comunicar a las personas que iban a viajar cuándo sería y su destino.

El grupo estaba formado por cincuenta hombres y mujeres que, bajo la excusa de acudir al Santuario de Lourdes, para la celebración de una vigilia mariana que iba a congregar a miles de católicos en el monasterio, pretendían salir, primero de la ciudad y después del país, sin levantar ningún tipo de sospecha.

Vestidos como monjas y curas, viajaban con una falsa dispensa papal incluida, la cual no era necesaria, pero sin duda daba mayor crédito a la expedición que acudiría a tal evento.

A cada uno de los reunidos se les entregó la documentación de las personas a las que tenían que avisar y también las ropas que iban a vestir. Después se les dieron las oportunas instrucciones que tenían que cumplir al pie de la letra para no levantar ninguna sospecha, del mismo modo que lo habían hecho hasta el momento.

Todos ellos se hacían responsables de la discreción que debían mantener, era de vital importancia guardar silencio. Sobre todo porque el trabajo debía continuar desde la sombra. Sabían que se estaban jugando la vida. Un pequeño error, un fallo que pudiese parecer insignificante, ocasionaría el fracaso del operativo y las consiguientes consecuencias, fatales para todos.

Una vez que todo estuvo claro, recogieron lo que había en aquella bodega con la intención de no volver a reunirse allí jamás.

Se dispersaron uno a uno con cuidado de no ser vistos.

Algunos salieron por el despacho y, cuando no hubo nadie, se apoyaron en la barra del bar y tomaron uno o dos chiquitos de vino hasta estar seguros de que nadie los seguiría o estaba vigilante. Otros lo hicieron por la puerta trasera que daba acceso al portal que estaba junto al bar. Y el resto esperó a que anocheciera y salió por el patio interior entrando en una de las casas del otro portal que estaba desocupada desde hacía tiempo.

La hermana Leonila buscó el modo de reunir a Gloria y a Laura en alguna de las salas del hospital, pero precisamente aquella mañana todo el mundo andaba muy ocupado, de un lado a otro sin parar de trabajar.

Le dijo a Dolores que tenían que buscar la forma de hablar con ellas. Era preciso hacerlo ese mismo día, la salida estaba programada

para la mañana siguiente.

Dolores, habilidosa como era, consiguió que sus compañeras la siguieran con la excusa de que no se encontraba bien y necesitaba que le tomaran la tensión.

—Pero ¿se puede saber dónde vas? El tensiómetro lo tengo en el cuarto y te lo has pasado de largo.

—Calla y sígueme —le dijo a Gloria, que no entendía lo que su compañera hacía.

Cuando por fin se juntaron las cuatro, la enfermera pidió a Laura y Gloria que tomaran asiento.

—Sé que lo que vamos a deciros como poco os va a sorprender, solo esperamos que tengáis en cuenta que nos estamos jugando la vida, por lo que esto es totalmente confidencial. Jamás hablaréis de nosotras con nadie. Leonila y yo formamos parte de la resistencia de la ciudad.

Gloria y Laura se miraron sin saber muy bien si aquello era una broma o era real.

—Entendemos esas caras de incertidumbre que estáis poniendo, pero todo lo que vamos a deciros es cierto.

»Mañana a primera hora salen unos autobuses hacia el Santuario de Lourdes. Cincuenta personas, entre las que os incluís, partirán rumbo a Francia. Sabemos que vuestras vidas aquí están en peligro.

»A ti, Gloria, aún no te han identificado, pero es cuestión de tiempo o de que alguien te denuncie. Bajo nuestro punto de vista, debes salir de la ciudad.

Gloria no dijo nada, solo miró a las dos sorprendida. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

Por su parte, Laura se puso nerviosa. Dirigió su mirada hacia todas ellas rápidamente y antes de que dijeran nada más intervino.

—Pero yo no me puedo ir. ¿Qué será de mi madre, mi niña y mi hermano Daniel? En mi lugar, por favor, llevadlo a él. Si lo encuentran, correrá la misma suerte que Felipe y no podría resistir perderlos a los dos.

—Tranquila, tu hermano Daniel viajará contigo. No en el mismo vehículo, por eso de que hay que mantener las formas y los hombres ocuparán un auto diferente al vuestro. Pero al final del viaje os encontraréis. Y, por supuesto, tú podrás llevar a la niña, está todo resuelto. ¿No pensarías que la íbamos a dejar aquí? En caso de que os pregunten en la aduana o en los controles, alegaréis que es una huerfanita que está enferma y la lleváis para ver si la Virgen obra un milagro con ella.

»En cuanto a tu madre, no lo hemos contemplado, consideramos

que no tendrá problemas, y, en caso de que así sea, nosotras nos encargaremos de ella, puedes estar tranquila.

»Ana también entraba en el grupo, pero su detención nos frenó. Hemos intentado sacarla de la cárcel, pero no ha sido posible. Ninguno de nuestros contactos ha conseguido nada. Su denuncia sin duda está llena de odio y son varios los cargos que caen sobre ella. Lamentablemente esta fuera de nuestro alcance.

»Además, no creo que aguante mucho más, son demasiados los palos que está recibiendo, no está alimentada y me temo que debía de tener una pulmonía o algo así. Lo siento, chicas.

—¿Y Susana, Ambrosio y Clemente? —preguntó Gloria.

—Ellos no corren ningún riesgo, estarán bien en Las Carolinas, igual que Marifé, estoy convencida de que se acoplará a lo que sus tíos digan y vivirá, dentro de lo que cabe, en paz.

»Tuve la oportunidad de hablar con ella hace escasos días y, después de saber cuál es el estado en el que se encuentra su hermana, estoy segura de que llevará una vida tranquila haciendo lo que realmente le gusta, ser enfermera.

»Me comentó que le había vuelto a hablar a su tío de la situación de Ana, y que incluso le ha suplicado que la ayude. Espero que haya conseguido ablandar su corazón y consiga sacarla de ese horrible lugar en el que se encuentra.

»Ambrosio es otro tema. Él está a la espera del indulto, que creo que va a llegar, pero como sabéis forma parte de la CNT, y son los compañeros los que se encargarán de ayudarlo cuando sea el momento.

»Ahora os vamos a contar qué es lo que tenéis que hacer. Es mejor que no digáis nada a nadie de vuestra partida, preparad una pequeña maleta con lo justo. Podéis escribir una nota para quien consideréis oportuno que nosotras le haremos llegar una vez que estéis a salvo.

»En tu caso, Laura, como vives con tu madre, estaría bien que le dijeras que vas unos días a casa de una amiga, para que no acuda a la policía a denunciar tu desaparición.

»Esta noche alguien os hará llegar la ropa que tenéis que poneros, la documentación que vais a utilizar y el lugar de reunión y la hora donde debéis acudir mañana por la mañana.

—¿De verdad pensáis que esto es necesario? Tal vez las detenciones y los asesinatos cesen una vez que ya se tranquilice todo. No me gustaría dejar mi tierra, no me hago a la idea de vivir lejos de Santander —comentó Laura.

—Desgraciadamente, esto no va a cesar. Al contrario, irá a más. Por un lado, siempre habrá alguien que intente sublevarse en contra

de esta dictadura, y, por otro, los opresores jamás perdonarán a aquellos que no se dobleguen.

»Nosotras solo queremos ayudaros. Ya vemos lo que habéis pasado y lo que posiblemente os queda por sufrir.

»Este país no será seguro para la gente como nosotros, irá de mal en peor para las personas que no estén de acuerdo con el régimen que Franco instaurará en cuanto tome Madrid.

»Pero, desde luego, si no quieres ir, estás en tu derecho. Yo te pido que pienses en tu hija, tienes el deber de hacerla crecer en un lugar libre, donde nadie le diga ni la obligue a nada, donde su voluntad sea la que rija su vida, donde pueda estudiar y vivir sin sobresaltos.

—También tiene derecho a un padre al que asesinaron sin darle opción a defenderse, como si fuera un perro herido que estorba.

—Claro que sí, y estoy segura de que, aunque nada tenga que ver con su padre biológico, lo va a encontrar, ya lo verás. Igual que tú hallarás un hombre cabal que te quiera y te respete como te mereces. Porque ahora es pronto, el dolor está dentro de ti, pero el tiempo pasará y ese corazón que no te cabe en el pecho seguro que tiene reservada una parte para otro buen mozo que aparezca.

»Bueno, ahora vamos a trabajar como si aquí no hubiera pasado nada.

»Por último, creo que sería buena idea que estuvierais juntas como antes os he dicho. En casa de Gloria. Allí os irán a buscar para llevaros hasta el lugar de donde partirá el convoy.

»Dejadme que os dé un beso. Espero que esto salga bien y que algún día os vuelva a ver.

—Pero ¿vosotras no venís? ¿Qué vamos a hacer solas en Francia? —preguntó Gloria.

—No, aquí hay mucho que hacer. Esto es el principio de una historia que no sabemos cómo va a continuar, y muchísimo menos cómo terminará.

»Podéis estar tranquilas. No vais a estar solas en ningún momento.

»Vuestro destino es uno de los campos de refugiados que se están acondicionando, ya están avisados, aunque no creo que sea mucho el tiempo que permanezcáis allí.

»Los compañeros que ya están situados os van a ayudar.

Daniel tenía todo preparado. Al igual que al resto de las personas que viajaban, no se le había comunicado nada hasta el día anterior.

Su sorpresa fue mayúscula, jamás hubiera imaginado que Jesús formara parte de ese entramado. Su primo lo puso al corriente y le

llevó todo lo necesario. Lo mismo hizo con Gloria y Laura, dándoles las oportunas indicaciones.

Sería él mismo quien se ocuparía de llevarlos hasta el lugar de encuentro que estaba previsto: la iglesia de la Virgen de Loreto en Peñacastillo. El párroco era afín a sus ideales y estaba al tanto, ese era el lugar de donde partirían. Recogería a Laura, a la pequeña Gema y a Gloria en casa de esta última.

De madrugada, cuando ni siquiera los pájaros entonaban cantos, la puerta del zulo se abrió. La misma persona que durante semanas había atendido, cuidado y alimentado al hombre, le dio ropas de cura; la sotana, el bonete negro con una borla morada que representaba que era párroco de alguna iglesia, una cruz y un misal, además de una pequeña cartera donde le habían metido ropa interior de recambio. Le aconsejaron ponerse debajo de la sotana una camisa y un pantalón, que también le habían proporcionado.

—¿Esto qué es? Llevo aquí semanas, o al menos eso creo, y jamás hemos hablado. No sé cómo llegué hasta aquí —indicó Felipe que estaba desconcertado con lo que pasaba.

—Lo sé, camarada. Pero lo cierto es que no dábamos mucho por ti. Tuviste la suerte de caer al mar, apenas rozaste las rocas; de haber sido así, no estaríamos hablando en este momento. Los golpes que sufriste fueron provocados por las embestidas de las olas que te golpeaban contra el acantilado. Uno de los nuestros que estaba pescando te encontró, a punto de la hipotermia, medio muerto, y nos buscó. A él le debes la vida. Le daré las gracias de tu parte si te parece.

»Si en lugar de ser el, hubiera sido cualquier otro y avisa a los guardias, allí mismo te habrían pegado un tiro en la sien.

»Pero esa sería otra historia. Estás a salvo y dentro de un momento partirás hacía Francia.

El hombre le dio todas las explicaciones necesarias, informándolo de los planes que se iban a llevar a cabo.

—Pero, vamos a ver, yo no puedo irme así, tengo familia, necesitan saber que estoy vivo.

—No, no necesitan saber nada. Escribe una nota, nosotros nos encargaremos de llevarla a la dirección que indiques. Tú en este momento eres hombre muerto, y es hora de salir de España.

»Para el resto siempre habrá ocasión, pero para eso es necesario que haya vida. Vístete, nos queda poco tiempo.

»Además, a ti precisamente no tengo que decirte cómo funcionan

estas cosas, según tengo entendido estuviste en una misión comprometida en Valladolid.

»Ahí tienes papel para que escribas esa carta.

66

Por la noche, cuando la ciudad dormía, el frío acuciaba y la fina lluvia del norte caía, la puerta de las Oblatas se abrió. Una mujer quedaba en libertad.

Marifé consiguió que su tío se apiadara de Ana y movió los hilos necesarios para que la muchacha saliera en libertad. Pero esa concesión se hizo a cambio de ceder la parte que le correspondía de Las Carolinas a sabiendas de la situación en la que estaba Ana. Sus tíos se aprovecharon de la debilidad de su sobrina pequeña para quedarse con la mitad de la propiedad, el resto era cuestión de tiempo que lo consiguieran. La situación económica de don Ricardo no era nada boyante y encontró una manera de paliar en parte los problemas que tenía. Considerando que de poco les iba a servir a ellas, sobre todo a Ana, daba igual que muriera en la cárcel o lo hiciera en otro lugar.

Ana caminó despacio, arrastrando los pies, ya que no era capaz de levantarlos del suelo. Iba vestida con los mismos ropajes que en la celda, aunque habían tenido la deferencia de poner sobre sus hombros una toquilla de lana que poco a poco se iba mojando, y el peso que adquiría hacía que su caminar fuera más complicado y que sus afecciones pulmonares se volvieran más crudas a medida que sus ropas mojadas iban impregnando su cuerpo.

Intentaba llegar a alguna parte, pero no sabía dónde dirigirse. Las Carolinas estaban bastante cerca de allí y en esa dirección se encaminó, aunque con el miedo de no ser bien recibida, pero poco le importaba ya lo que pudieran hacer o decirle, y al menos allí había alguna persona que se ocuparía de ella.

Se planteó la opción de llegar hasta el hospital, pero no era tarea sencilla, estaba muy alejado para que su cuerpo resistiera.

Ascender aquella empinada calle del Monte era un sacrificio, encontró una rama en el suelo y la cogió para apoyarse en ella, pero le faltaban el aire y las fuerzas, además de que los dolores de su cuerpo se agudizaban a cada paso. Todo ello hizo que cayera desmayada junto a un portal.

A la hora señalada, tal y como les habían indicado, Laura con la pequeña en brazos, que arropaba sobre su pecho, y Gloria, portando las pequeñas valijas, esperaban escondidas y a oscuras dentro del portal.

Una camioneta se oyó acercarse, el ruido del agua al contacto con los neumáticos cada vez se sentía más cerca y más lento.

Gloria asomó levemente la cabeza y reconoció, a pesar de la poca luz que había, la cara de Jesús. Se volvió hacia su amiga y con un gesto leve de la mano la instó a que saliera.

En cuanto el auto paró, ambas ascendieron deprisa.

Daniel estaba dentro y se apresuró a dejarles sitio a las dos chicas, no pudo por menos que coger a su sobrina y abrazarla. No la conocía aún y se emocionó al tenerla entre sus brazos. No podía parar de mirarla, le recordaba a su hermana cuando era pequeña.

—Está preciosa, da gusto verla. Y tú, hermana, ¿cómo estás?

Le dijo mientras apretaba su mano a la vez que tiraba de ella para besarla en la frente.

—Bien, aunque triste. No me hago a la idea de que no volveré a ver a Felipe. ¿Qué voy a hacer yo en Francia con esta pequeña?

—No estás sola. Ni ahora ni en ningún momento de tu vida. Mientras yo viva estaré contigo, siempre. Yo me encargaré de que a esta muñeca no le falte de nada.

El muchacho también preguntó por su madre y su hermano Carlos; al igual que Laura, sentía un gran pesar por tener que dejarlos solos.

Durante el trayecto no hubo ningún incidente que reseñar, Jesús sabía por dónde tenía que circular para eludir posibles controles.

Llegaron hasta el alto donde se ubicaba la iglesia de Peñacastillo y allí un nutrido grupo de personas acaldaban sus maletas dentro de los autobuses.

Jesús se despidió de su primo a la puerta del que tenía que ocupar, se fundieron en un largo y sentido abrazo.

—Cuídate, primo, y muchas gracias por todo; si no llegas a estar a mi lado, seguramente hubiera corrido la misma suerte que mi cuñado —dijo Daniel.

—No digas tonterías. Lo haría mil veces más, aunque solo fuera por lo que tu padre hizo por mi madre y por mí. Sube, anda, no sea que te quedes en tierra.

Daniel, antes de subir, dirigió la mirada hacia Laura y Gloria y les lanzó un beso, susurrando después:

—Nos vemos en Francia.

Jesús, portando las maletas de las dos chicas, las acompañó al vehículo que estaba delante. Las ayudó a subir y, una vez que

estuvieron sentadas, bajó después de despedirse.

Sin pérdida de tiempo continuó deprisa hasta su camioneta, no quiso mirar tras los cristales, a pesar de que Daniel golpeaba con fuerza la ventana del autobús y le hacía gestos, pero Jesús hizo caso omiso. Eran las órdenes que habían recibido, cuanto menos tiempo estuvieran allí mucho mejor.

Detrás de él descendieron la peña, Jesús tomó la misma dirección por la que había venido y los dos autobuses continuaron por el lado contrario.

No pudo por menos que desearles la mayor de las suertes. El viaje era largo, muy largo, y, a pesar de estar bien preparado, el riesgo a que pudieran ser interceptados estaba presente en sus pensamientos.

Ana recobró el conocimiento, no sabía el tiempo que llevaba tirada sobre el escalón de piedra de aquel portal. Estaba helada de frío, no sentía los dedos de las manos y al mirar sus piernas las observó moradas. Intentó incorporarse y al hacerlo escuchó cómo una puerta de alguna de las casas se cerraba de golpe. Se sentó apoyando la cabeza sobre la puerta de madera, era imposible levantarse.

Un hombre salió del portal y se asustó al verla. Era una persona joven que cubría su cabeza con una visera de cuadros y tapaba su garganta con una bufanda de lana oscura; en una de las manos llevaba una tartera de acero que aún estaba caliente.

—¡Pero, señora! ¿Qué hace ahí tirada? Madre mía, ¡tiene que estar helada de frío!

—Ayúdeme, por favor.

El joven puso la tartera entre sus manos para que pudieran coger algo de calor, se quitó la americana y se la colocó sobre los hombros, antes de lo cual le quitó la toquilla que llevaba calada de agua.

—Espere, voy a buscar a mi madre. Yo tengo que ir a trabajar, pero ella la ayudará. No se vaya.

Como si Ana estuviera en condiciones de ir a ninguna parte, lo miró sonriendo y le dijo:

—Tranquilo, no tengo ni intención ni fuerzas para moverme de este escalón.

No tardó nada el chico en regresar con su madre, una mujer alta y fuerte. Bajó con un camisón de franela y un viejo abrigo que se había colocado deprisa. En las manos traía una manta con la que cubrió a la muchacha. Tras la señora apareció una chica joven con las ropas propias de estar en la cama y en zapatillas, cubriéndose con una vieja chaqueta de lana de color azul.

—Ayúdame a levantarla, vamos a subir a casa con ella. Aquí no es seguro que estemos. Cualquier elemento nos puede ver y no tengo ganas de dar explicaciones. Y tú, vete para el muelle o llegarás tarde.

Como cada mañana, antes del amanecer, Susana ya trasteaba en la cocina preparando los desayunos para los señores. Al rato, como siempre al escuchar el sonido de cazuelas y platos, Martina se levantó.

—Buenos días, Susana. No sé qué me pasa hoy, pero tengo un nudo en el estómago, como si algo fuera a ocurrir, no sé lo que es. Pero no pinta bien.

—¡Calla, agorera! No digas eso, que me pones mal cuerpo a mí también.

—He estado toda la noche soñando unas cosas muy raras. He soñado con la señorita Ana, con Laura, hasta con el pobre Felipe.

—Son muchas cosas las que están pasando, es normal que tengas pesadillas. Yo me he acostumbrado a un duermevela nervioso que hace que no concilie el sueño desde hace meses.

La campanilla de la habitación de la señora sonó. Martina aún no se había vestido y el desayuno no estaba preparado, era más pronto que de costumbre y ambas se miraron extrañadas.

—Ponte cualquier cosa y sube a ver qué mosca le ha picado tan de mañana a la señora.

Martina subió despacio las escaleras y, justo cuando estaba a punto de golpear la puerta de la alcoba, doña Elvira salió.

—¿Se puede saber qué significa el desastre que han hecho en el altar? No había tenido ocasión de entrar desde que llegué y me encuentro una especie de…, no sé cómo llamarlo, ¿escondite?

—¡Ay, señora, pues ya lo siento! Pero esta servidora no tiene ni idea de lo que usted habla. Yo subo, lo limpio y ya está. No sé qué es lo que pasa.

La agarró del brazo y con fuerza la metió dentro de la habitación.

—¡Esto! Me refiero a esto. No quiero pensar que ahí dentro pueda haber alguien escondido, ¿verdad?

—¡Señora, suelte el brazo que me hace daño! Le vuelvo a decir que no sé de qué está hablando. Pero, si se queda más tranquila y me deja, no tengo inconveniente en mirar dentro si usted no quiere hacerlo.

Martina se acercó. La mujer había separado de la pared el altar y tras él quedaron al descubierto las puertas tal y como Ana había ordenado hacer. La sirvienta se agachó y las abrió. Dentro solo estaban los ropajes del sacerdote, que días antes ella había vuelto a colocar por orden de Ana al saber que su tía regresaba.

—Puede usted mirar. Aquí lo único que hay es lo que hubo siempre, las ropas del cura cuando acudía a darle a usted misa.

Doña Elvira miró y comprobó que lo que la mujer decía era cierto.

—¡Vete y súbeme un café rápidamente! Y no creas que me engañas. Seguro que mis sobrinas han tenido a algún delincuente de esos rojos aquí escondido.

Martina volvió a la cocina molesta, ofendida con el trato que la señora le había dado. Desde su vuelta las trataba como si fueran basura, sin ninguna consideración. Le contó lo ocurrido a Susana, y también cuáles eran sus intenciones para un futuro cercano.

—No creo que esté mucho tiempo en esta casa. No voy a consentir que nadie me trate mal o ponga en entredicho mis palabras y mis obras. Tenía mis dudas, porque aquí contigo y con Clemente estoy muy bien, pero me han ofrecido un trabajo como pescadera en la plaza de la Esperanza y creo que esta misma mañana lo voy a aceptar. A esta fascista asquerosa no la voy a aguantar ni un minuto más. ¡Trae para acá ese café!

Tomó la bandeja y volvió de nuevo a la habitación, pero antes de entrar no pudo evitar escupir dentro de la cafetera de porcelana.

—A la hija de mi madre no la trata mal ni Dios —dijo mientras volvía a colocar con sumo cuidado la tapa.

67

Los autobuses se acercaban a la frontera con Francia.

Ya había amanecido, pero la mayoría de los pasajeros iban dormidos. Sus cuerpos estaban doloridos y cansados, llevaban muchas horas de viaje y aún quedaban otras tantas.

El convoy se paró. Desde dentro del autobús se pidió calma a todos, debían mostrarse tranquilos, leyendo o incluso rezando. Debían tener la documentación en las manos para facilitar a los soldados su trabajo y así evitar que estuvieran mucho tiempo en el interior.

Primero subieron al autobús donde viajaban los sacerdotes, uno de ellos como portavoz explicó cuál era el motivo del viaje y mostró todos los documentos que tenían, que acreditaban que lo que estaba verbalizando el cura era cierto. El soldado los revisó con atención y caminó mirando a todos y cada uno de los clérigos que allí se encontraban. Todos ellos se mostraron simpáticos, enseñaban una gran sonrisa y saludaban, incluso repartían bendiciones.

El mismo hombre que se había encargado de dar explicaciones salió del autobús en el que viajaba y se dirigió al que llevaba a las monjas.

Advertidas como estaban las mujeres, al igual que lo hicieron los sacerdotes, estas se mostraron tranquilas, aunque los nervios se sentían a flor de piel.

Mantuvieron la mirada baja como se les indicó, ofreciendo sus documentos a medida que el soldado pasaba a su lado.

Al llegar a la altura donde se encontraba Laura, el soldado se sorprendió al ver a una niña que dormía plácidamente.

—¿Y esa niña? ¿También va a rezar?

Laura levantó la vista y mirando al militar le dio la explicación que le habían sugerido los compañeros antes de partir.

—La pequeña está enferma, es huérfana, hemos considerado oportuno traerla, esperando que Nuestra Señora obre con ella un milagro.

El timbre de voz de Laura hizo que el sacerdote que había acompañado al soldado se fijara en ella. No pudo evitar decir su nombre.

—¡Laura!

La chica dirigió su mirada hasta el hombre y su corazón se aceleró repentinamente. Un primer impulso la hizo intentar levantarse y dirigirse hasta él, pero el gesto del militar hizo que frenara su voluntad al ver que este volvió la vista hacia él.

—¿Laura? Según dice este documento esta monja se llama Eloísa. Hay algún problema.

—No, qué va, coronel, en absoluto. Me refería a la pequeña, ella se llama Laura —contestó el sacerdote.

El militar siguió su camino.

Los ojos de Laura se clavaron en los del cura. No podía creer lo que estaba viendo. Volvió la vista hasta Gloria y vio como su compañera tenía los ojos llenos de lágrimas y su labio inferior temblaba. Laura clavó los ojos en el hombre de su vida, su pecho comenzó a latir aceleradamente, igual que lo hacía el de Felipe, el cual le regaló una enorme sonrisa, aprovechando que el soldado estaba de espaldas.

La pareja respiró hondo, procurando mantener la calma.

El coronel se acercó al puesto con la documentación que Felipe le había entregado, la revisó con cuidado y volvió de nuevo a dirigirse a él.

—Está bien. Pueden seguir. ¡Arriba España!

Felipe contestó con un escueto «Viva», pero con la vista en el suelo. Cogió los documentos y se dirigió hacia el autobús donde viajaban su mujer y su hija.

Pero el coronel que con los brazos en la espalda esperaba a que el convoy partiera de nuevo llamó su atención.

—¡Un momento, padre!

Felipe se quedó clavado con un pie puesto en el primer escalón del vehículo. Volvió la cabeza hacia él con recelo y contestó:

—Dígame, coronel. ¿Pasa algo?

—Creo que se equivoca de autobús. El suyo es este de aquí.

—¡Vaya!, qué despiste. Tiene usted razón. Menos mal que se ha dado cuenta. Tengo mis documentos en el otro, es verdad. Estoy preparando la vigilia y no me hubiera perdonado olvidarlo. Muchas gracias, coronel. ¡Qué cabeza, Dios mío!

Felipe vio truncadas sus intenciones de abrazar a su mujer. Pero ya tendría tiempo de hacerlo. Era cuestión de minutos que pudieran estar juntos los tres para toda la vida.

Ana descansaba en una cama ajena, junto a ella dos mujeres amables intentaban calmar sus dolencias, pero poco podían hacer.

Madre e hija no se atrevían a llevarla al hospital, no sabían nada de ella. Podía ser una presa que hubiera huido de las Oblatas y quizá la policía la buscaba. Era mejor esperar que despertara.

Entrada la tarde Ana abrió los ojos. Las caras de las dos mujeres, desconocidas para ella, fue lo primero que vio.

—¿Dónde estoy? —dijo mientras intentaba incorporarse.

—Tranquila, estás a salvo. Yo soy Amelia y ella es mi hija Florita. El hijo mío cuando salió esta mañana para el muelle te encontró tirada en el portal, y entre la cría y yo te subimos para casa. Yo creo, niñuca, que tú estás bastante mala, no es que quiera asustarte, pero nosotras no sabemos qué hacer. Pensamos en llevarte al hospital, pero no sabíamos si estabas en peligro, y por eso hemos esperado a que despertaras y nos contaras qué es lo que te ha pasado.

A la chica la costaba mucho hablar, sus pulmones apenas le proporcionaban aire, su respiración era corta y rápida, lo que hacía que el cansancio fuera mayor.

—Muchas gracias. No, no estoy en peligro. Vamos, no me sigue nadie ni nada. Anoche me dejaron libre de la cárcel de las Oblatas, intentaba llegar a mi casa, pero no pude, creo que me desmayé. ¿Podrían hacerme un favor?

—Claro que sí, niñuca, dinos y nosotras hacemos lo que tú digas, si está en nuestra mano, por supuesto.

—Vivo en Las Carolinas, ¿saben dónde está la casa?

—Desde luego, ¿quién no conoce esa mansión?

—Pues bien, necesito que le digan a mi hermana que estoy aquí. Deben entrar e ir por la zona de servicio. No quiero que mi tía se entere. Allí estará la cocinera, se llama Susana; por favor, díganle dónde estoy para que se lo comunique a mi hermana.

—Sí, hijuca, ¡cómo no! Ahora mismo va Florita.

Florita salió corriendo después de que su madre le dijera lo que tenía que hacer y decir. Llegó en menos de quince minutos.

El portón estaba abierto. El coche con don Ricardo acababa de salir de la finca. Se coló sin llamar y sin esperar a que nadie apareciera. Tal y como su madre le había indicado, fue por un lateral de la casa y golpeó la puerta que daba acceso a la cocina. Susana abrió extrañada, no esperaba a nadie a esas horas.

La joven se presentó, le dijo lo que estaba pasando y la cocinera le pidió que entrara y esperara allí. La señora como cada jueves estaba en casa de una de sus amigas comiendo y Marifé descansaba en su habitación.

Susana corrió a avisarla y la chica bajó corriendo, adelantando por las escaleras a la cocinera. Sin preguntar nada a la pequeña Florita, la

cogió de la mano y le pidió que la llevara a su casa lo antes posible.

68

Tal y como Dolores y la hermana Leonila les prometieron a Gloria y a Laura, aquella misma tarde entregaron las cartas que las muchachas habían dejado escritas.

Laura se la dirigió a su madre y a su hermano Carlos.

Querida madre:

Espero que no me juzgue ni se enfade conmigo. Sabe que de un momento a otro volverían a buscarme, y por ese motivo no he tenido más opción que salir del país junto a mi hija. No piense que la he abandonado, nada más lejos de mi intención. Lo he hecho por la pequeña Gema, ella merece vivir en libertad.

Hermano, sé que cuidarás de madre ante la ausencia de Daniel y la mía propia, te pido perdón también a ti. Por favor, no te metas en líos. Mantente al margen, por tu seguridad y por la de madre. Escribiré pronto, lo juro.

Os quiero con locura.

P. D.: Daniel está conmigo, a salvo también.

Adela besó la carta y después la puso sobre su pecho mientras lloraba amargamente.

—Madre, es lo mejor que le ha podido pasar. Ahora al menos sabemos que están vivos y que nadie les hará daño. Estemos tranquilos y contentos por ellos.

—Sí, hijo, será mejor así. Prefiero no verlos nunca más, y saber que tienen una buena vida, que estar penando porque puedan apresarlos en cualquier momento, o, lo que es peor, no poder dar sepultura a sus cuerpos porque me los dejen tirados a saber dónde.

Gloria dirigió su carta a Susana. No tenía a nadie más y al menos ella se lo diría a Ambrosio si tenía la oportunidad de volver a verlo.

Querida Susana:

Espero que esta no sea una nota de despedida. Sé que en algún momento volveremos a vernos. Ha sido un placer conocerte a ti, a Clemente y, cómo no, a Ana y al resto de las chicas. Te ruego que, si en algún momento tienes la oportunidad de hablar con ella, le comuniques lo que estoy a punto de contarte.

Gracias a algunos compañeros, Laura, Daniel y yo, junto con otros camaradas, vamos a salir del país. Os dejamos con pena, con el corazón encogido. Alejarnos de nuestra querida tierruca nos parte el alma. Pero no nos queda más remedio que hacerlo.

Espero y deseo que Ambrosio consiga la conmutación de su pena y, quién sabe, según nos han dicho, los compañeros de la CNT se encargarán de él si esto se produce.

Dile, por favor, que lo quiero, que siempre lo quise, aunque me hiciera la chula, era solo para disimular y no dar a conocer mis sentimientos. Dile también que me arrepiento mucho de no haber pasado más tiempo a su lado, y que me hubiera gustado compartir mi vida con él.

Os deseo a Clemente y a ti mucha felicidad. Que tengáis muchos niños y viváis en paz.

Nunca olvidaré lo vivido en Las Carolinas estos años, conoceros ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

La carta que Felipe escribió llegaba, al mismo tiempo que la de Laura, a casa de Adela; no tenía remite, solo destinatario. Carlos la cogió y la metió en una lata de galletas que su hermana guardaba en su habitación. Ahora sabía que su hermana algún día podría leerla, no era a él a quien le correspondía abrir aquel sobre.

Daniel también había escrito su misiva, sabía que su madre iba a estar enterada por Laura de su destino, por lo que escribió a Ana, temiendo que desgraciadamente jamás pudiera llegar a sus manos.

Querida Ana:

Me costó poco enamorarme de ti, a pesar de tus ganas de libertad e independencia. Desde la primera vez que te vi, sentada sobre aquella mesa en la Federación moviendo tus piernas como si fueras una chiquilla, no he hecho otra cosa más que desearte cada día.

Me llenaste de energía y me alegraste los días. Me encantaba verte reír, discutir, luchar y defender todo aquello por lo que creías.

Qué mala suerte hemos tenido, compañera. El destino nos aleja, el destino o, mejor dicho, la voluntad de los hombres, que es peor aún.

Tengo que salir del país, de esta tierra nuestra que tanto queremos, que nos ha visto nacer y en la que no sé si tendré la suerte de morir.

No te olvido, te llevo clavada en mi pecho. Espero que pronto volvamos a

disfrutar de nuestros besos, de esos cuerpos ansiosos de cariño, como lo hicimos tiempo atrás.

En cuanto esté establecido te mandaré recado de mi domicilio.

Suerte, compañera.

Tuyo siempre,

DANIEL

69

Marifé acudió a la casa de Amelia durante un par de días. Intentó atender a su hermana, pero no conseguía que mejorara. No tuvo más remedio que hablar con sor Encarnación para que fuera trasladada al hospital.

Los días pasaban y Ana, en lugar de remontar, iba perdiendo fuerza. Los golpes que había recibido le habían ocasionado heridas internas de muy difícil curación, y su pulmonía se agravaba cada vez más.

La joven se acercó a la cama de su hermana como hacía cada mañana antes de acudir a sus clases. Estaba a punto de terminar sus estudios, en un par de meses ejercería como enfermera por fin. Pero estos últimos días su rendimiento había bajado. Tenía en la cabeza lo que su hermana estaba sufriendo por culpa de los interrogatorios salvajes a los que había sido sometida. Era consciente de que sus males no tenían remedio, y de que solo era cuestión de días que se produjera un desenlace fatal e irremisible.

—Hola, Ana, ¿qué tal estás hoy?

Ana levantó la vista y le dedicó una sonrisa, un leve movimiento de sus labios para intentar que su hermana dejara de preocuparse por ella. Pero de poco sirvió.

—Bien. Dentro de lo que cabe. Tú sabes que si algo he tenido en esta vida es el hecho de decir y hacer lo que me parecía. Hacer, en este momento, no puedo hacer nada, y no creo que lo haga jamás. Estoy llegando al final de mis días. Se me ha hecho un poco corta la vida, hermana, pero al menos he procurado aprovecharla lo mejor posible. Sé que me queda muy poco. —Su respiración era lenta y apenas pronunciaba con un hilo de voz—. Al menos sé que mis amigos están a salvo. La carta que me leíste aclaraba todo. Laura, Gloria y la pequeña Gema están en un lugar seguro, fuera de España.

»También sé que Daniel lo está y, no solo eso, he conseguido que, aunque sea por escrito, me dijera lo que siente por mí. Lástima que no podamos volver a disfrutar juntos. Su primo Jesús vino ayer y me habló de las cosas que él le contaba de mí. Me hizo llorar.

»Me alegra mucho, hermana.

Ana se retorció de dolor y Marifé intentó alejarse de su lado para ir en busca de ayuda, pero la joven la retuvo.

—No te vayas, hermana. Nada puede calmar mi dolor ya, pero tenerte a mi lado me reconforta.

—Escúchame. No olvides que la casa es tuya. —Marifé bajó la vista y guardó silencio, de nada iba a servir decirle lo que había tenido que hacer para que su tío la sacara de la cárcel—. No dejes que esos dos fascistas te la quiten. Haz con ella lo que consideres. Te quiero mucho, perdona por los errores que he cometido, no fue nunca mi intención hacerte sufrir, y mucho menos dejarte sola. Tienes que ser valiente, sé que eres capaz de salir adelante. Pronto serás enfermera, y vas a ser la mejor. Lucha siempre por aquello que creas y defiéndete de todo aquello que intente frenar tu camino como la mujer valiente que eres.

»Ahora creo que voy a dormir un poco, estoy muy cansada.

Marifé sabía que había llegado el final. Se quedó junto a Ana, cogiendo su mano durante un rato y observando como su respiración cada vez era más débil, hasta que sintió cómo su último aliento se producía.

Besó su frente y se quedó a su lado, le resultaba difícil soltar esa mano de dedos largos y piel fina que ya no tenía vida.

Sintió como la soledad llenaba su alma, pero al mirar el rostro de su hermana vislumbró en él una sonrisa que hizo que se dibujara en su cara otra igual.

Cubrió con la sábana su rostro mientras susurraba: «Que la tierra te sea leve, hermana».

Según pasaron la frontera, y ya en territorio francés, se dirigieron hasta Toulouse. Desde allí, cada uno debería tomar el camino que consideraba más apropiado. Podían quedarse en los campos de refugiados o intentar salir adelante por ellos mismos con la ayuda de los camaradas que ya estaban instalados.

Felipe no pudo esperar más, no veía el momento de estar junto a su mujer. Subió a la parte alta del autobús y cogió su pequeña maleta. Mientras se dirigía al vehículo donde estaba Laura se arrancó la sotana que había llevado durante el trayecto y la tiró al suelo.

Las puertas se abrieron y Laura se lanzó a sus brazos desde arriba, casi se cayeron ambos al suelo, no podían dejar de besarse, de abrazarse e incluso de mirarse. Era un sueño hecho realidad, algo que Laura jamás pudo imaginar que pasaría, aunque había soñado tantas noches con volver a estar en sus brazos que le parecía uno más de esos sueños, que de nuevo se repetía.

Gloria, con la pequeña Gema en los brazos, los esperaba arriba llorando de alegría, no había dejado de hacerlo desde que lo reconoció en la aduana.

Daniel se acercó a ellos, había ido en busca de un teléfono ya que tenía que poner en conocimiento de la organización que el convoy había conseguido su objetivo y todos estaban a salvo.

Daniel transmitió el mensaje, pero recibió una noticia que nunca hubiera querido escuchar: Ana había fallecido. Apenado, se acercó a sus compañeros y extendió su mano para que Gloria bajara.

Los cuatro, abrazados, protegiendo con sus cuerpos el de la pequeña Gema, lloraron de alegría, pero también de pena por lo que dejaban atrás.

Todos sus sueños, sus vidas, sus trabajos, sus familias y su querida tierra se habían esfumado de repente.

Las miradas lo decían todo y no decían nada, los ojos llorosos, los labios temblorosos y los corazones latiendo incansables se fundieron en uno solo.

Gloria se apartó un poco del grupo y cogiendo la mano de Laura se dispuso a hablar, pero Daniel se adelantó.

—Ana ha fallecido. La dejaron en libertad, pero estaba herida de muerte. No se ha podido hacer nada por ella.

Laura y Gloria se abrazaron llorando desconsoladamente. Después de un rato, donde el silencio y el llanto se habían apoderado de todos ellos, Gloria con la voz entrecortada se dirigió a sus amigos:

—Fue duro y a la vez bonito luchar por lo que todos creíamos. Pero fuimos muy incautos al pensar que podíamos ganar.

»Ahora solo nos queda comenzar de nuevo, juntos. Mirar hacia el futuro y no dejar de creer que una vida digna nos espera. Si fuimos capaces de salir adelante entre bombas y hambre, estoy convencida de que, aunque nos cueste, conseguiremos hacer de esta tierra nuestro pequeño mundo.

»Luchamos hasta el último aliento por la República y perdimos, no solo una guerra, sino muchas cosas más; a partir de este momento luchemos por nosotros, por los que dejamos en el camino y por aquellos que engendremos, hasta que consigamos volver a nuestra maravillosa tierra verde, donde el aroma de nuestro mar Cantábrico, el olor de nuestros verdes prados y la luminosidad de sus blancas y nevadas montañas volverán a formar parte del paisaje de nuestros ojos.

»Que la tierra te sea leve, querida amiga, te llevaremos en nuestro corazón.

Lanzó un beso al cielo y todos miraron hacia arriba en recuerdo de

su querida amiga.

A Las Carolinas llegó una carta del penal de El Dueso, Ambrosio tenía noticias. Habían conmutado su pena por cadena perpetua, pero en una fecha sin determinar sería trasladado a otra cárcel. No sabía dónde ni cuándo. Le indicaba a Susana que la mantendría al tanto de ello y en cuanto lo supiera volvería a escribir.

La cocinera se mostró aliviada con la noticia, al menos su hermano seguiría con vida. Aunque estuviera lejos estaría vivo, y su corazón latiría haciendo así que ella lo sintiera.

La noticia de la muerte de Ana, a pesar de ser esperada, cayó como un jarro de agua fría en la cocina de Las Carolinas, pero lo más triste de todo fue ver el desprecio con el que doña Elvira había reaccionado.

—Pues ya está. Un problema menos. Esta chica no nos ha dado nada más que disgustos toda la vida. Llevaba en la sangre la rebeldía de su padre. Por fin podremos recibir en esta casa a la sociedad santanderina sin que nos señalen.

Esas habían sido sus palabras cuando después de que Martina, que había contestado la llamada telefónica de Marifé, le comunicara el óbito de su sobrina.

Los tres sirvientes en la cocina lloraban la pérdida de su amiga. Recordaban los momentos vividos entre esas cuatro paredes cuando la señora apareció por allí.

—¿Qué demonios pasa aquí? Acaso… ¿no tienen nada que hacer? Creo que ha llegado el momento de dar un cambio a esta casa. No soporto su actitud, su falta de respeto hacia mí y mucho menos pensar que tengo trabajando en casa a gente que en cualquier momento puede traicionar a España. Deseo que recojan sus cosas y se vayan los tres. Mañana no los quiero aquí.

Todos se quedaron sorprendidos, pero estaban en un momento de duelo en el que no les importó lo más mínimo que aquella mujer los echara.

Susana se levantó y se quitó el delantal blanco que durante años había llevado tirándolo a los pies de la señora.

Martina hizo lo mismo que su compañera. Clemente cogió la gorra que estaba posada sobre la alacena e hizo lo propio.

—Mire, señora, por llamarla de alguna manera, porque le puedo asegurar que en este momento tengo muchos adjetivos para dedicarle. No hace falta que nos eche, nos vamos nosotros. Hace días que esa idea nos rondaba por la cabeza y por fin ha llegado el momento. Con todos mis respetos, solo le deseo a usted que todo aquello que piensa y

quiere para esos a los que usted llama rojos, delincuentes, sinvergüenzas y demás se le vuelva y le reviente en la cara. Recuerde que todos los ojos no lloran el mismo día. O, mejor dicho, que a cada cerdo le llega su sanmartín.

La señora Elvira se revolvió y se acercó hasta Susana con idea de cruzarle la cara, pero esta sujetó su mano con fuerza, la miró a los ojos desafiante y dijo:

—Métase esa mano donde le quepa. Porque le aseguro que, como se le ocurra darme, se la voy a devolver con ganas, con muchas ganas. Váyase por donde ha venido, o a paseo, que es donde mejor estaría usted.

—Te vas a arrepentir de lo que acabas de decir. Tengo muchas amistades. ¡Te vas a enterar de quién es Elvira Uriarte!

Los tres entraron en sus habitaciones, recogieron sus cosas y cerrando la puerta tras ellos salieron.

Unas horas antes, Clemente le comunicaba a Susana que le habían ofrecido un puesto de ordenanza y que además había encontrado una casa en Barrio Camino con una pequeña cuadra donde tener algunas vacas. Ella había aceptado, igual que a la petición de matrimonio que le había hecho.

Martina días atrás había aceptado ese puesto en la plaza de la Esperanza que le daba la oportunidad de salir de allí. Y, mientras encontraba dónde vivir, lo haría con sus compañeros, que aprovechando la invitación que Jesús les hizo a los tres se alojarían en la casa de Pérez Galdós durante unos días.

Atrás quedaba vacía aquella mansión donde tan felices habían sido esas cuatro chicas. Llegaron cada una de un lugar diferente, todas llenas de ilusiones y ganas de conseguir sus sueños.

Hubo momentos difíciles que supieron superar apoyándose unas en otras. Juntas conocieron el amor, la tristeza, el odio, el hambre y la pena.

Rieron y lloraron, pero lo hicieron unidas.

Cuatro chicas que solo tenían ganas de vivir y que intentaron salir adelante.

Su cariño, su amistad, su fuerza y su espíritu luchador las llevó a resistir las embestidas del destino y de la vida hasta el último aliento de al menos una de ellas; Ana, que sin duda fue quien animó a todas a luchar, quien les dio motivos y razones para defender sus derechos, quien hizo que su sangre revolucionaria aflorara hasta en las menos comprometidas, pero, por encima de todo, quien forjó una amistad que iba más allá de las clases sociales y culturales. Ella solo valoró el hecho de que todas eran mujeres; con problemas, con amores, con

sueños y con un destino que seguramente estaba marcado e intentó cambiar, pero la guerra truncó lo que podía haber sido una bonita historia de amistad.

Allí quedaba una cocina vacía, aquella en la que tantas tardes disfrutaron.

El silencio se apoderó de aquel espacio que fue testigo de sueños que nunca se cumplieron, de largas noches de angustia y de las ilusiones de juventud de aquellas mujeres valientes en una época convulsa que jamás debió ocurrir.

Agradecimientos

Quiero agradecer a las siguientes personas su colaboración, su atención y la deferencia que tuvieron conmigo para proporcionarme documentación y datos que han sido de gran ayuda para la escritura de esta novela.

A Joaquín Gómez Gómez, expresidente del Parlamento de Cantabria.

A Pablo Zuloaga Martínez, exvicepresidente del Gobierno de Cantabria.

A Gema Igual Ortiz, alcaldesa de Santander.

A M.ª Luz Fernández Fernández, presidenta del Colegio de Enfermería de Cantabria.

A Marta Cerezo, de UGT Cantabria (Alimentación).

A Rosa García Borbolla, de la oficina de turismo de Santander.

A José Luis Arranz Ayala, guía del refugio antiaéreo de Santander.

A Alfonso Fraile García, presidente de la Asociación de Sumilleres de Cantabria (Hotel Escuela Las Carolinas).

A Bárbara Gutiérrez, directora general de la Asociación Empresarial de Hostelería de Cantabria.

Mi agradecimiento sincero siempre a:

Mis hijos y mi nieto, porque, aunque nunca se lo diga, son el motor de mi vida.

A mi familia, por su paciencia, por entender mis ausencias y apoyarme siempre en mis decisiones.

A mi editor, Alberto Marcos, por su trabajo, paciencia, dedicación y simpatía. Espero que este sea el primero de muchos.

Y por supuesto a mis lectores; sin su apoyo, ánimo e ilusión por mis libros, de nada serviría contar historias.

Bibliografía

Archivo del diario *ABC*.

«El Cantábrico». Artículo publicado el 24 de octubre de 1929 sobre el Hospital Marqués de Valdecilla.

Entrevistas a Pura Sánchez, Mirta Núñez y Verónica Sierra.

FERNÁNDEZ Fernández, M.ª Luz. Información facilitada sobre Enfermería. Profesora de Historia de la enfermería de la Universidad de Cantabria.

GUTIÉRREZ Flores, Jesús; Enrique GUDÍN de la Lama. *Guerra Civil en Cantabria y pueblos de Castilla*.

GUTIÉRREZ Lázaro, Celia; Antonio SANTOVEÑA Setién. *U. G. T. en Cantabria 1888-1937*.

GUTIÉRREZ Lázaro, Celia. *U.G.T. en Cantabria 1937-1972*.

MOYA Alcáñiz, Francisca. *Republicanas condenadas a muerte: analogías y diferencias territoriales y de género (1936-1945)*.

Revista *Estampa*, n.º 331 de mayo de 1934. «Artículos publicados sobre el Hospital Marqués de Valdecilla».

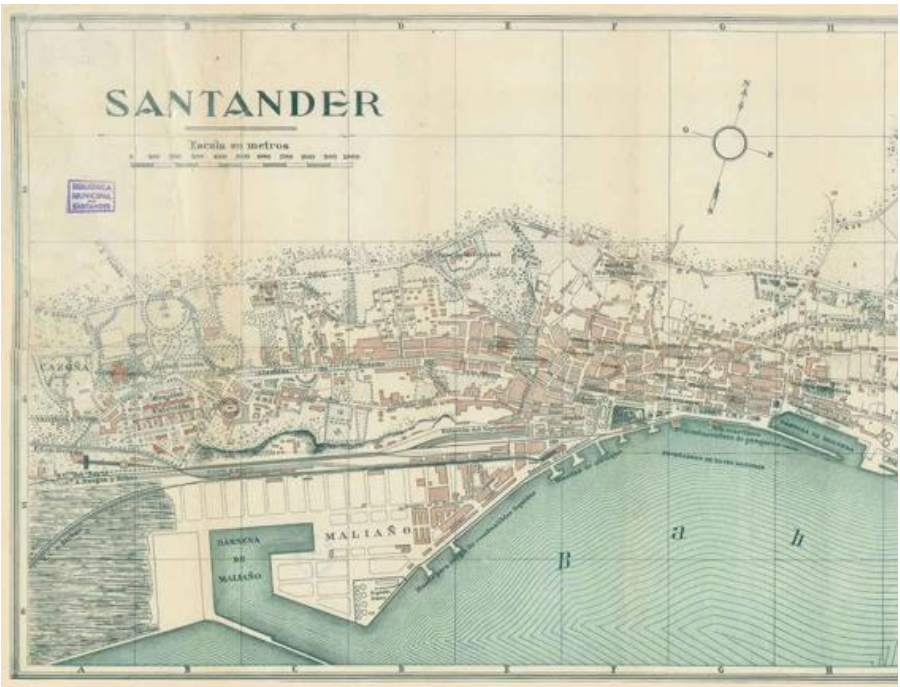
RUIZ, Esteban. *Cantabria: voces de la República y de la Guerra Civil*.

SÁNCHEZ, Pura. *Individuas de dudosa moral. La represión de las mujeres en Andalucía (1936-1958)*.

— *La luz de la inocencia.*

SIMÓN Cabarga, José. *Santander en la historia de sus calles*.

SOLLA Gutiérrez, Miguel A. *Días de fuego y sangre: la batalla de Santander I y II*.


SANTANDER
Escala en metros
CAZONA
DARSENA DE MALIAÑO
MALIAÑO
B
a
h

MAR CANTÁBRICO
PLAYAS DEL SARDINERO
PLAYA DE LA MAGDALENA
Bahía
PEDREÑA

Juntas unieron fuerzas contra un futuro incierto y defendieron hasta el final sus ideales y sueños.

1935: la Segunda República ha traído avances para la situación profesional de las mujeres en todo el país. Pero, en los albores de la Guerra Civil, eso está a punto de cambiar drásticamente. A las puertas del conflicto bélico, cuatro jóvenes de diferente condición y estrato social forjan una amistad en la famosa casa de Las Carolinas, en Santander: Gloria y Laura, enfermeras que se sienten impotentes ante el dolor y la injusticia; Susana, una valiente cocinera que nunca quiso destacar, pero que se verá obligada a ello; y Ana, una estudiante de derecho que ejercerá de periodista para denunciar los atropellos a la clase obrera.

La nueva y fascinante novela de Concepción Revuelta nos traslada al Santander de la Guerra Civil para narrarnos la historia de cuatro mujeres que deberán afrontar, con entereza y valor, cómo amenazan sus aspiraciones y hasta sus vidas. Las mujeres de Las Carolinas es una historia apasionante de fortaleza, coraje y sacrificio, con uno de los episodios más convulsos de nuestra historia como telón de fondo.

Concepción Revuelta (Santander) se asomó al mundo literario con la publicación del cuento infantil *Los Pegimun*. Unos años más tarde dio el salto a la novela adulta con *Aromas de tabaco y mar*, que relata la vida de una cigarrera santanderina en los años cincuenta.

En 2019 publicó en Plaza & Janés su segunda novela, *Te di mi palabra*, sobre la historia de las pasiegas empleadas como amas de cría por nobles y burgueses. A esta la siguió *Días grises con cielo azul* dos años después.

Las mujeres de las Carolinas es su tercera novela con Plaza & Janés.

Primera edición: octubre de 2023

© 2023, Concepción Revuelta
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Ilustración: mapa de Santander de 1930 /Album

Diseño de portada: Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Imagen de portada: Fotomontaje digital de Octiavi Segarra a partir de fotografías de Getty Images, Istock, Shutterstock / Fotografía del hotel cedida por Las Carolinas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03079-6

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Las mujeres de Las Carolinas

Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Segunda parte
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41

Tercera parte
- Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Agradecimientos
Bibliografía

Sobre este libro
Sobre Concepción Revuelta
Créditos